

*Joseph Conrad*  
**La flecha  
de oro**

CLÁSICA

Lectulandia

Definida por su autor como la historia de una iniciación a «la vida de la pasión», *La flecha de oro* (1919) es una de las últimas obras de Joseph Conrad. A partir del recuerdo de sus inicios como marino y sobre el telón de fondo de la tercera guerra carlista, Conrad relata aquí el encuentro en Marsella de un «joven Ulises», aún ignorante «no tanto de lo que la vida puede depararnos [...], sino de lo que la vida contiene en realidad», con una dama vasca, doña Rita, rica y bella viuda de un pintor parisino, por quien los hombres confabulan, enloquecen y se baten. Uno de esos hombres ha sido el mismo pretendiente don Carlos de Borbón; otro será el héroe sin nombre de la novela, que se embarca, por una causa en la que no cree, «con una suerte de desesperación obstinada y sin remedio, como un hombre aceptablemente honrado que se diera a la bebida», en una peligrosa aventura de contrabando de armas. El entorno fanático y conspirador de doña Rita depara grotescas revelaciones al joven marino, que de la vida apenas conoce «problemas concretos» y «hombres sencillos», y que se ve abocado a un mundo donde de poco le sirve su experiencia con «las fuerzas elementales de la naturaleza». *La flecha de oro* es una sutil, alambicada, sardónica novela de aprendizaje, construida, como tantas de Conrad, sobre el umbral de una nueva existencia más «informada», pero también más amarga.

**Lectulandia**

Joseph Conrad

# **La flecha de oro**

**Una historia entre dos notas**

ePub r1.0

Titivillus 24-12-2017

Título original: *The Arrow of Gold. A Story Between Two Notes*

Joseph Conrad, 1919

Traducción: Amado Diéguez Rodríguez

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

## NOTA AL TEXTO

*La flecha de oro* se publicó por primera vez en 1919 en Londres (T. Fisher Unwin) y Nueva York (Doubleday Page & Co.). Sobre este texto se basa la presente traducción. En una segunda edición de 1921 Conrad introdujo una Nota del Autor que asimismo incluimos en este volumen.



Celui qui n'a connu que des hommes  
polis et raisonnables, ou ne connaît pas  
l'homme, ou ne le connaît qu'à demi<sup>[1]</sup>.

*Caractères*

## NOTA DEL AUTOR

**H**abiendo llamado «Nota del Autor» a todos los breves prefacios escritos para mis libros, éste ha de tener ese mismo encabezamiento en aras de la uniformidad y aun a riesgo de sembrar cierta confusión. Como su subtítulo indica, *La flecha de oro* es un relato entre dos notas. Pero esas notas forman parte de su estructura, de su textura, y su papel consiste en preparar y en cerrar la historia. Son material pertinente para la comprensión de las experiencias que aparecen en la narración y tienen por objeto concretar su tiempo y su lugar, además de precisar ciertas circunstancias históricas que condicionan la existencia de las personas a las que conciernen los acontecimientos de los doce meses que abarca el relato. Era el modo más breve de dar cuenta de los preliminares de una obra que no podía adquirir naturaleza de crónica.

*La flecha de oro* es mi primera publicación de posguerra. Comencé su redacción en el otoño de 1917 y la concluí en el verano de 1918. Su recuerdo está asociado a los momentos más oscuros de la guerra, que, de acuerdo con el conocido proverbio, precedieron al alba, al alba de la paz.

Cuando ahora pienso en ellas, creo que estas páginas, escritas en días de tensión y pavor, tienen un aire de extraña serenidad. Fueron redactadas con calma, pero no a sangre fría, y son, quizá, las únicas que podría haber escrito en aquel tiempo lleno de amenazas pero también de fe.

Al tema de este libro llevaba dándole vueltas muchos años, no tanto porque fuera propiedad de mi memoria, como porque era una parte inherente de mí. Siempre estuvo presente en mi cabeza y listo en mi mano, pero me resistía a tratarlo desde una sensación de lo que imaginaba como mera timidez pero que, en realidad, no era más que un muy comprensible recelo.

Al arrancar el fruto del recuerdo uno corre el riesgo de arruinar su lozanía, especialmente si ha de acabar en el mercado. Como éste es un producto de mi jardín privado, mis resistencias se pueden comprender muy fácilmente, y aunque algunos críticos han manifestado que es una pena que yo no escribiera este libro quince años antes, lo cierto es que no comparto su opinión. Si lo abordé tan tarde fue porque hasta entonces no había llegado el momento oportuno. Me refiero a la sensación positiva que deja traslucir, la cual queda fuera de toda discusión. Tampoco pienso discutir aquí las lamentaciones de esos críticos, que son, a mi parecer, lo más irrelevante que podía decirse en relación con la crítica literaria.

Nunca he intentado ocultar los orígenes del tema de este libro, que durante tanto tiempo dudé en escribir, pero algunas reseñas se regodean con una sensación de triunfo cuando descubren en sus páginas al Dominic de *El espejo del mar* con su propio nombre (maravilloso descubrimiento) y al reconocer en la *Tremolino* el barco innombrado en el que *monsieur* George lleva a cabo sus fantásticas transacciones y busca alivio al dolor de su incurable herida. No me desconcierta lo más mínimo esa



exhibición de perspicacia. Es el mismo hombre y la misma *balancelle*. Pero para el propósito de un libro como *El espejo del mar*, todo cuanto podía aprovechar era la historia personal de la pequeña *Tremolino*. La presente obra no es, en modo alguno, un intento por desarrollar un tema que toqué ligeramente en años anteriores y en relación con un tipo de amor muy distinto. Lo que, en su carácter anecdótico, la historia de la *Tremolino* tiene en común con la historia de *La flecha de oro* es que ambas son relatos de iniciación (a través de una difícil prueba que exige una gran determinación) en la vida de las pasiones. En unas cuantas páginas al final de *El espejo del mar* y en todo el conjunto de *La flecha de oro*, ése y no otro es el tema que se ofrece al lector. Esas páginas y este libro forman, unidos, una crónica completa; y lo único que con toda seguridad puedo garantizar a mis lectores es que, tal y como aquí aparece, con todas sus imperfecciones, se la entrego sin omisiones.

Aventuro esta declaración explícita porque, junto a la comprensión y el aprecio de la mayoría, aquí y allá he detectado, por así decirlo, una ligera sospecha. Sospecha de ocultación de algunos hechos, sospecha de que hay explicaciones que no se dan, sospecha de que haya motivos poco apropiados. Pero los hechos que no menciono son los que desconozco y lo que no explico es lo que no comprendí, y si algo parece poco apropiado la culpa es de mi imperfecta sagacidad. Nada que pudiera remediar. En el caso de este libro, no pude suplir esas deficiencias con el ejercicio de mi capacidad de invención. Nunca fue demasiado aguda y, en esta ocasión, su empleo se me antojaba excepcionalmente poco honrado. Es por este motivo ético y por timidez por lo que opté por mantenerme estrictamente dentro de los límites de una sinceridad sin ornato y por procurar ganarme las simpatías de mis lectores sin adoptar una elevada omnisciencia ni descender al subterfugio de las emociones exageradas.

J. C.  
1920

# PRIMERA NOTA

**L**as páginas que siguen han sido extraídas de un grueso manuscrito que, según parece, debía tener un único destinatario, una mujer. Da la impresión de que se trata de una amiga de infancia del autor. Se separaron siendo niños, o poco más que niños. Pasaron los años. Y entonces, algo recordó a esa mujer al compañero de sus días de juventud, y le escribió: «Últimamente he oído hablar de ti. Sé adonde te ha llevado la vida. Desde luego, escogiste tu propio camino. Pero a nosotros, a los que nos quedamos, siempre nos pareció que habías partido hacia un confín remoto. Todos consideramos que había que darte por perdido. Ahora apareces de nuevo, y aunque es posible que no volvamos a vernos, mi memoria te da la bienvenida y te confieso que me gustaría conocer los incidentes de ese camino que te ha conducido al lugar donde te encuentras en estos momentos».

Y él responde: «Creo que eres la única persona viva que recuerda cómo era yo de niño. He tenido noticias de ti de vez en cuando, pero me pregunto qué clase de persona eres ahora. Quizá, si lo supiera, no me atrevería a aplicar la pluma al papel. Pero no sé. Tan sólo recuerdo que fuimos grandes amigos. En realidad, congeniaba mejor contigo que con tus hermanos. Pero soy como la paloma que sale volando de la fábula de las Dos Palomas<sup>[2]</sup>. Si alguna vez comienzo a contarte, me gustaría que tuvieras la impresión de que estuviste en persona allí donde yo estuve. Es posible que ponga a prueba tu paciencia con el relato de mi vida, tan distinta a la tuya, y no sólo por los hechos, sino también por el espíritu. Tal vez no comprendas, acaso te escandalices. Me digo todo esto, pero sé que sucumbiré. Recuerdo con nitidez que, en los viejos tiempos, cuando tenías unos quince años, siempre conseguías que hiciera lo que querías que hiciera».

Y sucumbió. La historia comienza con la minuciosa narración de una aventura que se desarrolló a lo largo de apenas doce meses. En la forma en que aquí la ofrecemos ha sido expurgada de toda alusión al pasado que el autor compartió con la amiga de su infancia, de todos los apartes, disquisiciones y explicaciones dirigidos directamente a esa mujer. Pero incluso tal como el lector lo recibe, el conjunto conserva una extensión considerable. Da la impresión de que el autor no sólo tiene buena memoria, sino que sabe recordar. Claro que, en cuanto a eso, las opiniones pueden diferir.

Su aventura, o, como él afirma, su primera gran aventura, comienza en Marsella y en Marsella concluye, pero podría haber sucedido en cualquier parte. Esto no significa que sus protagonistas podrían haberse reunido en mitad del espacio infinito. El lugar tiene una importancia definitiva. En cuanto a la época, por los acontecimientos resulta fácil deducir que se trata de mediados de la década de 1870, cuando don Carlos de Borbón, animado por la general reacción de Europa entera ante los excesos del republicanismo filocomunista, quiso ganar por las armas el trono de España en los montes y barrancos de Guipúzcoa. Quizá se trate de la última aventura de un pretendiente a una corona que la Historia haya de registrar con la habitual y grave censura moral teñida de bochorno y pesar por el romanticismo que nos deja.

Los historiadores se parecen demasiado al resto de la gente.

Pero la Historia nada tiene que ver con este relato. Tampoco aspira a la condena o justificación morales de una conducta. Si acaso, lo que el autor quizá espere sea un poco de simpatía por su juventud perdida, que ahora revive al término de su insignificante viaje por esta tierra. Extraño personaje, y, sin embargo, tal vez no muy distinto a nosotros.

Pero, como quiero referirme a ciertos hechos, debo añadir unas palabras.

Podría parecer que el autor se zambulló bruscamente en su larga aventura, pero a juzgar por ciertos pasajes (suprimidos aquí porque aparecen mezclados con material irrelevante), se tiene la clara impresión de que, en el momento de la reunión en el café, Mills tiene ya, a raíz del material recogido en diversos círculos, una opinión formada del impaciente joven que ya le habían presentado en un salón ultralegitimista. A consecuencia de lo que Mills había averiguado da la sensación de que el joven era un caballero que había llegado provisto de las debidas credenciales y de que, al parecer, se esforzaba cuanto podía por echar a perder su vida de un modo excéntrico, por un lado con una pandilla de bohemios (de la cual algo más tarde saldría al menos un poeta) y por otro entablando amistad con las gentes de la Ciudad Vieja, esto es, pilotos, marinos de cabotaje, marinos de altura y trabajadores de todas clases. El joven pretendía, de forma bastante absurda, convertirse él mismo en marino y ya se le atribuía una confusa y con toda probabilidad ilegal aventura en el Golfo de México. De inmediato se le ocurrió a Mills que aquel joven excéntrico era la persona idónea para lo que, por aquel entonces, los simpatizantes legitimistas se traían entre manos: llevar un cargamento de armas y munición destinado a los destacamentos carlistas del sur. Fue precisamente para consultar aquel asunto con doña<sup>[3]</sup> Rita para lo que el cuartel general había enviado al capitán Blunt.

Mills se puso en contacto con Blunt sin tardanza y le planteó la propuesta. Al capitán, la idea le pareció bien. En realidad, los dos, Mills y Blunt, se pasaron la noche de carnaval buscando a nuestro hombre por todas partes. Habían decidido involucrarle en el asunto, pero, naturalmente, antes de nada, Blunt quería conocerlo. Debió de parecerle prometedor, si bien, desde otro punto de vista, nada peligroso. Y así, tan a la ligera, fue como el célebre (y al mismo tiempo misterioso) *monsieur* George se introdujo en aquel mundo, a raíz del contacto de dos mentes que no habían dedicado un solo pensamiento ni a su carne ni a sus huesos.

El objetivo común de Mills y Blunt explica el tono íntimo de la primera conversación y la brusca introducción de la historia de doña Rita. Por supuesto, Mills quería saberlo todo. En lo que respecta al capitán Blunt, sospecho que en aquel tiempo no pensaba en otra cosa. Además, doña Rita debía encargarse de persuadir al joven. Al fin y al cabo, la empresa, arriesgada, fea y acaso desesperada, no era precisamente una nadería. No se lo habría parecido a ningún hombre, por joven que fuese.

No puede negarse que, según parece, Mills actuó más bien sin escrúpulos. Da la

impresión de que, en cierto momento, cuando se dirigían al Prado, incluso él tuvo algunas dudas. Pero es posible que, con su agudeza, comprendiera muy bien la naturaleza de lo que tenían entre manos. Tal vez sintiera cierta envidia. Pero no me corresponde a mí excusarle. En cuanto al joven a quien podemos considerar su víctima, es evidente que jamás albergó ningún reproche. Para él, Mills no merecía crítica alguna, lo cual constituye un ejemplo notable del gran poder que sobre los jóvenes tiene la mera singularidad.

# PRIMERA PARTE

## I

Ciertas calles poseen una atmósfera propia, una suerte de fama universal y el aprecio particular de sus ciudadanos. Una de esas calles es la Cannebière. El dicho «Si París tuviera una Cannebière, sería una pequeña Marsella» constituye la expresión jocosa del orgullo de esta ciudad. También yo fui víctima de su hechizo. En mi caso fue la calle que condujo a lo desconocido.

Tenía un tramo en el que uno podía ver hasta cinco grandes cafés en una hilera resplandeciente. Aquella tarde entré en uno de ellos. No estaba lleno, ni mucho menos. En realidad, parecía desierto, festivo y exageradamente iluminado, pero alegre. En aquella calle maravillosa el frío era singular (era noche de carnaval), yo no tenía nada que hacer y me sentía un poco solo. De modo que entré y me senté.

Los carnavales llegaban a su fin. Todo el mundo, de todas las clases, estaba impaciente por apurar los últimos tragos. Grupos de personas enmascaradas, cogidas del brazo y aullando como pieles rojas, recorrían las calles en locas oleadas mientras las rachas del frío mistral sacudían las farolas de gas hasta donde alcanzaba la vista. Había en todo aquello un matiz de locura.

Tal vez fuese esta circunstancia la que me hacía sentirme solo, puesto que yo no llevaba máscara ni disfraz y tampoco gritaba, ni estaba en cualquier otro aspecto en armonía con ese tinte de locura que tiene la vida. Pero no estaba triste. Estaba, simplemente, sobrio. Acababa de regresar de mi segundo viaje a las Indias Occidentales. Mis ojos todavía estaban llenos de esplendor tropical, del recuerdo de mis experiencias, lícitas e ilícitas, que tuvieron su encanto y su emoción. Me sorprendieron un poco y me divertieron considerablemente, pero me dejaron intacto. En realidad, habían sido las aventuras de otros hombres, no las mías. Salvo por el pequeño hábito de responsabilidad que había adquirido, no consiguieron hacerme madurar. Seguía tan joven como antes. Inconcebiblemente joven, pero hermosamente irreflexivo, infinitamente receptivo.

Creerán ustedes que yo no pensaba en don Carlos ni en su lucha por un reino. ¿Por qué iba a hacerlo? No queremos pensar en las cosas que todos los días encontramos en los periódicos y en las conversaciones. Había hecho algunas visitas desde mi regreso y la mayoría de mis amistades era legitimista y estaba profundamente interesadas en los acontecimientos de la frontera española por razones políticas o religiosas o por romanticismo. Pero yo no tenía ningún interés. Al parecer, no era lo bastante romántico. ¿O acaso era incluso más romántico que todas aquellas buenas gentes? El asunto me parecía algo vulgar. Aquel hombre se limitaba a atender sus asuntos, los de un pretendiente.

En la primera página del periódico con ilustraciones que vi sobre una mesa

cercana aparecía con una pinta bastante pintoresca, sentado sobre una roca y rodeado de un paisaje de montañas salvajes, un hombre fuerte, de barba cuadrada, con las manos apoyadas en la empuñadura de un sable de caballería. Aquel grabado de tan espiritual composición me llamó la atención. (En aquellos días no existían aún esas inanes reproducciones fotográficas). Era, evidentemente, la imagen romántica para uso de realistas, pero consiguió interesarme.

En ese preciso instante, unos enmascarados invadieron el café, bailando cogidos de la mano y formando una sola fila encabezada por un hombre fornido con una nariz de cartón. Irrumpió en el lugar dando saltos y tras él entraron quizá otras veinte personas, Pierrots y Pierrettes en su mayoría, cogidas de la mano y dando vueltas entre las sillas y las mesas, con los ojos brillantes bajo sus máscaras de cartón y el torso jadeante, aunque todos respetaban un misterioso silencio.

Eran gente muy pobre (algodón blanco con lunares rojos, disfraces), pero entre ellos había una niña con un vestido negro adornado con medias lunas doradas, el cuello alto y la falda muy corta. La mayoría de los habituales del café ni siquiera apartaron los ojos de sus partidas o de sus diarios. Yo, solo y sin nada que hacer, miré distraídamente. La niña vestida de Noche llevaba un pequeño antifaz de terciopelo negro, eso que en francés llaman un *loup*. Por qué una criatura tan delicada se unió a una pandilla tan palmariamente tosca soy incapaz de imaginarlo. Su boca y su barbilla, que el antifaz dejaba al descubierto, sugerían una belleza refinada.

Desfilaron por delante de mi mesa. Es posible que la Noche advirtiera que tenía la mirada puesta en ella, porque, echándose hacia delante, sacó el cuerpo de la serpenteante cadena humana y me enseñó su rosada lengua, afilada como un dardo. El gesto me cogió desprevenido, hasta el punto de que ni siquiera pude responder con un apreciativo «*Très joli*<sup>[4]</sup>» antes de que la niña retorciera el cuerpo y se alejara dando brincos. No obstante, después de ser objeto de tal distinción, no pude por menos que seguirla con la mirada hasta la puerta, donde la cadena de manos entrelazadas se rompió para que todos los enmascarados intentaran salir a la vez. Dos caballeros que en aquel momento entraban en el local se vieron en mitad del tropel. La Noche también les sacó la lengua (debía de ser una manía). Con gran presencia de ánimo, el más alto de los dos (vestía de etiqueta y llevaba un abrigo ligero y desabrochado) le dio una palmadita en la barbilla, permitiéndome al mismo tiempo la visión de su blanca dentadura, enmarcada por un rostro oscuro y enjuto. El segundo era muy distinto: rubio, de rostro rubicundo y suave, ancho de hombros. Llevaba un traje gris que, evidentemente, no estaba cortado a medida y le quedaba demasiado estrecho. Era de constitución poderosa.

Este hombre no era un desconocido para mí, llevaba más o menos una semana buscándole. Me había acercado a todos los lugares públicos en donde, en una ciudad de provincias, cabe esperar que los hombres se encuentren. Lo vi por vez primera, con el mismo traje estrecho, en un salón legitimista donde, resultaba obvio, suscitaba un enorme interés, especialmente entre las mujeres. Oí su nombre, le llamaban



«*monsieur Mills*». La dama que me lo presentó aprovechó la primera oportunidad para murmurarme al oído:

—Es pariente del señor X —*Un proche parent de Lord X*<sup>[5]</sup>; y añadió—: Buen amigo del rey.

Por supuesto, se refería a don Carlos.

Me fijé en el *proche parent*, no a causa del parentesco, sino maravillado por la comodidad con que movía su excesivo cuerpo y su estrecho traje. Pero no quedó ahí la información que me proporcionó la dama.

—Llegó aquí como *un naufragé*.

Fue entonces cuando me interesó de verdad. Jamás había visto a un naufrago. Se despertó el niño que hay en mí. Para mí, un naufragio era un acontecimiento inevitable del que, más pronto o más tarde, yo habría de ser protagonista en el futuro.

Entretanto, el hombre así distinguido a mis ojos miraba tranquilamente a su alrededor y no decía palabra a no ser que alguna de las damas presentes se dirigiera directamente a él. En la sala había más de una docena de personas, mujeres en su mayoría, devorando exquisitos dulces y charlando apasionadamente. Podría haberse tratado de la reunión de un comité carlista de carácter particularmente fatuo. Incluso yo, pese a mi juventud e inexperiencia, me percaté de ello. Y eso que yo era, con mucho, la persona más joven del lugar. El discreto *monsieur Mills* me intimidaba un poco por su edad (supongo que tendría unos treinta y cinco años), su enorme tranquilidad, sus ojos claros y vigilantes. Pero la tentación era demasiado grande, así que le hablé impulsivamente, interesándome por su naufragio.

Volvió su enorme y atractivo rostro hacia mí. Me miró con sorpresa, tenía unos ojos penetrantes. A continuación, como si hubiera visto a través de mí por un instante y no encontrado nada objetable, su actitud cambió sutilmente y se transformó en simpatía. Sobre el naufragio no me contó gran cosa. Tan sólo me dijo que no había ocurrido en el Mediterráneo, sino al otro lado de la Francia meridional, en el Golfo de Vizcaya.

—Pero éste no es lugar para relatar una historia de ese tipo —observó, mirando a uno y otro lado con una sonrisa leve y tan atractiva como el resto de su rústica pero distinguida personalidad.

Le expresé mi decepción. Me habría gustado conocer esa historia. A esto, añadió que no era ningún secreto y que tal vez la próxima vez que nos viésemos...

—Pero ¿dónde vamos a vemos? —repliqué—. No vengo muy a menudo a este lugar, ¿sabe?

—¿Dónde? Pues en la Cannebière, sin duda. Todo el mundo se tropieza con todo el mundo al menos una vez al día frente a *La Bourse*<sup>[6]</sup>, en la acera.

Era completamente cierto. Pero aunque le busqué en días sucesivos, no le vi en ninguno de los lugares habituales. Los compañeros de mis horas ociosas (y por aquel entonces todas mis horas lo eran) advirtieron mi preocupación y se burlaron sin disimulo. Querían saber si la mujer a quien esperaba ver era rubia o morena, si la

fascinación que me tenía entre las ascuas de la espera la motivaba una de mis aristócratas o una de mis bellezas marinas, porque sabían que yo tenía un pie en ambos ¿puedo llamarlos «círculos»? En cuanto a ellos, constituían el círculo bohemio, no muy amplio, por cierto: media docena de miembros encabezados por un escultor a quien para abreviar llamábamos «Prax». Mi propio sobrenombre era «Joven Ulises». Me gustaba.

Pero con burlas o sin ellas, la verdad es que se habrían llevado una gran sorpresa si hubieran visto que los abandonaba por el fornido y cordial Mills. Yo estaba dispuesto a prescindir de la compañía de mis iguales por acercarme a aquel hombre tan interesante con la mayor deferencia mental. Y no precisamente a causa del naufragio. Me atraía y me interesaba todavía más porque no se le veía por ninguna parte. El temor de que se hubiera marchado de repente a Inglaterra —o a España— me causó una especie de ridículo abatimiento, como si hubiera perdido una oportunidad única. Y fue una reacción gozosa la que, desde el otro extremo del café, me impulsó a hacerle una seña con el brazo.

Me avergoncé de inmediato cuando vi que se aproximaba a mi mesa con su amigo. Éste hacia gala de una elegancia eminente. Era exactamente como uno de esos personajes que cualquier noche de mayo pueden verse en los alrededores de la Ópera de París. Era muy parisino, en efecto. Y sin embargo, me sorprendió, porque no parecía tan perfectamente francés como debiera, como si la nacionalidad fuera un atributo con diversos grados de excelencia. En cuanto a Mills, era del todo insular. Sobre él no podía haber la menor duda. Ambos me sonrieron ligeramente. El fornido Mills hizo las presentaciones.

—El capitán Blunt.

Nos estrechamos la mano. El nombre no me decía gran cosa. Lo que me sorprendió fue que Mills recordase tan bien el mío. No quisiera pecar de modestia, pero la verdad es que me parecía que dos o tres días eran tiempo más que suficiente para que un hombre como Mills se olvidase de mi existencia. En cuanto al capitán, me asombró al verlo más de cerca la perfecta corrección de su personalidad. Atuendo, figura esbelta, rostro bien marcado, delgado y bronceado, porte, todo esto me pareció muy refinado, tanto, que únicamente lo salvaban de la banalidad unos ojos negros y móviles de una agudeza poco habitual en el sur de Francia y todavía menos en Italia. Por otro lado, vestido de paisano, no tenía un aspecto suficientemente profesional. Una imperfección que también resultaba interesante.

Acaso piense usted que exagero a propósito la sutileza de mis impresiones, pero, tras una vida áspera, en realidad, muy áspera, créame si le digo que son las sutilezas de las personalidades, de las relaciones y de los acontecimientos lo que más peso tiene en nuestros intereses y en nuestros recuerdos: en realidad, quizá no cuente ninguna otra cosa. Aquélla, dese cuenta, fue la última tarde de esa parte de mi vida en la que todavía no conocía a esa mujer. Aquéllas fueron las últimas horas de una existencia anterior. No es culpa mía que en el momento decisivo no estén asociadas a

nada mejor que a los esplendores banales de un café lujoso y a la locura y al escándalo del carnaval que animaba las calles.

Sin embargo, en nuestra mesa, los tres (desconocidos casi por completo entre nosotros) adoptamos actitudes de grave afabilidad. Un camarero se aproximó a tomar nota y fue entonces, gracias a que yo pedí un café, cuando tuve conocimiento de lo primero que supe del capitán Blunt: que padecía insomnio. Con aquella impasibilidad tan propia de él, Mills comenzó a cargar su pipa. Me sentí muy violento, cuando no positivamente molesto, cuando vi entrar por la puerta del café a nuestro Prax con una especie de vestimenta medieval muy parecida a la que Fausto luce en el tercer acto. No tuve la menor duda de que, en esta ocasión, estaba confeccionada para un Fausto puramente operístico. De sus hombros flotaba un manto ligero. Se acercó con aire sin duda teatral hasta nuestra mesa y, llamándome «Joven Ulises», me propuso que saliera a los campos de asfalto y le ayudara a reunir unas cuantas margaritas con las que decorar una cena verdaderamente infernal que se estaba organizando al otro lado de la calzada, en la planta superior de la Maison Dorée. Moviendo la cabeza para reconvenirle y con una mirada de indignación, llamé su atención sobre el hecho de que yo no estaba solo. Retrocedió un paso, como si le sorprendiera el descubrimiento, se quitó la toca de terciopelo emplumada con una reverencia tan baja que las plumas barrieron el suelo y abandonó la escena con arrogancia, con la mano izquierda apoyada en la daga de utilería que llevaba colgada del cinturón.

Entretanto, el bien relacionado pero rústico Mills se había ocupado de encender su pipa y el distinguido capitán seguía sentado tranquilamente, sin dejar de sonreír para sí. Me sentí muy irritado y pedí disculpas por la intromisión, afirmando que aquel tipo era un futuro gran escultor y una persona totalmente inofensiva, pero que, al parecer, las toneladas de aire nocturno que debía de haber tragado se le habían subido a la cabeza.

A través de la nube del humo de tabaco en que había envuelto su gran cabeza, Mills fijó en mí sus ojos azules, cordiales y extraordinariamente penetrantes. La fina y oscura sonrisa del capitán se hizo más amable. ¿Podía él saber por qué mi amigo me había llamado «Joven Ulises»? preguntó, e inmediatamente añadió, con una picardía muy cortés, que Ulises era un personaje muy sagaz. Mills no me permitió responder.

—Ese antiguo griego fue famoso como viajero, el primer marino de la historia —aseguró, señalándome descuidadamente con su pipa.

—¡Ah, *vraiment*<sup>[7]</sup>! —El educado capitán parecía incrédulo, y algo cansado—. ¿Es usted hombre de mar? ¿En qué sentido, si me lo permite?

Hablábamos en francés. Empleó el término *homme de mer*.

Mills volvió a intervenir, con serenidad.

—En el mismo sentido en que usted es un hombre de armas (*homme de guerre*).

Fue entonces cuando escuché al capitán Blunt pronunciar una de sus sorprendentes declaraciones. Hizo dos, ésta fue la primera.

—Vivo de mi espada.

Lo dijo con una elegancia extraordinaria, lo cual, unido al fondo de la cuestión, me hizo olvidar que yo tenía lengua. Me limité a mirarlo, no pude hacer más. Acto seguido añadió, con mayor naturalidad:

—Segundo regimiento de caballería de Castilla —y a continuación, en español y con acento muy marcado—: *En las filas legítimas*<sup>[8]</sup>.

Se oyó la voz de Mills, impasible, como Júpiter desde su nube:

—Está de permiso.

—Por supuesto, no es algo que vaya pregonando a los cuatro vientos —señaló el capitán aludiéndome directamente—, de igual manera que nuestro amigo no habla de su naufragio. No debemos forzar demasiado la tolerancia de las autoridades francesas. No sería muy correcto... ni tampoco muy seguro.

De repente, me sentí profundamente satisfecho de mi compañía. Ante mis ojos, a mi lado, un hombre que «vivía de su espada». Así pues, todavía quedaban en el mundo personas así. Y frente a mí, con su aire de vigilante e impasible benevolencia, suficiente en sí misma para suscitar el interés de cualquiera, un hombre protagonista de un naufragio que no podía pregonarse a los cuatro vientos. ¿Por qué?

Comprendí muy bien por qué cuando me dijo que se había enrolado en el *Clyde*, un pequeño vapor fletado por un pariente —«un hombre muy rico», observó (probablemente el señor X, pensé yo)—, un barco que debía transportar armas y suministros al ejército carlista. Y no fue un naufragio en el sentido ordinario. Todo transcurrió a pedir de boca hasta el último momento, cuando, de pronto, apareció el *Numancia*, un barco acorazado republicano, y les dio caza al sur de Bayona, junto a las costas francesas. En pocas palabras, pero con evidente aprecio por la aventura, Mills nos describió de qué forma nadó hasta la playa ataviado tan sólo con una faltriquera y un par de pantalones. Llovían por todas partes los proyectiles hasta que desde Bayona llegó una pequeña cañonera y ahuyentó al *Numancia*, que se vio obligado a alejarse de las aguas territoriales francesas.

Fue un relato gracioso y entretenido y yo quedé fascinado por la imagen mental de aquel hombre tranquilo rodando sobre las olas y emergiendo, sin aliento y como he dicho, en las bellas tierras francesas, convertido en contrabandista de material de guerra. Pero no le arrestaron ni le expulsaron, puesto que allí estaba, delante de mí. Cómo y por qué se había alejado tanto del lugar de su aventura marítima era una cuestión interesante. Y se la hice con la indiscreción más ingenua, lo cual no le inquietó, al menos visiblemente. Me dijo que, como el barco no se había hundido, sino que tan sólo había encallado, la carga de contrabando que llevaba a bordo seguía sin duda en buen estado. Los empleados de aduanas franceses vigilaban. Si alguien conseguía, por así decirlo, eliminar o, simplemente, reducir esa vigilancia, ciertos botes de pesca españoles podrían, durante la noche y con el mayor sigilo, hacerse con una gran parte de los fusiles y cartuchos que quedaban en el barco. De ese modo el cargamento, pese a todo, llegaría a mano de los carlistas. Mills creía que podía

hacerse.

Yo afirmé, con la seriedad de un profesional, que si se sucedían unas cuantas noches en calma (algo raro en aquella costa), sin duda podía hacerse.

El señor Mills no temía a los elementos. Era el muy inconveniente celo de los empleados de aduanas franceses lo que, de algún modo, habría que solventar.

—¡Cielos! —exclamé, atónito—. No se puede sobornar a las aduanas francesas. Esto no es una república sudamericana.

—¿Es una república? —murmuró, concentrado en su pipa de madera.

—¿No lo es?

Y volvió a murmurar.

—Oh, lo es tan poco.

Me reí, y una expresión ligeramente humorística cruzó el semblante de Mills. No. Los sobornos quedaban descartados, admitió. Pero en París la causa legitimista suscitaba muchas simpatías. La persona apropiada podía lograr que entrasen en juego y una mera insinuación de las altas instancias a los funcionarios locales en el sentido de que no se preocuparan demasiado por aquel naufragio...

Lo más atractivo era el tono frío y razonable de aquel proyecto asombroso. El señor Blunt seguía sentado a nuestro lado, distante, con la mirada perdida en este o aquel detalle del café. Fue mientras miraba hacia arriba, al pie rosado de una carnosa y muy escorzada diosa de algún tipo integrada en una enorme composición de estilo italiano pintada en el techo, cuando soltó sin el menor hincapié las palabras:

—Ella lo hará de la forma más sencilla.

—Todos los agentes carlistas de Bayona me lo han asegurado —dijo el señor Mills—. Tenía pensado dirigirme directamente a París, pero me dijeron que había salido hacia aquí con intención de tomarse un descanso: fatigada, descontenta. Un informe muy poco alentador.

—Esas escapadas son bien conocidas —murmuró el señor Blunt—. No le pasa nada, ya lo verá.

—Sí, me dijeron que usted...

Intervine.

—¿Están diciendo que esperan que una mujer arregle por ustedes una cosa así?

—Para ella, una nadería —señaló el señor Blunt sin darle importancia—. A las mujeres se les dan mejor ese tipo de cosas. Tienen menos escrúpulos.

—Más audacia —precisó el señor Mills casi entre susurros.

El señor Blunt guardó silencio por unos instantes. Luego:

—Ya ve —dijo, dirigiéndose a mí con un tono muy refinado—, a cualquier hombre le pueden dar la patada en el momento más inesperado.

No sé por qué, pero el comentario dejó huella. Desde luego, no pudo ser porque no fuera cierto. El otro no me dio tiempo a añadir nada. Me preguntó, con exquisita educación, qué sabía yo de las repúblicas sudamericanas. Le confesé que muy poco. De viaje por el Golfo de México había visto algo aquí y allá. Entre otras cosas, pasé

algunos días en Tahití, que, por su condición de república negra, era, por descontado, un lugar único. Tras decir yo esto, el capitán Blunt inició un discurso sobre los negros. Habló de ellos con conocimiento, inteligencia y una suerte de cariño desdeñoso. Generalizó, particularizó, contó algunas anécdotas. Yo le escuché con interés, cierta incredulidad y considerable sorpresa. ¿Qué podía saber de los negros un hombre de aspecto tan parisino y modales tan de salón que en una ciudad de provincias parecía un exiliado?

Mills, en silencio y con su aire de inteligencia atenta, pareció leer mis pensamientos. Agitó su pipa levemente y me explicó:

—El capitán es de Carolina del Sur.

—Oh —murmuré. Acto seguido, tras la más ligera de las pausas, escuché la segunda de las declaraciones del señor J. K. Blunt.

—*Si, je mis américain, catholique et gentilhomme* —dijo. Su tono contrastaba tan marcadamente con su sonrisa y subrayaba, por así decirlo, tanto sus palabras, que no supe si devolverle la sonrisa o aceptar la aclaración con una pequeña y grave inclinación de cabeza. Por supuesto, no hice ni una cosa ni otra y nos sumimos en un silencio extraño y equívoco que marcó nuestro abandono definitivo del idioma francés.

Fui yo quien rompió el silencio para proponer a mis compañeros que cenasen conmigo, no al otro lado de la calle, que, con más de una cena *infernal*, estaría a rebosar, sino en otro establecimiento mucho más selecto situado lejos de la Cannebière, en una zona tranquila. Halagó un poco mi vanidad poder decir que siempre tenía mesa reservada en un rincón del Salon des Palmiers, también llamado Salon Blanc, donde se respiraba un ambiente legitimista y extremadamente decoroso incluso en época de carnaval.

—En política —afirmé—, nueve décimas partes de sus dientes suscribirían la opinión de ustedes, aunque no sé si tal cosa les parece un aliciente o todo lo contrario. Vayamos, disfrutemos de la fiesta —les animé.

Por mi parte, no me sentía especialmente festivo. Lo que deseaba era seguir en compañía de aquellas dos personas y quebrar una inexplicable sensación de constreñimiento de la que era particularmente consciente. Mills me observó con detenimiento, con una sonrisa leve y amable.

—No —dijo Blunt—. ¿Por qué íbamos a ir a un lugar como ése? De madrugada acabarían por echamos, y entonces tendríamos que volver a casa y hacer frente al insomnio. ¿Imaginan algo más desagradable?

Dijo esto sin dejar de sonreír, aunque sus profundos ojos no cedieron a la expresión de enigmática cortesía que pretendió conseguir. Tenía otra propuesta. ¿Y si nos retirábamos a sus habitaciones? Tenía allí los ingredientes necesarios para un plato de su propia creación que le había hecho famoso en todos los puestos avanzados de la Caballería Real y que cocinaría para nosotros. Tenía también algunas botellas de vino blanco que, muy posiblemente, podríamos beber en copas de cristal de Venecia.

Un festín campestre, en realidad. Y no nos echaría de madrugada. Él no. No podía dormir.

¿Es preciso que diga que me fascinó la idea? Pues bien, sí. Pero lo cierto es que vacilé y miré a Mills, mi superior en tantas cosas. Mills se levantó sin decir palabra. Resultó decisivo, porque ninguna oscura premonición, y mucho menos de algo indefinido, podía oponerse y vencer al ejemplo de su tranquila personalidad.

## II

**L**a calle en que vivía el señor Blunt apareció ante nuestros ojos, estrecha, silenciosa, desierta y oscura, pero con suficientes farolas de gas para revelarnos su rasgo más llamativo: la cantidad de astas que se elevaban sobre gran parte de sus cerrados portales. Era la calle de los Cónsules. Comenté al señor Blunt que, todas las mañanas, al salir, podía ver las banderas de todas las naciones salvo de la suya. (El consulado de los Estados Unidos se encontraba al otro lado de la ciudad). Entre dientes respondió que tenía buen cuidado de no acercarse a su consulado.

—¿Le da miedo el perro? —pregunté con ánimo jocosos. El perro del cónsul debía de pesar alrededor de medio kilo y era conocido en toda la ciudad, porque, sobre el antebrazo consular, se exhibía en todas partes y a todas horas, aunque principalmente a la hora del paseo de moda por el Prado.

Tuve la impresión de que mi jocosidad estaba fuera de lugar cuando Mills masculló en mi oído:

—Ese lugar está lleno de yanquis.

—Por supuesto —murmuré, algo confuso.

Los libros no son nada. Me di cuenta de que hasta ese momento no había sido consciente de que la Guerra de Secesión norteamericana no era un tema impreso en papel, sino un hecho sucedido hacía apenas diez años. Naturalmente, el capitán Blunt era un caballero del sur. Me avergonzó un poco mi falta de tacto. Entretanto, como corresponde a la imagen del calavera convencional, el capitán, que llevaba un sombrero operístico echado hacia atrás, tenía ligeras dificultades con la llave. La casa ante la que nos habíamos detenido no era uno de esos edificios de varias plantas que jalonaban la mayor parte de la calle. Sólo tenía una hilera de ventanas sobre la planta baja. Los muros ciegos colindantes indicaban que tenía jardín. Su sombría fachada no poseía ningún rasgo arquitectónico destacado y, bajo la tenue luz de una farola, daba la impresión de estar muy venida a menos. Tanto mayor fue mi sorpresa al pasar a un vestíbulo embaldosado en mármol blanco y negro y, según me sugería la penumbra, de proporciones palaciegas. El señor Blunt no encendió la pequeña y solitaria lámpara de gas, nos guió a través del suelo ajedrezado más allá del pie de la escalera, más allá de una puerta de reluciente madera oscura con un pesado picaporte de

bronce —daba paso a sus habitaciones, nos dijo—, y nos condujo directamente hasta el estudio, situado al final del corredor.

Era un lugar bastante pequeño adosado a la casa por el lado que daba al jardín, como un cobertizo. En él ardía vivamente una enorme lámpara. El suelo era de baldosas sencillas, pero con unas pocas alfombras que, aunque muy desgastadas, parecían muy caras. Había también un precioso sofá tapizado en seda rosa estampada, un diván enorme repleto de cojines, varios sillones espléndidos y de formas diversas (aunque todos muy raídos), una mesa redonda y, en medio de tantos muebles magníficos, una estufa de hierro pequeña y corriente. Alguien debía de haber estado allí hacía no mucho, porque el fuego crepitaba y el lugar estaba caldeado, lo cual era de agradecer tras padecer las ráfagas de mistral que azotaban la calle, frías hasta calar los huesos.

Sin mediar palabra, Mills se dejó caer en el diván y, recostándose en el brazo, se quedó observando reflexivamente un rincón donde, a la sombra de un monumental armario tallado, reposaba un maniquí articulado y sin cabeza ni manos pero de miembros hermosamente torneados que, en actitud de encogerse, parecía sentir embarazo ante aquella mirada.

Mientras estábamos sentados y disfrutábamos de la hospitalidad de *bivouac*<sup>[9]</sup> del capitán Blunt (el plato era realmente excelente y nuestro anfitrión, pese a llevar ahora una levita gris y desgastada, no había perdido su aspecto de hombre de mundo), yo no dejaba de mirar hacia aquel rincón. Blunt lo advirtió y señaló que tenía la impresión de que yo me sentía muy atraído por la emperatriz.

—Es desagradable —dije—. Parece acecharnos desde ese rincón como un esqueleto tímido. Pero ¿por qué llama emperatriz a ese maniquí?

—Porque durante días y días sirvió de modelo para la emperatriz de Bizancio a un pintor... Me pregunto dónde descubría piezas tan impagables... Tengo entendido que usted le conocía.

Mills agachó la cabeza lentamente, y derramó en su garganta el vino de una copa de cristal de Venecia.

—Esta casa está llena de objetos caros. Como todas sus casas, como su casa de París, el misterioso Pabellón oculto en algún lugar de Passy.

Mills conocía el Pabellón. Supongo que el vino le había soltado la lengua. También Blunt perdió parte de su característica discreción. De sus palabras deduje la imagen de una personalidad excéntrica, de un hombre de gran riqueza, no tanto un solitario como alguien a quien resultaba difícil acceder, un coleccionista de objetos hermosos, un pintor conocido tan sólo dentro de un círculo muy reducido y en absoluto por el mercado. Pero como, entretanto, yo había ido vaciando mi copa de cristal de Venecia con cierta regularidad (era sorprendente el calor que desprendía la estufa de hierro, reseca la garganta, y aquel vino pajizo no parecía mucho más fuerte que un agua agradablemente endulzada), sus voces y expresiones adquirieron en mi cabeza un cariz fantástico. De repente me di cuenta de que Mills estaba en



mangas de camisa. No sabía cuándo se había despojado de su levita. Por su parte, Blunt había desabrochado su desgastada chaqueta y ahora, bajo su oscuro y rasurado mentón y la corbata blanca, dejaba ver la pechera de su camisa almidonada. Exhibía una extraña insolencia, o eso me pareció. Me dirigí a él alzando la voz mucho más de lo que en realidad pretendía.

—¿Conoció a ese hombre extraordinario?

—Para conocerlo personalmente uno tenía que ser o muy distinguido o muy afortunado. El señor Mills, aquí presente...

—Sí, yo fui muy afortunado —interrumpió Mills—, el distinguido era mi primo. Así conseguí entrar en su casa de París, esa que llaman el Pabellón, dos veces.

—¿También vio dos veces a doña Rita? —inquirió Blunt con una sonrisa indefinida y marcado énfasis.

Mills también fue enfático en su respuesta, pero su semblante estaba serio.

—No soy demasiado entusiasta en cuestión de mujeres, pero de entre todos los artículos de incalculable valor que fue acumulando en esa casa ella es, sin la menor duda, su hallazgo más admirable... el más admirable...

—¡Ah! Pero ¿se da cuenta? Tantos objetos y, sin embargo, tan sólo ella está viva —señaló Blunt con leve sarcasmo.

—Mucho, sí —afirmó Mills—. Y no precisamente porque se moviera mucho. En realidad, ¿sabe usted?, apenas se levantó de aquel sofá colocado entre dos ventanas.

—No, no lo sé, nunca he estado allí —declaró Blunt con aquel destello de su blanca dentadura tan extrañamente falto de personalidad que resultaba perturbador.

—Pero irradia vida —continuó Mills—. Vida tiene de sobra y es muy distinguida. Mi primo y Henry Allègre tenían mucho que contarse, de modo que tuve oportunidad de hablar con ella. En mi segunda visita nos comportamos como si fuéramos viejos amigos, lo cual resultaba absurdo, considerando que lo más probable era que no volviéramos a vernos ni en este mundo ni en el próximo. No pretendo meterme en teologías, pero me da la impresión de que ella tendrá un lugar en los Campos Elíseos, y en una compañía muy especial.

Todo esto con mucha simpatía y con su actitud impasible. La dentadura de Blunt despidió un nuevo destello.

—Yo diría que mulata —musitó, y añadió, más alto—: Como, por ejemplo...

—Como, por ejemplo, Cleopatra —repuso Mills con tranquilidad, y, después de una pausa, añadió—: Que no era precisamente guapa.

—Yo diría más bien una La Vallière<sup>[10]</sup> —dejó caer Blunt con una indiferencia difícil de interpretar. Tal vez el tema comenzase a aburrirle, pero quizá su desinterés fuera fingido. El personaje no me resultaba del todo definible. A mí, en cambio, el asunto no me era indiferente. Una mujer es siempre un tema interesante y, por mi parte, yo estaba plenamente abierto a ese interés. Mills sopesó la cuestión durante unos momentos con una especie de desapasionada benevolencia. Por fin:

—Sí, en lo que a mí respecta, doña Rita es tan diversa en su simplicidad que

incluso eso es posible —dijo—. Sí, una La Vallière romántica y resignada... con una gran boca.

Sentí el impulso de hacerme oír.

—¿También conoció usted a La Vallière? —pregunté, con impertinencia.

Mills se limitó a dirigirme una sonrisa.

—No, no soy tan viejo —repuso—. Pero no es tan difícil conocer datos de esa clase sobre un personaje histórico. En aquella época circularon algunos versos procaces. Luis XIV se congratulaba de poseer, la verdad es que no recuerdo muy bien cómo era, de poseer

*... de ce bec amoureux  
qui d'une oreille a l'autre va,  
tra là là<sup>[11]</sup>*

o algo parecido. No tiene por qué ir de oreja a oreja, pero es un hecho que una gran boca es con frecuencia señal de cierta generosidad de mente y de espíritu. Joven, cuidado con las mujeres de boca pequeña. Cuidado también con las demás, por supuesto, pero una boca pequeña es un signo fatal. En fin, por lo que he oído, los simpatizantes realistas no pueden acusar a doña Rita de falta de generosidad. ¿Por qué iba a juzgarla? En realidad, creo que no he pasado con ella más de seis horas. Suficientes, sin embargo, para sentir la seducción de su inteligencia natural y de su espléndido físico. Y todo ello se me concedió muy pronto —concluyó—, porque posee lo que un francés ha llamado «el don terrible de la familiaridad».

Blunt, que había escuchado con aire taciturno, asintió con aprobación.

—¡Sí! —Mills seguía sumido en el pasado—. Y al despedirse puede poner en un instante una inmensa distancia de por medio. Una pequeña rigidez de su figura perfecta, un cambio en su fisonomía. Fue como sentirse despreciado por un miembro de la alta nobleza. Aunque te ofrezca su mano, como me sucedió a mí, es como si lo hiciera a través de un río muy ancho. ¿Buenos modales o un leve asomo de la verdad? Tal vez sea uno de esos seres inaccesibles. ¿Usted qué opina, Blunt?

Era una pregunta directa que, por alguna razón (como si el umbral de mi sensibilidad hubiera descendido), me desagradó o, mejor dicho, me conturbó de modo extraño. Al parecer, Blunt no escuchó. Sin embargo, al cabo de un rato se volvió hacia mí.

—Ese gordo —dijo, con un tono de perfecta urbanidad— es tan fino como una aguja. Todas esas declaraciones sobre la seducción y luego esta duda final, expresada después de tan sólo dos visitas que, en conjunto, no pudieron superar las seis horas, y, además, ¡hace tres años de eso! Pero es a Henry Allègre a quien debería hacerle esa pregunta, señor Mills.

—No conozco el secreto de la resurrección de los muertos —repuso Mills con buen humor—. Y si lo tuviera, dudaría. Me parecería una libertad exagerada con una

persona a quien conocí tan poco.

»Y, sin embargo, Henry Allègre es la única persona a quien se puede preguntar por ella, después de que se hicieran compañía de forma ininterrumpida y durante años, desde que la descubrió; todo el tiempo, con cada respiración, hasta, literalmente, su último aliento. No quiero decir que lo atendiera, que lo cuidara, para eso tenía él a su hombre de confianza. No podía soportar la compañía de las mujeres y, entonces, de repente, ya no pudo soportar no ver a una mujer en particular. La única que posó para él, porque jamás pudo sufrir a ninguna modelo en su casa. Por eso *Niña con sombrero* y *La emperatriz de Bizancio* tienen ese aire tan familiar, pese a que ninguna de ellas es en realidad un retrato de doña Rita... ¿Conoce a mi madre?

Mills inclinó el cuerpo ligeramente y una sonrisa esquiva desapareció de sus labios. Blunt clavó los ojos en el centro mismo de su plato vacío.

—En ese caso tal vez esté al tanto de sus relaciones artísticas y literarias —prosiguió Blunt cambiando sutilmente de tono—. Mi madre comenzó a escribir poesía a los quince años. Y todavía lo hace. Todavía tiene quince años; una niña mimada con talento. De modo que pidió a uno de sus amigos poetas, nada menos que al mismísimo Versoy, que le concertara una visita a la casa de Henry Allègre. Al principio, el poeta creyó que no la había oído bien. Debe usted saber que, para mi madre, ningún hombre que no se desviva por satisfacer los caprichos de una mujer puede tenerse por caballero. Pero, quizá, ¿sabe...?

Mills negó con la cabeza. Algo le divertía. Blunt, que había levantado la mirada del plato para mirarle, prosiguió con gran parsimonia.

—No se concede paz alguna, ni a sus amigos tampoco. Mi madre es exquisitamente absurda. Comprenderá que todos esos pintores, poetas, coleccionistas de arte y marchantes de baratijas —añadió esto último entre dientes— de mi madre no son de mi estilo, pero Versoy vive más como un hombre de mundo. Un día me encontré con él en la escuela de esgrima. Estaba furioso. Me pidió que le dijera a mi madre que aquélla era la última vez que le permitía aprovecharse de su caballerosidad. Mi madre le encomendaba tareas demasiado difíciles. Pero me atrevo a decir que le complació demostrar que tenía cierta influencia en aquellos círculos. Sabía que mi madre se lo contaría todo a la esposa del mundo. Es un canalla ácido y rencoroso. El cráneo le brilla como una bola de billar, creo que todas las mañanas le saca brillo con un paño. Por supuesto, no pasaron del gran salón del primer piso, una estancia enorme, con tres pares de columnas en el centro. Las puertas dobles que hay en lo alto de la escalera estaban abiertas de par en par, como preparadas para una visita de la realeza. Imaginen a mi madre, con su cabello blanco peinado al estilo del siglo dieciocho y sus chispeantes ojos negros, entrando en aquellos esplendores de la mano de una especie de ardilla calva y furiosa, y a Henry Allègre saliendo a recibirlos como un severo príncipe con una cara como del sepulcro de un cruzado, grandes manos blancas, voz grave y aterciopelada y ojos entrecerrados, como si los mirase desde arriba, desde un palco. ¿Recuerda esa costumbre suya, Mills?

Mills dejó escapar una enorme nube de humo de entre sus dilatadas mejillas.

—Me atrevo a decir que estaba furioso —continuó Blunt sin apasionamiento—. Pero era extraordinariamente cortés. Le enseñó a mi madre todos los *tesoros* del salón: marfiles, esmaltes, miniaturas, toda suerte de monstruosidades de Japón, de India, de Tombuctú... por lo que sé... Fue condescendiente hasta el extremo de ordenar que le bajaran al salón *Niña con sombrero*, de medio cuerpo y sin enmarcar. Colocaron el cuadro sobre una silla, para que mi madre pudiera contemplarlo. *La emperatriz de Bizancio* ya estaba allí, colgado en la pared del fondo, terminado, con un marco dorado que pesaba media tonelada. Primero mi madre abrumó al «maestro» cuando le dio las gracias, luego se quedó absorta, adorando *Niña con sombrero*. Al final suspiró: «Debería llamarse *Diaphanéité*, si es que esa palabra existe. ¡Ah! ¡Es la última expresión de la modernidad!». A continuación, puso en juego su insolencia y se fijó en la pared del fondo.

»—¡Y ése es Bizancio mismo! ¿Quién era esa emperatriz tan bella y tan hosca?

»—Yo estaba pensando en Teodosia —consintió en responder Allègre—. Que anteriormente fue esclava, no sé de dónde.

»Mi madre puede ser maravillosamente indiscreta cuando se lo propone y no se le ocurrió otra cosa que preguntar al “maestro” por qué se inspiró para las dos caras en la misma modelo. Sin duda, se sentía orgullosa de su buen ojo. En realidad, demostró gran agudeza. A Allègre, en cambio, el comentario le pareció una colosal impertinencia. Pero respondió con la mayor suavidad.

»—Quizá sea porque vi en esa mujer algo de las mujeres de todas las épocas.

»Mi madre debió de percatarse de que estaba pisando terreno resbaladizo. Es extraordinariamente inteligente. Además, tendría que haberse dado cuenta. Pero hay veces en que las mujeres son milagrosamente espesas. De forma que exclamó: “¡Pues es una maravilla!”. Y con idea de halagar al pintor añadió que sólo los ojos del descubridor de tantas maravillas del arte podría haber descubierto semejante maravilla de la vida. Supongo que fue entonces cuando Allègre perdió los nervios, o tal vez quería devolverle a mi madre todos esos “maestros” que llevaba dos horas lanzándole. El caso es que, con la más exquisita educación, insinuó:

»—Puesto que honra usted mi pobre colección con una visita, es posible que también quiera juzgar por usted misma a la inspiración de estas dos obras. Está arriba, cambiándose, después de nuestra cabalgada matinal. Pero no tardará mucho. Quizá al principio se sorprenda un poco de que la haga bajar de esta manera, pero tras algunas palabras de preparación y puramente como cuestión artística...

»No ha habido nunca dos personas más desconcertadas. El propio Versoy me confesó que soltó el sombrero de copa con estrépito. Soy un hijo leal, o eso espero, pero he de decir que me habría gustado ver la retirada escalinata abajo. ¡Ja, ja, ja!

Blunt se rió muy deslealmente. Luego torció el gesto, que se volvió sombrío.

—Ese bruto implacable de Allègre los acompañó ceremoniosamente y metió a mi madre en el fiacre con la mayor deferencia. No abrió la boca e hizo una gran

reverencia cuando el coche inició la marcha. Mi madre no se recobró del disgusto en tres días. Almuerzo con ella casi a diario y no podía imaginar el motivo de su consternación. Y entonces, cierto día...

Miró alrededor de la mesa, se levantó de un salto y, con una breve excusa, salió del estudio por una pequeña puerta del fondo. El gesto me sobresaltó, me hizo cobrar conciencia de que, hasta aquel momento, para aquellos dos hombres era como si no existiera. Mills, que miraba estólidamente al otro lado de la estancia, tenía los codos apoyados en la mesa y las manos delante de la cara. Agarraban la pipa de la que de vez en cuando exhalaba una voluta de humo.

Sentí el impulso de preguntar, con un susurro:

—¿Le conoce usted bien?

—No sé qué se propone —me respondió, con sequedad—. Pero en lo que se refiere a su madre, no es tan inestable como él sugiere. Sospecho que era un asunto de negocios. Puede que se tratara de conseguirle a alguien un cuadro de Allègre. A mi primo o a otra persona, igual da. O de averiguar qué tenía. Los Blunt perdieron todas sus posesiones y en París hay muchas maneras de hacer un poco de dinero sin llegar a infringir ninguna ley. Lo cierto es que, en los días del Segundo Imperio, la señora Blunt tenía una posición, de modo que...

Yo escuchaba boquiabierto todo aquello, sobre lo cual mi experiencia en las Indias Occidentales de nada me servía. Pero Mills se contuvo y concluyó con otro tono.

—En cualquier caso, nunca es fácil saber las intenciones de la señora Blunt. Por lo demás, tiene un honor sin tacha. Una dama aristocrática y deliciosa, aunque pobre.

Una sacudida de la puerta le hizo enmudecer. De inmediato, el señor John Blunt, capitán de caballería del ejército legitimista, cocinero de primera clase (cuando menos en un plato) y anfitrión generoso, entró agarrando los cuellos de otras cuatro botellas con los dedos de una mano.

—He tropezado y casi se me cae el vino —comentó sin más. Pero ni siquiera yo, en toda mi inocencia, creí ni por un momento que había tropezado. Descorchó las botellas y llenó los vasos en medio de un profundo silencio que, sin embargo, ninguno de los tres se tomó en serio, al menos no más que el tropezón.

—Un día —prosiguió el capitán con aquella voz tan curiosamente sazónada— mi madre tomó una decisión heroica: se levantaría de madrugada. Tiene usted que entender la manera de hablar de mi madre. Con ello quería decir que estaría levantada y vestida a las nueve en punto. Esta vez no fue Versoy quien recibió la orden de acompañarla, sino yo. Imagine, yo estaba encantado...

Era para mí evidente que Blunt se dirigía exclusivamente a Mills: más que a Mills el hombre, a Mills la mente. Era como si el señor Mills representase un asunto ya iniciado que había que resolver. Yo, por supuesto, no podía albergar tales pretensiones. Si yo representaba algo, era una frescura perfecta de sensaciones y una refrescante ignorancia, no tanto de lo que la vida puede depararnos (algo de lo que yo

al menos tenía algunas ideas), sino de lo que la vida contiene en realidad. Sabía muy bien que, a ojos de aquellos hombres, yo resultaba del todo insignificante. Sin embargo, saber esto no mermaba mi atención. Es cierto que hablaban de una mujer, pero yo estaba todavía en esa edad en la que el tema no resulta por sí mismo de un interés insoslayable. Probablemente, eran las aventuras y desventuras de un hombre las que más podrían haber estimulado mi imaginación. Era el señor Blunt quien impedía que perdiera el interés. El juego de su blanca y brillante sonrisa y de su voz, bajo la que yo adivinaba tonos sombríos, me fascinaba tanto como una incongruencia moral.

De modo que, a esa edad en que se duerme profundamente pero a veces uno tiene la impresión de que la necesidad de dormir no es más que una debilidad de la lejana edad madura, me resultó muy fácil mantenerme despierto y, en mi frescura, me entretenía con el contraste que aquellas personalidades, puntos de vista morales y hechos revelados suponían frente a la tosca iniciación que para mí habían sido mis experiencias en las Indias Occidentales. Y todo ello dominado por una figura femenina que, en mi imaginación, no tenía un perfil definido, y aparecía unas veces investida de la gracia de la juventud o de la niñez y otras del prestigio de una mujer, aunque me resultaba imprecisa siempre en ambas caracterizaciones. Porque si aquellos dos hombres la habían visto, a mí tan sólo me la habían «presentado» de forma elusiva, con palabras evanescentes, en los tonos cambiantes de una voz recién oída.

Ahora, en efecto, me la presentaban en el Bois de Boulogne, a la vanguardia del mundo ultramoderno (eso creí entender), sobre un media sangre bayo, acompañada por Henry Allègre, que montaba a su lado un poderoso caballo oscuro, y por uno de los conocidos del pintor (que no tenía auténticos amigos), ambos distinguidos asiduos del misterioso Pabellón. Pero esa imagen en la cual aquella mujer se me aparecía bajo la perspectiva de *la grande Allée*<sup>[12]</sup> no perduraba. La mañana en que el señor Blunt tuvo que escoltar a su madre a fin de que ésta viera satisfecha su irresistible curiosidad (que Blunt censuraba sin ambages), junto a las riendas de aquella muchacha, o mujer, desfilaron un general de caballería con pantalones rojos —al cual la muchacha, o mujer, sonrió— y un político en ascenso con traje gris —que le habló con gran animación pero bruscamente la dejó para unirse a un personaje con fez rojo montado sobre un caballo blanco—. Luego, pasado un rato, el molesto señor Blunt y su indiscreta madre (en realidad, yo continuaba sin saber cuál era el daño) tuvieron oportunidad de observar la situación más de cerca. El tercero en aparecer fue el pretendiente al trono (Allègre había pintado su retrato hacía poco), cuya cálida y resonante risa pudo oírse mucho antes de que el trío a caballo se aproximase muy despacio hasta el lugar donde se encontraban los Blunt. Las mejillas de la muchacha estaban teñidas de color, y no se reía. Tenía serio el semblante y la mirada gacha. Blunt admitió que en aquella ocasión el encanto, brillantez y fuerza de su personalidad aparecían oportunamente enmarcados entre aquellos dos asistentes de

magnífica montura y aspecto de paladín, uno de más edad que el otro, es cierto, pero componiendo ambos una imagen admirable en las distintas etapas de su edad adulta. El señor Blunt nunca había visto a Henry Allègre tan de cerca. Cabalgaba junto al camino en el que, en el cumplimiento de su deber, Blunt llevaba del brazo a su madre (se habían bajado ya del fiacre) y se preguntaba si aquel condenado tendría la impudicia de saludarles con el sombrero. No lo hizo. Tal vez no los viera. Allègre no era hombre de miradas erráticas. Tenía algunas canas en la barba, pero parecía macizo como una estatua. Menos de tres meses después estaría muerto.

—¿Qué le ocurrió? —preguntó Mills, que llevaba mucho tiempo sin cambiar de postura.

—Oh, un accidente. Pero ella no le ha olvidado. Estaban de camino a Córcega. Un peregrinaje anual. Sentimental, quizá. Fue a Córcega adonde se la llevó; la primera vez, digo.

Los músculos faciales del señor Blunt se contrajeron levemente, muy levemente, en realidad, pero yo, que, a la manera de las almas sencillas, miraba con toda atención al narrador, lo advertí: la punzada de un dolor que sin duda debió de ser mental. Me pareció además que tuvo que hacer un esfuerzo antes de proseguir.

—¿Me imagino que sabe cómo la consiguió? —dijo, con una soltura asombrosamente impropia para una persona tan de mundo, tan capaz de dominarse, tan de salón.

Mills modificó su postura para mirarlo fijamente por un momento. A continuación se repantigó en su asiento y, con interés —no quiero decir curiosidad, quiero decir interés—, preguntó:

—¿Lo sabe alguien más aparte de los interesados? —Su inamovible tranquilidad parecía renovada, ¿o tan sólo refrescada?—. Lo pregunto porque uno no ha oído nunca ninguna historia. Recuerdo que cierta tarde vi entrar en un restaurante a un hombre con una dama, una dama muy hermosa, singularmente hermosa, como si hubiera salido del paraíso de Mahoma. De doña Rita no puede decirse nada tan definido pero, hablando de ella en ese mismo tono, yo siempre he pensado que podría decirse que Allègre la encontró en el interior de algún templo... en las montañas.

Yo estaba encantado. Jamás había oído hablar de aquel modo de una mujer, de una mujer de carne y hueso, no de la mujer de un libro. Porque no se trataba de poesía y, sin embargo, aquellos comentarios parecían situarla en la categoría de las visiones. Y yo me habría perdido en ellas si, inesperadamente, el señor Blunt no se hubiera dirigido a mí.

—Ya le dije que ese hombre es más fino que una aguja —me comentó, y a continuación se dirigió a Mills—: ¿De un templo? Ya sabemos lo que eso significa. —Sus oscuros ojos brillaron—. Pero ¿de verdad tiene que estar en las montañas?

—O en el desierto, si lo prefiere —accedió Mills—. En algunos desiertos hubo templos, ya sabe.

De repente, Blunt parecía calmado. Había adoptado una actitud mucho más

relajada.

—En realidad, Henry Allègre la sorprendió una mañana muy temprano en su viejo jardín, lleno de tordos y de otras aves de pequeño tamaño. Estaba sentada sobre una piedra, resto de una vieja balaustrada, con los pies en la hierba mojada, leyendo un libro viejo y deteriorado. Llevaba un vestido negro, corto y barato (*une petite robe de deux sous*)<sup>[13]</sup>, y tenía un agujero en una media. Alzó los ojos y lo vio, observándola detenidamente por encima de su barba ambrosiana, igual que Júpiter observaría a un mortal. Intercambiaron una larga mirada. Al principio, ella estaba demasiado turbada para moverse, pero él murmuró: «*Restez donc*». Ella volvió a agachar la cabeza y fijó los ojos en su libro, y al cabo de un rato oyó que él se alejaba por el sendero. Se le aceleró el corazón al oír a las pequeñas aves que llenaban el aire con sus gorjeos. No tenía miedo. Puedo asegurarle que todo lo que digo es cierto porque me lo contó ella en persona. ¿Qué autoridad más alta puede usted invocar...? —preguntó Blunt, e hizo una pausa.

—Es verdad. No es el tipo de persona que mienta a propósito de sus propias sensaciones —murmuró Mills, que para entonces tenía las manos entrelazadas.

—Es muy perspicaz, nada se le escapa —señaló Blunt dirigiéndose a mí con esa equívoca urbanidad que hacía que me sintiera incómodo a cuenta de Mills—. Absolutamente nada. —Volvió a dirigirse al señor Mills—: Tras permanecer inmóvil varios minutos, me dijo ella, se levantó de la piedra y siguió con cautela el rastro de la aparición. Pero Allègre no estaba en ninguna parte. En el portal de ese bloque de pisos horriblemente feo que separa el Pabellón y el jardín de la calle, la mujer del portero la esperaba con los brazos en jarras para gritarle: «Te ha pillado el señor».

»En realidad, aquella vieja, que era amiga de la tía de Rita, la dejaba entrar en el jardín siempre que Allègre estaba fuera. Pero las idas y venidas de Allègre eran repentinas e imprevistas, y aquella mañana, Rita, tras cruzar la calle estrecha y abandonada, había entrado en el jardín sin saber que Allègre había vuelto ya y sin que la hubiera visto la mujer del portero.

»La niña, y es que por aquel entonces era poco más que una niña, se disculpó ante la mujer del portero, a quien tal vez había causado un problema.

»La vieja le respondió con una sonrisa peculiar: “Tu cara no es de las que cause problemas a los demás. El señor no estaba enfadado. Me ha dicho que puedes venir siempre que quieras”.

»Sin hacer el menor comentario, Rita volvió a cruzar la calle y regresó al almacén repleto de naranjas donde pasaba la mayor parte del tiempo. Eran sus horas vacías, ociosas, irreflexivas, imperturbadas, sus horas de ensueños, así las llamaba. Cruzó la calle con un agujero en las medias. Tenía un agujero en una media no porque sus tíos fueran pobres (a su alrededor nunca había menos de ocho mil naranjas, principalmente en cajas), sino porque por aquel entonces era descuidada y desaliñada y no se preocupaba en absoluto por su apariencia. Ella misma me dijo que, entonces, ni siquiera era consciente de su existencia. Era un mero apéndice en la nebulosa vida



de su tía, una francesa, y de su tío, el comerciante de naranjas, un campesino vasco, con quienes su otro tío, el gran hombre de la familia, sacerdote de algunas parroquias de las montañas próximas a Tolosa, la había enviado a la edad de más o menos trece años para que la cuidaran y se ocuparan de ella. Es de familia campesina, ¿sabe usted? Ése es el verdadero origen de *Niña con sombrero* y de *La emperatriz de Bizancio*, que tanto entusiasmaron a mi querida madre; de la misteriosa muchacha que las grandes y privilegiadas figuras del arte, de las letras, de la política o, más sencillamente, del mundo, pudieron contemplar en el gran sofá durante las reuniones que celebraban en el exclusivo Pabellón de Allègre; la doña Rita de sus respetuosas atenciones, manifiesta y misteriosa, como la obra de arte de un período desconocido; la doña Rita del París iniciado. Doña Rita, simplemente, única e indefinible.

Blunt interrumpió su discurso con una sonrisa desagradable.

—De modo que pertenece a una familia de campesinos —exclamé yo en medio del silencio extrañamente consciente que se había creado entre Mills y Blunt.

—¡Oh! Don Sancho II ha enaltecido el linaje de todos esos vascos —dijo el capitán Blunt con aire pensativo—. Hasta en los caseríos más miserables puede verse un escudo de armas tallado en piedra sobre la entrada. Por lo demás, para sí misma o a ojos de los demás es doña Rita tanto o más como pueda o no pueda ser otra cosa. A los ojos de Mills, por ejemplo, ¿no es verdad?

Mills mantuvo su silencio consciente unos momentos.

—Por qué siquiera pensar en ello —murmuró por fin, con frialdad—. Hay veces en que resulta inexplicable la forma en que un ave rara es incubada en un nido y luego esa ave se ve condenada a un destino confuso, incierto, cuestionable. De modo que así la conoció Henry Allègre, ¿y qué sucedió a continuación?

—¿Que qué sucedió a continuación? —repitió el señor Blunt con afectada sorpresa—. ¿Es necesaria esa pregunta? Si usted me preguntase cómo ocurrió lo que ocurrió... Pero, como puede usted imaginar, ella no me lo ha contado. Ella no exageró los hechos —prosiguió Blunt con refinado sarcasmo—. No me extrañaría nada que ese maldito Allègre, con su insolente afectación de aires principescos, pensase que su aparición era para ella una suerte de favor llegado del Olimpo. No se imagina hasta qué extremo la cabeza y la imaginación de sus familiares se ven afectados por apariciones tan raras como ésa. La mitología podría darnos alguna pista. Ahí está, por ejemplo, la historia de Dánae.

—Sí, ahí está —asintió Mills con tranquilidad—, pero no recuerdo que se mencionase en ella a ningún familiar.

»Y corren también por ahí ciertos rumores sobre el descubrimiento y adquisición de obras de arte únicas. Las aproximaciones aviesas, la astucia en las negociaciones, las mentiras, las ilegalidades... por amor a la belleza, ya sabe.

Por lo oscuro de su semblante y las perpetuas sonrisas que distraían su rostro siniestro, el señor Blunt se me antojaba satánico. Mills jugaba distraídamente con su copa vacía. De nuevo, habían olvidado por completo mi existencia.

—No sé lo que sentiría una obra de arte —continuó Blunt, con una voz inesperadamente crispada que, no obstante, no tardó en recobrar su tono anterior—. No lo sé, pero sí sé que Rita no era Dánae, que nunca lo ha sido, en ningún momento de su vida. No le importaba llevar las medias agujereadas... esto es, cuando llevaba medias —añadió, con una especie de furia reprimida tan graciosa e inesperada que yo me habría echado a reír de no estar sumido en el más simple de los asombros.

—¡No! ¿En serio? —exclamó el calmoso Mills con un destello de interés.

—Sí, en serio —asintió Blunt, y frunció el ceño con picardía—. Y es posible que todavía la dejen sin un sencillo par de medias.

—El mundo es un ladrón —declaró Mills, con exquisita compostura—, no le importaría robar a un viajero solitario.

—Es tan sutil —dijo Blunt, recordando mi presencia a propósito del comentario. Como anteriormente, sus palabras me incomodaron mucho—. Completamente cierto. Un viajero solitario. Están todos en la lucha, del más bajo al más alto. ¡Cielos! ¡Qué banda! Había entre ellos incluso un arzobispo.

—*Vous plaisantez*<sup>[14]</sup> —dijo Mills, aunque sin ninguna muestra patente de incredulidad.

—Bromeo a menudo —protestó Blunt con seriedad—. Por eso no he mencionado todavía a Su Majestad, a quien Dios guarde. Habría sido una exageración... Sin embargo, aún no hemos llegado al final, estábamos hablando del principio. He oído que algunos marchantes, mercenarios, por supuesto (mi madre tiene alguna experiencia en ese mundo), demuestran a veces una asombrosa resistencia a separarse de algunas piezas, aunque se les ofrezca un buen precio. Debe de ser muy divertido. Es sólo posible que, de rabia y desesperación, el tío y la tía se hayan echado a rodar por el suelo y entre las naranjas envueltos en lágrimas, o se hayan dado de cabeza contra las paredes. Pero lo dudo. Y, en cualquier caso, Allègre no es de ese tipo de personas que se meten en líos vulgares. Y es también posible que esa gente se haya quedado con la boca abierta ante tanta magnificencia. No eran pobres, ¿sabe usted?, así que no tenían por qué ser honrados. Siguen allí, en su viejo y respetable almacén. O eso creo. Creo también que conservan la posición que tenían en su *quartier*<sup>[15]</sup>. Pero se quedaron sin su sobrina. ¡Tuvo que ser un gran sacrificio! Me parece haber oído que, tras asistir durante algún tiempo al colegio del barrio, la niña tuvo que encargarse de llevar los libros del negocio de naranjas. El caso es que el primer acontecimiento en la historia compartida de Rita y Allègre es un viaje a Italia, y luego a Córcega. Ya sabe que Allègre tiene una casa en alguna parte de Córcega. Ahora la tiene ella, como tiene todo lo demás, aunque imagino que ese palacio corso es lo que conservará por más tiempo. ¿Quién querría comprar un lugar como ése? Supongo que nadie lo querría para regalo. El amigo construyó casas por todas partes. Esta misma casa en que ahora nos encontramos fue suya. Tengo entendido que doña Rita se la regaló a su hermana. En cualquier caso, es su hermana quien ahora la gestiona. Es mi casera...

—¡Su hermana aquí! —exclamé—. ¡Su hermana!

Blunt se volvió hacia mí educadamente, pero sólo para dirigirme una larga y muda mirada. Tenía los ojos como sumidos en profundas sombras y, por primera vez, se me ocurrió que, en cuanto guardaba silencio, había en el aspecto de aquel hombre algo funesto, fatal. Creo que el efecto era puramente físico, pero, a consecuencia de él, todo lo que decía me parecía inadecuado, producto de un alma vulgar y agitada.

—Doña Rita se la trajo de sus montañas a propósito. Ahora está dormida en algún lugar de la casa, en alguna de las habitaciones libres. Las mantiene a precios abusivos, ¿saben ustedes? Esto es, si los clientes los pagan, porque se deja intimidar con facilidad. Verán, es que nunca había visto una ciudad tan grande en toda su vida y mucho menos a tantos desconocidos. Estuvo cuidando la casa de su tío sacerdote en alguna garganta montañosa durante años y años. Es extraordinario que él la dejase marchar. Hay en ello algo extraño, por la razón que sea. Se trata o bien de la teología o bien de la familia. En su asilvestrada parroquia, ese piadoso tío no atendería a ningún otro motivo. La mujer lleva un rosario en la cintura. En cuanto ha tenido contacto con el dinero, ha desarrollado un gran amor por él. Si se quedan conmigo el tiempo suficiente, y espero que lo hagan (de verdad que no puedo dormir), la verán salir a misa a las seis y media. Pero no hay en ella nada notable, no es más que una campesina de treinta y cuatro años o así. Una monja de pueblo...

Diré de una vez que la reunión no se prolongó hasta tan tarde. No fue aquella mañana cuando vi por vez primera a Therese<sup>[16]</sup>, la de los labios susurrantes y la mirada gacha, saliendo de la casa de la iniquidad para ir a misa de madrugada en mitad de la oscuridad invernal en la ciudad de la perdición, en un mundo sumido en el pecado. No, no fue aquella mañana cuando vi el rostro marrón y seco de la increíble hermana de doña Rita, sus sigilosos andares y su vestido en verdad monjil, y el pañuelo negro bien ceñido a la cabeza, con los dos extremos puntiagudos colgando sobre su espalda. En efecto, parecía una monja. Y, sin embargo, no del todo. La gente se habría vuelto a mirarla si esas escapadas a misa de seis y media no hubieran sido las únicas ocasiones en que se aventuraba por las calles impías. Les tenía miedo a las calles, pero de un modo muy particular, no porque temiera algún peligro, lo que temía era contaminarse. Pero no regresaba a sus montañas, porque, en el fondo, tenía un carácter indomable, la tenacidad de un campesino, instintos de predador...

No, no estuvimos con el señor Blunt el tiempo suficiente para verle siquiera la espalda cuando salía furtivamente de la casa en pía misión. Era pía. Era terrible. Su porfiada mentalidad campesina se antojaba tan inaccesible como una caja fuerte. Era fatal... Resulta completamente ridículo confesar que ahora todos ellos me parecen fatales, pero puesto que me he propuesto escribirle a usted con la más absoluta sinceridad, poco me importa parecer ridículo. Supongo que la fatalidad puede ser expresada, encarnada, como todas las demás fuerzas de la tierra, y si es así, por qué no en personas como ellos en lugar de en figuras más espléndidas o espantosas.

Sin embargo, nos quedamos el tiempo suficiente para permitir que la semioculta

acritud del señor Blunt creciese o se consumiera en nuevos comentarios sobre el hombre Allègre y la niña Rita. El señor Blunt, que siguió refiriendo a Mills la misma historia, pasó a lo que él mismo aludió como el segundo acto, el desenlace, consistente en lo que llamó la característica insolencia de Allègre —que superaba en muchos grados a la insolencia de reyes, millonarios o vagabundos—, la revelación de la existencia de Rita al gran mundo, un mundo en realidad no muy grande, pero sí muy escogido. ¿Cómo describirlo en pocas palabras? En una frase: era el mundo que todas las mañanas sale a pasear a caballo por el Bois.

En algo menos de año y medio desde que la encontró sentada sobre los restos de una balaustrada de piedra entre la vegetación de su asilvestrado jardín lleno de tordos, estorninos y otras inocentes criaturas del aire, le había regalado, entre otras habilidades, el arte de sentarse sobre un caballo de forma admirable y en cuanto llegaron a París se la llevó a dar su primer paseo matinal.

—Dejo a su discreción juzgar la sensación que causaron —prosiguió el señor Blunt, con una leve mueca, como si en su boca las palabras tuvieran un sabor agrio—. Y la consternación —añadió, con malevolencia—. Aquella grandiosa mañana, a muchos de aquellos hombres les acompañaban sus mujeres. Pero tuvieron que quitarse el sombrero igualmente, en especial aquellos que se sentían en deuda con Allègre por algún motivo. Se quedarían de piedra si les dijera los nombres de aquellos caballeros, de personalidades de renombre que, no quiero andarme con rodeos, debían dinero al artista. Y no me refiero tan sólo a figuras del mundo del arte. Creo que en el tumulto de la sorpresa inicial, corrió la historia de que se trataba de una hija adoptada. Pero «adoptada», ya sabe, dicho con cierto tono. En cualquier caso, no dejaba de ser una posibilidad plausible. Me han dicho que en aquella época aparentaba, al lado de Allègre, una juventud extraordinaria, me refiero a que por su expresión, por sus ojos, por su sonrisa, parecía extraordinariamente joven. Debía de ser...

Blunt se interrumpió, no lo suficiente sin embargo para dejar que el difuso murmullo de la palabra «adorable» alcanzase nuestros atentos oídos.

El pesado Mills se removió levemente en su asiento. En mí, el efecto fue más íntimo, una emoción extraña que me dejó completamente inmóvil. A partir de su silencio, Blunt me pareció más funesto que nunca.

—Creo que no duró mucho —dijo, volviendo a dirigirse a nosotros con cortesía—. ¡Y no es de extrañar! Lo que debió de oír aquella primera primavera en París habría dejado huella incluso en un carácter mucho menos receptivo; porque, por supuesto, Allègre no cerraba las puertas a sus amigos, y éstos, ante el interés de la nueva aparición, no optarían por distanciarse. Después de aquella primera mañana, a Rita no le faltó quien cabalgase a su lado. El viejo Doyen, el escultor, fue el primero en acercarse a ellos. A su edad, un hombre se atreve a cualquier cosa. Tiene un animal raro, parece un caballo de circo. Rita lo vio con el rabillo del ojo cuando pasó a su lado y saludó a Allègre con su enorme garra, enfundada en un guante todavía

más enorme. Con displicencia, ya sabe, así —explicó Blunt, y agitó la mano por encima de su cabeza—. Pasa de largo y, de pronto, hace dar media vuelta a su fantástico animal y se acerca a ellos al trote. Con un mero «*Bonjour, Allègre*», se acerca a ella por el lado contrario y le habla, sombrero en mano, con esa voz tonante que más parece un deferente rugido del lejano mar. No articula bien y de sus primeras palabras ella entiende: «Soy un viejo escultor... Por supuesto, está esa costumbre... Pero usted puede con todo eso...».

»Lleva el sombrero inclinado hacia un lado.

»—Soy un gran escultor de mujeres —declaró—. Les he entregado mi vida, pobres e infortunadas criaturas, las más bellas, las más ricas, las más amadas... Dos generaciones de ellas... Mírame directamente a los ojos, *mon enfant*.

»Se miraron a los ojos. Doña Rita me confesó que, por culpa del viejo, el corazón le latió con tanta fuerza, que no acertó siquiera a sonreírle. Y observó que Doyen tenía los ojos llenos de lágrimas. Se las limpió con el dorso de la mano y siguió hablando con su voz atronadora pero ya más débil:

»—Lo sabía. Sólo con verte dan ganas de llorar. Yo creía que mi vida artística había terminado y apareces tú, el diablo sabe de dónde, con este joven amigo mío, a quien no se le da del todo mal manchar los lienzos; pero es en mármol y en bronce lo que tú pides... Pondré fin a mi vida de artista con tu cara, aunque también quiero un poco de esos hombros... Me oyes, *Allègre*, también quiero un poco de esos hombros. A través de la ropa percibo que son divinos. Si no lo son, me como el sombrero. Sí, esculpiré tu cabeza y luego... *nunc dimittis*<sup>[17]</sup>.

»Éstas fueron las primeras palabras con que la saludó el mundo, ¿o debo decir “la civilización”? Desde ese momento, las montañas que la vieron nacer y la caverna de las naranjas pasaron a pertenecer a una edad prehistórica.

»—¿Por qué no le pides que venga esta tarde? —le sugirió *Allègre* con gentileza—. Conoce el camino.

»El viejo respondió con extraordinario fervor: “Oh, sí, iré”; espoleó a su caballo y se marchó. Ella me dijo que pudo sentir los latidos de su propio corazón durante varios minutos. El remoto poder de aquella voz, sus viejos ojos llenos de lágrimas, su rostro noble y ajado, la habían afectado extraordinariamente, me dijo. Pero quizá lo que más la afectase fuera la sombra, la sombra aún viva de una gran pasión en el corazón de aquel hombre.

»*Allègre* le comentó, con gran calma:

»—Siempre ha estado un poco loco.

### III

ills bajó las manos, que sostenían la extinta y ya fría pipa ante su cara.

**M** —Hum, ¿y así atravesó el corazón de ese viejo con una flecha? Pero ¿llegó a hacer algo?

—Un busto de terracota, creo. ¿Bueno? No lo sé. Creo que está en esta casa. Enviaron muchas cosas de París cuando ella cedió el Pabellón. Ahora, cuando sube, se aloja en un hotel, ¿sabe? Imagino que está guardado en una de esas cosas — explicó Blunt, señalando hacia el otro extremo del estudio, donde, entre unos monumentales armarios de roble oscuros, acechaba el tímido maniquí que había lucido los rígidos ropajes de la emperatriz de Bizancio y el asombroso sombrero de la *Niña*, con desenfado. Me pregunté si el maniquí también provenía de París y si había viajado con o sin cabeza. Es posible que la cabeza se hubiera quedado en la capital, tras rodar hacia el rincón de alguna estancia vacía del desmantelado Pabellón. La imaginé muy solitaria, sin rasgos, como un bulbo, con un palo en lugar de cuello... Pero el señor Blunt continuaba hablando.

»Esas puertas ocultan tesoros: brocados, joyas antiguas, cuadros sin enmarcar, bronces, porcelanas chinas, piezas de arte japonés...

Gruñó, bramó, cuanto un hombre de su voz y sus consumados modales puede gruñir.

—No creo que se lo cediera todo a su hermana, pero tampoco me sorprendería que esa rústica apocada hubiera reclamado el lote completo por amor a Dios y para bien de la Iglesia... Ni que se hubiera aferrado a ello con uñas y dientes —añadió, gráficamente.

Mills continuaba escuchando con expresión grave. Muy grave. Me divertían las salidas ligeramente ponzoñosas del fatal señor Blunt. De nuevo, supe que para ellos yo no existía. Pero ni me aburría ni me entró sueño. Esto último me parece tan extraño desde la distancia del tiempo, me refiero en relación con mis años de juventud y la deprimente hora que precede al amanecer. Y habíamos estado bebiendo aquel vino de color pajizo, no diré que como si fuera agua, nadie bebería agua como nosotros bebimos aquel vino, pero, en fin... y la nube de humo de tabaco era como la bruma azul de las grandes distancias en los sueños.

Sí, ese viejo escultor fue el primero que se aproximó a ellos a la vista de todo París. Fue esa vieja gloria quien abrió la serie de acompañantes de aquellos paseos a caballo matinales, serie que se prolongó a lo largo de tres primaveras parisinas sucesivas y comprendió a un famoso fisiólogo, quien, al parecer, insinuaba que la humanidad podía lograr la inmortalidad o cuando menos una perenne vejez, un filósofo y psicólogo de moda, que medio en broma solía pronunciar conferencias ante un público femenino muy numeroso (si bien jamás se permitió broma alguna en lo tocante a Rita), ese *dandy* hosco de Cabanel (aunque éste se aproximó a Rita tan sólo una vez y por mera vanidad), y todo aquel que se distinguía por algo, incluido un personaje célebre que al final resultó ser un estafador. Pero en realidad era un genio... Todo esto según el señor Blunt, quien nos ofreció todos estos detalles con una especie de lánguido entusiasmo que ocultaba una secreta irritación.

—Aparte de ello, sabe usted —prosiguió el señor Blunt—, todo cuanto ella conocía del mundo de los hombres y las mujeres (al menos hasta la muerte de Allègre) era lo que había visto desde su silla dos horas al día, cuatro meses al año, más o menos. Absolutamente todo, y, a mano derecha, el sacrificado Allègre y su impenetrable actitud de guardián. ¡No tocar! No le gustaba que tocasen sus tesoros, a no ser que fuera él mismo quien pusiera algún objeto único en tus manos, con una especie de murmullo triunfal: «Fíjate bien». Por supuesto, yo sólo sé todo esto de oídas. Soy demasiado insignificante, comprende, para ni tan siquiera...

Nos mostró sus blancos dientes de la forma más agradable, pero la parte alta de su rostro, el contorno sombrío de sus ojos y su ceño levemente fruncido suponían una sugerencia funesta. Recordó de pronto su definición de sí mismo: «*Américain, catholique et gentilhomme*», completada por ese sorprendente «Vivo de mi espada», pronunciado con un tono frívolo, de salón, teñido de un sabor burlón más ligero aún que el aire.

Nos insistió en que la primera y única vez que había visto a Allègre de cerca había sido aquella mañana en el Bois con su madre. Su Majestad (a quien Dios guarde), que por aquel entonces no era más que un activo pretendiente al trono, flanqueaba a la niña, que era todavía una niña, por el lado contrario. En realidad, llevaba siendo su acompañante habitual en torno a un mes. De repente, a Allègre se le había metido en la cabeza que tenía que pintar su retrato. Había nacido una suerte de intimidad. El señor Blunt comentó que, de ambos, dos jinetes asombrosos, era Allègre el de aspecto más regio.

—El hijo de un maldito jabonero millonario —dijo Blunt entre dientes—. Un hombre sin familia, sin un solo contacto en el mundo. Un anormal, un fenómeno de feria.

—Eso explica por qué pudo dejarle toda su fortuna a ella —señaló Mills.

—Tengo entendido —dijo el señor Blunt con mal humor— que el testamento estaba escrito en media hoja de papel con su emblema, un toro asirio. ¿Qué demonios quería decir con eso? En todo caso, fue la última vez que ella contemplaba el mundo de los hombres y las mujeres desde la silla. Menos de tres meses después...

—Allègre murió y... —murmuró Mills con interés.

—Y ella tuvo que desmontar —señaló con gravedad el señor Blunt—. Desmontar en medio de la multitud. Bajar a la tierra, comprende. Supongo que imagina lo que eso significaba. No sabía qué hacer. Jamás había estado a ras de tierra...

—¡Ajá! —exclamó Mills.

—En horizontal, eh, si no le importa —replicó el señor Blunt con un tono grosero que me hizo abrir los ojos, que ya tenía bien abiertos, todavía más.

Se volvió hacia mí con esa horrible manía suya de hacer algún comentario sobre Mills, como si ese hombre tranquilo a quien yo admiraba, en quien confiaba y por quien sentía ya algo parecido a la admiración, no fuera más que un maniquí como aquel otro que acechaba desde la sombra, lastimoso y decapitado y con su actitud de

escandalizada castidad.

—Nada se le escapa. Cuando algo le interesa, puede ver un almiar a enorme distancia.

Pensé que aquello iba demasiado lejos, incluso más allá de los límites de la vulgaridad. Pero Mills seguía sin preocuparse y se limitó a coger la bolsita donde guardaba el tabaco.

—Pero ese tipo de cosas no interesan a mi madre. Mi madre es incapaz de ver un almiar, por eso siempre se sorprende y se emociona tanto. Por supuesto, doña Rita no era de esas mujeres acerca de las cuales los diarios insertan pequeños párrafos. Claro que Allègre sí era de ese tipo de hombres. Mucho se publicó sobre él y mucho se dijo en sociedad sobre ella, de modo que, por fin, mi madre pudo ver un almiar y, naturalmente, se vio absorbida por él de la forma menos razonable. Por mi parte, pensaba que su interés acabaría por decaer, pero no fue así. Por culpa de la niña, había recibido una enorme impresión que le había dejado huella. Jamás había sido víctima de ninguna impertinencia y, por otro lado, la huella estética debió de ser extraordinariamente honda. Supongo que todo ello supuso una suerte de revolución moral, no puedo explicar su comportamiento posterior de otra forma. Cuando Rita apareció en París un año y medio después de la muerte de Allègre, a un periodista harapiento (una criatura muy lista) se le ocurrió aludir a ella como la heredera del señor Allègre. «La heredera del señor Allègre ha establecido su residencia entre los tesoros artísticos de ese Pabellón tan conocido de la elite del mundo artístico, científico, político, por no decir de los miembros de la aristocracia e incluso de la realeza...». Ya saben, ese tipo de cosas. Creo que apareció primero en *Le Figaro*. Y luego, al final, una pequeña frase: «Está sola». Iba camino de convertirse en una especie de celebridad. Pequeñas alusiones diarias y cosas así. Sólo el Cielo sabe quién puso fin a esa situación. Al jardín corrieron en tropel muchos «viejos amigos». Bastaron para espantar a todos los pájaros. Supongo que se logró gracias a los contactos en la prensa de uno o varios de ellos. Pero los chismes no cesaron y el apelativo caló, ya que obedecía a una realidad cierta y muy significativa, y, por supuesto, del episodio veneciano se habló mucho en las casas que frecuentaba mi madre. Se comentaba desde un punto de vista regio, con una suerte de respeto. Llegó incluso a decirse que la inspiración y la resolución de la guerra que ahora se libra al otro lado de los Pirineos surgieron de esa cabeza... Algunas personas hablaban como si ella fuera el ángel de la guarda de los legitimistas. Ya sabe cómo son esas efusiones carlistas.

El semblante del señor Blunt expresaba sarcasmo y disgusto. Mills asintió levemente. Al parecer, lo sabía.

—En fin, hablando con todo el respeto posible, al parecer, el cerebro de mi madre se vio afectado. Yo estaba ya con el ejército real y, por supuesto, no podía comunicarme por correo postal normal con Francia. En algún lugar, mi madre oye y vuelve a oír que la heredera del señor Allègre está considerando la posibilidad de



hacer un viaje secreto. Naturalmente, el asunto se comentaba en todos los salones nobles. Así pues, mi madre se sienta y redacta una nota autógrafa: «*Madame*, informada de que se dispone usted a partir hacia el lugar en el que las esperanzas de todas las personas de recto pensamiento están fijadas, confío en su femenina comprensión de la inquietud de una madre, etcétera, etcétera»; y finalizaba pidiéndole que me llevase unos mensajes y le diera noticias mías... ¡Qué frialdad la de mi madre!

Inesperadamente, Mills formuló una pregunta que a mí me pareció muy extraña.

—Me pregunto cómo abordó su madre esa nota.

Siguió un momento de silencio.

—Desde luego, no al estilo periodístico. O eso me parece —respondió el señor Blunt con una de esas sonrisas que me hacían dudar de la estabilidad de sus sentimientos y de la coherencia de su punto de vista en lo que respectaba a toda aquella historia—. Una noche, ya muy tarde, la doncella de mi madre la acercó en un fiacre al Pabellón, y regresó con una nota garabateada en un trozo de papel, «Escriba usted esos mensajes», y firmada con una gran R mayúscula. De modo que mi madre volvió a sentarse a su encantador escritorio y la doncella volvió a desplazarse en fiacre justo antes de la medianoche. Diez días después, más o menos, en las *avanzadas*<sup>[18]</sup>, justo cuando iba a iniciar una patrulla nocturna, me entregaron una carta en mano. Con la carta había una nota en la que se me solicitaba que me pusiera en contacto con su autora a fin de que ella pudiera apaciguar la inquietud de mi madre transmitiéndole en qué estado me había encontrado.

»La nota iba firmada tan sólo con una R mayúscula, pero enseguida supuse de quién se trataba y estuve a punto de caerme del caballo de la sorpresa.

—¿Quiere usted decir que doña Rita ha estado en el cuartel general del rey hace poco? —exclamó Mills con evidente sorpresa—. Y nosotros que creíamos que todo ese asunto estaba solventado. En realidad, lo creía todo el mundo.

—Desde luego. Nada en el mundo podría estar más acabado que ese episodio. Por supuesto, las habitaciones del hotel de Tolosa fueron reservadas para ella por orden del cuartel general del rey. Dos estancias abuhardilladas, porque el establecimiento estaba lleno de personajes de la corte de todo tipo. Pero puedo asegurarle que no asomó la cabeza en los tres días que estuvo allí. El general Mongroviejo la convocó de forma oficial en nombre del rey. Un general, no alguien cualquiera de la casa del rey, ¿se da cuenta? Eso supone una gran diferencia con respecto a la presente relación. El general se quedó sólo cinco minutos. Algún personaje del departamento de Exteriores del cuartel general se encerró allí un par de horas. Por supuesto, sólo por trabajo. A continuación, dos oficiales del estado mayor se acercaron para darle explicaciones o transmitirle algunas instrucciones. Luego, el barón H., un caballero que había realizado muchos sacrificios por la causa y que tiene una esposa preciosa, armó un gran revuelo porque quería verla y ella consintió en verlo un momento. Dicen que al caballero su llegada le asustó mucho, pero que, después de la reunión, se

marchó entre sonrisas. ¿Quién más? Ah, sí, también llegó el arzobispo. Media hora. Es más de lo necesario para dar la bendición y la verdad es que no concibo qué otra cosa pudo darle. Pero estoy seguro de que consiguió algo de ella. Las autoridades militares enviaron a dos campesinos de la parte alta del valle, y también ellos se entrevistaron con ella. Ese fraile que se pasea por la corte entró y salió varias veces. Y, en fin, por último, yo mismo. Me concedieron un permiso. Ésa fue la primera vez que hablé con ella. Habría regresado al regimiento esa misma noche, pero me topé con el fraile en el pasillo y fue él quien me informó de que iban a darme la orden de escoltar a aquella noble y leal dama hasta la frontera francesa. Se trataba de una misión personal investida del más alto honor. Sentí ganas de reírme de él. Se trata de una persona alegre, jovial, así que él también se rió. Lo cierto es que recibí la orden aquella misma tarde. La misión no estaba mal, considerando que los alfonsinos estaban atacando el flanco derecho del frente y en la zona reinaba un desorden considerable. La monté en una mula, y a su doncella en otra. Pasamos una noche en una torre en ruinas ocupada por nuestra infantería y partimos al romper el día bajo el fuego de los proyectiles alfonsinos. La doncella estuvo a punto de morir de miedo y uno de los soldados que nos acompañaba resultó herido. Atravesar con ella la frontera era otra misión, pero no la mía. Aparecer en un puesto fronterizo en compañía de unos hombres con uniforme carlista habría sido definitivo. Pero, al parecer, en su naturaleza está no tenerle miedo a nada. En cierto momento en que ascendíamos por una pendiente completamente expuestos al fuego de artillería, le pregunté a propósito, provocado por su forma de contemplarla escena, «¿Emocionante, eh?». Me respondió con voz grave: «¡Oh, sí! Estoy muy emocionada. Correteaba a menudo por estas montañas cuando era pequeña». Y fíjese, en esos precisos instantes, el soldado que nos acompañaba fue alcanzado por la metralla. Sudaba horriblemente y se debatía por dominar su caballo. Los proyectiles caían por todas partes a razón de dos por minuto.

»Por fortuna, las bombas de los alfonsinos no eran mucho mejores que las nuestras. Pero las mujeres tienen mucha gracia. Yo temía que la doncella pudiera saltar y escabullirse entre las rocas, en cuyo caso nos habríamos visto obligados a desmontar y perseguirla. Pero no es eso lo que hizo. Se quedó inmóvil sobre su mula y se puso a chillar. Se limitó a chillar. Finalmente, llegamos junto a una roca de formas muy curiosas situada en el extremo de un pequeño valle boscoso. La calma era absoluta y el sol brillaba con intensidad. Dije a doña Rita: “Nosotros tendremos que marchamos dentro de unos minutos. Creo que mi misión termina en esta roca”. Y ella me replicó: “Conozco bien esta roca. Éste es mi país”.

»A continuación, nos dio las gracias por llevarla hasta allí y, al poco, aparecieron tres campesinos. Nos esperaban, eran dos jóvenes y un viejo con la barba rasurada, una nariz delgada como la hoja de una espada y unos ojos completamente redondos, un personaje bien conocido en todo el ejército carlista. Los dos jóvenes se detuvieron bajo unos árboles, a cierta distancia, pero el viejo se acercó y miró a doña Rita con detenimiento, entrecerrando los ojos como si mirase al sol. A continuación levantó el

brazo muy despacio y se quitó la boina roja, dejando al descubierto su calva cabeza. Me di cuenta de que ella no había dejado de sonreírle en ningún momento. Me atrevería a decir que lo conocía tan bien como a la vieja roca junto a la que nos hallábamos. Una roca muy antigua; la roca de las edades y el hombre de edad, dos hitos de su juventud. A continuación, las mulas, muy sabiamente, comenzaron a caminar. Los tres campesinos las acompañaron y el grupo no tardó en desaparecer entre los árboles. Es muy probable que fuera su tío, el cura, quien envió a aquellos hombres.

»Fue una escena llena de paz: la luz de la mañana, el trozo de campo abierto enmarcado en pronunciadas pendientes de roca, una cumbre o dos en la distancia, las columnas de humo de algunos caseríos que quedaban fuera del alcance de nuestra vista. Lejos, a nuestra espalda, los cañones habían cesado de disparar y en las gargantas ya no había ecos. Hasta aquel momento no conocí la paz...

»Ni la he conocido después —musitó el señor Blunt tras una pausa—. La pequeña iglesia de piedra de su tío, el santo de la familia, podría estar detrás del siguiente saliente de la colina más próxima. Desmonté para vendarle el hombro a mi soldado. Sólo tenía un rasguño, aunque largo y de feo aspecto. Mientras se lo vendaba, se oyó una campana en la distancia. Su sonido me pareció delicioso, claro como la luz de la mañana. Pero, de pronto, se interrumpió, sin más. Ya sabe, es la impresión que da una campana distante cuando se detiene. En ese momento supe lo que era la quietud. Mientras pensaba en ello, el muchacho que sostenía nuestros caballos se vio impulsado a elevar la voz. Era un español, no un vasco. Entonó en castellano esa canción, ya sabe,

Oh, campanas de mi pueblo,  
ya me voy... ¡adiós!

»Tenía buena voz. Cuando la última nota se hubo disipado en la lejanía, volví a montar. Pero el lugar tenía cierto encanto, algo especial y único, porque mientras, antes de dar media vuelta, lo contemplábamos, el cantor dijo:

»—Me gustaría saber cómo se llama este sitio.

»—¿Cómo? Aquí no hay ningún pueblo —le señaló el otro.

»—No —insistió el primero—, me refiero a este sitio en particular.

»El soldado herido decidió que, probablemente, no tenía nombre. Pero se equivocaba. Sí lo tiene. Ese monte, o la roca, o el bosque, o el lugar en conjunto tienen un nombre. Lo oí más tarde por casualidad. Es: Lastaola.

Una nube de humo de tabaco procedente de la pipa de Mills pasó entre mi cabeza y la del señor Blunt, quien, por extraño que parezca, bostezó ligeramente. Me pareció un gesto de evidente afectación por parte de un hombre de modales perfectos y turbador insomnio.

—Así fue como nos conocimos y así fue como nos separamos por primera vez —

dijo con tono fatigado, indiferente—. Es muy posible que se detuviera a visitar a su tío. Quizá fuera en aquella ocasión cuando consiguió que su hermana abandonase las montañas. No tengo duda de que llevaba un salvoconducto del gobierno francés que le permitía una libertad de acción sin restricciones. Debió de conseguirlo en París antes de partir.

El señor Blunt empezó a sonreír de forma mundana, ligeramente cínica.

—En París, puede conseguir lo que quiera. Si se le antojara, podría poner a un ejército entero en la frontera. Podría hacer que la admitieran en el Ministerio de Exteriores a la una de la madrugada si quisiera. Todas las puertas se abren ante la heredera del señor Allègre. Ha heredado los amigos, las relaciones... Por supuesto, si fuera una vieja desdentada... pero, ya ve, no lo es. Los ujieres de todos los ministerios se inclinan hasta el suelo, y las voces de los santuarios más recónditos adoptan un tono impaciente cuando dicen «*Faites entrer*<sup>[19]</sup>». Mi madre lo sabe bien, ha seguido su carrera con gran atención. Ni siquiera la propia Rita se sorprende. Ha logrado cosas extraordinarias con la misma naturalidad con que se compran un par de guantes. La gente de las tiendas es muy educada y la gente del mundo es como la gente de las tiendas. ¿Qué sabía del mundo? Lo había visto sólo desde su silla. Oh, conseguirá entregar su cargamento sin mayor dificultad. ¿Que cómo lo hará?... Bueno, cuando esté hecho, me comprende, Mills, cuando esté hecho, casi no se conocerá a sí misma.

—Es casi imposible que no se entere —declaró Mills con tranquilidad.

—No, no es ninguna idiota —admitió el señor Blunt con el mismo tono taxativo—. Sin embargo, precisamente el otro día me confesó que padecía de cierta sensación de irrealidad. Yo le dije que, en todo caso, ella ha de tener sus propios sentimientos. Y me dijo que sí, que al menos acerca de uno en particular no tenía la menor duda. Pero usted, Mills, jamás averiguaría de qué se trata. Ni lo intente. Yo lo sé porque somos buenos amigos.

En aquel momento, todos cambiamos de postura ligeramente. Los ojos atentos de Mills se movieron para mirar a Blunt, yo, que ocupaba el diván, me incorporé un poco sobre los cojines, y el señor Blunt, volviéndose de medio lado, apoyó el codo sobre la mesa.

—Le pregunté qué era. No veo por qué —prosiguió el señor Blunt con una cordialidad perfectamente horrible— tendría que haber mostrado una consideración particular por la heredera del señor Allègre. No estoy hablando de ese particular estado de ánimo. Era el estado de ánimo que suscita la fatiga. Y me lo dijo. Es el miedo. Lo repetiré: el miedo... —recalcó y, tras una pausa, añadió—: No cabe la menor duda de su valor, pero ésa es la palabra que, con absoluta claridad, pronunció: miedo.

Desde debajo de la mesa llegó el mudo de Mills estirando las piernas.

—Una persona imaginativa —comenzó—, una inteligencia joven y virgen, macerada durante casi cinco años en las conversaciones del estudio de Allègre, donde

toda dura verdad ha sido forzada, y toda creencia examinada, hecha jirones. Eran como una jauría de perros intelectuales, ya sabe...

—Sí, sí, por supuesto —interrumpió Blunt con apremio—, la personalidad intelectual completamente a la deriva, un alma sin refugio... pero yo, que no soy ni muy fino ni muy profundo, estoy convencido de que el miedo es material.

—¿Porque confesó que lo era? —sugirió Mills.

—No, porque no lo hizo —respondió Blunt, frunciendo el ceño con irritación pero con extraordinaria suavidad—. En realidad, se mordió la lengua. Y considerando que somos tan buenos amigos (hemos estado juntos bajo fuego enemigo y todo eso), concluyo que no hay nada en ello de lo que enorgullecerse. Tampoco de mi amistad, francamente.

El rostro de Mills era la misma indiferencia elevada a la perfección. Pero yo, que lo miraba para descubrir, en mi inocencia, qué podría significar todo aquello, pensé que, quizá, se trataba de una máscara demasiado perfecta.

—Mi permiso es una farsa —soltó el capitán Blunt con inesperada exasperación—. Como oficial de don Carlos, no estoy en mejor posición que un forajido. Deberían haberme encerrado en uno de esos viejos y sucios cuarteles de Aviñón hace mucho tiempo... ¿Por qué no lo han hecho? Porque doña Rita existe y sólo y nada más que por eso. Por supuesto, saben que estoy aquí. A ella le bastaría con susurrar al oído del ministro del Interior: «Meta a ese pájaro en la jaula», y lo harían sin mayor formalidad que ésa... Qué triste mundo éste —comentó con otro tono—. Hoy en día un caballero que vive de su espada está expuesto a esa clase de cosas.

Fue entonces cuando oí la risa del señor Mills por vez primera. Era una risa profunda, agradable, amable, nada estridente y carente de ese tinte de desprecio que echa a perder tantas risas y desvela la secreta dureza de un corazón. No era, sin embargo, una risa demasiado alegre.

—Pero lo cierto es que estoy *en mission* —prosiguió el capitán Blunt—. He recibido órdenes de solucionar algunos asuntos y de poner otros en marcha, y, según esas órdenes, doña Rita es la intermediaria en todos los casos. ¿Por qué? Porque todas las cabezas calvas del gobierno republicano se sonrojan tan sólo con oír el rumor de su vestido al otro lado de la puerta. Se inclinan con inmensa deferencia cuando esa puerta se abre, pero la reverencia oculta una sonrisa a causa de aquellos días de Venecia. Ese maldito Versoy metió la nariz en ese asunto; accidentalmente, según dice. Los vio juntos en el Lido y (esa gente que escribe es horrible) escribió lo que llama una viñeta con ese mismo título (también accidentalmente, supongo). En ella aparecían un príncipe y una dama y un perro grande. Versoy describió de qué forma el príncipe, al bajarse de una góndola, vació su monedero en las manos de un mendigo viejo y pintoresco, mientras la dama, a unos metros, contemplaba Venecia con el perro tendido a sus pies de manera muy romántica. Una de las hermosas viñetas en prosa de Versoy en un gran diario que publica una columna literaria. Otros periódicos a los que la literatura les importa un céntimo se limitaron a publicar un

refrito. Y ésa es la clase de circunstancia que impresiona a su político, especialmente si la dama es, en fin, como es ella...

Se interrumpió. Sus ojos oscuros brillaron fatalmente, lejos de nosotros, hacia donde se encontraba el tímido maniquí. Luego continuó con cultivado cinismo:

—De manera que baja a Marsella precipitadamente. Exhausta, agotada, buscando un descanso para sus nervios. Tonterías. Les aseguro que no padece de los nervios más que yo.

No sé en qué sentido quería que lo entendiésemos, pero en aquel momento, el esbelto y elegante Blunt, a causa de las expresiones volubles de su delgado y distinguido rostro, de la inquietud con que sus finas y bronceadas manos se agitaban en torno a los objetos que había sobre la mesa, más parecía un manojo de nervios. Con algo de ceniza de pipa trazó, sobre un poco de vino derramado, una R mayúscula. Luego se quedó mirando una copa vacía con expresión profunda. Se me ocurrió que yo estaba allí mirando y escuchando como un paleta en el teatro. La pipa de Mills reposaba sobre la mesa a medio metro de él, vacía, fría. Quizá no tuviera más tabaco. El señor Blunt adoptó, nerviosamente, aquella pose propia de un *dandy*.

—Por supuesto, sus movimientos se comentan en los salones más exclusivos y en otros lugares, también exclusivos pero donde el chismorreo adopta otro tono. Allí probablemente digan que padece *un coup de coeur*<sup>[20]</sup> por alguno. Por mi parte, diré que me parece incapaz de algo así. Esa aventura veneciana, el comienzo y el final de ella, no fue sino un *coup de tête*<sup>[21]</sup> y todas esas actividades en las que yo estoy implicado no son, como ve (por orden del cuartel general, ja, ja, ja), otra cosa que los contactos, la intimidad, en que he caído... Por no hablar de mi madre, que está encantada, pero es tan irresponsable como una de esas princesas locas que violentan a sus reales familias...

Me dio la impresión de que se mordía la lengua y observé que Mills abría mucho los ojos, mucho más que antes. Aquel rostro tranquilo exhibía multitud de rasgos.

—La intimidad —comenzó Blunt con tono sombrío y extraordinariamente refinado—, la intimidad con la heredera del señor Allègre por parte de... por mi parte. Bueno, no es exactamente... es abierta... En fin, dejaré que usted decida lo que parece.

—¿Hay alguien observando? —insinuó Mills, con cortesía, a través de sus amables labios.

—En realidad, no, tal vez, en este momento. Pero no necesito decirle a un hombre de mundo como usted que esas cosas no pueden pasar desapercibidas. Y que son, en fin, comprometedoras, por el mero hecho de la fortuna.

Mills se puso en pie, cogió su chaqueta y, después de ponérsela, se hizo oír mientras buscaba su sombrero.

—Por cuanto que la propia mujer es, por así decirlo, de un valor inestimable.

El señor Blunt musitó la palabra «evidentemente».

Para entonces ya estábamos todos de pie. La estufa de hierro había dejado de

arder y la lámpara, rodeada de copas y botellas vacías, emitía una luz mucho más tenue.

Sé que sentí un gran escalofrío al abandonar los cojines del diván.

—Volveremos a vernos dentro de unas horas —dijo el señor Blunt—. No se olvide de venir —dijo, dirigiéndose a mí—. Oh, sí, hágalo. No tenga reparo. Estoy autorizado a cursar invitaciones.

Tuvo que advertir mi timidez, mi sorpresa, mi embarazo. Ciertamente, yo no sabía qué decir.

—Le aseguro que no comete ninguna incorrección si viene —insistió, con la mayor urbanidad—. Le presentarán dos buenos amigos, Mills y yo mismo. No puede usted tener miedo a una mujer encantadora...

No tenía miedo, pero me daba vueltas la cabeza y me limité a mirarlo sin abrir la boca.

—Almuerzo a las doce en punto. Mills le llevará. Lamento que se marchen. Me echaré en la cama una o dos horas, pero seguro que no me duermo.

Nos acompañó por el pasillo que conducía al salón ajedrezado, donde la lámpara de gas brillaba débilmente. Cuando abrió la puerta de entrada, la fría ráfaga de mistral que recorría la calle de los Cónsules me estremeció hasta el mismo tuétano de los huesos.

Mills y yo intercambiamos pocas palabras mientras andábamos hacia el centro de la ciudad. En aquel amanecer de frío tempestuoso, él iba sumido en sus pensamientos, ajeno al desagradable escalofrío, a la influencia depresiva de la hora, a la desolación de las calles vacías, en las que el polvo seco se elevaba en remolinos delante y detrás de nosotros y nos azotaba desde las calles laterales. Las máscaras habían regresado a casa y nuestros pasos resonaban sobre el pavimento con sonidos desiguales, como si fuéramos hombres sin objetivo, sin esperanza.

—Supongo que vendrá —dijo Mills de repente.

—La verdad es que no lo sé —dije yo.

—¿No va a venir? Bueno, recuerde que no trato de convencerlo, pero me alojo en el Hotel du Louvre y saldré de allí a las doce menos cuarto para acudir a ese almuerzo. A las doce menos cuarto, ni un minuto después. Me imagino que podrá dormir.

Me reí.

—Encantadora edad la suya —dijo Mills cuando alcanzábamos los muelles. En el puerto viejo, la oscura figura de algunos trabajadores se movía en el alba incipiente y las siluetas de los mástiles y de los cascos empezaban a surgir tenuemente hasta donde alcanzaba la vista—. En fin —añadió Mills—, podría quedarse dormido.

Lo dijo con buen humor, en la Cannebière, al despedirnos con un apretón de manos. Me pareció un hombre muy fornido mientras observaba cómo se alejaba de mí. Me dirigí a mi alojamiento. Tenía la cabeza llena de imágenes confusas, pero estaba demasiado cansado para pensar.

## SEGUNDA PARTE



## I

**A**lgunas veces todavía me pregunto si Mills deseaba que me quedase dormido o no, esto es, si se tomaba interés suficiente para que le importase. La uniforme amabilidad de sus modales me impedía saberlo. En realidad, apenas puedo recordar ya mis propias sensaciones. ¿Me importaba a mí? Todos los recuerdos de esa época de mi vida poseen un matiz tan peculiar que el comienzo y el fin de aquel tiempo se confunden en una única sensación profundamente emotiva, continua y abrumadora, que abarca los extremos de la exultación y está llena de despreocupada dicha y de una invencible tristeza, igual que las fantasías. La impresión de que todo ocurrió como en una impetuosa ráfaga de la imaginación es tanto mayor en la lejanía del tiempo, porque incluso entonces percibía yo ese matiz, un matiz de destino no provocado, de acontecimientos que anteriormente no arrojaban ninguna sombra.

No es que esos acontecimientos fueran extraordinarios en modo alguno. En realidad, eran banales. Lo que en retrospectiva me parece extraordinario, alarmante y un tanto espantoso es su puntualidad e inevitabilidad. Mills fue puntual. A las doce menos cuarto exactamente apareció bajo el alto portal del Hotel du Louvre, con el semblante fresco, su traje gris mal cortado y envuelto en la atmósfera de su propia simpatía.

¿Cómo evitarlo? Incluso hoy tengo el vago convencimiento de la inherente distinción de su cabeza y de su corazón, muy superiores a las de cualquier hombre que haya conocido desde entonces. Era inevitable y, por supuesto, yo no traté de evitarlo. La primera imagen en que se posaron sus ojos fue una victoria que se detuvo ante la puerta del hotel. En ella me senté sin ninguna sensación que ahora pueda recordar salvo la de una ligera timidez. Él entró sin vacilación. Su amistosa mirada me abarcó de la cabeza a los pies y (era éste un don peculiar) me comunicó una sensación agradable.

Cuando ya llevábamos un trecho recorrido, no pude evitar decirle, con una risa tímida y lastimosa:

—¿Sabe usted? Esta situación se me antoja extraordinaria: ir en coche de caballos con usted, de este modo.

Él se volvió para mirarme y me respondió con su amabilidad de siempre:

—Todo le parecerá muy sencillo —dijo—. Tanto, que sabrá defenderse perfectamente. Supongo que sabe usted ya que el mundo es egoísta. Me refiero a la mayoría de las personas que lo habitan. Debo admitir que lo son a menudo de forma inconsciente y especialmente quienes tienen una misión, una idea fija, un objetivo fantástico a la vista e incluso tan sólo una ilusión fantástica. Eso no significa que no tengan escrúpulos. Y no estoy seguro de que, en estos momentos, no sea yo una de

esas personas.

—Algo que, por supuesto, yo no podría decirle —repliqué.

—Llevo años sin verla —dijo él—, y en comparación con lo que era, ahora debe de haber crecido mucho. Según me ha dicho el señor Blunt, ha pasado por algunas experiencias que la habrán madurado más que enseñado algo. Por supuesto, hay personas a quienes no se les puede enseñar nada. No sé si ella entra dentro de esa categoría. Pero la madurez es cuestión bien distinta. Todo ser humano digno de ese nombre desarrolla cierta capacidad de sufrimiento.

—Da la impresión de que el capitán Blunt no es una persona muy feliz —dije—. Parece que le guarda rencor a todo el mundo. Las personas no le gustan. Ni lo que hacen, ni lo que dicen. Debe de ser espantosamente maduro.

Mills me miró de soslayo durante unos instantes. Su mirada se topó con la mía, y ambos sonreímos sin llegar a mirarnos abiertamente. Al llegar al final de la Rue de Rome, una ráfaga violenta de gélido mistral envolvió la victoria en un gran ensanchamiento de brillante y frío sol. Giramos a la derecha, rodeando con paso señorial el mezquino obelisco que se erige a la entrada del Prado.

—No sé si es usted muy maduro o no —dijo Mills con humor— pero creo que lo logrará. Usted...

—Dígame —le interrumpí—, ¿en qué situación se encuentra en realidad el capitán Blunt allí?

Señalé con la cabeza a la avenida del Prado que se abría ante nosotros, entre hileras de árboles desnudos.

—Yo diría que completamente falsa. No concuerda ni con sus sueños ni con sus pretensiones, ni siquiera con su posición real en el mundo. Y respecto a su madre y al cuartel general y a su estado de ánimo, Blunt...

—Está enamorado de ella —volví a interrumpir.

—Eso no facilitaría las cosas en absoluto. No estoy seguro de ello, pero, si es así, no podría tratarse de un sentimiento demasiado idealista. Toda la calidez de su idealismo se concentra en cierto «américain, catholique et gentilhomme»... —La sonrisa que por un momento se dibujó en sus labios no fue severa—. Al mismo tiempo, tiene un claro dominio de las condiciones materiales que, por así decirlo, rodean la situación.

—¿A qué se refiere? Esa doña Rita —dije, y el nombre se me antojó extrañamente familiar salido de mi boca—, ¿es rica, posee fortuna propia?

—Sí, una fortuna —dijo Mills—, que antes fue la fortuna de Allègre... Y además está la fortuna de Blunt: vive de su espada. Y la fortuna de su madre, le aseguro que es una dama completamente encantadora, lista y muy aristocrática, con relaciones de lo más distinguido. Lo digo en serio. Ella no vive de su espada. Ella... vive de su ingenio. Tengo la impresión de que, a veces, esos dos se tienen una profunda aversión... Ya hemos llegado.

La victoria se detuvo en el callejón lateral, delimitado por los muros de algunos

domicilios privados. Nos bajamos delante de una reja de hierro que estaba entreabierta y ascendimos a pie por un camino circular hasta la puerta de una gran villa de aspecto descuidado. El mistral ululaba bajo el sol, sacudiendo los arbustos desnudos con furia. Y todo era brillante y duro, el aire era duro, la luz era dura, el suelo bajo nuestros pies era duro.

La puerta, a la cual llamó Mills, se abrió casi de inmediato. La doncella que la abrió era bajita, morena y ligeramente picada de viruela. Por lo demás, una típica *femme de chambre*<sup>[22]</sup> muy ocupada.

—*Madame* acaba de volver de su paseo matinal —nos dijo con prisas, y subió las escaleras, dejando que nosotros cerrásemos las puertas.

La escalera estaba cubierta por una alfombra roja. El señor Blunt apareció en el vestíbulo desde alguna parte. Llevaba pantalones de montar y una levita negra con amplios faldones cuadrados. El atuendo le sentaba bien, pero también lo transformaba, con él perdía el aspecto de flexible esbeltez que le daban las prendas que vestía la noche anterior. Me miró como si no fuera él sino un hermano del hombre que nos había estado hablando unas horas antes. Despedía la delicada fragancia de un jabón perfumado. Nos recibió con un destello de su blanca dentadura y dijo:

—Es un completo fastidio. Acabamos de dejar a los caballos. Tendré que almorzar tal cual estoy. Tiene la costumbre de empezar el día a lomos de un caballo. Dice que, si no lo hace, se siente mal. No me extraña, cuando uno piensa que en cinco o seis años apenas ha habido un solo día que no haya empezado con un paseo a caballo. Ése es el motivo de que, siempre que pueda, se marche de París, donde no puede salir sola. Aquí, evidentemente, todo es distinto. Y como yo también soy un desconocido en la ciudad, puedo acompañarla. No es que me importe mucho. —Esta última frase iba dirigida a Mills especialmente—. Condenada situación —masculló Blunt a continuación. Luego, con mucha calma, se dirigió a mí—: Esta mañana hemos estado hablando de usted. Está deseando conocerle.

—Muchas gracias —dije—, aunque no dejo de preguntarme qué estoy haciendo aquí.

Mills, que estaba de cara a la escalera, levantó la mirada. Al ver este gesto, Blunt y yo nos volvimos. La mujer de quien había oído decir tantas cosas, que, en cierto modo, jamás había oído de ninguna otra mujer, bajaba ya los primeros peldaños. Mi primera sensación fue de profundo asombro, al comprobar que realmente existía, pero incluso en esos momentos la impresión visual se pareció más a la de los colores de un cuadro que a la de las formas de la vida real. Llevaba un vestido largo, una especie de bata de seda azul pálido con bordados en negro y oro ceñida por un cinturón de la misma tela. Del mismo color eran las zapatillas, con arcos negros en la parte interior. Las escaleras blancas, el intenso carmesí de la alfombra y el azul pálido del vestido formaban una vistosa combinación de colores que conseguía resaltar el rosa delicado de su rostro, que, tras dedicar al conjunto una primera mirada, atraía sin remedio a los

ojos gracias al encanto indefinible que escapaba a cualquier análisis e incitaba a pensar en razas remotas, en generaciones extrañas, en los rostros femeninos esculpidos en los monumentos inmemoriales y en los que permanecían olvidados en sus tumbas. De pronto, mientras bajaba de escalón en escalón con la mirada ligeramente baja, me vinieron a la memoria las palabras de la noche anterior, las palabras que Allègre había dicho de ella, en el sentido de que en ella había «algo de las mujeres de todas las épocas».

En el último escalón levantó los párpados y nos dedicó una exhibición de su dentadura, que era tan asombrosa como la del señor Blunt pero, por su aspecto, aún más fuerte; y, en realidad, al aproximarse a nosotros, invadió nuestros corazones (aunque después de todo hablo tan sólo por mí) una sensación muy viva de su perfección física por la belleza de su cuerpo y el equilibrio de su carácter, y no tanto de gracia como, probablemente, de absoluta armonía.

—Lamento haberles hecho esperar —dijo.

Tenía una voz grave, penetrante, de una dulzura absolutamente seductora. Ofreció su mano a Mills con franqueza, igual que se le ofrece a un viejo amigo. Por debajo de la manga anchísima de su bata, ribeteada de seda negra, pude ver su brazo, muy blanco, de un brillo nacarado en la penumbra. Pero a mí me tendió la mano con una leve rigidez, me dio la impresión de que retrocedía un poco, al tiempo que me miraba directamente a los ojos. Su mano era fina, hermosa y capaz. Hice una reverencia y nuestros dedos se tocaron. En ese momento no la miré a la cara.

A continuación se fijó en los sobres que estaban en una mesa redonda con tablero de mármol situada en mitad del vestíbulo. Cogió uno de ellos con un movimiento maravillosamente rápido, casi felino, y lo abrió, diciéndonos:

—Perdónenme, tengo que... Pasen al comedor. Capitán Blunt, acompañelos.

Se quedó mirando la hoja de papel con los ojos muy abiertos. El señor Blunt abrió una de las puertas pero, antes de que la cruzásemos, oímos una exclamación petulante acompañada de un infantil golpe de tacón con ambos pies y una risa teñida con una nota de desprecio.

La puerta se cerró a nuestra espalda. El señor Blunt nos había abandonado. Se había quedado al otro lado, posiblemente para asearse un poco. La estancia en que nos encontramos era larga como una galería y terminaba en una rotonda con muchas ventanas. Tenía longitud suficiente para albergar dos chimeneas de granito rojo. Una mesa, puesta ya para cuatro comensales, ocupaba en realidad muy poco espacio. El suelo, hecho con dos tipos de madera distintos que formaban un peculiar dibujo, estaba pulido y encerado y reflejaba los objetos como el agua en calma.

Al cabo de unos minutos, doña Rita y Blunt se reunieron con nosotros y nos sentamos a la mesa, pero antes de que pudiéramos empezar a hablar, sonó de pronto, y como confiriendo carácter dramático al momento, el timbre de la puerta, lo cual interrumpió nuestra incipiente animación. Doña Rita nos miró por turno, con sorpresa y, por así decirlo, con suspicacia.

—¿Cómo ha sabido que estoy aquí? —susurró tras leer la tarjeta que le entregaron. Se la entregó a Blunt, que a su vez se la pasó a Mills, que hizo una pequeña mueca, la dejó caer sobre el mantel y me susurró:

—Un periodista de París.

—Me persigue por todo el planeta —dijo doña Rita—. Una negociaría la paz a cambio de dinero si ese tipo de personas no estuvieran siempre dispuestas a arrebatarle el alma con la mano que no ves. Me dan miedo.

Su voz, salida de unos labios que apenas movió, flotó misteriosa y penetrante. Mills la observaba con curiosidad y simpatía.

—Más vale no enfadar a la bestia —dijo Blunt.

El semblante de doña Rita, de ojos estrechos, frente amplia y pómulos marcados, quedó inmóvil. A continuación, se sonrojó un poco.

—Oh, que pase —dijo con suavidad—. Podría ser muy peligroso si tuviera cerebro, ¿sabe? —le comentó a Mills.

La persona que había suscitado todos estos comentarios y tanta vacilación como si fuera una especie de animal salvaje, me dejó atónito una vez lo admitieron, en primer lugar por la belleza de su cabellera blanca y luego por su apariencia paternal y la inocente sencillez de sus modales. Le pusieron un plato entre Mills y doña Rita, que, sin disimulo, retiró al lado contrario los sobres que había traído. Con la misma falta de disimulo siguieron el gesto los ojos redondos y azules del nuevo huésped, en un intento por identificar la letra de las direcciones.

Al parecer, aquel hombre conocía ya, al menos ligeramente, a Mills y a Blunt. A mí me dedicó una mirada de estúpida sorpresa. Se dirigió a nuestra anfitriona.

—¿Descansando? Descansar es muy bueno. Le doy mi palabra de que creí que la encontraría sola. Pero es usted demasiado sensata. Ningún hombre, ninguna mujer, han sido creados para vivir solos...

Después de este prólogo, el recién llegado acaparó la conversación. La dejaron en sus manos a propósito y, sinceramente, creo que yo fui el único que aparentó interés. No pude evitarlo. Los demás, Mills incluido, parecían sordos y mudos. No, su indiferencia, su impasibilidad, eran mayores aún. Parecían un grupo de figuras de cera de categoría superior, con una expresión facial fija e indeterminada y con ese aire extraño característico de las figuras de cera, que parecen conscientes de que su existencia es una farsa.

Yo era la excepción, y nada podría haber definido mejor mi condición de extranjero, de extranjero absoluto en el territorio moral en que aquellas gentes habitaban, se movían y gozaban o sufrían sus incomprensibles emociones. Yo era tan extranjero como el náufrago desesperado que encuentra a unos nativos y éstos están inmersos en alguna situación propia de las mentalidades, prejuicios y conflictos de una región desconocida, de una región que, hasta ese momento, el náufrago ni siquiera había vislumbrado.

En cierto sentido, era todavía peor. Todo debería haber sido más desconcertante.

Porque, y por seguir con la imagen del náufrago que tropieza con las complicaciones que supone una forma de vida desconocida, era yo, el náufrago, quien era el salvaje, el niño inocente y sencillo, el hijo de la naturaleza. Era evidente que aquellas personas eran más civilizadas que yo. Tenían más ritos, más ceremonias, sensaciones más complejas, mayor conocimiento del mal y su sutil lenguaje poseía significados más diversos. ¡Cómo podría ser de otra forma, yo era tan joven! Y aun así, le aseguro que precisamente en aquellos momentos perdí toda sensación de inferioridad. ¿Por qué? Por supuesto, la despreocupación y la ignorancia de la juventud tuvieron algo que ver. Pero, además, hubo otra cosa. Mirando a doña Rita, que tenía la cabeza apoyada en una mano y las oscuras pestañas entrecerradas sobre su rostro ligeramente sonrojado, dejé de sentirme aislado en mi juventud. Aquella mujer, de quien yo había oído cosas que había fijado en mi memoria con la exactitud de un recuerdo indeclinable, se me revelaba joven, más joven que ninguna otra persona que hasta entonces hubiera conocido, tan joven como yo (y mi sensación de juventud era por aquel entonces muy aguda); se me revelaba, además, con la convicción íntima y peculiar de que ella era joven del mismo modo exactamente en que yo me sentía joven, de que, por tanto, entre nosotros no eran posibles los malentendidos, de que estábamos destinados a conocernos. Por supuesto, esta sensación duró tan sólo unos momentos, pero resultó esclarecedora, teñida de una luz que no podía durar, pero que no dejaba tras de sí sombra alguna. Por el contrario, mágicamente, pareció haber prendido en algún lugar de mí un brillo de confianza, de inexplicable seguridad en mí mismo, la cálida, firme y palpitante impresión de que mi vida como individuo daba comienzo, para bien, en aquel mismo lugar, con aquella sensación de solidaridad, con aquella seducción.

## II

Por esa razón, que, hablando en propiedad, he de calificar de maravillosa, yo fui el único de los presentes que escuchó sin prejuicios al imprevisto invitado, cuya cabellera blanca era tan elegante, tan hermosamente cuidada, tan magníficamente ondulada, tan artísticamente arreglada que habría sido imposible sentir por ella menos respeto que por una peluca cara del escaparate de cualquier peluquero. En realidad, yo sólo tenía ganas de sonreír, lo cual demuestra lo libre que me sentía. En efecto, sentía una libertad absoluta, hasta el extremo de que, de todos los ojos que asistían a la escena, los míos eran los únicos que se atrevían a mirar libremente. Los demás oyentes tenían la mirada gacha, incluido Mills, pero estoy seguro de que se debía únicamente a su perfecta y delicada simpatía. En realidad, no podría haber actuado de otro modo.

El intruso devoró las chuletas —si es que eran chuletas—. Pese a mi perfecta

libertad mental, en realidad, yo no era consciente de lo que estábamos comiendo. Tenía la impresión de que aquel almuerzo no era más que una puesta en escena, salvo, por supuesto, para el hombre del cabello blanco, que parecía muy hambriento y que, además, debía de tener la agradable sensación de que dominaba la situación. Se encorvaba sobre el plato y hablaba pausadamente, mientras movía sus ojos azules sin cesar, aunque, en realidad, no nos miró directamente a ninguno de nosotros en ningún momento. Siempre que dejaba el cuchillo y el tenedor sobre la mesa, se reclinaba sobre la silla y repetía en tono frívolo algún chisme parisino sobre algún personaje importante.

Habló en primer lugar de cierto político bien conocido. Su «querida Rita» lo conocía. Vestía como en el año 48, parecía hecho de madera y pergamino y todavía llevaba cuello blanco. A su esposa jamás la habían visto con escote. Ni una sola vez en toda su vida. Llevaba el cuello abotonado hasta la barbilla, como su marido. En fin, ese hombre había confesado a nuestro acompañante que cuando se veía envuelto en una controversia de tipo político, no sobre una cuestión de principios, sino acerca de alguna medida sometida a debate, le daban ganas de matar a todo el mundo.

Se interrumpió para hacer el siguiente comentario:

—Yo también soy un poco así. Creo que es algo puramente profesional: salirse con la suya sea cual sea nuestra opinión. En circunstancias normales no soy capaz de matar a una mosca. Mi sensibilidad es muy aguda, mi corazón muy tierno, demasiado tierno. Soy republicano, soy rojo. En cuanto a los amos y gobernantes que ahora tenemos, éstos a quienes tú tratas de embaucar, todos ellos son horribles realistas disfrazados. Están planeando el fin de todas las instituciones que aprecio. Pero, Rita, yo nunca intentaré echar a perder tu pequeño juego, porque al fin y al cabo no es más que un juego. Sabes muy bien que dos o tres artículos escritos sin miedo, ya sabes, en mi estilo, bastarían para poner fin a todo el apoyo solapado que recibe tu rey. Y digo «rey» porque quiero ser educado contigo, pero no es más que un aventurero; en mi opinión, un aventurero asesino y sediento de sangre, nada más. Pero escúchame, querida niña, ¿a qué tanto esfuerzo? ¿Por ayudar a ese bandido? *Allons donc!* Una discípula de Henry Allègre no puede hacerse ilusiones de esa clase con ningún hombre. Y mucho menos una discípula como tú. ¡Ah, los maravillosos días del Pabellón! No creas que reclamo ninguna especie de particular intimidad. Me bastó con poder ofrecerte mis servicios, Rita, tras la muerte de nuestro pobre amigo. Estaba cerca, por eso acudí. Y dio la casualidad de que fui el primero. ¿Te acuerdas, Rita? Todo el mundo se llevaba bien con nuestro pobre y querido Allègre precisamente a causa de su completo, ecuánime e imparcial desprecio por toda la humanidad en su conjunto. No hay en ello nada contra los principios democráticos más puros, pero que tú, Rita, optes por tirar gran parte de tu vida por la borda por ayudar a un monárquico y a un aventurero, me confunde, me preocupa. Porque tú no le amas, jamás le has amado, ¿sabes?

Tras decir esto, agarró la mano de su interlocutora, en la que doña Rita tenía

apoyada la cabeza, y tiró de ella (fue algo insólito). A continuación, sin soltarla, empezó a darle palmaditas sin el menor pudor. Ella le dejó hacer con aparente insensibilidad. Entretanto, él miró a su alrededor, fijándose en nuestros rostros. Fue una buena puesta a prueba. La estupidez de su errática mirada era de un poder paralizante. En general, continuó hablando con tosca familiaridad.

—Llego aquí con la esperanza de encontrar a una chica buena y sensata que, cuando menos, se haya dado cuenta de la vanidad de todas esas cosas, de hallarla en una estancia en penumbra, rodeada de las obras de su poetas favoritos y todas esas cosas. Me digo: tengo que ir, tengo que visitar a mi querida y sabia niña y animarla a seguir con sus buenas resoluciones... Y me veo en mitad de una fiesta-almuerzo *intime*. Porque supongo que es *intime*... ¿no? ¿Muy *intime*? Hum, sí...

Resultaba verdaderamente desagradable. Su mirada errática volvió a recorrer la mesa. Su expresión nada tenía que ver con sus palabras. Era como si, para la visita, hubiera tomado prestados los ojos de algún idiota. No había soltado la mano de doña Rita, a la que continuaba dando alguna palmadita de vez en cuando.

—Resulta desalentador —dijo, bajando la voz—. Además, me da la impresión de que ninguno de ustedes es francés. No sé qué se traen entre manos. No alcanzo a comprenderlo. Pero si estuviéramos en una república (ya saben que soy un viejo jacobino, *sans-culotte*<sup>[23]</sup> y defensor del Terror), si ésta fuese una república real, con una Convención y un Comité de Salud Pública atento a los intereses nacionales, todos ustedes acabarían decapitados. Ja, ja, ja... Es broma, ja, ja, ja... pero lo tienen bien merecido. Oh, no tengan en cuenta esta pequeña broma.

Antes de dejar de reír, soltó la mano de doña Rita, que, tranquilamente, volvió a apoyar en ella la cabeza. No había mirado a su imprevisto huésped ni una sola vez.

Siguió un silencio humillante que el hombre aprovechó para sacar del bolsillo una tabaquera de piel con forma de pequeña maleta de mano. La abrió y miró con interés crítico los seis cigarros que contenía. La incansable *femme de chambre* dejó sobre la mesa una bandeja con tazas de café. Todos, supongo que alegrándonos de tener algo que hacer, cogimos una. El último en llegar, además, olisqueó la suya. Doña Rita seguía apoyada sobre el codo, con los labios cerrados y una expresión reposada y de singular dulzura. No había nada fatigado, mustio, en su actitud. Su rostro, de delicada coloración rosada y con los ojos fijos en la mesa, parecía cubierto por un velo de firme inmovilidad y era tan atractivo que tuve el insensato impulso de levantarme y besarla el brazo en que se apoyaba, ese brazo fuerte, bien torneado, de un brillo en absoluto marmóreo, sino de un esplendor vivo y cálido. ¡Hasta ese extremo me resultaba ya familiar en mis pensamientos! Por supuesto, no hice nada. No se trataba de un impulso incontrolable, sino de un deseo tierno, respetuoso y puramente sentimental. Cumplí mis deseos en mi cabeza calladamente, casi con solemnidad, mientras la criatura del cabello plateado se reclinaba en el respaldo de su silla y, dando chupadas a su cigarro, reiniciaba la charla.

En apariencia, la conversación discurría dentro de los límites de la inocencia.



Informó a su «querida Rita» de que estaba de camino a Montecarlo, lo cual, desde hacía mucho tiempo, era para él una costumbre en aquella época del año. Pese a ello, estaba dispuesto a regresar corriendo a París si podía hacer algo por su «*chère enfant*», a regresar por un día, dos días, tres días, por el tiempo que hiciera falta. Estaba dispuesto incluso a renunciar a Montecarlo si podía serle a doña Rita de alguna utilidad y evitarle a ella un viaje. Podía, por ejemplo, comprobar que la vigilancia del Pabellón, abarrotado de tantos tesoros artísticos, fuera la apropiada. ¿Qué iba a pasar con todas esas piezas?... Haciéndose oír por primera vez, doña Rita murmuró sin moverse que se había puesto en contacto con la policía y que el lugar estaba bien vigilado. Y yo contemplé encantado el movimiento casi imperceptible de sus labios.

Pero su respuesta no tranquilizó a la ansiosa criatura, que señaló que incluso en el Louvre había habido robos y el Louvre, si se le permitía decirlo, estaba mucho mejor custodiado que el Pabellón. Y estaba aquel maravilloso armario del rellano, lacado en negro y adornado con garzas plateadas, que bastaría para dejar satisfechos a cualquier par de ladrones. Una carretilla, algún saco viejo, y podrían arramblar con él ante las narices de cualquiera.

—¿Ha pensado usted en todo? —murmuró doña Rita con frialdad. Mills, Blunt y yo fumábamos, por dar algún sentido a nuestra presencia (desde luego disfrute había muy poco), y nos preguntábamos qué tendríamos que oír a continuación.

No, no había pensado en todo, respondió el hombre, que además confesó que llevaba muchos años enamorado de aquel armario. Pero, en cualquier caso, ¿qué iba a ocurrir con todas aquellas cosas? El mundo estaba enormemente inquieto al respecto. Volvió ligeramente su hermosa y acicalada cabeza blanca a fin de dirigirse directamente a Blunt.

—Hace poco he tenido el placer de conocer a su madre.

El señor Blunt se tomó su tiempo para enarcar las cejas y enseñar los dientes.

—Soy incapaz de imaginar dónde puede usted haber conocido a mi madre —dijo, con displicencia.

—Pues en Bing's, el establecimiento de compra y venta de curiosidades —aclaró el otro, como si se tratase de la mayor tontería del mundo. Sin embargo, en aquellas pocas palabras algo parecía querer indicar al señor Blunt que, si estaba buscando pelea, la encontraría—. Bing se estaba despidiendo a la puerta de la tienda, pero estaba tan furioso por algo que incluso conmigo fue brusco. No creo que para *madame votre mère* sea bueno pelearse con Bing. En París es toda una personalidad y dentro de su círculo es muy poderoso. Hay muchas personas muy preocupadas y nerviosas por lo que pueda suceder con la colección de Allègre. Y no me extraña que lo estén. De tus labios pende, mi querida y gran Rita, un importante acontecimiento artístico. Y, a propósito, también tú deberías recordar que no conviene pelearse con la gente. ¿Qué le has hecho al pobre Azzolati? ¿De verdad le dijiste que se fuera y que no volviera a acercarse jamás a ti o algo igual de horrible? No dudo que os fuera de

utilidad a ti y a tu rey. Nada menos que un hombre que consigue invitaciones para cazar con el presidente en Rambouillet. Le vi la otra tarde. He oído que ha ganado una fortuna a las cartas, pero, el pobre, parecía muy desgraciado. Se quejó de tu conducta, se quejó muchísimo. Me dijo que con él te portaste de un modo brutal. Me dijo: «No valgo para nada, *mon cher*. El otro día en Rambouillet, siempre que tenía una liebre en el punto de mira me ponía a pensar en sus crueles palabras y se me llenaban los ojos de lágrimas. No di en el blanco ni una sola vez»... ¿Sabes? La diplomacia no es lo tuyo, *ma chère*. En ese arte, no eres más que una niña. Cuando quieras que un caballero de mediana edad haga algo por ti, no conviene que empieces por hacerle llorar. Yo creía que cualquier mujer sabe eso, hasta una monja lo sabe. ¿Qué me dices? ¿Debo regresar corriendo a París y hacer las paces con Azzolati por ti?

Esperó la respuesta de doña Rita. La forma en que apretaba sus delgados labios era muy significativa. Me sorprendió ver que nuestra anfitriona respondía negativamente con un pequeñísimo movimiento de cabeza. En realidad, por su actitud, por su postura, por la reflexiva inmovilidad de su cara, parecía encontrarse a mil kilómetros de distancia, perdida en una ensoñación infinita.

El invitado se dio por vencido.

—En fin, tengo que marcharme. El expreso de Niza pasa a las cuatro en punto. Estaré fuera unas tres semanas, luego, volverás a verme. A no ser que tenga una mala racha y me dejen limpio, en cuyo caso, me verás antes —dijo, y, bruscamente, se volvió hacia Mills—: ¿Vendrá este año su primo al sur, a esa hermosa villa que tiene en Cannes?

Mills, a quien le costó hacerlo, contestó que desconocía los movimientos de su primo.

—Un *grand seigneur* combinado con un *grand connoisseur* —afirmó el otro con seriedad. Tenía la boca flácida y, bajo su mata blanca y tan parecida a una peluca, parecía un grotesco imbécil integral. Pensé sinceramente que estaba a punto de babear. Pero optó por atacar a Blunt—: ¿También usted se dirige al sur? Qué pequeña, su escapada... Creo que últimamente no le han visto por los cenáculos que suele frecuentar en París. ¿Dónde ha estado todo este tiempo?

—¿No sabe usted dónde he estado? —replicó el señor Blunt con gran precisión.

—No, me limito a husmear únicamente en aquello que puede resultarme de utilidad —fue la inesperada respuesta, pronunciada con un tono de perfecta vacuidad, que el señor Blunt se tragó en completo silencio.

Por lo menos ya estaba listo para levantarse de la mesa.

—Piensa en lo que te he dicho, mi querida Rita.

—Ya lo he pensado y, por mí, se acabó —repuso doña Rita, en voz más alta de la que yo le había escuchado hasta entonces. Me estremecí cuando añadió—: Eso que has dicho, quiero decir.

Había regresado de los lugares remotos de su meditación. Regresado del todo,

debo precisar. Se levantó y se apartó de la mesa, invitando con un gesto al otro a seguirla, cosa que el hombre hizo de inmediato, aunque despacio y con recelo, al menos en apariencia.

A continuación, conversaron junto al hueco de una ventana. Nosotros tres seguimos en la mesa de la que la oscura doncella retiraba las tazas y los platos con movimientos bruscos. Me fijé en el perfil de doña Rita, que era irregular, animado y fascinante de un modo indefinible, y en su proporcionada cabeza. Llevaba el cabello recogido, por lo que me pareció una flecha de oro con el astil enjoyado. No podíamos oír lo que decía, pero el movimiento de sus labios y sus expresiones estaban llenos de encanto y de interés y transmitían audacia y dulzura. Hablaba con fuego sin levantar la voz. El hombre escuchaba muy erguido, tenso, aunque parecía demasiado estúpido para comprender lo que le estaban diciendo. Reparé en que, de vez en cuando, también hablaba, pero tampoco a él podíamos oírle. En cierto momento, doña Rita volvió la cabeza hacia nosotros y llamó a la doncella.

—Tráeme el bolso del sofá.

Entonces, sí pudimos escuchar al otro, con claridad.

—No, no —dijo, y luego, algo más bajo—: Rita, no tienes el menor tacto...

A continuación, doña Rita ofreció su explicación, con voz grave y penetrante, que también pude oír:

—¿Por qué no? Entre viejos amigos...

Sin embargo, ella hizo señas de que se llevaran el bolso, él se tranquilizó y volvieron a hablar en un tono inaudible. Poco después, vi cómo él le cogía la mano y se la llevaba a los labios mientras ella, dándonos la espalda, continuaba contemplando la ventana del desnudo y descuidado jardín. El hombre se marchó por fin, despidiéndose de la mesa con un displicente «*Bonjour, bonjour*», al que ninguno de nosotros tres respondió.

### III

**M**ills se levantó y se acercó a la figura de la ventana. Para mi enorme sorpresa, tras un momento de vacilación evidentemente doloroso, el señor Blunt salió corriendo detrás del hombre del cabello blanco.

A consecuencia de esos movimientos, me quedé a solas. Comenzaba a ser consciente de ello, no sin desagrado, cuando doña Rita, que seguía junto a la ventana, se dirigió a mí elevando la voz:

—El señor Mills y yo no tenemos ninguna confianza que intercambiar.

Interpreté el comentario como una invitación a unirme a ellos. Los dos me miraban.

—El señor Mills y yo somos amigos desde hace tiempo, ¿sabía usted? —añadió

doña Rita.

Bañada por el suave reflejo del sol, que no entraba directamente en la estancia, de pie, muy erguida, con los brazos relajados, ante Mills y con una ligera sonrisa dedicada a mí, parecía extraordinariamente joven y sin embargo madura. Sobre su mejilla llegó a dibujarse, siquiera por un momento, un pequeño hoyuelo.

—Me pregunto cuánto —repliqué, con una sonrisa.

—Mucho, muchísimo —me dijo ella de inmediato, frunciendo un poco el ceño. Acto seguido, volvió a dirigirse a Mills y, al parecer, continuó con lo que le estaba diciendo—: Ese hombre es un caso extremo, pero es posible que no sea eso lo peor. No tengo cuentas que rendir a nadie, pero no quiero que me arrastren a las cloacas donde ese hombre se gana la vida.

Había echado la cabeza un poco hacia atrás, pero bajo sus párpados de oscuras pestañas no había señales de desprecio, ningún destello de furia. En sus palabras no había ningún eco extraño. Percibí por vez primera el matiz misterioso pero ecuánime de su voz.

—¿Me permite que le diga —dijo Mills, con gesto grave pero amable— que siendo usted lo que es no tiene nada que temer?

—Y quizá nada que perder —continuó doña Rita sin amargura—. No, no es miedo, es una especie de pavor. No se olvide de que una monja no podría haber vivido más protegida. Henry Allègre tenía grandeza. Pero, precisamente por eso, al hacer frente al mundo, lo ocultaba. Era lo bastante grande para eso. Ocupaba por completo mi campo de visión.

—¿Y eso le parecía suficiente? —preguntó Mills.

—¿Por qué me lo pregunta ahora? —le reconvino doña Rita—. La verdad... la verdad es que yo jamás me hice esa pregunta. Suficiente o no, no había espacio bastante para nada más. Él era la sombra y la luz, la forma y la voz. Así lo quiso. La mañana en que murió, vinieron a llamarme a las cuatro en punto. Fui corriendo a su habitación, descalza. Al reconocerme, susurró: «Eres perfecta». Sentí mucho miedo. Me pareció que reflexionaba. Luego dijo, con absoluta claridad: «Es mi forma de ser, yo soy así». Ésas fueron sus últimas palabras. Entonces, apenas reparé en ellas, sólo podía pensar en que se encontraba incómodo, así que le pregunté si quería que le incorporase un poco. Ya sabe, soy muy fuerte, podría haberle ayudado, lo hice otras veces. Él levantó la mano para hacer una señal. No quería que lo tocasen. Fue su último gesto. Me colgué de su cuello y luego... y luego estuve a punto de salir corriendo de casa tal como estaba, en camisón. Creo que, de haber estado vestida, habría salido al jardín, a la calle, habría huido a cualquier parte. No conocía la muerte, diría que no había oído hablar de ella, pero era de ella de lo que quería huir.

Se interrumpió para tomar aliento. Con la mirada gacha, la armonía entre dulzura y audacia de su rostro adquirió un matiz patético.

—*Fuir la mort*<sup>[24]</sup> —repitió, reflexivamente, con su voz misteriosa.

Mills movió su gran cabeza ligeramente, nada más. Doña Rita me dedicó el brillo

de su mirada unos instantes, a modo de reconocimiento amistoso de mi derecho a estar allí. Y prosiguió.

—Mi vida podría describirse diciendo que, durante años, he estado observando a la humanidad desde la ventana de un cuarto piso. Cuando sobrevino el final, fue como caer a la calle desde el balcón. Así de brusco fue. Recuerdo que, en cierta ocasión en que nos encontrábamos en el Pabellón, una persona nos contó la historia de una muchacha que había saltado desde la ventana de una cuarta planta... Creo que por amor —aclaró de inmediato—, y no se hizo nada. Su ángel de la guarda debió de extender las alas justo a tiempo. Sí, tuvo que hacerlo. En cuanto a mí, lo único que sé es que no me rompí nada, ni siquiera el corazón. No se sorprenda tanto, señor Mills. Es muy probable que no lo comprenda usted.

—Muy probable —asintió Mills, inmóvil—, pero no esté tan segura.

—Henry Allègre tenía de su inteligencia la más alta opinión —dijo doña Rita inesperadamente y con seriedad evidente—, pero con todo esto lo único que pretendo decirle es que, cuando falleció, me encontré allí abajo ilesa, sí, pero perpleja, desconcertada, no lo suficientemente aturdida. Ocurrió, por otro lado, que esa criatura se encontraba en el barrio, cerca de la casa. De qué forma supo que... Pero ése es su trabajo, hacer averiguaciones. Además, sabe cómo abrirse paso en cualquier parte. En realidad, aquellos primeros días fue muy útil y, de alguna manera, consiguió que pareciera que el Cielo mismo lo había enviado. Víctima de la angustia y la desazón, pensé que jamás podría devolverle... En fin, estoy pagando desde entonces.

—¿Quiere decir que le está dando dinero? —preguntó Mills con suavidad.

—En realidad es tan poco —dijo doña Rita—. Ya le he dicho que no es lo peor. Me quedé en casa, en esa casa de la que estuve a punto de huir en camisón. Me quedé porque no sabía qué hacer. Desapareció tal como vino, siguiendo una nueva pista, supongo. Ya sabe, tiene que ganarse la vida de un modo u otro. Pero no crea que me quedé sola. Al contrario, no paraba de entrar y salir gente, gente de todas clases, conocidos de Henry Allègre y otras personas a quienes se había negado a conocer. Tuve la sensación de que en torno a mí no dejaban de urdirse intrigas y complots. Me sentía magullada, moralmente dolorida, y entonces, un día, don Rafael de Villarel me envió su tarjeta. Un grande. No le conocía, pero, como usted sabe, apenas había figura de importancia o de renombre de la que no se hubiera hablado delante de mí en el Pabellón. De él, sólo sabía que era muy austero y muy pío, que siempre estaba en misa y ese tipo de cosas. Me pareció un hombre pequeño y frágil; tiene el rostro macilento y los ojos hundidos y fanáticos; un inquisidor, un monje sin disfraz. Se me hizo extraño no verle con un rosario entre sus delgados dedos. Me miró de un modo terrible, pero la verdad es que yo no podía imaginar qué quería de mí. Me dio la sensación de que iba a sacar un crucifijo y a sentenciarme a la hoguera allí mismo. Pero no, se limitó a bajar los ojos y, con voz fría y austera, recta, me informó de que había ido a verme de parte del príncipe, a quien llamó «Su Majestad». Me asombró el cambio. Me pregunto cómo fue posible que no deslizará las manos bajo las mangas

de su abrigo, ya sabe, como hacen los frailes mendicantes cuando piden limosna. Me explicó que el príncipe deseaba solicitar mi permiso para acudir a visitarme. Quería darme el pésame en persona. Aquel mismo año le habíamos visto mucho en nuestros dos últimos meses en París. Henry Allègre se había empeñado en pintar su retrato. Solía salir a cabalgar con nosotros casi todas las mañanas. Casi sin pensar, dije que me agradaría. Don Rafael se quedó de piedra al comprobar mi falta de formalidad, pero me hizo una reverencia, parecida a la que hacen los monjes, por la cintura. Si hubiera cruzado las manos sobre el pecho, habría sido perfecto. Luego, no sé por qué, algo me impulsó a responder con otra a su reverencia. Me quedé muy sorprendida, no sólo con él, sino también conmigo misma. Cerré mi puerta a todos los demás la tarde que vino el príncipe. Llegó con el rostro compungido, como correspondía, pero cinco minutos después ya estaba riendo como siempre. Su risa animó la casa entera. Ya sabe cómo es: sonora, irresistible.

—No —interrumpió Mills con alguna brusquedad—, no le conozco.

—No le conoce —repitió doña Rita, sorprendida— y sin embargo...

—A mi entender —explicó Mills— se trata de algo puramente accidental. Debe usted saber que soy un solitario, un mero aficionado a los libros, que, de alguna forma, ha desarrollado un secreto gusto por la aventura, lo cual me ha sorprendido incluso a mí.

Doña Rita escuchaba con esa mirada enigmática, inmóvil, de ojos entrecerrados, y una encantadora inclinación de cabeza.

—Le tengo por un caballero franco y leal. ¿Libros y aventura? Ah, los libros. ¿No les he dado yo la vuelta a pilas de ellos? ¿No lo he hecho?

—Sí —murmuró Mills—. Eso es lo que se hace.

Doña Rita apoyó la mano ligeramente en el brazo de Mills.

—Escuche, no tengo por qué justificarme, pero si yo hubiera conocido a alguna mujer, si hubiera tenido la oportunidad de observar siquiera a una de ellas, es muy posible que me hubiera puesto en guardia. Pero, ya sabe, no fue así. La única mujer con quien yo tenía algo que ver era yo misma, pero dicen que uno no puede conocerse a sí mismo. Jamás se me ocurrió pensar que tenía que estar en guardia contra su calidez, contra su terrible obviedad. Aunque totalmente distintas, usted y él fueron las únicas personas que se acercaron a mí no como si fuera un objeto de colección, una talla de marfil o una pieza de porcelana china. Ésa es la razón de que me acordase tan bien de usted. ¡Oh, usted no fue obvio en absoluto! En cuanto a él, pronto lamenté no ser un objeto, una hermosa obra de hueso o de bronce, una rara pieza de porcelana, *pâte dure*, no *pâte tendre*<sup>[25]</sup>. Un bonito espécimen.

—Rara, en efecto, incluso única —dijo Mills, mirándola a los ojos con una sonrisa—. Pero no intente depreciarse. Usted nunca fue guapa, usted no es guapa, es algo peor.

Los ojos rasgados de doña Rita adquirieron un brillo de malicia.

—¿Encuentra esas expresiones en sus libros? —preguntó.

—En realidad, sí —dijo Mills, riéndose—, ésta sí la he encontrado en un libro. Una mujer decía eso de sí misma. Una mujer muy poco corriente que murió hace algunos años. Era actriz, una gran artista.

—¡Una gran artista!... ¡Qué afortunada! Tenía ese refugio, ese atavío, mientras que yo he de quedarme aquí sin nada que me proteja de la mala fama, como un personaje desnudo a merced del viento. Sí, la grandeza artística es una protección. Me gustaría saber si habría tenido alguna en el caso de haberlo intentado. Claro que Henry Allègre jamás me lo habría permitido. Me dijo que, lograra lo que lograra, jamás estaría a la altura de lo que soy. ¡El halago perfecto! ¿Pensaba que no tengo talento de ninguna clase? Es posible. Él sí podía saberlo. A raíz de ese comentario he llegado a pensar que estaba celoso. No sentía más celos de la humanidad que temor a que unos ladrones se llevaran su colección, pero es posible que estuviera celoso de lo que veía en mí, de la posibilidad de una pasión. En cualquier caso, aunque así fuera, no se arrepintió. Jamás olvidaré sus últimas palabras. Me vio junto a su cama, indefensa, simbólica y desesperada, y todo lo que se le ocurrió decir fue: «En fin, yo soy así».

Mirándola, me olvidé de mí mismo. Jamás había visto a nadie hablar con menos participación de los músculos faciales. En la plenitud de su vida, su rostro conservaba una especie de inmovilidad. Las palabras fieras o patéticas que pronunciaba parecían formarse fuera de sus labios. Su forma apenas se violentaba; una forma llena de fuerza, gravedad y dulzura, como si nacieran de la inspiración de un artista; yo jamás había visto y jamás he vuelto a ver nada que se le parezca.

Todo ello formaba parte del hechizo en que me envolvía. Por su parte, Mills parecía víctima de ese mismo hechizo. Me dije que, si también él estaba cautivo, yo no tenía razón alguna para sentirme avergonzado de mi claudicación.

—Como sabe —prosiguió doña Rita bruscamente—, he llegado a acostumbrarme a todas las fórmulas del respeto.

—Es verdad —murmuró Mills, de forma casi involuntaria.

—Pues sí —le aseguró ella—. Es posible que el instinto me dijera que la oscuridad sería mi única protección, pero no sabía ni dónde ni cómo encontrarla. Oh, sí, no carezco de ese instinto... pero había otros y... ¿Cómo explicarlo? Tampoco sabía cómo permanecer en guardia contra mí misma. Ni un alma con quien hablar, nadie que me advirtiera. Si algún alma femenina hubiera estado al corriente, alguien en quien quizá yo hubiera podido advertir mi propio reflejo. Le aseguro que la única mujer que se dirigió a mí directamente, aunque lo hiciera por escrito, fue... —Miró hacia un lado, observó que el señor Blunt regresaba del vestíbulo y añadió, rápidamente y bajando la voz—: Su madre.

La sonrisa brillante y mecánica del señor Blunt nos alcanzó desde el fondo de la estancia, pero, por así decirlo, su dueño no quiso que su cuerpo la siguiera. Blunt se dirigió a la más próxima de las dos grandes chimeneas y, tras encontrar unos cigarrillos en la repisa, en ella se quedó acodado, al calor del vivo fuego de leña.

Advertí entonces una suerte de juego mudo. Me pareció que la heredera de Henry Allègre, que no podía conseguir que la oscuridad ni ninguna otra cosa mingara esa posición envidiosa, tenía intención de hablar con Blunt desde la distancia, pero, en un momento, el confiado entusiasmo de su expresión se disipó, como si un pensamiento repentino lo hubiera matado. No sabía entonces que cualquier falsedad, evasiva o estratagema la encogían, que sentía pavor de la insinceridad o la deslealtad de cualquier tipo. Pero incluso entonces me dio la impresión de que, en el último momento, se había echado atrás ante la sombra de una sospecha. Por otra parte, me pregunté qué tipo de asunto podía tener que tratar el señor Blunt con nuestro odioso visitante, asunto en cualquier caso de naturaleza lo suficientemente urgente para que echara a correr tras él con intención de alcanzarle en el vestíbulo. ¿O acaso pretendía someterle a un pequeño correctivo con los bastones que allí se encontraban? Una mata de cabello blanco tan parecida a una peluca cara no podía considerarse una protección digna de tener en cuenta. Pero no podía tratarse de eso. La transacción, fuera la que fuese, había discurrido por cauces mucho más silenciosos. He de decir que ninguno de nosotros se asomó a la ventana y que, al menos yo, no supe en qué momento se marchó aquel hombre, si es que en efecto se marchó. En realidad, ya estaba lejos, y aquí, en este momento, quiero decir que no he vuelto a verlo en mi vida. Su paso por mi campo de visión fue como el de otras figuras de aquellos días: algo que se recuerda, un poco fantástico, infinitamente revelador para mi desprecio, oscurecedor para mi memoria, que se debate todavía con las claras luces y las feas sombras de aquellos días que no he olvidado.

## IV

**E**ran las cuatro en punto pasadas cuando salí de la casa en compañía de Mills. El señor Blunt, que seguía con la ropa de montar, nos escoltó hasta la puerta. Nos pidió que le enviásemos el primer fiacre que encontrásemos de camino a la ciudad.

—No se puede andar por las calles así vestido —señaló, con su brillante sonrisa.

Llegados a este punto, me propongo transcribir algunas notas que en aquel tiempo recogí en unos cuadernillos negros que he rescatado de los despojos del pasado. Cuadernillos corrientes, muy baratos, que con el paso de los años han adquirido un conmovedor aspecto ajado y oscuro, la raída y desgastada dignidad de los documentos.

La expresión por escrito jamás ha sido mi fuerte. Mi vida se ha centrado en las manifestaciones externas. Jamás he guardado en secreto mis sencillas ocupaciones, ni siquiera me he mostrado sistemáticamente taciturno respecto a ellas. Es posible que fueran estúpidas, pero nunca requirieron cautela ni misterio. Ahora bien, en las cuatro horas transcurridas desde el mediodía se operó en mí una transformación. Para bien o



para mal, salí de aquella casa comprometido con una empresa de la que no se podía hablar, una empresa que a muchos podría haberles parecido insensata, tal vez ridícula, pero que, aparte de porque, ciertamente, estaba llena de riesgos, exigía discreción por simple lealtad. No sólo sellaba mis labios, sino que, hasta cierto punto, también me apartaba de mis círculos habituales y de la compañía de mis amigos, especialmente de los más desenfadados, jóvenes y locos. Esto era inevitable. Lo era porque me sentí devuelto a mis propios pensamientos y obligado por una prohibición a no buscar alivio entre otras vidas. Es posible que, al principio, fuera ésta la única razón de que iniciase un registro irregular y fragmentario de mis días.

Tomé estas notas no tanto para preservar mis recuerdos (en aquel entonces el mañana no me preocupaba en absoluto) como para ayudarme a comprender el presente. Las garabateé en tierra y las garabateé en el mar, y en ambos casos se ocupan no sólo de la naturaleza de los hechos, sino de la intensidad de mis sensaciones. También pudiera ser que aprendiera a amar el mar por sí mismo únicamente en aquellos días. Por así decirlo, la mujer y el mar se me revelaron juntos: dos amantes de los valores de la vida. La ilimitable grandeza de uno, la insondable seducción de la otra desplegando sus encantos inmemoriales de generación en generación, cayeron al fin sobre mi corazón: una suerte compartida, un recuerdo inolvidable del poder informe del mar y del atractivo soberano de la forma de aquella mujer en la que parecía palpitar el pulso de la divinidad y no de la sangre.

Comienzo aquí con las notas que escribí al final de aquel mismo día.

**M**e he separado de Mills en los muelles. Hemos caminado en completo silencio. El hecho es que es demasiado mayor para que le hable con libertad. Aunque es muy amable y muy serio no sé qué fibra tocar y no estoy seguro de lo que piensa de todo esto. Cuando, al separarnos, nos hemos estrechado la mano, le he preguntado cuánto tiempo pensaba quedarse. Me ha respondido que depende de R., que se está ocupando de hacer lo necesario para que cruce la frontera. Quiere ver el territorio en el que el Principio de Legitimidad se afirma a sí mismo armas en mano. A mi cabeza optimista le ha parecido lo más fantástico del mundo esa supresión de personalismos en lo que no parecía sino una aventura meramente política y dinástica. De modo que no era doña Rita, no era Blunt, no era el Pretendiente con su risa sonora y contagiosa, no era toda esa cohorte de políticos, arzobispos y generales, de monjes, guerrilleros y contrabandistas de mar y tierra, de dudosos agentes y turbios especuladores y manifiestos estafadores quienes buscaban fortuna a riesgo de sus preciosos pellejos. No. Era el propio Principio de Legitimidad afirmándose a sí mismo. Pues bien, yo aceptaría ese punto de vista, pero con una salvedad. Es posible que todos los demás se hayan sumado a la idea, pero yo, el último recluta, no me dejaré atrapar por el Principio de Legitimidad. El mío ha sido un gesto de afirmación independiente. Jamás en mi vida me había sentido tan intensamente

consciente de mi personalidad. Pero a Mills no le he dicho nada de esto. Tan sólo le dije que creo que a partir de ahora es mejor que, en la calle, no nos vean juntos demasiado a menudo. Él está de acuerdo. Cálido apretón de manos. He mirado con afecto su ancha espalda. No se ha vuelto ni una sola vez. ¿Qué soy yo comparado con el Principio de Legitimidad?

Por la noche he ido en busca de Dominic, un marino mediterráneo, justo el hombre que necesitaba. Está familiarizado con todas las actividades ilícitas que pueden realizarse en el mar y a la hora de llevarlas a la práctica ha aportado mucha sabiduría y audacia. Que yo no supiera dónde vivía poco importaba, puesto que sabía dónde amaba. La propietaria de un pequeño y tranquilo café del muelle, una tal *madame* Léonore, una mujer de treinta y cinco años de semblante romano, expresión franca y mirada inteligente, conquistó su corazón hace años. En ese café, sentados a una mesa de mármol y con las cabezas muy próximas, Dominic y yo nos hemos lanzado a una concienzuda e interminable confabulación mientras *madame* Léonore, que llevaba una crujiente falda de seda negra, pendientes de oro, su negro cabello arreglado en un peinado muy elaborado y se movía con cierto aire de desenfado, iba y venía y aprovechaba cada ocasión para apoyar la mano durante unos instantes en el hombro de su hombre. Más tarde, cuando del pequeño café se han marchado sus clientes habituales, en su mayoría personas relacionadas con la industria naviera y del transporte, *madame* Léonore se ha sentado tranquilamente a nuestra mesa y, fijando en mí sus negros y chispeantes ojos, le ha preguntado a Dominic con toda naturalidad qué le pasaba a su *signorino*. Así es como me llama. Yo soy el *signorino* de Dominic. No me conoce por otro nombre y la amistad que Dominic y yo mantenemos siempre ha sido una suerte de misterio para ella. Ha dicho que me veía cambiado desde la última vez. Con su expresiva voz ha instado a Dominic a que me mirase únicamente a los ojos. Yo debía de haber tenido una racha de suerte bien en el amor, bien con las cartas, ha bromeado. Dominic ha replicado, burlonamente, que yo no era de los que persiguen ese tipo de suerte y ha afirmado, sin entrar en detalles, que hay entre los caballeros jóvenes algunos muy listos a la hora de inventar formas de gastar su tiempo y su dinero. No obstante, ha añadido, si lo que necesitaban era un hombre sensato, él no tenía inconveniente en echar una mano. Dentro de la mofa de Dominic por las creencias, actividades y capacidades de las personas de clase alta se incluía cómodamente el Principio de Legitimidad; pero no podía resistirse a la oportunidad de ejercitar sus especiales facultades en un terreno que conocía de antiguo. En sus días de juventud fue un contrabandista desesperado. Hemos decidido hacernos con un velero rápido y estamos de acuerdo en que debe ser una *balancelle*, aunque de características especiales. Sabe de una que nos convendría, pero la tienen en Córcega. Se ha ofrecido a partir hacia Bastía mañana en el barco-correo. La atractiva y madura *madame* Léonore ha estado sentada a nuestro lado todo el tiempo, con una ligera sonrisa;

le divierte que su gran hombre se una sin más a una juerga de críos. Suyas han sido las últimas palabras de la noche: «Vosotros los hombres nunca acabáis de crecer», ha dicho, tocando levemente las sienes plateadas de Dominic.

Quince días después:

**T**arde en el Prado. Precioso día. En el momento de llamar a la puerta una intensa emoción de tipo ansioso. ¿Por qué? En el restaurante, en la rotonda, inundada por la luz de la tarde, doña R., sentada en el diván con las piernas cruzadas, con la actitud de un ídolo muy antiguo o de una muchacha muy joven y rodeada de cojines, me saluda con la mano desde lejos y con agradable sorpresa, y exclama: «¿Cómo, ya de vuelta?». Le doy todos los detalles y charlamos durante dos horas frente a un recipiente de latón con un poco de agua que está colocado entre los dos. Encendemos cigarrillos y los tiramos, innumerables veces, probados y abandonados sin más, porque nuestra charla tiene un interés insuperable. Lo comprendía todo a la primera y ha hecho sugerencias muy inteligentes. Todas las formalidades se han venido abajo enseguida y, al poco tiempo, me he sorprendido sentado como ella, con las piernas cruzadas, mientras enumeraba las cualidades de los diferentes veleros mediterráneos y de las románticas cualidades de Dominic para la tarea. Creo que le he contado toda su historia, incluso he mencionado la existencia de *madame* Léonore, puesto que su pequeño café ha de ser el cuartel general de la parte marina de la misión.

Ha murmurado: «*Ah! Une belle Romaine!*», de forma muy considerada. Me ha dicho que le gusta oír hablar de personas así pensando en nuestra común humanidad. Además, ha comentado que le gustaría que le presentase a Dominic, a fin de conocer, por una vez, a un hombre con quien se puede contar. También quería saber si se ha embarcado en esta aventura únicamente por mí.

Le he dicho que no dudo de que, en parte, sea por eso. Colaboramos muy estrechamente en las Indias Occidentales, de las que regresamos juntos. Él también piensa que conmigo se puede contar. No obstante, creo que Dominic se ha embarcado en esto principalmente por gusto. Hay en él una elegante despreocupación por lo que hace y un amor por la aventura.

—¿Y usted? —me ha preguntado ella—. ¿También está en esto por despreocupación?

—En cierta medida —he respondido—, pero dentro de unos límites.

—Y pronto se cansará.

—Cuando lo haga, se lo diré. Aunque también es posible que me entre miedo. Supongo que conoce usted los riesgos; quiero decir, aparte del de la propia vida.

—¿Como por ejemplo...?

—Por ejemplo, que nos capturen, juzguen y sentencien a lo que ellos llaman «galeras» en Ceuta.

—Y todo eso por amor a...

—No a la Legitimidad —atajé—. Pero ¿qué sentido tienen esas preguntas? Es como hacerle preguntas a la figura velada del destino. No conoce ni su cabeza ni su corazón. No tiene corazón. Pero, y si empezara a preguntarle ¿quién tiene corazón y no aparece velado a mi vista?

Doña Rita inclinó su encantadora cabeza adolescente, tan firme en su forma, tan tierna en su expresión. Su cuello desnudo era redondo como el fuste de una columna. Llevaba el mismo vestido de seda azul. En aquellos días parecía no vestir otra cosa que su traje de montar o aquel vestido azul, que llevaba cruzado y ceñido y que se abría por delante. Por no llevar adornos en el cuello y como las anchas mangas dejaban ver una generosa porción de sus brazos desnudos, el vestido parecía puesto directamente sobre su piel y daba la impresión de proximidad con su cuerpo, lo cual podría haber supuesto algún problema de no ser por la perfecta inconsciencia de su actitud. Aquel día no lucía ninguna bárbara flecha en el cabello, que llevaba con la raya a un lado, severamente peinado hacia atrás, recogido con una cinta negra y sin ninguna bruma de bronce en la frente o en las sienes. Su suavidad añadía a las muchas variedades de su expresión la de la inocencia infantil.

A raíz de nuestro entusiasta interés por el tema del que estábamos hablando y de la corriente de compenetración por la que, en los momentos de silencio, discurrían nuestros pensamientos fue avanzando, de manera inconsciente, nuestra intimidad. Y esta familiaridad, que crecía rápidamente y para la que, sinceramente, ella tenía un don, tocaba todas las variedades de la sinceridad y la convicción: seriedad, excitación, fervor, e incluso alegría. Se reía con un tono de contralto, aunque su risa nunca duraba mucho. Cuando había cesado, el silencio de la sala, cuya luz ya se apagaba en sus muchas ventanas, parecía envolverme, más cálido ahora a causa de sus vibraciones.

Cuando me disponía a marcharme después de una larga pausa, en la que nos habíamos sumido como en un sueño, ella interrumpió el silencio con un sobresalto y un suspiro callado. Y dijo:

—He ido demasiado lejos.

Cogí su mano y la estaba levantando, con naturalidad, sin premeditación, cuando, de repente, percibí que el brazo al que aquella mano pertenecía se había vuelto insensible, pasivo, como un miembro disecado, y que doña Rita parecía una figura inanimada. Solté la mano bruscamente antes de tocarla con mis labios. Estaba tan inerte que cayó a plomo sobre el diván.

Me quedé inmóvil. Ella posó en mí no sólo los ojos, sino todo su rostro, inquisitivamente, tal vez con un ruego.

—¡No! Con eso no me basta —dije.

La última luz de la tarde brillaba en sus largos y enigmáticos ojos como si fueran precioso esmalte en aquella cabeza en sombras que, en su inmovilidad,

sugería una creación de un pasado lejano: arte inmortal, no vida efímera. Su voz poseía una profunda quietud. Se disculpó.

—No es más que un hábito, o instinto, o lo que usted quiera. Tuve que practicarlo en defensa propia, para evitar la tentación, que algunas veces tenía, de cortarme el brazo.

Recordé el modo en que había cedido aquella misma mano, aquel mismo brazo, al rufián de cabello blanco. Me hizo parecer lúgubre y obstinado como un idiota.

—Muy ingeniosa. Pero ese tipo de cosas no van conmigo —afirmé.

—Hagamos las paces —sugirió, con su voz misteriosa, mientras, entre sombras, rodeada de cojines, permanecía inmóvil, indiferente.

Yo tampoco me moví. Empleando su mismo tono, me negué a aceptar su oferta.

—No. No antes de que, algún día, se sincere conmigo.

—Sí... algún día —repitió, sin ironía, sino, más bien, con vacilación, reticencia, ¿qué sé yo?

Me alejé del lugar en un curioso estado de triste satisfacción conmigo mismo.

Y éste es el último extracto. Lo escribí un mes después:

**E**sta tarde, cuando me dirigía a la Villa, me han asaltado las primeras dudas. Zarpo mañana.

Primer viaje, por tanto, un viaje de prueba. No puedo evitar cierta emoción punzante, porque es un viaje que *no puede* fracasar. En este tipo de empresas no hay lugar para el error. De todas las personas comprometidas en ella, ¿actuarán todas con la inteligencia suficiente, con suficiente lealtad, con suficiente audacia? Si pensamos en ellas como en un conjunto, parece imposible, y, comoquiera que cada una de ellas no tiene más que un papel limitado que desempeñar, podemos considerar que cada una de ellas se basta en su particular tarea. Quisiera saber si serán puntuales. Una empresa que depende de la puntualidad de tantas personas, por bien dispuestas e incluso heroicas que esas personas sean, pende de un hilo. Ésta, creo haber percibido, es también la mayor de las preocupaciones de Dominic. Él se hace la misma pregunta que yo. Y, cuando respira sus dudas, la sonrisa que asoma bajo los oscuros rizos de sus bigotes no me tranquiliza.

Pero hay también algo emocionante en este tipo de especulaciones y el camino a la Villa me ha parecido más corto que de costumbre.

Me ha abierto la puerta esa doncella morena, callada y tan activa. Está siempre a mano y siempre de paso hacia otra parte. Abre la puerta al pasar, con una mano, te mira durante un momento con sus negros y rápidos ojos, a los que sólo les falta algo de lustre, como si alguien les hubiera echado el aliento.

Al entrar en el salón alargado, he visto que Mills se había instalado en un

sillón que había arrastrado hasta colocarlo delante del diván. Yo he hecho lo mismo con otro sillón y así hemos quedado, frente a R., amable y dulce, y al mismo tiempo algo distante entre sus cojines, con inmemorial seriedad en sus alargados y oscuros ojos y a punto de esbozar una sonrisa esquiva que no acababa de asentarse en sus labios. Mills, que acaba de regresar del otro lado de la frontera, debe de haberle preguntado si el caballero del pelo blanco, su devoto amigo, ha vuelto a molestarla. Al menos, eso es lo que yo he deducido, porque me los he encontrado hablando de Azzolati, el del corazón roto. Después de corresponder a su bienvenida, me he sentado y he escuchado a Rita, que se dirigía a Mills con gravedad.

—No, le aseguro que Azzolati no me ha hecho nada. Le conozco. Era visitante asiduo del Pabellón, aunque yo nunca hablé mucho con él en vida de Henry Allègre. Había hombres más interesantes y él era muy reservado conmigo. Era un político y un financiero internacional, un don nadie. Como muchos otros, era admitido en el Pabellón sólo para entretener y alimentar la mofa que Henry Allègre hacía del mundo, que era insaciable, se lo digo en serio.

—Sí —dijo Mills—, ya lo imagino.

—Y yo lo sé. Con frecuencia, cuando nos quedábamos a solas, Henry Allègre solía cebarse. Si alguien ha visto alguna vez a la humanidad desprovista de sus ropajes igual que el niño ve al emperador en ese cuento alemán, ésa soy yo. ¡En mis oídos! ¡En los oídos de una niña! Demasiado joven para morir de miedo, sin edad suficiente para comprender, ni siquiera para creer. Pero entonces su brazo me protegía. A veces me reía. ¡Me reía! Ante tanta destrucción, ante tanta ruina.

—Sí —dijo Mills, firme frente al fuego de R.—, pero usted tenía a su servicio el imperecedero encanto de la vida. Usted forma parte de lo indestructible.

—¿Eso cree?... Pero ahora no hay brazo que me proteja. ¡La risa! ¿Dónde está mi risa? Devuélvanme mi risa...

Se ha reído ligeramente, en un tono grave. No sé qué efecto ha tenido su risa en Mills, pero su tenue y misteriosa vibración ha resonado en mi pecho, que he sentido vacío por un momento, como si fuera uno de esos espacios enormes que nos aturden.

—La risa ha abandonado mi corazón, que siempre se sentía protegido. Esa sensación también me ha abandonado. Yo también moriré algún día.

—Desde luego —ha dicho Mills, sin la menor alteración—. En cuanto a este cuerpo, usted...

—¡Oh, sí! Gracias. Me parece una broma de mal gusto. Ir de cuerpo en cuerpo como los viajeros cambian de caballo en las casas de postas. He oído hablar de eso...

—No lo dudo —ha dicho Mills, adoptando un tono más sumiso—. Pero ¿no nos va a contar más cosas de Azzolati?

—Las oirán. Escuchen. He oído que le invitaron a cazar en Rambouillet, a una

partida reducida, tranquila, nada que ver con las grandes cacerías. He oído muchas cosas, quería conseguir cierta información, y hacer ciertas insinuaciones a un diplomático que también estaba invitado, un personaje que jamás me permitiría ponerme en contacto con él, por mucho que lo haya intentado ya en numerosas ocasiones.

—¡Increíble! —se ha mofado Mills, solemnemente.

—Este personaje recela de su propia susceptibilidad. Es prudente por naturaleza —ha aclarado doña Rita expeditivamente y sin mover apenas los labios—. De pronto, tuve la inspiración de recurrir a Azzolati, quien no ha dejado de recordarme su condición de viejo amigo mediante una afluencia constante de mensajes, mensajes a los que, por mi parte, jamás había prestado la menor atención. Entonces, como cuestión de emergencia, me senté a escribir una nota en la que le invitaba a cenar conmigo en el hotel. Supongo que saben que no vivo en el Pabellón. No puedo soportar ese lugar. Siempre que voy, al cabo de una hora de estar allí, comienzo a tener la sensación de que está encantado. Me parece ver a algún conocido detrás de las columnas, cruzando alguna puerta, desapareciendo por algún rincón. Oigo pasos tras las puertas... ¡Mis propios pasos!

Sus ojos, sus labios medio separados, no se han movido hasta que Mills ha sugerido, con suavidad:

—Sí, pero... ¿y Azzolati?

La rigidez de doña Rita se ha disuelto como un copo de nieve bajo el sol.

—¡Ah, Azzolati! Ha sido un asunto de lo más solemne. Se me ocurrió arreglarme mucho, hacerme un peinado muy elaborado. Y qué gran éxito. Por un momento, Azzolati se asustó, como si se hubiera equivocado de *suite*. Jamás me había visto tan arreglada, ¿se dan cuenta? En los viejos tiempos, después de quitarme el traje de montar, no me arreglaba. Me acostaba, me ponía cómoda, ¿se acuerda, *monsieur* Mills? Nada complacía más mi indolencia, mi deseo de sentirme libre dentro de mi cuerpo, igual que cuando cuidaba cabras... En fin, no importa. Me proponía impresionar a Azzolati. Quería hablar con él en serio.

En el sutil temblor de sus labios, en su rápido parpadeo, me ha parecido advertir algo caprichoso, fantasioso.

—Pero presten atención. A Azzolati se le había ocurrido lo mismo que a mí. Imagínense, para nuestra cena *tête-à-tête*, la criatura se había vestido igual que para una recepción en la corte. En la solapa del frac se había colgado una *brochette*<sup>[26]</sup> con todo tipo de condecoraciones y cruzada sobre el pecho llevaba la banda de alguna orden. Una banda ancha y de color naranja. Yo diría que de Baviera. Azzolati, el gran católico, apostólico y romano. Su ambición siempre ha sido la de ser el banquero de todos los Borbones del mundo. Llevaba el poco pelo que le queda teñido de negro azabache y las puntas de su bigote parecían agujas de hacer punto. Parecía dispuesto a ser en mis manos maleable como la cera. Por desgracia, aquel día yo había tenido algunas reuniones irritantes. Reprimía

impulsos repentinos de romper algún vaso, estrellar un plato contra el suelo, hacer algo violento para aliviar la tensión y tranquilizarme. Pero su actitud sumisa me ponía todavía más nerviosa. Estaba dispuesto a hacer cualquier cosa que le pidiera con tal de que yo le prometiera que jamás encontraría cerrada mi puerta mientras viviera. Comprenderán la insolencia, la falta de pudor. Y su tono también era abyecto. Le respondí que yo no tenía puerta, que soy una nómada. Él se inclinó irónicamente hasta que estuvo a punto de tocar el plato con la nariz y me rogó que recordase que, según él tenía entendido, poseo cuatro casas en todo el mundo, lo cual, ¿saben?, hizo que me sintiera más pobre y proscrita que nunca, como un perro callejero y sin saber adonde ir. Yo estaba a punto de echarme a llorar y la criatura sentada delante de mí no dejaba de sonreír como un imbécil, como diciendo: «Aquí tiene, a ver cómo resuelve el dilema...». Me rechinaban los dientes. Aunque él no se dio cuenta, ya saben... Supongo que pensarán que soy una estúpida.

Se interrumpió, como si esperase una respuesta, pero no hicimos el menor comentario. Prosiguió.

—Tengo días así. Con frecuencia, una se pasa el día oyendo falsas quejas, palabras vacuas, ristras de mentiras, así que, por la tarde, no está para nada, ni siquiera para la verdad. Ese idiota me sirvió un trozo de sinceridad desnuda que yo no pude soportar. En primer lugar, empezó a tratarme con confianza: se jactó de sus grandes negocios, se quejó de su vida, tenía tanto trabajo, dijo, que no le quedaba tiempo para el placer, para la belleza, para el sentimiento, para ninguno de los consuelos del corazón. ¡Corazón! Quería que me compadeciera de él. Por supuesto, debí escucharle. Hay que recompensar los servicios prestados. Pero estaba nerviosa y cansada. Y él me aburría. Finalmente, le dije que estaba muy sorprendida de que un hombre tan inmensamente rico siguiera acumulando más y más riquezas. Supongo que, mientras hablábamos, bebió una buena cantidad de vino, porque, de pronto, soltó una barbaridad que fue demasiado para mí. No había parado de quejarse, se había puesto muy sentimental, y, de pronto, enseñó los colmillos: «No puede usted imaginar —me dijo— cuánta satisfacción se experimenta al sentir cómo la gente que no tiene un penique, cómo los mendigos, los queridos, los honrados y meritorios pobres, se retuercen y babea bajo la suela de los zapatos, de uno». Ya sé que de todas formas me dirán que les parece un animal despreciable, pero tendrían que haber oído con qué tono lo dijo. Mis brazos desnudos se quedaron como el hielo, y eso que un momento antes estaba sofocada de puro aburrimiento. Me levanté de la mesa de un salto, llamé a Rose y le pedí mi abrigo de piel. Él no se movió del asiento y me miró con curiosidad. En cuanto me puse el abrigo y la chica salió de la habitación, le di la sorpresa de su vida: «Salga de aquí inmediatamente —le dije—. Vaya por ahí pisoteando a los pobres si le place, pero a mí no se atreva a hablarme nunca más en la vida». Al oír esto, apoyó la cabeza en el brazo. Estuvo así tanto tiempo, tapándose los ojos con



la mano, que tuve que preguntarle, con calma, ya saben, si quería que lo echasen al pasillo. Respondió con un largo suspiro: «Yo sólo quería ser sincero con usted, Rita». Cuando llegó a la puerta, ya había recuperado parte de su insolencia. «También usted sabe cómo pisotear a un pobre hombre —dijo—. Pero no me importa retorcerme bajo sus bonitos zapatos, Rita. La perdono. Yo la creía libre de todo ese vulgar sentimentalismo, creía que era más independiente. Me he equivocado con usted, nada más». Tras decir esto, fingió limpiarse una lágrima, ¡una lágrima de cocodrilo!, y se marchó. Yo me quedé allí de pie, con el abrigo de pieles puesto y junto a la chimenea, pero sin poder evitar que me castañeteasen los dientes... ¿Han oído hablar de algo más estúpido que todo este asunto? —ha concluido doña Rita con absoluta franqueza y una mirada profunda e ilegible que no se detenía en nosotros. En cuanto dejó de hablar, la quietud de sus labios se hizo tan perfecta que llegué a preguntarme si cuanto había dicho había sido pronunciado por aquella boca o sólo eran imaginaciones mías.

Luego continuó, pero esta vez, como si hablase consigo misma.

—Es como quitarle la tapa a unas cajas y comprobar que, en cada una de ellas, hay unos sapos que te miran. En cada una de ellas, en todas y cada una. Así es relacionarse con los hombres más allá del mero «Buenos días, buenas tardes». Y cuando intentas no quitar alguna de esas tapas, da lo mismo, porque algunos las levantan igualmente. Ni siquiera saben, ni siquiera sospechan lo que te están enseñando. Algunas confidencias son el más amargo de los insultos, algo de lo que ni siquiera se dan cuenta. Supongo que Azzolati se considera a sí mismo un noble animal de presa. Otros se consideran los caballeros más delicados, nobles y refinados. Y lo más probable es que se limiten a aprovecharse de los problemas de una mujer, lo cual, al final, tampoco les servirá de nada. ¡Idiotas!

Ha pronunciado esta meditación sin el menor asomo de ira, lo cual le confería una conmovedora simplicidad. Y como si, en efecto, no fuera más que una meditación, nos hemos comportado como si no la hubiéramos oído. Mills comenzó luego a relatar lo sucedido durante su visita al ejército del rey legitimista. En sus comentarios he descubierto que ese hombre de cultura libresca puede ser muy gráfico y pintoresco. Su admiración por la lealtad y valor del ejército se combina con una enorme desazón ante el modo en que, según puede atestiguar, se desaprovechan tan grandes cualidades. En la conducción de una empresa tan enorme ha observado una deplorable ligereza de perspectiva, una funesta falta de decisión, la ausencia de un plan razonado.

Ha sacudido la cabeza.

—Creo que a nadie hay más obligación de contarle la verdad que a usted, doña Rita. No sé qué ha puesto usted en juego exactamente.

Doña Rita estaba rosada, como una estatua impasible posada en algún desierto a la luz de la tarde.

—No mi corazón —ha dicho, con calma—, créame.

—La creo. Quizá habría sido preferible que usted...

—No, *monsieur le Philosophe*, no habría sido preferible. Y no me mire con esa cara tan seria —ha proseguido doña Rita con ternura y en un tono juguetón, como si la ternura fuera su herencia imperecedera y la picardía la fibra de su ser—. Supongo que pensará usted que cualquier mujer que actúe como yo lo hice y no se juegue en ello el corazón es... ¿Cómo sabe a qué responden, un día tras otro, los latidos del corazón?

—Jamás me atrevería a juzgarla. Qué soy yo frente al conocimiento para el que usted ha nacido. Es usted tan vieja como el mundo.

Doña Rita ha aceptado esta declaración con una sonrisa. Yo, que observaba con inocencia, me he quedado asombrado al descubrir de qué modo un comentario tan fugaz puede llevar tanta carga de seducción sin la ayuda de ningún otro elemento y con esa mirada inalterable.

—En mi caso es *pun d'onor*<sup>[27]</sup>. Por mi primer amigo independiente.

—Se separaron ustedes muy pronto —se ha atrevido a decir Mills, mientras yo permanecía inmóvil, bajo una sensación de opresión.

—No piense ni por un momento que tuve miedo —ha dicho doña Rita—. Son ellos quienes lo tenían. Me imagino que habrá oído muchos rumores en el cuartel general.

—Oh, sí —ha replicado Mills, de forma elocuente—. Lo blanco y lo negro se suceden como hojas que mece el viento. Imagino que habrá notado que las hojas que mece el viento parecen muy felices.

—Sí —ha dicho doña Rita—, pero esas hojas son hojas muertas, de modo que, ¿por qué no parecer felices? Por eso supongo que no hay descontento ni inquietud, que no hay lugar para el miedo entre los «responsables».

—En general, no. De vez en cuando da la impresión de que una hoja va a quedarse pegada. Ahí está, por ejemplo, *madame*...

—Oh, no quiero saber nada. Yo lo comprendo todo, soy tan vieja como el mundo.

—Sí —ha dicho Mills, pensativamente—. Usted no es una hoja, usted podría ser el mismo tornado.

—Le doy mi palabra —ha asegurado doña Rita— de que hubo un tiempo en que pensaron que podría llevármelo, lejos de todos ellos, más allá de todos ellos. La verdad es que no estoy muy orgullosa de sus miedos. No había ninguna temeridad digna de una gran pasión. No había ninguna tristeza digna de una gran ternura.

—¿Es ésta la palabra del enigma veneciano? —preguntó Mills, fijando en ella sus afilados ojos.

—Si le place pensar así, señor —ha dicho doña Rita con indiferencia. El movimiento de sus ojos, su velado brillo, se ha teñido de malicia al preguntar—: ¿Y don Juan Blunt, lo ha visto por allí?

—Creo que me evitó. Además, suele estar con su regimiento, en los puestos de avanzada. Es un capitán muy valeroso. He oído a algunos llamarle insensato.

—Oh, no necesitaba buscar la muerte —ha dicho doña Rita con un tono indefinible—. Como refugio, digo. No habrá en su vida nada lo suficientemente grande para eso.

—Está usted furiosa. Creo, doña Rita, que lo echa de menos.

—Furiosa no, harta. Lo cual, por supuesto, resulta muy inconveniente. No sé cómo puedo salir a montar sola. Una amazona solitaria tragando el polvo y la sal del paseo de la Corniche llamaría demasiado la atención. Como ven, no me importa que ustedes dos sepan que tengo miedo a salir sola.

—¿Miedo? —exclamamos Mills y yo al unísono.

—Ustedes los hombres son extraordinarios. ¿Por qué quieren que sea valiente? ¿Por qué no iba a tener miedo? ¿Porque no hay en el mundo nadie a quien le importe lo que pudiera ocurrirme?

Por primera vez, he percibido en su tono una vibración profunda, grave. Nos hemos quedado sin palabras. Tras un largo silencio, doña Rita ha añadido:

—Hay una razón excelente. Existe cierto peligro.

Con maravillosa perspicacia, Mills ha afirmado:

—Algo feo.

Doña Rita ha asentido ligeramente varias veces. A continuación, y muy convencido, Mills ha dicho:

—¡Ah! En ese caso no puede ser nada suyo, y si es así...

He sentido el impulso de darle un consejo extravagante:

—En ese caso debería salir al mar conmigo. Es posible que haya en el mar algunos peligros, pero nada feo a lo que temer.

Me ha dirigido una mirada de perplejidad muy rara en ella y más que maravillosa para mí. De repente, como si me hubiera visto por primera vez, ha exclamado, con tono compungido:

—¡Y también está éste! ¿Por qué, oh, por qué corre tanto peligro por algo que no tardará en desmoronarse, en convertirse en polvo?

—*Usted* no se convertirá en polvo —he dicho.

—A este joven entusiasta —ha intervenido Mills— siempre le quedará su mar.

Para entonces, los tres estábamos ya en pie. Doña Rita, que no apartaba los ojos de mí, ha repetido con una suerte de fantasiosa envidia:

—¡El mar! El mar violeta, y está deseando volver a él... ¡De noche! ¡Bajo las estrellas!... La cita de un amante —ha proseguido, estremeciéndome de la cabeza a los pies con sus últimas palabras, que ha acompañado de una sonrisa melancólica acaso teñida de burla. Luego ha dejado de mirarme—. ¿Y usted, señor Mills?

—Yo voy a regresar a mis libros —ha anunciado Mills con gesto grave—. Mi

aventura ha concluido.

—Cada cual con su amor —ha bromeado doña Rita—. ¿Es que, en otro tiempo, no amé yo también los libros? Parecían contener toda la sabiduría y poseer un poder mágico. Y dígame, señor Mills, ¿ha encontrado en ellos, en algún volumen escrito en letras de oro, el poder de predecir el destino de un pobre mortal, el poder de predecir el futuro, el futuro de cualquiera? —Mills ha negado con la cabeza—. ¿Ni siquiera el mío? —ha insistido ella, como si creyera realmente en que en los libros podía encontrarse algún poder mágico.

Mills ha vuelto a negar con la cabeza.

—No, no tengo ese poder —ha dicho—. Yo no tengo más de mago que usted de pobre mortal. Usted posee antiguos embrujos, es usted tan vieja como el mundo. De nosotros dos, es usted la más capacitada para predecir el futuro de los pobres mortales sobre quienes por casualidad pone usted los ojos.

Doña Rita ha reaccionado a estas palabras bajando la mirada y, en el momento de profundo silencio que ha seguido, me he fijado en el ligero movimiento de su torso, que subía y bajaba con el ritmo de su respiración. A continuación, Mills se ha despedido, marcando las palabras:

—Adiós, vieja hechicera.

Se han estrechado las manos con cordialidad.

—Adiós, mi pobre mago.

Mills ha hecho un intento de hablar, pero, al parecer, se lo ha pensado dos veces. Doña Rita ha respondido a mi distante reverencia con una leve y encantadoramente ceremoniosa inclinación de su cuerpo.

—*Bon voyage* y feliz regreso —ha dicho, con formalidad.

Seguía a Mills hasta la puerta cuando he oído que nos llamaba.

—Oh, un momento... se me olvidaba...

He dado media vuelta. Me llamaba a mí. Me he acercado despacio, preguntándome qué podría habersele olvidado. Ella aguardaba en medio de la estancia con la cabeza gacha, con un brillo mudo en sus profundos ojos azules. Cuando me he aproximado lo suficiente, ha extendido sin decir una palabra su blanco brazo desnudo y, de repente, ha apoyado el dorso de su mano en mis labios. Me ha sorprendido demasiado para cogerlo con pasión. Lo ha separado de mis labios y lo ha dejado caer lentamente. Habíamos hecho las paces y no había nada que decir. Ella se ha vuelto hacia la ventana y yo me he apresurado a salir de la sala.

## TERCERA PARTE

## I

**F**ue a nuestro regreso de aquel primer viaje cuando llevé a Dominic a la Villa para presentárselo a doña Rita. Si ella quería conocer la encarnación de la lealtad, los recursos y el valor, podía contemplarla en aquel hombre. Al parecer, no la decepcionó. Tampoco Dominic quedó decepcionado. Durante la media hora que duró la entrevista, entraron en contacto de un modo maravilloso, como si compartieran un punto de vista de la vida común y secreto. Tal vez fuera su común anarquía, y su conocimiento de cosas antiguas como el mundo. La seducción de ella, la audacia de él, eran sencillas, sabias y, en cierto sentido, dignas la una de la otra.

Dominic quedó, no diré que sobrecogido por la entrevista, ninguna mujer podría sobrecoger a Dominic, pero sí, ¿cómo decirlo?, pensativo, como un hombre que hubiera pasado no tanto por una experiencia como por una suerte de revelación. Más tarde, en el mar, solía referirse a *la Señora* con un tono particular y a partir de entonces supe que no sentía devoción tan sólo por mí. Y comprendí su inevitabilidad absolutamente. En lo que respecta a doña Rita, en cuanto Dominic abandonó la estancia, se volvió hacia mí con gran excitación y me dijo:

—Pero si ese hombre es perfecto.

En lo sucesivo, preguntaría por él a menudo y lo mencionaría en sus conversaciones.

—A cualquiera le gustaría dejar el cuidado de su seguridad personal en manos de ese hombre —me dijo más de una vez—. Da la impresión de que no puede fallarte, así de simple.

Admití que esto era muy cierto, especialmente en el mar. Dominic no podía fallar. Al mismo tiempo, sin embargo, yo conseguía irritar a doña Rita con motivo de su preocupación por la seguridad personal, que con tanta frecuencia surgía en su conversación.

—Se diría que es usted una cabeza coronada en un mundo inmerso en una revolución —le dije varias veces.

—Eso sería distinto. En ese caso, una se alzaría por algo, digno o no de morir por ello. Una podría entonces incluso salir huyendo y acabar con todo. Pero yo no puedo huir a menos que salga de mi piel y la deje atrás. ¿No lo comprende? Es usted un estúpido... —me insultaba, aunque tenía la gracia de añadir—, lo hace a propósito.

No sé si lo hacía a propósito, no estoy seguro de que no fuera un estúpido. Muchas veces, sus palabras te dejaban perplejo y la perplejidad es una especie de estupidez. Mi remedio era sencillo: no prestar atención al sentido de lo que decía. El sonido de sus palabras permanecía, y también su conmovedora presencia, que se adueñaba de tu corazón y bastaba para ocupar todas tus facultades. En el poder que

todo ello ejercía sobre uno había misterio suficiente. Era más absorbente que la mera oscuridad de sus comentarios. Pero me atrevería a decir que ella no comprendía nada de esto.

De ahí los graciosos arrebatos verbales o gestuales con que a veces nos sorprendía y que tan sólo servían para acrecentar la fuerza natural e invencible del hechizo. Algunas veces, el recipiente de latón se alteraba un poco o la tabaquera salía volando, desparramando por el suelo una lluvia de cigarrillos. Los recogíamos, los volvíamos a colocar en su sitio y guardábamos un silencio tan prolongado y tan cercano que el sonido de la palabra que lo interrumpía surgía con todo el dolor de una separación.

Fue en aquella época cuando ella sugirió que debía instalarme en su casa de la calle de los Cónsules. El traslado ofrecía ciertas ventajas. En mi morada de aquel entonces, mis repentinas ausencias podrían, a largo plazo, dar pie a comentarios. Por otro lado, la casa de la calle de los Cónsules era un conocido cenáculo legitimista. Claro que, entonces, esta condición se veía solapada por la oculta influencia de una persona a quien, en las conversaciones confidenciales, las comunicaciones secretas y los discretos murmullos de los salones realistas, solían llamar «*madame* de Lastaola».

Ése era el nombre que la heredera de Henry Allègre decidió adoptar cuando, según su propia expresión, se vio inmersa, de un momento para otro, en el gentío de la humanidad. Resulta extraño de qué modo la muerte de Henry Allègre, que sin duda el pobre hombre no planeó, adquirió para mí el carácter de una despiadada deserción. Permitía vislumbrar el asombroso egoísmo de un sentimiento al cual a uno le resultaba muy difícil dar un nombre, la misteriosa apropiación de un ser humano por otro como desafío a algo inexpresado y por la insólita satisfacción de un orgullo inconcebible. Si la hubiera odiado, no habría arrojado sobre su cabeza esa fortuna tan enorme de manera tan brutal. Y su muerte irredenta pareció alzar por un momento el telón de algo elevado y siniestro como el capricho de un dios olímpico.

—¿Sabe? —me dijo doña Rita una vez, con una resignación teñida de humor—, parece que una debe tener un nombre. Eso es lo que el Henry Allègre hombre de negocios me dijo, y se impacientaba mucho conmigo. Pero mi nombre, como todo lo que tuve, *amigo*, se lo llevó consigo Henry Allègre. Todo está enterrado con él, en su tumba. No habría sido sincero, así es como yo me sentía al respecto. De modo que adopté ese otro —dijo, y susurró para sí «Lastaola», pero no por probar cómo sonaba, sino como en un sueño.

Hasta hoy no estoy seguro de si era el nombre de algún lugar, de alguna morada del hombre, de un *caserío* con un escudo de armas erosionado sobre la entrada, o de algún villorrio situado en el nacimiento de una garganta y al pie de una pendiente rocosa. Podría haber sido un monte o tal vez un río, un bosque o quizá una combinación de las tres cosas: tan sólo un trozo de la superficie terrestre. En cierta ocasión le pregunté dónde estaba situado exactamente.

—Oh, por allí —me respondió, señalando con la mano como si fuera un caballero hacia la pared ciega de la habitación, y cuando pensaba ya que era cuanto iba a oír,

añadió, sombría—: Allí solía llevar mis cabras. Una docena más o menos; allí pasaban el día. Desde que mi tío decía su misa hasta que tocaba la campana de la tarde.

De pronto, vi aquel lugar solitario, que en pocas palabras me había descrito hacía tiempo el señor Blunt, poblado de bestias ágiles y barbadas, de cínicas cabezas y una pequeña figura brumosa y oscura bajo el sol, con un aura de alborotados cabellos rojizos.

Lo de los cabellos rojizos es suyo. En realidad sus cabellos eran castaños con reflejos rojizos. Estando yo presente, una o dos veces habló de sus «cabellos rojizos» con alegre desagrado. Incluso cuando yo la conocí era su cabello rebelde y aborrecía las restricciones de la civilización. Con frecuencia, en el calor de una disputa se metía en los ojos de *madame* de Lastaola, dueña de codiciados tesoros artísticos, heredera de Henry Allègre. Ella proseguía con un humor nostálgico, un ligero destello de alegría cubría su semblante, aunque no sus ojos azul oscuro, que rara vez abandonaban su fijo escrutinio de cosas invisibles a otros seres humanos.

—Las cabras eran muy buenas. Trepábamos juntas por las rocas. Era un juego en el que me vencían. Mi pelo se enredaba en los arbustos.

—Su pelo rojizo —susurraba yo.

—Sí, siempre ha sido de ese color. Y, por culpa de las espinas, dejaba jirones de mi vestido aquí y allá. Era muy delgada, mucho. No había gran cosa en aquella época entre mi piel y el azul del cielo. Tenía las piernas tan bronceadas como la cara, aunque lo cierto es que no me ponía muy morena. Pero tenía muchas pecas. En la casa parroquial no había espejos, aunque mi tío utilizaba uno no mayor que mis dos manos para afeitarse. Un domingo, me metí en su habitación y me miré. ¡Qué asombro cuando vi que mis propios ojos me miraban! Pero también resultaba fascinante. Por aquel entonces yo tenía unos once años y era muy amiga de las cabras; chillaba más que un chicharra y era delgada como un fósforo. ¡Cielos! A veces, cuando me oigo hablar, o cuando me miro al espejo, me parece imposible. Pero es la misma persona. Recuerdo a todas las cabras, a todas y cada una. Eran muy listas. En realidad, las cabras no dan ningún problema, no se alejan mucho. Las mías ni siquiera lo hacían aunque yo tuviera que esconderme y desapareciera de su vista durante mucho tiempo.

Me pareció natural preguntar por qué tenía que esconderse. Ella respondió vagamente con lo que más bien era un comentario a mi pregunta.

—Era como el destino.

Yo opté por tomármelo de otra manera, con humor, y es que con frecuencia éramos como un par de niños.

—¿En serio? —dije—. Habla usted como los paganos. ¿Qué podía usted saber del destino en aquel entonces? ¿Cómo era? ¿Bajaba del Cielo?

—No sea tonto. Solía llegar en carro y adoptaba aspecto de chico. Pero la verdad es que era un pequeño diablo. Comprenda, yo no podía saberlo. Era un primo rico



mío. Allí todos somos parientes, todos somos primos, como en Bretaña. No era mucho más grande que yo, pero sí era mayor. Un chico con pantalones azules y buenos zapatos, que, por supuesto, me interesaron y me impresionaron. Me llamó a gritos desde abajo y yo le grité desde arriba. Él subió y se sentó cerca, sobre una roca, sin decir palabra. Dejó que le mirase durante media hora antes de condescender y preguntarme quién era. ¡Y qué aires se daba! Me intimidaba, allí sentado, completamente mudo. Recuerdo que yo me senté en el suelo, por debajo de él, y traté de esconder los pies descalzos bajo la falda. *C'est comique, eh!* —se interrumpió para decir esto con tono melancólico. Yo la miré con comprensión, y prosiguió—: Era hijo único en una granja que estaba dos kilómetros monte abajo. En invierno lo mandaban a un colegio de Tolosa. Tenía una alta opinión de sí mismo; iba a abrir una tienda en una ciudad y creo que era la criatura más insatisfecha que he conocido. Tenía la boca triste y los ojos tristes, y siempre se sentía desgraciado por algún motivo: por el modo en que lo trataban, por tener que estar en el campo y encadenado al trabajo. Se quejaba de todo, protestaba por todo y amenazaba a todo el mundo, incluidos su padre y su madre. Maldecía a Dios. Sí, aquel chico que se sentaba sobre una roca igual que un pequeño y desgraciado Prometeo a quien un gorrión picoteara su pequeño y miserable hígado, maldecía a Dios. Rodeado del gran escenario de las montañas, ja, ja, ja.

Se rió con su risa de contralto, penetrante y generosa. No llegaba a ser contagiosa, pero en los demás suscitaba una sonrisa.

—Por supuesto, yo, pobre criatura, no sabía cómo reaccionar y estaba un poco asustada. Pero al principio, por culpa de sus desgraciados ojos, sentía lástima por él, casi tanta como si hubiera sido una cabra enferma. Pero, asustada o apenada, no sé por qué, el caso es que siempre me daban ganas de reírme de él. Quiero decir desde aquel primer día en que dejó que le admirase durante media hora. Sí, incluso entonces tuve que taparme la boca con la mano más de una vez para no perder los modales, ¿entiende? Y eso que yo no solía reírme mucho.

»Un día se acercó y se sentó muy digno algo alejado de mí y me dijo que le habían dado unos azotes por subir a los montes.

»—Por estar conmigo —dije yo.

»—¡Por estar contigo! No. Mi familia no sabe lo que hago.

»No sé por qué, pero me molestó. De modo que, en lugar de entonar un canto a la piedad en su honor, que supongo que es lo que esperaba, le pregunté si la paliza le había dolido mucho. Él, que tenía una vara en la mano, se levantó y, acercándose a mí, me dijo:

»—Ahora lo verás.

»Me quedé paralizada del susto, pero en lugar de pegarme con la vara, se dejó caer a mi lado y me dio un beso en la mejilla. Me besó otra vez, y para entonces yo me había muerto. Él podría haber hecho lo que hubiera querido con el cadáver, pero, de pronto, se levantó. Yo volví a la vida y salí corriendo. No fui muy lejos, no podía

dejar allí a las cabras. Él me persiguió por las rocas, pero, por supuesto, yo era demasiado rápida para él, que llevaba sus bonitas botas de ciudad. Cuando se cansó de aquel juego, empezó a tirarme piedras. Después de aquello y gracias a él, mi vida se animó mucho. Algunas veces me pillaba por sorpresa y yo tenía que sentarme y escuchar sus miserables desvaríos, y es que me cogía por la cintura y me apretaba con fuerza. Y, sin embargo, a mí me daban ganas de reír. Pero si le divisaba a cierta distancia y trataba de eludirle, él empezaba a tirarme piedras hasta acorralarme en un refugio que yo conocía y se sentaba fuera con un montón de piedras, así que yo no me atrevía a asomar la nariz en unas cuantas horas. Él se sentaba allí y protestaba y me insultaba hasta que a mí, desde mi agujero, me daba por echarme a reír como una loca. Y entonces, me asomaba y lo veía a través de las hojas, revolcándose por el suelo y mordiéndose los puños de rabia. ¡Cómo me odiaba! Pero, al mismo tiempo, yo estaba muy asustada. Estoy convencida de que, si me hubiera echado a llorar, él habría entrado y, quizá, me hubiera estrangulado allí mismo. Luego, cuando el sol estaba a punto de ponerse, me hacía jurar que me casaría con él cuando fuera mayor.

»—¡Júralo, maldita pordiosera! —me gritaba.

»Y yo juraba. Tenía hambre y no quería que me lapidara. Ah, cuántas veces juré que me convertiría en su esposa. Treinta veces al mes durante dos meses. No podía evitarlo. Y de nada sirvió quejarme ante mi hermana Therese. Cuando le enseñé los moretones e intenté explicarle mi problema, se escandalizó. Me llamó pecadora, criatura sin vergüenza. Le aseguro que estaba completamente desconcertada. Entre Therese y José, el chico, vivía en un estado cercano a la idiotez. Afortunadamente, al final de los dos meses, se lo llevaron de allí. Es una historia curiosa para una pastorcilla que vivía su vida bajo la atenta mirada de Dios, como podría haber dicho mi tío el cura. Mi hermana Therese se encargaba de la casa parroquial. Es una persona terrible.

—He oído hablar de su hermana Therese —dije.

—¿Ah, sí? ¿De mi hermana Therese? Tiene seis, quizá diez años más que yo. Me llega justo por encima del hombro, pero yo siempre he sido muy alta. No conocí a mi madre. En nuestras alquerías de las montañas no hay cuadros ni fotografías. Ni siquiera me la han descrito. Creo que nunca fui demasiado buena para que me contaran esas cosas. Therese decidió que yo era un saco de perversidad. Ahora cree que mi alma se condenará si no tomo determinadas medidas para salvarla, y yo, en fin, no tengo ninguna opinión particular en ese sentido. Supongo que es molesto que una hermana tuya se precipite a la perdición eterna, pero hay compensaciones. Lo más gracioso es que creo que fue Therese quien se las arregló para que no entrase en la parroquia cuando, el año pasado, a mi regreso de la visita al cuartel real, me desvié de mi camino para ir a visitar a mi familia. En cualquier caso, no podría haberme quedado más de media hora, pero aun así me habría gustado cruzar ese viejo umbral. Estoy segura de que fue Therese quien convenció a mi tío de que se acercase al pie del monte a saludarme. Vi al viejo a distancia y comprendí lo que sucedía. Desmonté

y fui a su encuentro a pie. Estuvimos paseando por el camino media hora. Es un párroco campesino, no sabía cómo tratarme. Por supuesto, yo también me sentía incómoda. No había por allí ni una sola cabra que me facilitara el ser menos formal. Debí abrazarlo. Ese viejo adusto y simple siempre me gustó. Pero se envaró en cuanto me acerqué a él, llegó a quitarse el sombrero. ¡Así de simple es! Yo incliné la cabeza y le pedí la bendición. Él dijo: «Jamás le negaría la bendición a un buen legitimista». ¡Así de adusto es! Cuando pienso que yo era, quizá, la única niña de la familia o del mundo entero a quien el viejo dio una palmadita en la cabeza en toda su vida de cura... Cuando pienso en eso... Creo que en esos momentos me sentí tan desdichada como él. Le entregué un sobre con un gran sello rojo y se quedó perplejo. Le había pedido al marqués de Villarel que escribiese unas palabras dirigidas a él, porque mi tío ejercía una gran influencia en su parroquia, así que el marqués escribió de su propia mano algunos cumplidos y preguntas acerca del estado de ánimo de la población. Mi tío leyó la carta, me miró con aire de congoja y asombro, y me suplicó que dijera a Su Excelencia que el pueblo estaba por Dios, su rey legítimo y sus viejos fueros.

»—Sólo me queda una cosa por hacer, tío —le dije después de que me hubiera preguntado por la salud de Su Majestad en un tono espantosamente lúgubre—, y es darle dos libras del mejor rapé que he traído expresamente para usted.

»¿Qué otra cosa podría haberle llevado al pobre hombre? Viajaba sin maletas. Tuve que dejar un par de zapatos en el hotel para llevar el rapé. Pero, asómbrese: el viejo cura rechazó el regalo. Me dieron ganas de darle con el paquete en la cabeza, pero pensé de inmediato en su vida, dura y dominada por la oración, carente de facilidades o diversiones de no ser alguna pizca de rapé de vez en cuando. Recordé que se sentía muy desgraciado cuando le faltaba una moneda o dos para comprar algo de rapé. Me sonrojé de indignación, pero antes de irme, recordé hasta qué extremos llega su simpleza. De modo que dije, con gran dignidad, que, puesto que el regalo provenía del rey y puesto que no quería recibirlo de mi mano, no me quedaba otra que arrojar el paquete al arroyo, e hice ademán de hacerlo.

»—¡Quieta, infeliz! —me gritó—. ¿De verdad es de parte de Su Majestad, a quien Dios guarde?

»—Por supuesto —dije, con arrogancia, y él me miró con enorme piedad, exhaló un profundo suspiro y me quitó la lata de las manos. Supongo que me imaginó, en mi descarriado camino, sonsacándole al rey el dinero necesario para comprar el rapé. No se imagina usted cuán simple es. Engañarle fue muy fácil; pero no crea que lo hice por la vanagloria de una simple pecadora. Sencillamente, le mentí porque no podía soportar la idea de verlo privado de la única gratificación que su enorme, ascético y adusto cuerpo conocía en la vida. Después de que subiera a mi mula para alejarme, dijo, fríamente y sin elevar la voz:

»—Que Dios la guarde, señora.

»¡Señora! ¡Cuánta severidad! Cuando me hube alejado ya un trecho, su corazón

debió de ablandarse.

»—¡El camino al Cielo está en el arrepentimiento! —me gritó, con una voz terrible. Luego, tras un silencio, de nuevo su grito, ¡arrepentimiento!, que atronó mis oídos. ¿Es eso severidad o simplicidad? ¿O tan sólo una superstición sin significado, una admonición mecánica? Si existe alguien honrado en el mundo, ése sin duda es mi tío. Pero, aun así, ¿quién sabe?

»¿Adivina qué hice a continuación? En cuanto crucé la frontera, escribí al viejo para pedirle que me mandara a mi hermana. Dije que se trataba de servir al rey. Ya ve, pensé de repente en esa casa en la que pasó usted una noche hablando con el señor Mills y con don Juan Blunt. Creí que les vendría extraordinariamente bien a los oficiales carlistas que vienen por aquí de permiso o cumpliendo una misión. En un hotel podrían molestarles, pero yo sabía que podía conseguir que mi casa estuviera bajo protección. Bastó una palabra de París, que el ministerio se pusiera en contacto con el prefecto. Yo quería una mujer que se ocupase de todo, pero ¿dónde encontrar una persona de confianza? ¿Cómo reconocerla si la veía? No sé cómo hablar con las mujeres. Por supuesto, mi Rose habría hecho por mí eso o cualquier otra cosa, pero ¿qué puedo hacer yo sin ella? Me ha cuidado desde el principio. Fue Henry Allègre quien la consiguió para mí hace ocho años. No sé si la contrató por hacer un favor, pero lo cierto es que es el único ser humano en quien puedo apoyarme. Ella sabe... ¡Qué no sabe esa mujer de mí! Jamás ha dejado de hacer lo que había que hacer sin que yo se lo pidiera. No podría separarme de ella. De modo que no pensé en nadie más que en mi hermana.

»Después de todo, es de mi sangre. La idea parecía descabellada, y sin embargo, vino en cuanto pudo. Por supuesto, me ocupé de enviarle algún dinero. Le gusta el dinero. En cuanto a mi tío, habría cedido cualquier cosa por servir al rey. Rose fue a recibirla a la estación. Después, me dijo que no tenía que haberme preocupado de si reconocía a *mademoiselle* Therese o no. No podría haberla confundido con ninguna otra persona del tren. ¡Desde luego que no! Ella misma se había confeccionado un vestido de paño marrón parecido a un hábito de monja y llevaba un bastón y un hato en el que guardaba todas sus pertenencias. Parecía un peregrino de camino a un santuario. Rose la llevó a mi casa.

»—¿De verdad pertenece este lugar tan enorme a nuestra Rita? —preguntó nada más entrar.

»Mi doncella, cómo no, respondió afirmativamente.

»—¿Y cuánto tiempo lleva nuestra Rita viviendo aquí?

»—*Madame* no lo ha visto nunca, a no ser, quizá, el exterior. Al menos, por lo que yo sé. Creo que el señor Allègre vivió aquí algún tiempo cuando era joven.

»—¿El pecador que ha muerto?

»—Exactamente —dijo Rose. Ha de saber usted que Rose jamás se asombra por nada.

»—En fin, con él se ha llevado sus pecados —dijo mi hermana, y empezó a

sentirse como en casa.

»Rose iba a pasar una semana con ella, pero al tercer día ya estaba de vuelta. Me dijo que *mademoiselle* Therese se las arreglaba perfectamente y prefería quedarse a solas. Al poco tiempo, fui a ver a esa hermana mía.

»—No te habría reconocido —fue lo primero que me dijo.

»—Llevas un vestido muy curioso, Therese. Más adecuado para la portera de un convento que para esta casa.

»—Sí —dijo ella—. Y, a no ser que me des esta casa, Rita, volveré a nuestro país. No tengo nada que ver con tu vida, Rita. Tu vida no tiene secretos para mí.

»Yo iba de habitación en habitación y Therese me seguía.

»—No creo que mi vida sea un secreto para nadie —le dije—, pero ¿cómo es posible que estés tú tan al corriente?

»Me contó que la informaba uno de nuestros primos, ese chico tan horrible, ya sabe. Había terminado sus estudios y trabajaba de oficinista en París, en una casa comercial española. Al parecer, se ocupaba de escribir puntualmente a mi casa cada vez que oía algo de mí o se lo sonsacaba a unos parientes con quienes viví de niña. De pronto, me enfadé mucho, recorrí la habitación hecha una furia (estábamos solas, en el piso de arriba). Therese consiguió escabullirse y llegar hasta la puerta.

»—Es el espíritu del diablo que hay en ella el que la impulsa a comportarse así —oí que murmuraba para sí. Estaba totalmente convencida. Hizo el signo de la cruz para protegerse. Yo me quedé atónita. Y luego, sin poder evitarlo, me eché a reír. Me reí y me reí, y no pude parar hasta que Therese se marchó. Cuando bajé todavía no había dejado de reír. Therese estaba en el vestíbulo, arrodillada en un rincón, de cara a la pared y tapándose los oídos. Tuve que cogerla por los hombros para llevármela de allí. No creo que estuviera asustada, tan sólo escandalizada. Pero no creo que sea del todo mala, porque cuando, sintiéndome agotada, me dejé caer en un sillón, se acercó, se puso de rodillas delante de mí, me cogió por la cintura y me suplicó que desechase mis endiablados modos con la ayuda de santos y curas. Un pequeño programa para reformar a una pecadora. Finalmente, me levanté. La dejé sumida en sus pensamientos ante mi silla ya vacía, observándome.

»—Rezo por ti todas las noches y todas las mañanas, Rita —me dijo.

»—Claro, ya sé que eres una buena hermana —le dije yo.

»—¿Y qué ocurre con esta casa, Rita?

»—Puedes quedártela hasta el día en que me reforme y me meta en un convento.

»Cuando me marché, seguía de rodillas, sin perderme de vista, boquiabierta. Desde entonces la he visto en varias ocasiones, pero nuestra relación es, al menos en su caso, la de una monja frígida con una gran dama. Pero creo que sabe cómo hacer que los hombres se sientan cómodos. Le digo en serio que creo que le gusta cuidar a los hombres. No parecen pecadores tan grandes como las mujeres. Creo que haría usted muy bien en aceptar alojamiento en el número diez. Estoy segura de que ella desarrollará una suerte de pío afecto también por usted.

No sé si la perspectiva de convertirme en favorito de la rústica hermana de doña Rita me resultaba muy atractiva. Si al final fui con la mejor disposición a vivir al número 10 fue porque todo lo que estaba relacionado con doña Rita tenía para mí una singular fascinación. Por lo que sabía, tan sólo había estado en aquella casa una vez, pero me bastaba. Era una de esas personas que dejan huella. Y no soy irracional, me refiero a aquellos que la conocieron. Era así, supongo, porque era inolvidable. Recordemos la tragedia de Azzolati, el financiero cruel y ridículo de alma (¿o debo decir corazón?) criminal y lágrima fácil. No es de extrañar, entonces, que para mí, que podría considerarme sin caer en vanidad mucho más fino que ese grotesco intrigante internacional, la mera conciencia de que doña Rita había atravesado las estancias en que yo iba a vivir entre una agotadora expedición marina y la siguiente bastaba para llenar el fondo de mi ser de enorme dicha. Su mirada, su oscura, brillante y azul mirada, había recorrido las paredes de la habitación en que yo iba a dormir. Detrás de mí, desde la puerta, Therese, su hermana campesina, se dirigió a mí con gracioso tono compasivo y con ese espíritu de falsa persuasión tan propio de una patrona de casa de huéspedes, lo cual en ella resultaba asombroso.

—Aquí estará muy cómodo, señor. Esta calle es muy tranquila. A veces tiene una sensación de estar en un pueblo. Para los amigos del rey, son sólo ciento veinticinco francos. Cuidaré tan bien de usted que hasta su corazón podrá descansar.

## II

Doña Rita tenía curiosidad por saber qué tal me iba con su hermana campesina, pero cuanto pude decir para responder a su interés fue que esa hermana campesina era, a su modo, muy afable. Al oírme, chascó la lengua con una sonrisa y repitió un comentario que yo ya le había escuchado:

—Le gustan los jóvenes. Y cuanto más jóvenes, mejor.

Pensar que aquellas dos mujeres eran hermanas habría asombrado a cualquiera. Físicamente no se parecían en nada. Entre ellas había la misma diferencia que entre un tejido vivo de vibrante belleza y aliento divino y una figura hueca de barro cocido.

En realidad, de algún modo, Therese parecía una pieza, extraordinaria y maravillosa a su modo, de cerámica. Tal vez el único brillo que uno podía encontrar en ella fuera el de sus dientes, que podían verse entre sus tristes labios inesperadamente, por sorpresa y de forma un poco inexplicable, porque jamás iba asociado a una sonrisa. Sonreía apretando los labios. Ciertamente, se hacía difícil concebir que aquellos dos pájaros provenían del mismo nido. Y sin embargo... Al contrario de lo que normalmente ocurre, era al ver juntas a aquellas dos mujeres cuando uno dejaba de creer en la posibilidad de que tuvieran algún parentesco, próximo o lejano. Afectaba incluso a su común humanidad. Uno, por así decirlo,

dudaba de ella. Si una de las dos la representaba, entonces la otra era o más que humana o menos. Uno se preguntaba si aquellas dos mujeres pertenecerían al mismo plano de la creación. Uno se asombraba secretamente al verlas juntas, hablando entre sí, compartiendo unas palabras, entendiéndose. Y sin embargo... El psicológico es el más grosero de nuestros sentidos. No somos conscientes, no nos damos cuenta de hasta qué extremo somos superficiales. Los matices más simples se nos escapan; el secreto de los cambios, de las relaciones. No, en conjunto, el único rasgo, y esto aun con enormes diferencias, que Therese tenía en común con su hermana era, como le dije a doña Rita, la afabilidad.

—Porque, ¿sabe?, usted es una persona extraordinariamente afable —proseguí—. Es una de sus características. Por supuesto, mucho más preciosa que en otras personas. Usted transmuta el más común de los rasgos en oro, en oro propio; pero, al fin y al cabo, no hay nombres nuevos. Usted es afable. Fue maravillosamente afable conmigo la primera vez que la vi.

—¿De verdad? No lo sabía. No especialmente...

—Jamás tuve la presunción de pensar que era especial. Además, mi cabeza era un torbellino. Estaba sumido en el asombro en primer lugar por lo que había oído la noche anterior. Su historia, ¿sabe?, un cuento maravilloso con sabor a vino y coronado de nubes, con ese alucinante maniquí decapitado y mutilado de una mujer acechando en un rincón, y la sonrisa de Blunt brillando a través de la niebla, de la niebla de mis ojos, del humo de la pipa de Mills. En lo que al cuerpo se refiere, me sentía inanimado, en cuanto a la cabeza, terriblemente estimulado. Jamás en mi vida había oído nada parecido a aquella conversación sobre usted. Por supuesto que no estaba dormido, aunque todavía no estoy acostumbrado a pasarme sin dormir, como Blunt...

—¡Estuvo despierto la noche entera escuchando mi historia! —Estaba maravillada.

—Sí. No le parece que me esté lamentando, ¿verdad? No me lo habría perdido por nada del mundo. Blunt, con una chaqueta vieja y raída y corbata blanca y esa voz incisiva y educada, parecía extraño, raro, misterioso. Daba la impresión de que se lo estaba inventando todo con bastante enfado. Llegué a dudar de su existencia.

—El señor Blunt está muy interesado en mi historia.

—Cualquiera lo estaría —dije yo—. Yo lo estaba. No pude dormir. Esperaba verla, pero incluso entonces tuve dudas.

—¿De mi existencia?

—No era exactamente eso, aunque, por supuesto, yo no habría podido afirmar que no era usted un producto del insomnio del capitán Blunt. Daba la impresión de que tenía un temor exagerado a que le dejásemos solo, y su historia podía ser un ardid para que no nos marchásemos...

—No tiene imaginación suficiente para eso —dijo doña Rita.

—No se me ocurrió. Pero estaba Mills, quien, aparentemente, sí creía en su

existencia. Yo confiaba en Mills. Mis dudas tenían que ver con la corrección, con el decoro. No vislumbraba razón alguna para que me la presentaran. Resulta extraño que fuera mi relación con el mar la que me trajese aquí a la Villa.

—Inesperado, tal vez.

—No, quiero decir particularmente extraño y significativo.

—¿Por qué?

—Porque mis amigos suelen decirme (y se dicen entre ellos) que el mar es mi único amor. No dejaban de burlarse de mí porque no podían ver ni adivinar en mi vida mujer alguna, abiertamente o en secreto...

—¿Y tienen razón? —inquirió doña Rita sin darle mayor importancia.

—Pues sí. No quiero decir que yo sea como el pastor inocente de una de esas interminables historias del siglo dieciocho. Pero no me gusta ir repartiendo por ahí la palabra «amor» de forma indiscriminada. Puede que lo que dicen del mar sea cierto, pero también hay personas que afirman que les encantan las salchichas.

—Es usted terrible.

—Me deja usted sorprendido.

—Me refiero a su elección de las palabras.

—Cuando usted nunca ha pronunciado palabra alguna que no se haya transformado en perla nada más salir de sus labios. Al menos, no delante de mí.

Doña Rita agachó la mirada.

—Eso está mejor —dijo—, pero miro al suelo y no veo ninguna.

—Es usted la que es terrible con las implicaciones de su propio lenguaje. ¡Mira al suelo y no ve ninguna! ¿No las he recogido yo todas y las guardo en mi corazón como un tesoro? No soy yo el animal con el que se hacen las salchichas.

Me miró con finura. Luego, con la sonrisa más dulce posible, susurró:

—No.

Y los dos nos echamos a reír estentóreamente. ¡Ah, los días de inocencia! En aquella ocasión nos separamos con una nota alegre. Yo albergaba ya la convicción de que no había en el mundo criatura más encantadora que aquella mujer, nada más vivificador, nada más estimulante y revelador que las emanaciones de su encanto. Y hablo de modo absoluto, sin exceptuar la luz del sol.

A partir de aquí, tan sólo quedaba un paso más que dar. Avanzar hacia una rendición consciente. La franca percepción de su encanto, caliente como una llama, resultaba también completamente reveladora, como una luz muy intensa; confería nueva profundidad a los matices, nueva brillantez a los colores, una asombrosa viveza a todas las sensaciones y vitalidad a todos los pensamientos. Daba la impresión de que todo lo que anteriormente había estado vivo lo había estado en un mundo gris y monótono, de pulso lánguido.

Fue una gran revelación. Aunque no una sacudida para mi alma, no es eso lo que quiero decir. Mi alma había caído ya cautiva antes de que la duda, la angustia o la desesperación pudieran tocar su derrota y su exaltación. Pero aquella revelación



convirtió en polvo muchas cosas; entre otras, la sensación de despreocupada libertad que revestía mi vida. Si mi vida había tenido alguna vez algún propósito más allá de sí misma, yo habría dicho que extendió una sombra en su camino. Y sin embargo, no lo había tenido. No había existido camino alguno. Pero había una sombra, compañera inseparable de toda luz. No hay luz que acabe con los misterios del mundo. Cuando la oscuridad se acaba, las sombras permanecen, más misteriosas aún porque parecen más duraderas, y uno les tiene un pavor del que antes estaba libre. ¿Y si, al final, acaban por vencer? Esas sombras, o lo que quizá acecha en ellas: el miedo, la decepción, el deseo, la desilusión; silenciosos al principio ante la canción del amor triunfal que vibra en la luz. Sí. Silenciosos. ¡Incluso el deseo! Silenciosos. Pero no por mucho tiempo.

Esto sucedió, creo, después de la tercera expedición. Sí, tuvo que ser la tercera, porque recuerdo que la planeamos con audacia y que todo salió a pedir de boca. El período de prueba había concluido, nuestro plan estaba muy perfeccionado. No dejaba de haber, por así decirlo, una niebla constante en la colina y un farol siempre encendido en la orilla. Nuestros amigos, comprados en su mayoría con dinero en efectivo y, por tanto, muy valiosos, habían ganado confianza en nosotros. Éstos, parecían decirse, no son bribones insondables ni aventureros sin blanca. Se trata de la temeraria empresa de unos hombres ricos y con sentido común, y no es necesario preguntarles nada. El joven *caballero* lleva un cinturón de monedas de oro auténticas y el hombre de los bigotazos y los ojos incrédulos es sin duda todo un hombre. Por Dominic sentían un gran respeto y conmigo se comportaban con gran deferencia; y es que, si yo tenía todo el dinero, Dominic, pensaban ellos, poseía todo el sentido común. Pero esa valoración no era del todo correcta. Yo tenía mi parte de sentido común y de audacia, lo cual no deja de sorprenderme ahora que los años han enfriado la sangre sin oscurecer la memoria. Recuerdo que me enfrentaba al asunto con una temeridad lúcida y alegre ante la cual, según las decisiones fueran repentinas o meditadas, Dominic apretaba los dientes y contenía el aliento, o me miraba detenidamente antes de asentir ligeramente con la cabeza o de decir un sarcástico «Sí, cómo no», según le sorprendiera de un humor o de otro.

Una noche en que nos encontrábamos tendidos sobre un trozo de arena seca al abrigo de una roca, uno al lado del otro, mirando la luz de nuestro pequeño bajel, que titilaba sobre el mar, en la ventosa distancia, Dominic se dirigió a mí de improviso.

—Supongo que Alfonso y Carlos, Carlos y Alfonso, no significan nada para usted, ni juntos ni por separado.

—Dominic —dije yo—, si desaparecieran de la faz de la tierra, juntos o por separado, a mí me daría exactamente igual.

—Así de simple —señaló él—. Un hombre sólo llora por sus amigos. Supongo que no son más amigos suyos que míos. Esos carlistas gastan muchos cartuchos, lo cual me parece bien, pero ¿por qué tenemos que hacer todas las locuras que usted insistirá en que hagamos hasta ponerme —dijo con grave y burlona exageración—,

hasta ponerme los pelos de punta? Y todo por ese Carlos, a quien guarden Dios y el diablo, por esa Majestad, como le llaman, que, al fin y al cabo, no es más que un hombre como cualquier otro y desde luego no un amigo.

—Eso, ¿por qué? —murmuré yo, acurrucándome cómodamente en la arena.

Estaba muy oscuro bajo el saliente en aquella noche de nubes y viento que amainaba y arreciaba y amainaba otra vez. La voz de Dominic se oía grave entre las ráfagas.

—Usted es amigo de *la Señora*, ¿eh?

—Eso dicen todos, Dominic.

—La mitad de lo que el mundo dice es mentira —afirmó Dominic, de manera dogmática—. Pese a toda su majestad, es posible que sea un buen hombre. Sin embargo, sólo es rey en las montañas y mañana podría no ser más que usted. Aun así, una mujer como ésa, uno se la cedería de mala gana a un mejor rey. Habría que colocarla en un pedestal para que la gente pudiera admirarla al pasar. Aunque ustedes los caballeros son distintos. Usted, por ejemplo, *monsieur*, a usted no le gustaría verla encaramada a una columna.

—Algo así, Dominic —dije—, algo así habría que hacer y pronto, ¿me comprendes?

Guardó silencio durante un rato. Luego su voz viril resonó en la sombra de aquella roca.

—Entiendo lo que quiere decir. Me refería a la multitud, que se limita a alzar los ojos. Pero los reyes y las personas como ellos no se conforman con eso. En fin, ningún corazón tiene por qué desesperarse, porque no hay mujer que, en un momento u otro, no baje de su columna tal vez a cambio de no mucho más que una flor, que hoy está fresca y mañana se marchita. Y en ese caso, ¿qué sentido tiene preguntarse cuánto tiempo lleva una mujer encaramada a su columna? Según un dicho muy acertado, unos labios que han sido besados no pierden su frescura.

No sé qué respuesta podría haber dado yo a las palabras de Dominic. Imagino que él pensaba que no tenían respuesta. En realidad, antes de poder hablar, oímos una voz que se dirigía a nosotros con sigilo, desde la parte alta de la roca.

—¡Hola! ¿Hay alguien ahí? La costa es segura.

Era el niño que solía merodear por el establo de la posada de un arriero situada en un pequeño valle por el que discurría un pequeño río. Era allí donde nos habíamos escondido la mayor parte del día, antes de bajar a la orilla. Los dos nos pusimos en pie.

—Buen chico —dijo Dominic—. No le hemos oído llegar ni tampoco subir a la roca. Haga lo que haga, no le dé más de una peseta, señor. Si le da dos, se volverá loco al ver tanto dinero y abandonará su trabajo en la *fonda*, donde resulta tan útil para hacer recados, con esa manera suya de correr por los caminos sin mover ni una piedra de su sitio.

Entretanto, se ocupaba de encender un fuego para prender una pequeña pila de

leña seca que había acumulado previamente en el único lugar de la cala que estaba por completo a resguardo de la observación desde tierra.

El vivo fuego de la hoguera le reveló vestido con el manto negro y con capucha propio de los marineros mediterráneos. Observaba la danzarina y tenue luz entre la hoguera y el mar. Y, mientras tanto, hablaba.

—Su único defecto, señor, es que es demasiado generoso con su dinero. En este mundo hay que dar con moderación. En esta vida nuestra, que consiste en un poco de lucha y en un poco de amor, sólo se pueden dar con prodigalidad golpes a tu enemigo y besos a tu mujer... ¡Ah! Ahí vienen.

Advertí que, desde el oscuro poniente, la luz oscilante se aproximaba a la orilla. Su movimiento había cambiado. Ahora, mientras avanzaba lentamente hacia nosotros, se balanceaba. De repente, la sombra más oscura de una gran ala puntiaguda apareció planeando en la noche. Bajo ella, una voz humana gritó algo confidencial.

—*Bueno* —murmuró Dominic. De un recipiente que yo no veía, derramó una buena cantidad de agua sobre la hoguera, como un mago al final de algún encantamiento exitoso que hubiera convocado a una sombra y a una voz desde el inmenso mar. Y su figura encapuchada desapareció de mi vista en medio de un gran silbido y del calor del vapor ascendente.

—Eso ha terminado —dijo—, y ahora volvemos por más trabajo, más esfuerzo, más problemas, mayor fatiga de manos y pies durante horas y horas. Y además, durante todo el tiempo, sin dejar de volver la cabeza hacia atrás.

Subíamos por un sendero escarpado, bastante peligroso en la oscuridad. Dominic, más familiarizado con él, iba primero, yo gateaba a pocos centímetros con el fin de poder agarrarme a su manto si me escurría o perdía pie. Protesté contra este arreglo en cuanto nos detuvimos a descansar. No dudaba de que podría agarrarme del manto si me caía. No podría evitarlo. Pero con ello sólo conseguiría, muy probablemente, arrastrarlo conmigo.

Cogiendo con una mano un arbusto en sombras que quedaba por encima de su cabeza, Dominic gruñó que eso era posible, pero que formaba parte del trato, y me instó a seguir.

Cuando alcanzamos la cima y caminábamos a la par, aquel hombre cuya respiración regular ni el esfuerzo, ni el peligro, ni el miedo ni la furia podían perturbar señaló:

—Diré, entre nosotros, que estamos llevando a cabo toda esta mortal tontería como si los ojos de *la Señora* estuvieran observándonos permanentemente a los dos. Y en cuanto a los riesgos, me atrevo a decir que corremos más de los que a ella le parecerían bien, en el caso de que dedique siquiera un instante a pensar en nosotros. Por ejemplo, ahora. En la próxima media hora es posible que, en cualquier momento, nos topemos con tres carabineros dispuestos a sacar sus armas sin más preguntas. Ni siquiera su forma de tirar el dinero ha de traer mayor seguridad a unos hombres

dispuestos a desafiar a todo un país en aras de, ¿de qué exactamente?, de los ojos azules de *la Señora*, ¿o quizá de sus blancos brazos?

Hablaba en voz baja, sin alterarse. El paraje era muy solitario y, salvo por la vaga sombra de algún árbol enano aquí o allá, tan sólo las nubes errantes nos hacían compañía. Muy lejos, una débil luz titilaba en las alturas, en la falda que daba al mar de una montaña invisible. Dominic prosiguió.

—Imagínese usted aquí tendido, en este lugar salvaje, con una pierna destrozada por un disparo, o quizá con una bala en el costado. Podría ocurrir. Podría caerse una estrella. En el Atlántico, en noches despejadas, he visto caer montones de estrellas. Y eso no es nada. El fogonazo de una pizca de pólvora en la cara puede ser mucho peor. Y sin embargo, ahora que avanzamos a trompicones en medio de la oscuridad, resulta agradable pensar en nuestra *Señora*, sentada en aquel diván, como usted lo llama, en esa larga sala de suelos brillantes con tantos espejos en la pared y cubierta de alfombras, como si esperara a un rey. Y muy quieta...

La recordaba. Esa imagen que no se podía olvidar.

Le puse la mano en el hombro.

—Dominic, esa luz de la montaña parpadea demasiado. ¿Seguro que es éste el camino?

Se dirigió a mí en francés, que, entre nosotros, era el idioma de los momentos oficiales.

—*Prenez mon bras, monsieur*<sup>[28]</sup>. Agárrese bien o volverá a tropezar y a caer en uno de esos salvajes agujeros, con muchas posibilidades de romperse la cabeza. Y no hay por qué ofenderse. Porque, y lo digo con el mayor respeto, ¿por qué motivo iba usted, y yo con usted, a estar aquí, en este lugar solitario, en medio de la oscuridad, destrozándonos las espinillas de camino a una maldita luz parpadeante en donde no encontraremos más cena que un trozo de salchicha rancia y un trago de vino avinagrado de un pellejo infecto? ¡Puaj!

Yo me aferraba a su brazo sin temor a soltarme. De repente, dejó el francés y añadió, con su voz inflexible:

—Por un par de blancos brazos, señor. *Bueno*.

Lo comprendía.

### III

**A**nuestro regreso de aquella expedición, llegamos sigilosamente al puerto viejo, y tan tarde que Dominic y yo, al llegar al café regentado por *madame* Léonore, lo encontramos completamente vacío salvo por dos tipos bastante siniestros que jugaban a las cartas en la mesa del rincón más cercano a la puerta. Lo primero que *madame* Léonore hizo fue poner sus manos sobre los hombros de Dominic y mirar a los ojos

de aquel hombre de gestos audaces y temerarias estratagemas, quien, por debajo de sus poblados y en aquella ocasión no rizados bigotes, le sonreía abiertamente.

Desde luego, nuestro aspecto era poco aseado. Íbamos sin afeitar, en nuestra piel escocida había restos de sal y nublaban nuestros ojos la falta de sueño tras cuarenta horas seguidas sin dormir. Así, al menos, me sucedía a mí, que veía como a través de un velo a *madame* Léonore, quien, con su gracia madura y displicente, nos puso vino y vasos con un leve susurro de su amplia falda negra. Bajo la elaborada estructura de sus cabellos negros, sus ojos oscurísimos brillaban como estrellas joviales, de modo que incluso yo pude darme cuenta de que estaba tremendamente emocionada por tener a su anárquico vagabundo de nuevo a su lado y, por así decirlo, en su poder. Se sentó con nosotros, tocó ligeramente (no pudo evitarlo) la cabeza de Dominic, rizada y plateada en las sienes, me dirigió durante un rato una sonrisa burlona, observó que yo parecía muy cansado y preguntó a Dominic si no le parecía que, por ello, yo iba a dormir muy profundamente aquella noche.

—No lo sé —respondió Dominic—. Es joven, y siempre existe la posibilidad de los sueños.

—¿Qué soñáis los hombres en esos pequeños barcos que durante meses sacude el mar?

—Mayormente en nada —dijo Dominic—. Pero alguna vez he soñado con furiosos vuelos.

—Y, sin duda, con furiosos amores —dijo *madame* Léonore en un tono socarrón.

—No, eso lo dejamos para cuando estamos despiertos —dijo Dominic lentamente, deleitándose, con la cabeza entre las manos y adormilado, en la ardiente mirada de *madame*—. Las horas de vigilia son más largas.

—En el mar, lo imagino —dijo ella, sin apartar los ojos de Dominic—. Pero supongo que, algunas veces, habláis de vuestros amores.

—Puede estar segura, *madame* Léonore —intervine yo, advirtiendo la ronquera de mi voz—, de que, en cualquier caso, en el mar se habla mucho de usted.

—Ya no estoy tan segura. Está esa extraña mujer del Prado a quien usted le llevó a visitar, *signorino*. Se le ha subido a la cabeza como un vaso de vino a un jovencito. Es tan niño... Y supongo que yo soy igual que él. Me avergüenza confesarlo, pero la otra mañana le pedí a una amiga que se quedase a cargo del café un par de horas, me cubrí la cabeza y me fui al otro extremo de la ciudad... ¡Mira con qué atención me escuchan ahora! Y yo que creía que estaban muertos de cansancio y de sueño los pobrecitos.

Dejó nuestra curiosidad en suspenso durante unos momentos.

—Pues bien, he visto a tu maravilla, Dominic —continuó con calma—. Salió a caballo por la puerta. Iba muy deprisa y no habría visto de ella nada más de no ser porque, y esto es para usted, *signorino*, se detuvo en la avenida a esperar a un caballero de muy buen ver. Tenía bigote y unos dientes blanquísimos, que vi cuando le sonrió. Sin embargo, tiene los ojos demasiado hundidos para mi gusto. No me

gustó. Me recordaba a cierto sacerdote muy severo que solía venir a mi pueblo cuando yo era joven, más joven aún que tu maravilla, Dominic.

—No se trata de ningún sacerdote disfrazado, *madame* Léonore —dije, divertido por su expresión de asco—. Es americano.

—¡Ah, *un americano!* Bueno, no importa, era a ella a quien yo quería ver.

—¡Qué! ¿Has ido al otro extremo de la ciudad para ver a doña Rita? —dijo Dominic, con un tono grave y lleno de humor—. ¿Y eres tú la que decía que no podría caminar más allá del muelle ni siquiera para salvar su vida, o la mía?

—Pues lo he hecho; y he vuelto y entre paseo y paseo pude echar un buen vistazo. Y tú puedes estar seguro, lo cual les va a sorprender a los dos, de que en el camino de vuelta, oh, Santa Madre, qué camino tan largo, no iba pensando en ningún hombre que estuviera en el mar o en tierra.

—No, supongo que ni siquiera iba pensando en usted misma —dije. Debido al cansancio o tal vez al sueño, hablar me costaba un gran esfuerzo—. No, no pensaba usted en usted misma. Pensaba en una mujer.

—Sí. En una mujer más mujer que cualquiera que haya respirado alguna vez. ¡Sí, pensaba en ella! ¡En esa misma! Ya ven, nosotras las mujeres no somos como ustedes, a quienes, con alguna excepción, los demás hombres resultan indiferentes. Los hombres dicen que siempre estamos unas contra otras, pero eso no son más que imaginaciones. ¿Qué puede ella ser para mí? A este niño no le tengo miedo —dijo, dando unas palmaditas en el mismo brazo en que Dominic apoyaba la cabeza con una mirada de fascinación—. Entre nosotros dos es en la vida y en la muerte, y estoy muy complacida de que en su interior aún quede algo que, de vez en cuando, se prenda fuego. No le apreciaría tanto si, por algo realmente hermoso, no se trastornase un poco. En cuanto a usted, *signorino* —se volvió hacia mí con una salida inesperada y sarcástica—, todavía no me he enamorado de usted —dijo, y cambió el sarcasmo por un tono suave, casi soñador—. La cabeza como una joya —prosiguió aquella mujer nacida en un callejón de Roma y durante tantos años juguete de Dios sabe qué oscuros designios—. ¡Sí, Dominic! *Antica*. No me había hechizado un rostro desde... desde que tenía dieciséis años. Fue el rostro de un joven caballero, en una calle. También él iba a caballo. No me miró, yo no volví a verlo, pero le quise durante... durante días y días y días. Ese tipo de rostro tenía. Pues el rostro de esa mujer es de ese mismo tipo. Llevaba sombrero de hombre. ¡Y qué alto!

—Con un sombrero de hombre —repitió con profundo desagrado Dominic, para quien, de entre todas las curiosidades del mundo, ésta era una curiosidad aparentemente desconocida.

—Sí. Y su rostro me hechizó. No durante tanto tiempo como aquel otro, pero de forma más enternecedora, porque ya no tengo dieciséis años y se trata de una mujer. Sí, he pensado en ella. Yo también tuve su edad y yo también tuve, aunque no tan espléndido, un rostro que enseñar al mundo. Y yo, como ella, tampoco supe por qué estaba en este planeta.

—Pero ahora lo sabes —gruñó Dominic, que todavía tenía la cabeza entre las manos, con suavidad.

*Madame Léonore* lo miró durante largo rato, abrió los labios, pero, al final, tan sólo suspiró ligeramente.

—¿Y qué sabe usted de ella? ¿Usted que la ha visto lo bastante bien para haber caído hechizada por su rostro? —pregunté.

No me habría sorprendido en absoluto que me hubiera respondido con un nuevo suspiro, porque parecía estar pensando tan sólo en sí misma y no me miraba a mí, pero, de pronto, se levantó.

—De ella —repitió elevando la voz—. ¿Por qué iba a hablar yo de otra mujer? Además, es una gran dama.

Al oír esto, no pude reprimir una sonrisa, que ella percibió al instante.

—¿No lo es? En fin, no, quizá no lo sea. Pero de algo sí puede estar seguro, que es más carne y sombra<sup>[29]</sup> que nadie que yo haya visto. No lo olvide jamás: ¡ella no es para ningún hombre! Se desvanecería en sus manos como el agua, a la que no se puede retener.

Contuve la respiración.

—Es inconstante —susurré.

—No es eso lo que quiero decir. Tal vez demasiado altiva, demasiado obstinada, demasiado llena de tristeza. *Signorino*, usted no sabe gran cosa de las mujeres. Es posible que aprenda usted algo o que no, pero lo que de ella aprenda, nunca lo olvidará.

—No se la puede retener —murmuré, y, para ilustrar lo que acababa de decir, la mujer a quien los muelles llamaban *madame Léonore* cerró en mi cara su mano extendida y la abrió dejando ver que estaba vacía. Dominic seguía sin moverse.

Les di las buenas noches a los dos y salí del café en busca de aire fresco y de la oscura inmensidad de los muelles, aumentada por la anchura del puerto viejo, donde, entre tramo y tramo de luz, las sombras de los pesados cascos parecían muy negras, fundiéndose sus siluetas con gran confusión. Dejé a mis espaldas el final de la *Cannebière*, un ancho paisaje de casas altas y aceras muy iluminadas que se perdía en la distancia, donde se extinguían las formas y las luces. La crucé como a hurtadillas, dedicándole apenas una mirada de reojo, y busqué la penumbra de calles más tranquilas y alejadas del núcleo de las normales alegrías nocturnas de la ciudad. Llevaba el atuendo propio de un marinero recién llegado en algún barco de cabotaje, una camisa, o más bien una especie de suéter, de lana gruesa de color azul y una boina de punto escocesa bastante inclinada con una borla de lana roja en el centro. En realidad, aquélla era la razón de haberme demorado durante tanto tiempo en el café. No quería que me reconocieran por la calle así vestido y mucho menos que me vieran entrar en la casa de la calle de los Cónsules. A una hora en que las funciones ya habían acabado y todos los ciudadanos sensatos estaban en la cama, no vacilé en cruzar la plaza de la Ópera. Estaba oscuro y el público ya se había dispersado. Los

escasos viandantes con quienes me encontré se apresuraban a concluir los últimos quehaceres del día y no me prestaron la menor atención. Esperaba encontrar la calle de los Cónsules desierta, como solía suceder a aquella hora de la noche. Pero al llegar a la esquina, me topé con tres personas que debían de vivir en el barrio. No supe exactamente por qué, pero me resultaron extraños. Dos muchachas con capa oscura caminaban delante de un hombre alto y con sombrero de copa. Aminoré el paso. No deseaba adelantarles, tanto más cuanto que la puerta de la casa estaba apenas a unos metros. Pero, para mi sorpresa, se detuvieron en la mismísima puerta. El hombre sacó una llave, dejó paso a sus dos acompañantes, entró a continuación y, con un pesado portazo, se aisló de este perplejo ser y del resto de la humanidad.

Con la estupidez tan propia de los seres humanos, me quedé allí, meditando sobre lo que acababa de ver, hasta que se me ocurrió que nada podía ser más inútil. Tras esperar un poco más para permitir que aquellas personas dejaran el vestíbulo, entré a mi vez. Nadie parecía haber tocado la pequeña lámpara de gas desde la noche lejana en que Mills y yo pisamos el mármol ajedrezado del vestíbulo por primera vez siguiéndole los talones al capitán Blunt, el hombre que vivía de su espada. Y en la penumbra y soledad que no parecía conservar más traza de los tres extraños que si hubieran sido fantasmas, tuve la impresión de escuchar un espectral murmullo: «*Américain, catholique et gentilhomme. Amér...*». Sin que me vieran ojos humanos, corrí escaleras arriba, llegué a la primera planta y entré en mi cuarto de estar, que estaba abierto... «*et gentilhomme*». Tiré del llamador y, en algún lugar del piso de abajo, sonó una campanilla, tan inesperadamente para Therese como si se tratase de la llamada de un fantasma.

No sabía si Therese me oiría o no. Me pareció recordar que dormía en cualquier habitación libre. En realidad, bien podría estar durmiendo en mi propio cuarto. Puesto que no tenía cerillas, aguardé unos momentos en la oscuridad. En la casa reinaba una completa quietud. De repente, sin el menor ruido preliminar, la luz inundó la habitación y Therese apareció en el vano de la puerta con un candil en la mano.

Llevaba su falda marrón de campesina. El resto de su cuerpo lo ocultaba un chal negro que le cubría por completo la cabeza, los hombros, los brazos y los codos, hasta la cintura. La mano que sostenía el candil salía de este envoltorio que la otra, invisible, mantenía en su posición por debajo de la barbilla. Su rostro parecía el de un cuadro. Y, sin más, me dijo:

—Me ha dado un susto, mi joven *monsieur*.

Era así como me llamaba normalmente, como si le gustase la palabra «joven». Ciertamente, tenía modales campesinos y acompañaba su voz una especie de quejido. Su semblante era el de una hermana servidora de algún convento pequeño y rústico.

—Era lo que quería —dije yo—. Soy muy mala persona.

—Los jóvenes siempre se están divirtiendo —dijo, como si se regodeara con la idea—. Es muy agradable.

—Y usted muy valiente —dije, burlón—, porque no esperaba que nadie la



llamase y, después de todo, podría ser el diablo quien tocara la campanilla.

—Es posible, pero una pobre chica como yo no le teme al diablo. Tengo puro el corazón. Me confesé esta tarde. El diablo no, pero podría haber sido un asesino dispuesto a matar a una pobre mujer indefensa. Esta calle es muy solitaria. ¿Qué le impediría a usted matarme ahora mismo y volver a salir a la calle libre como el viento?

Mientras decía esto encendió la lámpara de gas, y con sus últimas palabras salió de la habitación, dejándome atónito ante el inesperado carácter de sus pensamientos.

Yo no podía saber que en mi ausencia se había producido un atroz asesinato con consecuencias para la imaginación de toda la ciudad, y aunque Therese no leía los periódicos (que suponía llenos de iniquidades e immoralidades inventadas por hombres impíos), si cruzaba alguna palabra con personas de su clase, lo cual debía de hacer al menos en las tiendas, no podía por menos que haber tenido noticia de él. Al parecer, la gente no habló de otra cosa durante días. Regresó sigilosamente de su habitación herméticamente sellada igual que se había marchado, envuelta en su chal negro y sosteniendo el candil con la mano protuberante, y alivió mi perplejidad ante sus morbosos comentarios contándome parte de la historia del asesinato con un tono de extraña indiferencia incluso al hablar de los detalles más escabrosos.

—A eso conduce el pecado de la carne (*péché de chair*) —comentó adustamente, y se pasó la lengua por los labios—. Y entonces el diablo proporciona la ocasión.

—No puedo imaginarme al diablo incitándome a asesinarla, Therese —dije—, y no me ha gustado la ligereza con la que, por así decirlo, me ha puesto usted de ejemplo. Supongo que cualquiera de los inquilinos puede ser un asesino potencial, pero esperaba que conmigo hiciera usted una excepción.

Con el candil ligeramente por debajo de la cara, con esa expresión monótona y sin respiro, Therese parecía, más que nunca, como salida de un cuadro ennegrecido, agrietado y viejo cuyo motivo estaba más allá de la comprensión humana. Por lo demás, se limitó a fruncir los labios.

—De acuerdo —dije, acomodándome en el sofá después de quitarme las botas—, supongo que, en un momento dado, cualquiera podría cometer un asesinato. Y bien, ¿aloja usted a muchos asesinos en esta casa?

—Sí —dijo ella—, a muchos. Arriba y abajo —suspiró— Dios se ocupa de ello.

—Y, a propósito, ¿quién es el asesino de cabello canoso y sombrero de copa a quien esta noche he visto meter en el redil a dos jóvenes?

Therese adoptó un aire de candidez en el cual podía vislumbrarse una parte de su astucia campesina.

—Oh, sí. Son dos bailarinas de la Ópera. Hermanas, tan distintas la una de la otra como nuestra pobre Rita y yo. Pero son muy virtuosas y ese caballero, su padre, es muy severo con ellas. Muy severo, en efecto. Pobres huérfanas. Y parece un trabajo tan pecaminoso...

—Apuesto, Therese, a que les cobra una buena tarifa. Con un trabajo así...

Therese me miró con ojos de invencible inocencia y comenzó a retroceder hacia la puerta, tan delicadamente que la llama del candil apenas se cimbrió.

—Buenas noches —dijo, con un murmullo.

—Buenas noches, *mademoiselle*.

En la misma puerta, dio media vuelta, exactamente igual que haría una marioneta.

—Oh, debería usted saber, mi querido y joven *monsieur*, que el señor Blunt, ese querido y apuesto hombre, ha llegado de Navarra hace tres o más días. Oh —añadió con un inestimable aire compungido—, es un caballero tan encantador.

Y la puerta se cerró.

## IV

**C**reo que pasé la mayor parte de la noche con los ojos abiertos, pero siempre en un estado al borde del sueño y la vigilia. Lo único completamente ausente fue la sensación de descanso. Los normales padecimientos de un joven enamorado nada tenían que ver con ello. Podía dejarla, alejarme de ella, permanecer alejado de ella sin un dolor añadido ni ninguna conciencia aumentada de esa lacerante sensación de distancia tan aguda que, con frecuencia, termina agotándose por sí misma a los pocos días. Lejos o cerca era lo mismo para mí, como si para mí fuera imposible estar más lejos pero al mismo tiempo más cerca de su secreto; un estado similar al de algunas fes extrañas y salvajes que se apoderan de la humanidad con la mordaza mística y cruel de la perfección inalcanzable, robándole la libertad y la felicidad a las que podría aspirar en la tierra. Ahora bien, si una fe, un credo, ofrecen cierta esperanza, yo carecía de ella. Ni siquiera me acuciaba el deseo como algo fuera de mí mismo, algo que podría ir y venir, suscitar fatiga o excitación. Estaba dentro de mí como la vida estaba dentro de mí; esa vida de la que un dicho popular afirma: «Es dulce». Porque la sabiduría general de la humanidad siempre se detendrá en seco ante la frontera de lo formidable.

Lo mejor de un estado de sufrimiento rebosante y continuado es que acaba con la comezón de las sensaciones menores. Demasiado lejos, pendiente por ello de la esperanza y del deseo, me ahorra las punzadas inferiores de la euforia y la impaciencia. Las horas con ella y las horas sin ella eran iguales: todas las horas le pertenecían. Y aun así, hay matices, de modo que debo admitir que tal vez me resultase más difícil sortear las horas de aquella mañana que otras horas. Por supuesto, le había enviado noticia de mi llegada. Había escrito una nota. Había tocado la campanilla. Therese había acudido con su atuendo marrón y tan monacal como siempre. Yo le había dicho:

—Mande esto de inmediato.

Ella se había fijado en la dirección, había sonreído (yo la miraba desde mi

escritorio) y, por fin, recogido el sobre superando con esfuerzo su gazmoña repugnancia. Pero no se movió, con la carta en la mano, mirándome como si, píamente, se regodease con algo que podía leer en mi semblante.

—Ay, esa Rita, esa Rita —murmuró—. ¡Y usted, también! ¿Por qué intenta, igual que los otros, interponerse entre ella y la misericordia del Señor? ¿Qué bien consigue usted con ello? Usted, un caballero tan joven, amable y simpático. Ningún bien en absoluto, tan sólo enfadar a todos los santos buenos del cielo, y que nuestra madre, que está entre los benditos, se avergüence.

—*Mademoiselle* Therese —dije—, *vous êtes folle*<sup>[30]</sup>.

Yo creía que estaba loca. Pero también era lista.

—*Allez!* —añadí de forma imperiosa, y con extraña docilidad, desapareció sin decir una palabra más. Sólo me quedaba vestirme y esperar hasta las once.

La hora por fin llegó. Si me hubiera sumergido en una ola de luz y ésta me hubiera transportado instantáneamente hasta la puerta de doña Rita, sin duda me habría ahorrado una infinidad de punzadas demasiado complejas para el análisis, pero, puesto que esto era imposible, opté por andar de un extremo a otro de aquel largo camino. Mis emociones y sensaciones eran infantiles y caóticas, por cuanto eran muy intensas y primitivas y yo me sumía completamente indefenso en su inquietante abrazo. Si hubiera podido llevar un diario de mis sensaciones, habría reunido una bonita colección de absurdecos y contradicciones. Tocando el suelo apenas, pero con los pies cargados de plomo, naufragando mi corazón, pero con la cabeza exaltada, ardiendo y estremecido por un secreto desmayo, pero firme como una roca y con una suerte de indiferencia a todo, llegué a aquella puerta que tanto se parecía a cualquier otra, pero que, al mismo tiempo, tenía un carácter tan funesto: unos cuantos cuarterones —y un horrible anuncio: no acercarse sin asombro—, pero se abría como todas las demás, tocando el timbre.

Se abrió. Oh, sí, como siempre. Aunque, de acuerdo al curso ordinario de los acontecimientos, en el vestíbulo mi primera visión debió ser la espalda de la ubicua, ocupada y silenciosa doncella, alejándose presurosa y ya distante. Pero en absoluto. Esperó a que entrase. Mi desconcierto fue completo y creo que le dirigí la palabra por primera vez.

—*Bonjour*, Rose.

Ella dejó caer sus oscuras pestañas sobre los ojos que debían estar lustrosos pero que no lo estaban, como si alguien, aquella mañana, nada más levantarse, los hubiera empañado con su aliento. Era una muchacha que no sonreía. Cerró la puerta después de que yo entrara y no sólo hizo esto, sino que, en la inconcebible inactividad de aquella mañana, ella, que jamás tenía un solo instante que perder, me ayudó a quitarme el sobretodo. La novedad resultaba decididamente embarazosa. Mientras se ocupaba de estas naderías, Rose murmuró, sin añadir intención alguna a sus palabras:

—El capitán Blunt está con *madame*.

Esto no me sorprendió precisamente. Sabía que el capitán andaba por la ciudad;

simplemente, había olvidado su existencia. Miré a la chica de la misma forma, sin ninguna intención en particular. Pero atajó mi movimiento hacia el comedor con una apelación grave y apresurada, aunque totalmente exenta de emoción.

—¡*Monsieur George*!

Ése, por supuesto, no es mi nombre. Me sirvió entonces como servirá a propósito de esta historia. En toda suerte de lugares extraños yo era conocido como «ese joven caballero a quien llaman *monsieur George*». *Monsieur George* daba órdenes a hombres que asentían de forma cómplice. Los acontecimientos giraban en torno a *monsieur George*. No tengo la menor duda de que en las oscuras y tortuosas calles de la ciudad vieja algunos dedos señalaban a mis espaldas: ahí va «*monsieur George*». Yo había sido presentado discretamente a varias personas de consideración como «*monsieur George*» y había aprendido a responder a este nombre de forma bastante natural. Para simplificar las cosas, yo era «*monsieur George*» también en la calle de los Cónsules y en la Villa del Prado. Creo sinceramente que en aquel tiempo tenía la sensación de que el nombre «George» me correspondía realmente. Esperé para oír lo que la chica tenía que decirme. Tuve que esperar un rato, aunque mientras duró el silencio ella no dio señales de nerviosismo o agitación. Para ella se trataba, evidentemente, de un momento de reflexión. Fruncía los labios un poco en un gesto característico, revelador de su capacidad. Yo la miraba con la simpatía que verdaderamente sentía por ella, una muchacha menuda, poco atractiva y digna de confianza.

—Y bien —dije, por fin. Me divertía bastante su vacilación, que nunca tomé por otra cosa. Estaba seguro de que no era desconfianza. Ella valoraba a los hombres, las cosas y los acontecimientos únicamente en relación con el bienestar y la seguridad de doña Rita. Y, respecto a eso, yo me creía por encima de toda sospecha. Finalmente, hablé.

—*Madame* no es feliz.

Era una información que se me ofrecía no con emotividad, sino más bien de forma oficial. Ni siquiera iba investida de un tono de advertencia. Una mera afirmación. Sin aguardar a ver qué efecto había causado, Rose abrió la puerta del comedor, no para anunciarme, como era lo normal, sino para entrar y cerrarla a sus espaldas. En ese breve momento, no oí voces en el interior. Ni un ruido escuché mientras la puerta estuvo cerrada. Al cabo de unos segundos, volvió a abrirse y Rose se hizo a un lado para dejarme pasar.

Entonces oí algo: la voz de doña Rita se elevaba un poco y tenía una nota de impaciencia (algo muy muy raro). Concluía alguna frase de protesta con las palabras:

—... sin la menor importancia.

Oí aquellas palabras como pude oír cualesquiera otras, porque ella tenía ese tipo de voz que se entiende desde lejos. Pero la declaración de la doncella ocupaba todos mis pensamientos. «*Madame n'est pas heureuse*». Era de una precisión terrible... «No es feliz...». Aquella infelicidad casi adoptaba una forma concreta, algo parecido

a un espantoso murciélago. Yo estaba cansado, inquieto y más bien alterado. Sentía mi cabeza vacía. ¿Cuáles eran los síntomas de la infelicidad? Yo era todavía suficientemente ingenuo para asociarla a las lágrimas, los lamentos, a extraordinarias posturas corporales y a una suerte de distorsión facial, todo demasiado horrible para poder ser visto. No sabía qué señales buscar, pero en lo que vi no había, en ningún caso, nada sorprendente desde ese punto de vista clínico que, al parecer, yo todavía no había superado.

Con inmenso alivio, el niño aprensivo que había en mi interior divisó al capitán Blunt calentándose la espalda en la más alejada de las dos chimeneas. En cuanto a doña Rita, tampoco en su actitud observé nada extraordinario, salvo, tal vez, que llevaba el cabello suelto. No tuve la menor duda de que aquella mañana habían salido juntos a montar a caballo, aunque ella, con su impaciencia ante cualquier atuendo (pese a todo, sabía vestirse admirablemente y lucía sus vestidos de manera triunfal), se había deshecho de su traje de montar y se sentaba con las piernas cruzadas envuelta en su amplio vestido azul como un joven cacique salvaje sobre una manta. Aquel atuendo le cubría los pies. Y ante la fijeza normal de sus ojos enigmáticos, el humo del cigarrillo ascendía ceremoniosamente, formando una leve espiral.

—¿Cómo está? —me saludó el capitán Blunt con su habitual sonrisa, que habría sido más amable si sus dientes no hubieran estado, precisamente en aquellos momentos, apretados con fuerza. De qué modo se las arreglaba para que su voz atravesara aquella refulgente barrera jamás llegué a entenderlo. Doña Rita dio unas palmaditas en el sofá invitándome a sentarme a su lado, pero, en vez de ello, tomé asiento en el sillón que estaba casi frente a ella y que, supongo, Blunt acababa de abandonar. Doña Rita se dirigió a mí con aquel brillo en los ojos tan particular. Había en él algo inmemorial y alegre.

—¿Y bien?

—Éxito absoluto.

—Me dan ganas de abrazarle.

Normalmente, apenas movía los labios, pero en aquellos momentos el intenso susurro de sus palabras pareció cobrar forma en mi mismo corazón, no como un sonido, que se emite, sino como una emoción, que se transmite y, como en aquella ocasión, vibra con maravillosa intimidad y dicha. Y, pese a ello, dejó en mi corazón una sensación de pesantez.

—Oh, sí, de alegría —dije con amargura, pero con voz muy grave—, de alegría por la causa realista, legitimista —aclaré, y luego, con una maniobra de precisa cortesía que debí de copiar del señor Blunt, añadí—: No quiero que me abracen... por el rey.

Y ahí debí parar. Pero no lo hice. Con una perversidad que debería perdonarse a aquellos que sufren día y noche y están como borrachos de exaltada infelicidad, proseguí:

—Por un guante viejo, porque supongo que un amor desdeñado no es mucho más

que un objeto sucio y flácido que, porque no ha caído en el fuego, acaba en el montón de la basura.

Me escuchó inescrutable, inmóvil, con el ceño fruncido, la boca cerrada, un ligero sonrojo, como si su rostro hubiera sido tallado hace seis mil años para fijar para siempre ese algo secreto y oscuro que poseen todas las mujeres. No la gruesa inmovilidad de una esfinge, que nos propone acertijos desde el borde de la calzada, sino una inmovilidad más fina, casi sagrada, la de una figura fatal sentada en la fuente misma de las pasiones que han conmovido a los hombres desde el alba de las épocas.

El capitán Blunt, con el codo en la alta repisa de la chimenea, nos había dado la espalda. Su postura expresaba de un modo excelente el desapego de un hombre que no quiere oír. En realidad, creo que ni siquiera podía oír lo que decíamos. Estaba demasiado separado de nosotros, nuestras voces eran demasiado contenidas. Por lo demás, es verdad, no quería oír. Sobre eso no podía haber la menor duda. Pese a todo, y de forma inesperada, doña Rita se dirigió a él.

—Como le decía, don Juan, encuentro las mayores dificultades ya no diré para que me entiendan, sino para que, simplemente, me crean.

Ningún gesto de desapego podría haber servido de nada frente a las cálidas oleadas de aquella voz. El señor Blunt se vio impelido a escuchar. Pasados unos instantes, y como si lo hiciera de mala gana, cambió de postura y respondió:

—Es un problema que las mujeres suelen tener.

—A pesar de que yo siempre he dicho la verdad.

—Todas las mujeres dicen la verdad —dijo Blunt, imperturbable. Y ella se molestó.

—¿Dónde están los hombres a quienes he engañado? —dijo doña Rita elevando la voz.

—Eso, ¿dónde? —replicó Blunt con tanta presteza que parecía dispuesto a salir y buscarlos.

—¡No! Pero muéstreme uno. Dígame, ¿dónde está?

Blunt abandonó su disimulada afectación, movió los hombros ligeramente, muy ligeramente, dio un paso hacia el sofá y miró a doña Rita con expresión de graciosa cortesía.

—Oh, no lo sé. Probablemente en ninguna parte. Pero si un hombre así existe, estoy seguro de que ha de ser muy estúpido. No se puede esperar que proporcione un cerebro a todo aquel que se acerque a usted. Esperar eso es esperar demasiado incluso de usted, tan capaz de hacer maravillas con tan poco coste para usted misma.

—Para mí misma —repitió doña Rita elevando la voz.

—¿A qué viene esa indignación? Me limito a fiarme de lo que ha dicho.

—¡Con tan poco coste! —exclamó ella entre dientes.

—Quiero decir para usted, para su persona.

—Ah, sí —murmuró doña Rita, y agachó los ojos, como si quisiera mirarse. A continuación añadió, muy despacio—: Este cuerpo.

—En fin, eso es usted —dijo Blunt conteniendo visiblemente su irritación—. No finja que pertenece a otra persona. Es imposible, no lo ha tomado prestado... Le sienta demasiado bien —masculló.

—Cuánto le gusta atormentarse —replicó doña Rita, que, súbitamente, parecía más tranquila—. Me daría lástima si no pensara que no es más que su orgullo, que se rebela. Pero ha de saber que le está dando satisfacción a mis expensas. En cuanto al resto, en cuanto a mi forma de vivir, comportarme, hacer maravillas con tan poco coste... tan sólo ha servido para acabar conmigo moralmente. ¿Me escucha? Acabar conmigo.

—Oh, no se ha muerto todavía —farfulló Blunt.

—No —replicó ella con amable paciencia—, todavía quedan sentimientos en mi interior; y por si le causa alguna satisfacción saberlo, puede estar seguro de que seré muy consciente de la última puñalada.

Blunt guardó silencio durante un rato; luego, con una sonrisa educada y un movimiento de cabeza en mi dirección le advirtió:

—Nuestro público se va a aburrir.

—Sé perfectamente que *monsieur* George está aquí y que ha estado respirando una atmósfera muy distinta a la que se respira en esta sala. ¿No se siente en este lugar extraordinariamente confinado? —me preguntó.

La estancia era muy espaciosa, pero era cierto que, en aquellos momentos, yo me sentía oprimido. Aquella misteriosa disputa entre aquellas dos personas, la cual revelaba que entre ellas existía una relación mucho más estrecha de lo que había sospechado, me produjo una infelicidad tan profunda que ni siquiera intenté responder. Ella continuó.

—Más espacio, más aire. Aire, dadme aire.

Cogió los bordes recamados de su vestido azul a la altura de su blanca garganta e hizo amago de rasgarlos, de abrirse el vestido sin reparar en nada y dejamos ver sus pechos. Blunt y yo nos quedamos completamente quietos. Hasta que ella, tranquilamente, dejó caer sus brazos a lo largo del cuerpo.

—Le envidio, *monsieur* George. Si he de morir, prefiero ahogarme en el mar con el viento en la cara. Vaya suerte, no sentir otra cosa que el mundo entero cerrándose sobre la propia cabeza.

Siguió un corto silencio antes de que pudiéramos oír la voz de salón del señor Blunt, investida de juguetona familiaridad.

—Muchas veces me he preguntado, doña Rita, si en realidad no será usted una persona muy ambiciosa.

—Y yo me pregunto si tiene usted corazón.

Doña Rita miró a Blunt directamente a los ojos y él, antes de responder, la recompensó con el habitual destello blanco y frío de su perfecta dentadura.

—¿Usted se pregunta? Eso quiere decir que, en realidad, me lo pregunta a mí. Pero ¿por qué hacerlo en público? Lo digo en serio. Para que haya un público basta

una sola persona ajena. Una sola. ¿Por qué no esperar a que vuelva a esas regiones donde hay aire y espacio de las que ha venido?

Su particular manía de hablar de una tercera persona ajena a lo que se estaba hablando resultaba exasperante. Y sin embargo, en aquel momento no supe cómo contrarrestarla. En cualquier caso, de poco habría servido, porque doña Rita no me habría dado tiempo a responder. Sin un instante de vacilación respondió:

—Ojalá pudiera llevarme allí con él.

Por un momento, el semblante del señor Blunt se quedó tan inmóvil como una máscara. Luego, en lugar de rabia o furia, adoptó una expresión de indulgencia. En cuanto a mí, tuve una visión fugaz del asombro, de la estupefacción y también del sarcasmo de Dominic, que era siempre tan tolerante como al sarcasmo le es posible serlo. ¡Pero qué compañera tan encantadora, tierna, alegre e intrépida habríamos tenido! Yo creía en su audacia, en la que sería capaz de demostrar en toda aventura que le interesase. Para mí constituiría una nueva oportunidad, una perspectiva nueva de esa facultad para la admiración que ella había despertado en mí al verla, al verla por primera vez, antes siquiera de abrir la boca, antes siquiera de que me mirase. Tendría que llevar algún tipo de atuendo marinero, un suéter de lana azul abierto por el cuello... El manto con capucha de Dominic la envolvería sobradamente y su rostro, bajo aquella capucha negra, adquiriría una cualidad luminosa, un encanto adolescente y una expresión enigmática. El reducido espacio del alcázar de nuestra pequeña nave se prestaría a su manera de sentarse, con las piernas cruzadas, y el mar azul equilibraría amablemente su característica inmovilidad, que parecía ocultar pensamientos tan antiguos y profundos como el propio mar. Y acaso tan inquietos.

Pero lo que más me fascinaba era la imagen que yo acababa de formarme, coloreada y simple como la ilustración de un libro infantil consagrado a los viajes de dos niños aventureros. En realidad, me sentía igual que si fuéramos niños ante la mirada de un hombre de mundo —que vivía de su espada—. Y me atreví a decir:

—Sí, tendría que venir usted con nosotros. Vería muchas cosas por sí misma.

La expresión del señor Blunt se tornó, si es que esto era posible, incluso más indulgente. Sí, aquel hombre tenía algo inerradicablemente ambiguo. Por lo demás, no me gustó el tono indefinible con el que hizo la siguiente observación:

—Lo que dice es de la mayor imprudencia, doña Rita. Algo que, últimamente, ha convertido usted en costumbre.

—Mientras que, en su caso, la reserva se ha convertido en una segunda naturaleza, don Juan.

Doña Rita dijo esto con la ironía más leve y casi tierna. El señor Blunt esperó unos momentos antes de responder.

—Ciertamente... ¿Le hubiera gustado que actuase de otra manera?

Doña Rita, siguiendo un impulso repentino, extendió su mano hacia él.

—¡Perdóneme! Es posible que yo haya sido injusta y es posible que usted únicamente haya sido leal. La falsedad no está en nosotros. Supongo que la culpa es



de la vida. Siempre he sido sincera con usted.

—Y yo, obediente —dijo Blunt, haciendo una reverencia.

A continuación, el capitán dio media vuelta, se detuvo para mirarme unos instantes y, finalmente, asintió con la cabeza con corrección. Pero se marchó sin decir nada más, o, más bien, salió perezosamente, con sus maneras de hombre de mundo, que le permitían una perfecta soltura en cualquier circunstancia concebible. Doña Rita, que tenía la cabeza gacha, no dejó de mirarle hasta que el capitán cerró la puerta. Yo, que la miraba a ella, tan sólo oí cómo se cerraba.

—No me miré así —fueron las primeras palabras de doña Rita.

Me resultó difícil obedecer esta petición. No sabía dónde mirar exactamente, porque seguía sentado frente a ella. De modo que me puse en pie, poseído, vagamente, de buena voluntad, preparado incluso para llegar hasta la ventana, cuando ella ordenó:

—No me dé la espalda.

Opté por interpretar sus palabras en un sentido simbólico.

—Sabe usted muy bien que jamás lo haría. No sería capaz. Ni aunque quisiera —dije, y añadí—: Es demasiado tarde.

—Bueno, en ese caso, siéntese. Siéntese aquí, en el sofá.

Me senté en el sofá. ¿De mala gana? Sí, me encontraba en ese estado en que todas sus palabras, todos sus gestos, todos sus silencios, eran para mí como una difícil prueba, un lastre para mi resolución, para aquella fidelidad a mí mismo y a ella que se posaba como una pesada carga sobre mi no hollado corazón. Pero no me senté muy lejos de ella, pese a que aquel suave y mullido sofá era lo bastante grande, bien lo sabe Dios. No, no muy lejos de ella. El dominio de uno mismo, la dignidad, la misma desesperación tienen sus propios límites. El halo de su melena castaña se removió cuando me dejé caer a su lado. De inmediato, ella me rodeó con un brazo, apoyó la cabeza sobre mi hombro y comenzó a sollozar, aunque, en realidad, esto último tuve que adivinarlo a partir de sus movimientos convulsos pero leves, porque, en la postura en que estábamos, yo sólo podía ver la masa de sus cabellos, echada hacia atrás pero con una aureola que escapaba del peinado y que, al inclinar la cabeza, me hizo cosquillas en los labios y en la mejilla de un modo enloquecedor.

Nos sentíamos como dos niños viajeros en una ilustración de cuento, asustados ante la dimensión de su aventura. Pero no por mucho tiempo. Mientras, de forma instintiva, aunque con timidez, buscaba su otra mano, sentí una lágrima golpear el dorso de la mía, grande y pesada, como si hubiera caído desde una gran altura. Fue demasiado para mí. Debí de dar un nervioso respingo. De inmediato oí su murmullo.

—Será mejor que se vaya.

Me aparté suavemente, dejando el leve peso de su cabeza, aquella felicidad inefable, aquella inconcebible tristeza, y tuve la absurda impresión de que la dejaba suspendida en el aire. Y me alejé de puntillas.

Igual que un ciego inspirado, guiado por la Providencia, encontré el modo de salir

de la estancia, pero en realidad no vi nada, hasta que, ya en el vestíbulo, apareció, como por encantamiento, la doncella, sosteniendo mi sobretodo. Dejé que me ayudara a ponérmelo. Y entonces, también como por encantamiento, me dio el sombrero, que llevaba bajo el brazo.

—No. *Madame* no es feliz —le susurré, distraídamente.

Me dejó que cogiera el sombrero de su mano y cuando me lo estaba poniendo, oí un susurro severo:

—*Madame* debería escuchar a su corazón.

Severo no es la palabra, aquel inesperado y desapasionado rumor de palabras fue casi helador. Tuve que reprimir un escalofrío y, con igual frialdad, susurré:

—Lo ha hecho ya demasiadas veces.

Rose estaba casi pegada a mí, de modo que capté, claramente, el matiz de burla de su indulgente compasión.

—¡Ah, sí!... *Madame* es como una niña.

Era imposible interpretar certeramente este comentario viniendo de una muchacha que, como la propia doña Rita me había contado, era el más taciturno de los seres humanos. Pese a ello era, de todos los seres humanos, el que le era más cercano. Cogí su cabeza entre las manos y, obligándola a levantarla, miré fijamente aquellos ojos negros que deberían de estar lustrosos. Como un trozo de cristal empañado por el aliento, no reflejaban luz, no revelaban ninguna hondura, y bajo mi fogosa mirada, permanecían deslucidos, difusos, inconscientes.

—Tiene la amabilidad el señor de dejarme marchar. *Monsieur* tampoco debería jugar a ser un niño —dijo, y la solté—. *Madame* podría tener el mundo a sus pies. En realidad, ya lo tiene, pero no le importa.

¡Qué locuaz estaba aquella doncella de labios descerrajados! Por una u otra razón, esta última declaración me dejó enormemente tranquilo.

—¿Sí? —susurré, sin aliento.

—¡Sí! Pero, en ese caso, ¿qué sentido tiene vivir sumida en el miedo y el tormento? —prosiguió, revelando, para mi asombro, un poco más de sí misma. Después de abrirme la puerta, añadió—: Aquéllos a quienes no les importa rebajarse deberían cuando menos procurar ser felices.

Giré sobre mis talones en la misma puerta.

—¿Hay algo que lo impida?

—Por supuesto que lo hay. *Bonjour, monsieur*.

## CUARTA PARTE

## I

—**U**na mujer encantadora con un vestido de seda gris y unas manos blancas como la nieve. Llevaba unos anteojos muy raros, con una patilla muy muy larga. Una gran dama, pero de voz amable como la de un santo. En mi vida había visto una cosa así. Me hizo sentir muy tímida.

La voz que pronunciaba estas palabras era la de Therese y yo la miraba desde una cama adornada con pesadas cortinas de seda color castaño que colgaban fabulosamente desde lo alto. El resplandor de un día de sol se convertía, tras las celosías, en una mera transparencia de oscuridad. En aquella fina penumbra, la figura de Therese aparecía muy oscura, sin detalles, como recortada de una hoja de papel negro. Se deslizó hasta la ventana y con un chasquido y un chirrido dejó que la luz inundara la estancia con el consiguiente pinchazo para mis ojos doloridos.

En realidad, toda la noche había sido para mí la abominación de la desolación. Después de luchar contra mis pensamientos, si es que a la aguda conciencia de la existencia de una mujer puede llamársela pensamiento, caí, aparentemente, víctima del sueño tan sólo para continuar debatiéndome con una pesadilla, un sueño absurdo y aterrador en el que yo aparecía encadenado, lo cual, incluso después de despertar, suscitó en mí una impresión de indefensión e impotencia que se extendió a todos mis miembros. No me moví, sufriendo agudamente de la renovada sensación de la existencia, incapaz de levantar los brazos y preguntándome por qué no estaba en el mar, cuánto había dormido, cuánto tiempo había estado hablando Therese antes de que su voz me alcanzara en aquel purgatorio de desesperanzado deseo y de preguntas sin respuesta al cual yo estaba condenado.

Therese tenía la costumbre de empezar a hablar nada más entrar en la habitación con la bandeja del café matutino. Era su método para despertarme. Normalmente, yo recuperaba la conciencia del mundo exterior con alguna frase pía que afirmaba el confort espiritual de la misa de madrugada o con enojadas lamentaciones sobre la desmesurada rapacidad de pescaderos o verduleros, porque, después de ir a misa, Therese solía hacer la compra para la casa. En realidad, la necesidad de pagar, de entregar dinero a los demás, enfadaba a la pía Therese. Aquella mañana, el tema de su charla era tan extraordinario que bien podría haber sido la prolongación de una pesadilla: un hombre encadenado obligado a escuchar parlamentos inescrutables y extraños contra los cuales, no sabía por qué, hasta su alma se revolvía.

La cruda verdad era que mi alma seguía en rebelión a pesar de que, estaba convencido, yo ya estaba soñando. Observé cómo Therese se alejaba de la ventana con ese desesperado terror que acaso puede disculparse en un hombre encadenado de pies y manos. Porque, en una situación así, incluso lo absurdo puede parecer

ominoso. Therese se acercó a la cama y, juntando las manos dócilmente, miró al techo.

—Ni aunque hubiera sido su hija me habría hablado más amablemente —dijo, muy sentimental.

Hice grandes esfuerzos por hablar.

—*Mademoiselle* Therese, está usted desvariando.

—También ella me ha llamado *mademoiselle*, muy cortésmente. Me he quedado paralizada de veneración al ver sus cabellos tan blancos, pero le aseguro, mi querido y joven *monsieur*, que no tiene más arrugas que yo.

Frunció los labios mirándome con enojo, como si yo pudiera quitarle las arrugas, y a continuación suspiró.

—Dios nos envía arrugas, pero qué es nuestra cara —comentó con gran humildad—. En el Paraíso nuestros rostros serán gloriosos. Entretanto, Dios me permite conservar un corazón amable.

—¿Va a seguir así mucho más tiempo? —le grité en buena lid—. ¿De qué está usted hablando?

—Estoy hablando de la dulce y anciana dama que ha llegado en un carruaje. No es un fiacre, sé cómo es un fiacre. Éste era un carruaje pequeño con la parte delantera cubierta por un cristal. Supongo que es muy rica. El carruaje estaba reluciente y tenía una hermosa tapicería de cuero. Yo misma le he abierto la puerta. Ha salido muy despacio, igual que una reina. Me he quedado de piedra. Qué carruaje tan bonito, tan pequeño y tan reluciente. Llevaba borlas de seda azul en el interior, bonitas borlas de seda.

Evidentemente, Therese, pese a no saber su nombre, se había quedado muy impresionada por un cupé. De toda la ciudad, no conocía más que las calles que conducían a una iglesia cercana frecuentada tan sólo por las clases más pobres y la zona humilde de alrededor, donde hacía sus compras. Además, estaba acostumbrada a andar pegada a las paredes, con la mirada gacha, porque su natural atrevimiento jamás se manifestaba en su monjil semblante salvo cuando regateaba, cosa que hacía incluso por artículos que no valían más de tres peniques. Así pues, Therese no había tenido hasta entonces posibilidad de ver un cupé. En la calle de los Cónsules, el tráfico era sobre todo peatonal y muy poco moderno. En cualquier caso, además, Therese jamás se asomaba a la ventana. Acechaba en las profundidades de la casa como una especie de araña que rehuye el contacto con los demás. Solía atacar desde oscuros recovecos que jamás exploré.

Y sin embargo, me pareció que exageraba su embeleso por alguna u otra razón. Con ella era muy difícil distinguir el artificio de la inocencia.

—¿Quiere usted decir —pregunté con suspicacia— que una anciana dama quiere alquilar un apartamento aquí? Espero que le haya dicho que no es posible, porque, como ya sabe, esta casa no es precisamente lo más indicado para damas mayores y venerables.

—No me enfade usted, mi querido y joven *monsieur*, me he confesado esta mañana. ¿No está usted cómodo? ¿No le parece esta casa lo suficientemente bien amueblada para cualquiera?

Aquella niña con rostro de monja no había visto más muebles que los de algún caserío medio en ruinas de los montes de su tierra natal.

Le indiqué que no era cuestión de esplendor o de comodidad, sino de «conveniencias». Aguzó los oídos al escuchar aquella palabra que, probablemente, jamás había oído. No obstante, estoy convencido de que, gracias a su asombrosa intuición femenina, comprendió perfectamente lo que yo quería decir. Su aire de santa paciencia se hizo tan acusado que, con mi propia y pobre intuición, percibí que, en el fondo, echaba pestes contra mí. Su piel, curtida por el tiempo, afectada ya por su vida de clausura, adoptó un aspecto extraordinariamente arcilloso que me recordó a un extraño busto pintado por El Greco que mi amigo Prax tenía colgado en una pared y contra el cual solía vociferar, bien es verdad que no sin cierto respeto.

Therese, que seguía con las manos mansamente cruzadas sobre la cintura, había dominado las sensaciones de furia tan impropias de una persona que había sido absuelta de sus pecados tan sólo unas tres horas antes y me preguntó, con insinuante suavidad, si no era ella una muchacha lo suficientemente honrada para cuidar de una vieja dama que pertenecía a un mundo que, al fin y al cabo, caminaba por la senda del pecado. Me recordó que precisamente por ser «muy elevada» se había ocupado de la casa de su tío el párroco, un hombre conocido por su santidad en una zona muy extensa que llegaba incluso más allá de Pamplona. El carácter de una casa dependía de la persona que la gobernaba. Ella no sabía qué desgraciados impenitentes habían respirado entre aquellos muros en los tiempos de aquel hombre impío y malvado que había sembrado todas las semillas de la perdición en el reacio corazón de «nuestra Rita». Pero ese hombre estaba muerto y ella, Therese, sabía de cierto que la maldad acaba por ceder ante la cólera de Dios (*la colère du bon Dieu*). Por su parte, no tendría inconveniente en alojar a un obispo si fuera necesario, puesto que «nuestra Rita», con su pobre, maltrecho e incrédulo corazón, ya no tenía nada que ver con aquella casa.

De Therese emanó todo esto como un hilillo de un aceite acre y untuoso. Aquella especie de parto, bajo y voluble, bastó para concitar toda mi atención.

—¿Cree usted que conoce el corazón de su hermana? —pregunté.

Frunció el ceño, mirándome fijamente, como si quisiera descubrir si estaba enfadado. Al parecer, tenía una fe invencible en el temperamento virtuoso de los jóvenes, de los hombres jóvenes. Y puesto que yo había empleado un tono mesurado y no me había sonrojado, se dejó llevar.

—Negro, mi querido y joven *monsieur*. Negro. Siempre lo supe. El tío, pobre hombre, y santo, era demasiado bueno para advertirlo. Estaba demasiado ocupado en sus pensamientos para escuchar lo que yo pudiera decirle. Por ejemplo, respecto a su desvergüenza. Siempre estaba dispuesta a correr medio desnuda por los montes...

—Sí. Detrás de sus cabras. El día entero. ¿Por qué no le remendaba usted los vestidos?

—Oh, sabe usted lo de las cabras. Mi querido y joven *monsieur*, lo que yo no podía saber era cuándo iba a abandonar su pretendida dulzura para sacarme la lengua. ¿Y no le hablé de un muchacho, hijo de unos parientes muy religiosos y ricos, a quien trató de llevar por el camino de los malos pensamientos hasta que el pobre niño tuvo que marcharse porque estaba escandalizado? A ese chico solía yo verlo mucho los domingos en misa, junto a sus padres. Gracias a Dios no se perdió y acabó por convertirse en un caballero en París. Es posible que, algún día, Dios también toque con su gracia el corazón de Rita. Pero en aquel entonces era una niña terrible. Cuando yo me negaba a escuchar sus quejas, ella decía: «De acuerdo, hermana, ya me vestiré cuando llueva o sople el viento». Era un saco de huesos, parecía un diablillo. Ah, mi querido y joven *monsieur*, no sabe usted hasta qué punto tiene un corazón perverso. Jamás lo entendería, no es usted lo bastante malo. En realidad, no creo que albergue usted ningún mal en su pequeño e inocente corazón. Nunca le he oído burlarse de las cosas sagradas. Lo que ocurre es que es usted un poco irreflexivo. Por ejemplo, no le he visto hacer la señal de la cruz por la mañana. ¿Por qué no se acostumbra usted a santiguarse nada más abrir los ojos? Es una cosa muy buena. Mantiene a Satán a raya el resto del día.

Me dio este consejo con la misma naturalidad que si fuera un remedio para el catarro. A continuación, frunció los labios y volvió a su idea fija.

—Pero la casa es mía —insistió tranquilamente, pero con un énfasis que me llevó a pensar que ni el mismísimo Satán sería capaz de arrancársela de las manos—. Ya se lo he dicho a esa gran dama de gris. Le he dicho que mi hermana me la había regalado y que, sin duda, Dios no permitiría que me la arrebataste.

—¿Eso le ha dicho a esa dama de las canas, a una completa desconocida? Está usted más loca cada día. *Mademoiselle* Therese, permita que le diga que no tiene usted ni sentido común, ni buenos sentimientos. ¿También habla de su hermana con el carnicero y con el verdulero? Un salvaje sería más discreto. ¿Qué pretende? ¿Qué espera conseguir? ¿Qué satisfacción obtiene con ello? ¿Cree usted que a Dios le gusta que insulte a su hermana? ¿Quién se cree que es?

—Una pobre chica sola entre muchas personas malvadas. ¿Cree usted que quiero vivir entre tantas abominaciones? Es esa pobre pecadora de Rita la que no me permitió quedarme donde estaba, sirviendo a un hombre santo, junto a la puerta de una iglesia y segura de contar con un lugar en el Paraíso. Me limité obedecer a mi tío, así de sencillo. Es él quien me dijo que viniera e intentara salvar su alma, llevarla con nosotros, devolverla a una vida de virtud. Pero ¿de qué serviría? Ha cedido a los pensamientos mundanos, carnales. Por supuesto, somos una familia buena y, en el campo, mi tío es un gran hombre, pero ¿dónde está ese granjero honrado, ese hombre temeroso de Dios que se atreva a presentar a una chica así a su madre, a sus hermanas? No, es mejor dejar que regale sus mal adquiridas riquezas a los que lo

merecen y que dedique el resto de su vida al arrepentimiento.

Pronunció estas rectas reflexiones y presentó este programa para la salvación del alma de su hermana con un tono razonable, convencido, capaz de poner la carne de gallina.

—*Mademoiselle* Therese —dije—, no es usted más que un monstruo.

Therese recibió esta expresión sincera de mi opinión sobre ella, como si le hubiera dado un dulce particularmente delicioso. Le gustaba que la insultasen. Le encantaba que la llamasen de todo. Yo le di esa satisfacción que tanta alegría le proporcionaba. Finalmente, me callé, porque ya no podía hacer más, salvo levantarme de la cama y pegarle. Por mi parte, tenía la vaga convicción de que también eso le habría gustado, pero no quise probar. Cuando hube terminado, esperó un poco antes de levantar la mirada, que tenía fija en el suelo.

—Mi querido, ignorante, veleidoso y joven caballero —dijo—, nadie sabe hasta qué extremo es mi hermana una cruz para mí, excepto el buen párroco de la iglesia a la que voy todos los días.

—Y la misteriosa mujer de gris —dije, con sarcasmo.

—Es posible que esa persona lo haya adivinado —repuso Therese con seriedad—, pero yo no le dije nada salvo que nuestra Rita me cedió plenamente la propiedad de esta casa. Y no lo habría hecho si, antes, ella no me hubiera hablado de mi hermana. No puedo decírselo a mucha gente. Una no se puede fiar de Rita. Sé que no siente ningún temor de Dios, pero es posible que el respeto a los demás le impida arrebatarle esta casa. Si no quiere que hable de ella con otras personas, ¿por qué no me entrega un papel en regla?

Dijo esto atropelladamente, en una sola respiración y, al final, se le escapó una especie de suspiro ansioso, lo que me dio oportunidad de expresar mi sorpresa. Era inmensa.

—¿La dama, esa dama desconocida, le habló de su hermana antes de que usted le dijera nada? —exclamé.

—La dama me preguntó, después de entrar, al cabo de un rato, si era verdad que esta casa pertenecía a *madame* de Lastaola. Había sido tan dulce, amable e indulgente que no me importó humillar mi espíritu ante tan buena cristiana. Le dije que no sabía cómo se llamaba a sí misma esa pobre pecadora en su loca ceguera, pero que esta casa me la había regalado, con toda justicia, mi hermana. Se sorprendió mucho al oír esto, pero, al mismo tiempo, me miró muy amablemente y me dijo: «No se fíe, mi querida niña». No pude evitar cogerle la mano, suave como una pluma, para besársela. La apartó muy de prisa, pero no se ofendió. Se limitó a decir: «Es muy generoso por parte de su hermana», de un modo que me dio escalofríos. Supongo que todo el mundo sabe que nuestra Rita es una chica desvergonzada. Y entonces, esa dama cogió esos anteojos de la patilla larga y me miró de arriba abajo. Sentí mucha vergüenza. Me dijo: «No hay por qué temer nada. *Madame* de Lastaola es una mujer muy notable que ha hecho muchas cosas sorprendentes. No se la debe juzgar como a



las demás y tengo entendido que jamás le ha hecho ningún mal a ningún ser humano...». Me dio muchos ánimos, se lo digo sinceramente. Además, esa dama me dijo que no molestase a su hijo, que esperaría a que estuviera despierto. Sabía que no duerme bien. Yo le dije: «La verdad es que en este mismo momento estoy oyendo que ese amable y querido caballero está dándose un baño en la sala de esgrima»; y la llevé al estudio. Y allí están ahora, y van a almorzar juntos a las doce en punto.

—¿Por qué demonios no ha empezado usted por decirme que esa dama es la señora Blunt?

—¿No se lo he dicho? Ah, pensé que lo había hecho —dijo Therese, con inocencia.

Súbitamente, tuve deseos de salir de la casa, de huir del elemento Blunt, ahora reforzado, que para mí resultaba tan opresivo.

—*Mademoiselle* Therese, quiero levantarme y vestirme —dije.

Dio un ligero respingo y, sin volver a mirarme, salió de la habitación. Los muchos pliegues de su falda marrón ni se movieron cuando se desplazó.

Miré el reloj, eran las diez en punto. Therese me había traído el café con retraso. Sin duda, este retraso venía causado por la inesperada llegada de la madre del señor Blunt, de la que su hijo podía tener noticia o no. La presencia de los Blunt me incomodaba de un modo muy particular, como si fueran habitantes de otro planeta y tuvieran una mentalidad sutilmente distinta, algún elemento de su inteligencia que siempre me sería ajeno. Con su presencia surgía en mí una sensación de inferioridad que me desagradaba profundamente. Esto no se debía al hecho de que fueran oriundos de otro continente. Yo había conocido a otros americanos. Y los Blunt eran americanos. ¡Aunque tan poco! Ése era el problema. Por lenguaje, actitud y maneras, el capitán Blunt podría haber sido francés. Y sin embargo, nadie le habría tomado por francés... ¿Por qué? Era imposible saberlo. No había causa definida. Mientras me secaba con la toalla el pelo, la cara y la nuca, se me ocurrió que, quizá, no podría mantener con J. K. Blunt ninguna relación en términos de igualdad distinta a la de empuñar un arma, preferentemente una pistola, que es la menos íntima de las armas porque se utiliza a distancia, en definitiva, alguna relación con algún tipo de arma de por medio. Y es que, físicamente, su vida, la cual podían arrebatarse, era exactamente como la mía, se desarrollaba en las mismas condiciones y tenía el mismo carácter fugitivo, fugaz.

Me habría reído de lo absurdo de mis propios pensamientos si todo vestigio de alegría, incluso el más íntimo, no hubiera desaparecido de mi corazón, aplastado bajo el peso intolerable de mi amor por Rita. Lo aplastó todo, y lo eclipsó. Fue inmenso. Si existía en el mundo alguna sonrisa, cosa que yo entonces dudaba, yo no la veía. Amor por Rita... si es que se trataba de amor, me dije, con desesperación, mientras me secaba la cabeza ante el espejo. No parecía tener principio, al menos por lo que yo podía recordar. Y no se puede tomar en serio nada cuyo origen no se pueda identificar; no puede ser más que una ilusión. O quizá lo mío fuera un estado físico,

una suerte de enfermedad semejante a la melancolía. ¿Y no es la melancolía una forma de locura? Los únicos momentos de alivio que puedo recordar se producían cuando ella y yo nos portábamos igual que dos niños apasionados en un jardín de infancia y reñíamos por cualquier cosa, absolutamente por cualquier cosa, por una frase, a veces por una palabra, bajo la maravillosa luz de la rotunda acristalada, sin prestar atención a las silenciosas entradas y salidas de la siempre activa Rose, con sonoros estallidos de voz y muchas carcajadas...

Sentí que los ojos se me llenaban de lágrimas al recordar su risa, el recuerdo real de los sentidos es casi más penetrante que la propia realidad. Estaba hechizado. Todo lo que tenía que ver con ella me hechizaba con la misma y espantosa intimidad, la figura entera de su cuerpo en su pose ya familiar, su misma sustancia, con su color y textura, sus ojos, sus labios, el brillo de sus dientes, la luz castaña de su pelo, su frente lisa, el leve perfume que empleaba, la forma, sensación y calidez de sus zapatillas de tacón alto, que a veces, en el fragor de la discusión, se caían al suelo con un sonoro golpe y que yo (siempre en el fragor de la discusión) recogía y volvía a poner sobre el sillón sin interrumpir nuestra charla. Y además de estar hechizado por lo que Rita era en la tierra, estaba hechizado también por su rebeldía, su ternura y su fuego, por ésa a quien los elevados dioses llamaban Rita cuando se referían a ella entre sí. Ah, sí, sin duda yo estaba hechizado por ella, pero también lo estaba su hermana Therese, que estaba loca. Pero eso no demostraba nada. En cuanto a sus lágrimas, puesto que yo no las había causado, tan sólo me produjeron indignación. Apoyar la cabeza en mi hombro, derramar aquellas lágrimas extrañas, no significaba nada aparte de una indignante libertad. No era más que una mera artimaña emocional. Para llorar a gusto igual le habría dado apoyar la cabeza en la repisa de una de aquellas grandes chimeneas de granito rojo. Luego, cuando ya no necesitara apoyo, prescindiría de él diciéndome que me marchase. ¡Qué inoportuno! La petición había sonado patética hasta un extremo casi sagrado, aunque, en realidad, quizá no fuera otra cosa que la exhibición del más frío de los descaros. Con ella nunca se podía estar seguro. Pesar, indiferencia, lágrimas, sonrisas, con ella, todo parecía tener un significado oculto. No se podía confiar en nada...

«¡Cielos! ¿Acaso estoy igual de loco que Therese?», me pregunté con un escalofrío de miedo mientras me esforzaba por igualar los extremos de la corbata.

De pronto, me di cuenta de que «esa clase de cosa» me mataría. La definición de la causa era vaga, pero la propia idea no se debía a una morbosa artificiosidad de los sentimientos, sino a una convicción genuina. «Esa clase de cosa» sería la causa de mi muerte. No moriría a raíz de mis innumerables dudas. Cualquier tipo de certidumbre también sería mortal. No moriría de una puñalada: un beso, sin embargo, sí me mataría. No moriría de un desdén, ni de una palabra, ni de ningún gesto en particular, sino de tener que soportarlos todos ellos, juntos y sucesivamente, de tener que vivir con «esa clase de cosa». Cuando terminé de hacerme el nudo de la corbata, terminé también con la vida. No me importó en absoluto, porque ni siquiera era capaz de

decidir si, mental y físicamente, desde las raíces de los cabellos hasta las puntas de los pies, me sentía más agotado o más infeliz.

Y ahora había terminado de asearme y no tenía nada que hacer. Una inmensa inquietud se apoderó de mí. Se ha dicho que la rutina de la vida cotidiana, esa sucesión arbitraria de banalidades, constituye un gran cimiento moral. Pero yo había terminado de asearme, no me quedaba por hacer ninguna de esas tareas consagradas por la costumbre y que no dejan opción. La puesta en práctica de cualquier tipo de acto volitivo por un hombre cuya conciencia ha quedado reducida a la sensación de que «esa clase de cosa» ha acabado con él no puede ser otra cosa que jugar con la muerte, una actitud, una pose, insincera con uno mismo. Y yo era capaz de esa pose. Fue entonces cuando descubrí que ser asesinado por «esa clase de cosa», quiero decir, tener la absoluta certeza de que «esa clase de cosa» ha acabado con uno, no significaba, digámoslo así, nada en sí mismo. Lo horrible era la espera. En la espera radicaban la crueldad, la tragedia, la amargura de la situación.

«¿Por qué demonios no me caigo muerto en este mismo instante?», me pregunté con rabia, sacando un pañuelo limpio de un cajón para metérmelo en un bolsillo.

Sin la menor duda, aquello era lo último, la última ceremonia de un rito imperativo. Estaba abandonado a mi suerte y era horrible. Normalmente, solía salir, caminar hasta el puerto, echar un vistazo a aquella embarcación que amaba con un sentimiento extremadamente complejo, mezclado con la imagen de una mujer; luego, quizá, subía a bordo, no porque tuviera nada que hacer en cubierta, sino por nada, porque era feliz, como lo es cualquier hombre que se alegra ante la presencia del objeto amado. A la hora de comer elegía entre dos opciones: un restaurante bohemio y otro selecto, incluso aristocrático, donde aún tenía mesa reservada en el *petit salon*, subiendo la escalera blanca. En ambos lugares tenía amigos que recibían mis erráticas apariciones con discreción, en el primer caso teñida de respeto, en el segundo, con graciosa tolerancia. Debía aquella tolerancia al más temerario, al más sólido de aquellos bohemios (en su barba, entre sus muchos otros tintes, había mechones grises), quien, en cierta ocasión, puso su maciza mano sobre mi hombro, se hizo cargo de mi defensa contra la acusación de ser desleal e incluso ajeno a aquel extraño grupo de serias y graves visiones que adoptaban formas hermosas y revolucionarias entre el humo de las pipas y el tintineo de las copas.

—Este muchacho (*ce garçon*) es una naturaleza primitiva, pero, en cierto sentido, podría ser un artista. Ha roto con sus convicciones. Está tratando de introducir una vibración especial y su personal noción de color en su propia vida, y, quizá, incluso de modelar esa vida según sus propias ideas. Y, por cuanto sabemos, hasta es posible que se encuentre sobre la pista de una obra maestra. Pero, fíjense, si por casualidad la consigue, nadie la verá. No puede ser para nadie más que para él. Y ni siquiera él podrá contemplarla en su totalidad, salvo en su lecho de muerte. Hay algo exquisito en todo ello.

Me sonrojé de satisfacción, ideas tan magníficas ni siquiera se me habían pasado

por la cabeza. Pero había algo exquisito... ¡Qué lejano me parecía todo aquello! ¡Qué mudo, qué inerte! Aquel hombre, con una barba de al menos siete tonos de castaño, era un fantasma. Y aquellos espectros de otra clase, como Baptiste, el *maître d'hôtel* de diplomático semblante rasurado a cargo del *petit salon*, que cogía mi bastón y mi sombrero con un comentario lleno de deferencia: «Últimamente, no vemos mucho por aquí al señor». Y aquellas otras cabezas bien peinadas que se levantaban y asentían a mi paso —«*Bonjour*», «*Bonjour*»— y me seguían con interés; aquellos jóvenes equis y zetas, graves, sumamente discretos, que, antes de salir se acercaban a mi mesa y se dirigían a mí entre murmullos —«¿Te encuentras bien?», «¿Te veremos esta noche?», no por curiosidad, Dios me perdone, sino por pura simpatía, y seguían su camino sin esperar respuesta. ¿Qué podía yo hacer con ellos, con aquel polvo elegante, con aquellos paradigmas de la moda de provincias?

Muchas veces me acercaba a comer con doña Rita sin invitación. Pero en aquellos momentos esto me parecía impensable. ¿Qué tenía yo que hacer con una mujer que permitía que otra persona la hiciera llorar y luego, con una asombrosa falta de bondad, se lanzaba a la ofensiva llorando sobre mi hombro? Evidentemente, yo no tenía nada que ver con ella. Mi meditación de cinco minutos en mitad de mi cuarto concluyó sin siquiera un suspiro. Los muertos no suspiran y, a efectos prácticos, yo estaba muerto, a excepción de la consumación final, del frío creciente, del *rigor mortis*, ¡ese bendito estado! Con pasos medidos, crucé el rellano para dirigirme a mi cuarto de estar.

## II

**L**as ventanas de aquella estancia daban a la calle de los Cónsules, que, como de costumbre, estaba en silencio. La propia casa, por debajo y por encima de mí, estaba callada, completamente inmóvil. En general, aquella casa era tranquila, tranquila y muda, y en ella no se escuchaban ruidos de ninguna clase. Uno imaginaría que así debía ser el interior de un convento. Supongo que era de construcción muy sólida. Sin embargo, aquella mañana perdí en medio de aquella quietud esa sensación de paz y seguridad que solía llevar asociada. Tengo entendido que, en general, se admite que los muertos se alegran de permanecer en reposo. Pero yo no estaba en reposo. ¿Por qué me resultaba incómodo aquel silencio? Algo no encajaba en aquella paz. ¿Qué perturbaba aquella quietud? De pronto me acordé: la madre del capitán Blunt.

¿Por qué se había desplazado desde París? ¿Por qué iba yo a preocuparme por ello? Hum, la atmósfera Blunt, la vibración Blunt reforzada, que atravesaba las paredes, y aquella quietud casi sólida. Nada que ver conmigo, por supuesto. Al contrario, los movimientos de *madame* Blunt, *mère*. Fue el afecto maternal lo que la

llevó al sur en el rápido de la mañana o en el de la tarde, para evaluar, con inquietud, los ataques de insomnio de su hijo. Una gran ventaja, el insomnio, para un oficial de caballería perpetuamente destinado en el frente, un regalo de Dios, por así decirlo; ahora bien, de permiso, una endemoniada condena.

La secuencia de pensamientos que acabo de referir carecía por completo de simpatía y se vio seguida por un sentimiento de satisfacción: yo, bajo ninguna circunstancia, padecía insomnio. Al final, siempre podía dormir. Al final. Escapar hacia una pesadilla. ¡No se alegraría él de esa posibilidad si pudiera! Pero eso no era para él. Él tenía que pasarse la noche entera con los ojos abiertos y levantarse agotado, agotado. Aunque, ah, ¿no estaba agotado yo también, aguardando un sueño sin sueños?

Oí que se abría la puerta que quedaba a mis espaldas. Yo había estado de pie, de cara a la ventana, pero, aquí lo declaro, ni siquiera sabía a qué estaba mirando: el desierto del Sahara o una pared de ladrillo, un paisaje de bosques y ríos o, tan sólo, el consulado de Paraguay. Pero, al parecer, había pensado en el señor Blunt con tanta intensidad que cuando entró en la estancia apenas me di cuenta. Cuando me di la vuelta, la puerta que quedaba detrás de él ya estaba cerrada. Avanzó hacia mí, correcto, ágil, ojeroso y con una sonrisa. En cuanto a su atuendo, parecía listo para salir salvo por aquella vieja cazadora a la que debía de tener un afecto muy particular porque se la ponía siempre que tenía oportunidad. Era de una especie de mezcla de *tweed* y estaba inconcebiblemente gastada, encogida por la edad, raída en los codos, pero cualquiera se habría dado cuenta, a primera vista, de que estaba hecha en Londres, por un sastre de renombre, por algún distinguido especialista. Blunt se acercó a mí con toda la elegancia de su esbeltez y afirmando con todas las líneas de su rostro y de su cuerpo, con la correcta posición de sus hombros y la despreocupada libertad de sus movimientos, la superioridad, la inefable superioridad, la inconsciente, discreta, indescriptible, incluso inaprensible superioridad de quien, de forma natural, ha nacido siendo hombre de mundo, y ha perfeccionado esta condición, sobre un joven sencillo. Blunt sonreía. Estaba cómodo, era correcto, absolutamente delicioso, y parecía preparado para matar.

Se había acercado a pedirme, si es que yo no tenía otro compromiso, que almorzase con él y con su madre al cabo, más o menos, de una hora. Se dirigió a mí con un tono de lo más *dégage*<sup>[31]</sup>. Su madre le había dado una sorpresa. Absoluta... Su deliciosa imprevisibilidad constituía la base de la psicología de su madre. Era incapaz de dejar las cosas como estaban (dijo esto con un tono peculiar que modificó de inmediato) y él agradecía muy sinceramente que yo me acercara a romper aquel *tête-à-tête* durante un rato (esto es, si no tenía otro compromiso. Destello de dientes). Su madre era exquisita y tiernamente absurda. Se le había metido en la cabeza que su salud corría peligro, aunque no sabía cómo ni por qué. Y cuando se le metía algo en la cabeza... Quizá yo fuera capaz de encontrar algo que decir para tranquilizarla. Su madre había tenido dos largas conversaciones con Mills al paso de éste por París y

había oído hablar de mí (y yo sé bien de qué modo habla ese gordo de los demás, agregó Blunt, de forma ambigua), así que, como tenía una curiosidad insaciable por todo lo raro (esto con un acento filial y gracioso y un ligero destello de dientes), su madre estaba impaciente por que yo le fuera presentado (entonación cortés, pero sin asomar la dentadura). Por su parte, él esperaba que a mí no me importase que su madre me tratase un poco como un «joven interesante». La dama no había llegado a pasar de los diecisiete años y de las maneras de una belleza mimada de al menos tres condados de alguna región de las Carolinas. Lo cual, una vez más, quedaba solapado por la *sans-façon*<sup>[32]</sup> de una *grande dame* del Segundo Imperio.

Acepté la invitación con una sonrisa de mundo y la entonación justa, y es que, en realidad, cualquier cosa que hiciera no me importaba. Me pregunté vagamente por qué aquel tipo requería para sí todo el aire de la estancia. Al parecer, en aquélla no quedaba el suficiente para que me bajase por la garganta. No dije que sería un placer acudir, ni que me encantaría, pero sí dije que iría. Pareció olvidar que tenía lengua, metió las manos en los bolsillos y se paseó por el cuarto de estar.

—Esta mañana estoy un poco nervioso —dijo en francés, parándose de pronto y mirándome directamente a los ojos. Los suyos estaban hundidos y eran oscuros, fatales.

—¿Qué tal va el insomnio? —le pregunté, con una malicia que, en mi entonación, nadie podría haber detectado.

—*Mal. Je ne dors plus*<sup>[33]</sup> —masculló él. Se acercó a la ventana, dándome la espalda. Yo me senté en el sofá y puse los pies en alto. El silencio se apoderó de la estancia.

—Qué ridícula es esta calle —dijo Blunt, de repente y, cruzando la estancia, se despidió de mí—: *A bientôt donc*. —Y se marchó.

Se había hecho un hueco en mi cabeza. En aquella época, yo no les comprendía ni a él ni a su madre, lo cual los hacía todavía más impresionantes, pero posteriormente descubrí que aquellas dos figuras no poseían ningún misterio que las hiciera memorables. Por supuesto, no conoce uno todos los días a una madre que viva de su ingenio ni a un hijo que viva de su espada, y sus personalidades ambiguas poseían cierto refinamiento que es muy raro encontrar dos veces en la vida. Nunca olvidaré aquel vestido gris que, pese a sus amplios faldones y a su largo corpiño, poseía un estilo infinito, ni los perfiles antiguos y casi espectrales, el encaje negro, el cabello plateado, los movimientos limitados, armoniosos, de aquellas manos blancas y suaves como las de una reina o una abadesa, y el efecto de frescura que en general desprendía su persona, con sus ojos brillantes como estrellas, moviéndose continuamente para mirarte y dejarte de mirar de un modo tranquilo y reposado, como si nada en el mundo tuviera derecho a esconderse de la que una vez fuera su soberana belleza. Con formalidad y una sonrisa, el capitán Blunt me presentó por mi nombre:

—El *monsieur* George de cuya fama, según me has dicho, hay noticias incluso en

París —añadió, con cierta relajación.

La actitud de la señora Blunt, su mirada, tonos, incluso la actitud de su admirable figura encorsetada, fue casi amistosa y rondó los límites, prácticamente, de la familiaridad. Por mi parte, tuve la sensación de que, en ella, estaba contemplando la concreción de un ideal. Una experiencia nada corriente, aunque eso me importase muy poco. Quizá tuviera suerte, porque, en cierto modo, yo era como esos enfermos que conservan toda su lucidez. Ni siquiera me pregunté qué demonios hacía yo allí.

—*Comme c'est romantique* —dijo ella, en general, quizá en referencia a aquel estudio polvoriento. Luego, señalando una silla que tenía a mano derecha e inclinándose ligeramente hacia mí, me dijo—: He oído ese nombre, murmurado por bonitos labios, en más de un salón realista.

No respondí a este comentario obsequioso. Por el contrario, se me ocurrió una idea extraña, que la señora Blunt no pudo poseer la figura que yo entonces veía, ni siquiera parecida, cuando tenía diecisiete años y lucía vestidos de muselina en la plantación de su familia en Carolina del Sur, antes de la abolición.

—Estoy segura de que no le importará que una vieja de corazón aún joven prefiera llamarlo por ese nombre —afirmó.

—Desde luego, *madame*. Será todavía más romántico —acepté yo, con una reverencia respetuosa.

—Sí, no hay nada como el romanticismo cuando uno es joven —dejó caer ella, sin alterarse—. Así pues, le llamaré «*monsieur George*» —dijo, e hizo una pausa—. Nunca creceré —añadió, con la misma naturalidad con la que se dice «Nunca aprenderé a nadar».

Por mi parte, tuve la presencia de ánimo suficiente para replicar, en el mismo tono:

—*C'est évident, madame*.

Lo era. No podía envejecer. Al otro lado de la mesa, su hijo de treinta años, ese que no podía dormir, se sentaba y escuchaba con cortés desapego y una finísima línea blanca que subrayaba su sedoso bigote negro.

—Sus servicios son muy apreciados —dijo, con la manera de darse importancia de una gran dama con cargo oficial, lo cual resultaba divertido—, inmensamente apreciados por personas que se encuentran en posición de comprender el gran significado del movimiento carlista en el sur. Y también hay que combatir el anarquismo. Yo, que he conocido la Comuna...

Therese entró con un plato y, durante el resto de la comida, aquella conversación que tan bien había comenzado derivó por las más terribles inanidades del orden religioso-realista-legitimista. Los oídos de todos los Borbones del mundo debieron de tronar. Al parecer, la señora Blunt conocía personalmente a muchos de ellos, pero la asombrosa insipidez de sus recuerdos me dejó atónito. De vez en cuando la miraba, pensando: ha visto la esclavitud, ha vivido la Comuna, conoce dos continentes, ha pasado por una guerra civil, por la gloria del Segundo Imperio, ha experimentado los

horrores de dos asedios, ha estado en contacto con figuras muy importantes, ha sido testigo de grandes acontecimientos, ha vivido de sus riquezas, de su personalidad, pero aquí está, con el plumaje inmaculado, tan reluciente como siempre, incapaz de envejecer, como una suerte de Ave Fénix libre de los más ligeros signos de polvo y cenizas, satisfecha entre tantas inanidades como si no hubiera existido nada más en el mundo. Con mi apremio juvenil, me pregunté cómo era posible que existiera un alma tan etérea.

Por fin, Therese puso una fuente de fruta sobre la mesa: una pequeña colección de naranjas, pasas y nueces. Sin duda, las había comprado muy baratas, porque su aspecto no era muy apetecible. De pronto, el capitán Blunt se puso en pie.

—Mi madre no soporta el humo del tabaco. ¿Le importa hacerle compañía, *mon cher*, mientras yo doy un paseo por ese ridículo jardín? El cupé del hotel no tardará en llegar.

Nos dejó con el blanco destello de una sonrisa de disculpa. Y reapareció casi de inmediato, visible de cuerpo entero a través de la cristalera del estudio, y comenzó a recorrer arriba y abajo el sendero central de aquel «ridículo jardín». Por su elegancia y su aire de buena crianza es el personaje más notable que haya conocido nunca. Ya no llevaba cazadora. *Madame* Blunt *mère* bajó los anteojos de patilla larga que había empleado para contemplar a su hijo con una expresión absorta y de aprecio que no tenía nada de maternal. Pero lo que me dijo fue:

—Comprenderá usted mi inquietud mientras se encuentra de campaña con el rey.

Lo dijo en francés y empleó la expresión «*mes transes*», pero por todo lo demás, por entonación, porte y solemnidad, podría haberse referido a uno de los Borbones. Estoy seguro de que ni uno sólo de ellos tenía un aspecto ni la mitad de aristocrático que su hijo.

—Lo comprendo perfectamente, *madame*. Pero lo cierto es que esa vida es muy romántica.

—Cientos de jóvenes pertenecientes a cierta esfera hacen lo mismo —dijo, con distinción—, pero su caso es distinto. Ellos tienen sus ocupaciones, una familia a la que volver. Para nosotros es diferente. Somos exiliados, salvo, por supuesto, por los ideales, el espíritu análogo, las amistades antiguas con que contamos en Francia. Si mi hijo saliera ileso, no tendría a nadie más que a mí y yo no tengo a nadie más que a él. He de pensar en su vida. El señor Mills (¡qué cabeza tan distinguida la suya!) me ha asegurado que mi hijo está bien de salud, pero duerme muy mal, ¿verdad?

Murmuré una respuesta afirmativa con un tono vacilante y ella replicó de forma extraña y no sin cierta crudeza.

—¡Es tan innecesaria esta preocupación! La infortunada posición de un exiliado tiene sus ventajas. A cierta altura de la escala social (la riqueza nada tiene que ver con ella, nosotros nos hemos arruinado por una causa muy justa), a cierta altura, uno puede despreocuparse de los prejuicios estrechos. Hay ejemplos en la aristocracia de todos los países. Un americano joven y caballeroso puede entregar su vida por un



ideal remoto que, sin embargo, puede formar parte de la tradición familiar. Pero un joven bien relacionado y de familia distinguida debe sentar la cabeza algún día, escoger la vida que ha de llevar.

—Sin duda, *madame* —dije yo, fijándome en el personaje, «*américain, catholique et gentilhomme*», que se paseaba por el jardín con un cigarro en la mano, con un cigarro que no fumaba—. En cuanto a mí, no sé nada de esas necesidades. Yo he roto para siempre con esas cosas.

—Sí, el señor Mills me lo contó. Tiene un corazón de oro. Siente una infinita simpatía por todo el mundo.

De repente, pensé en Mills pronunciándose sobre *madame* Blunt y lo imaginé diciendo, fueran cuales fuesen las palabras que a mí me había dirigido: «Vive de su ingenio». ¿Estaba ejercitando ese ingenio conmigo con algún propósito?

—En realidad, yo conozco muy poco a su hijo —declaré, con frialdad.

—Oh, *voyons* —protestó ella—. Sé que es usted mucho más joven, pero las semejanzas de opinión, de origen y quizá, en el fondo, ligeramente, de carácter, su devoción caballeresca; no, tiene usted que comprenderlo, al menos en cierta medida. Es infinitamente escrupuloso y valiente hasta la temeridad.

Escuché por deferencia hasta el final, pero con un hormigueo en todos los nervios de mi cuerpo. Era una respuesta hostil a la vibración Blunt, que, al parecer, también afectaba a mis cabellos.

—Estoy convencido, *madame*. Incluso he oído hablar de la valentía de su hijo. Es algo muy natural en un hombre que, según sus propias palabras, «vive de su espada».

Súbitamente, la señora Blunt abandonó su perfección casi inhumana, traicionada por sus «nervios» como un simple mortal. Por supuesto, sucedió muy levemente, pero en ella significaba algo más que una llama de furia ardiendo en una vasija de barro de poca calidad. Su pequeño pie, admirable y maravillosamente calzado en un zapato negro, golpeó el suelo con irritación. Ahora bien, incluso en este gesto había algo exquisitamente delicado. La misma cólera de su voz era argentina, por así decirlo, y muy cercana a la petulancia de una belleza de diecisiete años.

—¡Qué tontería! Un Blunt no vende sus servicios.

—Algunas familias principescas —dije yo— fueron fundadas por hombres que hicieron precisamente eso. Los grandes Condottieri, ya sabe.

Con un tono tempestuoso me hizo observar que no vivíamos en el siglo xv. Me dio a entender, con mucho temple, que aquello nada tenía que ver con la fundación de una familia. Su hijo estaba muy lejos de ser el primero en llevar su nombre. Su importancia, por el contrario, residía en ser el último de una estirpe que, según dijo, había perecido al completo, y añadió, con un tono de salón: «En nuestra Guerra Civil».

Había dominado su irritación y, a través de la cristalera, envió una sonrisa triste a su hijo. Pese a ello, advertí una cólera que todavía no se había extinguido en sus ojos llenos de fuego, bajo sus hermosas y blancas cejas. Porque se estaba haciendo vieja.

Oh, sí, se estaba haciendo vieja, y, secretamente, estaba cada vez más fatigada y, quizá, más desesperada.

### III

**S**in que me importase demasiado fui consciente de una súbita revelación. Me di cuenta de que aquellas dos personas habían estado toda la mañana discutiendo. Había descubierto el motivo secreto de que me hubieran invitado a comer. No les importaba afrontar la tensión de dejar inconclusa una discusión obstinada, tal vez por temor a que terminase en una pelea más seria. De manera que habían llegado a la conclusión de que lo mejor era llamarme y que yo ejerciera labores de distracción. No puedo decir que me molestase. No me importó. Tampoco mi perspicacia me satisfizo. Ojalá me hubieran dejado a solas, pero, en realidad, nada me importaba. Desde su posición de superioridad, debían de estar acostumbrados a utilizar a las personas sin el menor reparo. Y también por necesidad, especialmente en el caso de la señora Blunt. Vivía de su ingenio. El silencio se hizo tan espeso que tuve que alzar la mirada. Lo primero que observé fue que el capitán Blunt ya no estaba en el jardín. Debía de haber entrado. Se reuniría con nosotros al cabo de un momento. En cuanto lo hiciera, yo dejaría solos a la madre y al hijo.

A continuación, me percaté de que de la madre del último de su estirpe se había apoderado una gran afabilidad. Pero estos términos, «irritación», «afabilidad», se antojan exagerados cuando se aplican a aquella mujer. Es imposible dar idea del refinamiento y sutileza de todas sus transformaciones. Me sonrió ligeramente.

—Sin embargo, todo esto nada tiene que ver con lo que de verdad importa. Y lo que de verdad importa es que mi hijo, como todas las naturalezas sensibles, es una persona que padece extrañas contradicciones que las pruebas de la vida todavía no han conciliado. Conmigo sucede algo ligeramente distinto. Las pruebas cayeron sobre todo de mi lado, y, por descontado, he vivido más. Además, los hombres son mucho más complejos que las mujeres, y también mucho más difíciles. ¿Y usted, *monsieur* George? ¿Es usted complejo? ¿Oculta usted resistencias y dificultades inesperadas en su *être intime*, en su ser más íntimo? Me pregunto si...

La atmósfera Blunt parecía vibrar en toda mi piel. Un síntoma al que no presté importancia.

—*Madame* —dije—, jamás he intentado averiguar qué clase de persona soy.

—Ah, eso es un error. Todos debemos reflexionar acerca de qué tipo de personas somos. Por supuesto, todos somos pecadores. Mi John es un pecador como los demás —declaró la señora Blunt, con una especie de orgullosa ternura, como si el común de los mortales debiera sentirse honrado y hasta cierto punto purificado por esta condescendiente confesión—. Tal vez sea usted demasiado joven y todavía... Pero mi

John —se interrumpió, apoyando el codo en la mesa y la cabeza en su antebrazo, viejo, blanco y de una forma impecable, que emergía de una preciosa manga corta rematada con encaje y todavía más vieja—. El problema es que sufre de una profunda discordancia entre las necesarias reacciones a la vida y, si usted quiere, los impulsos de la naturaleza y el elevado idealismo de sus sentimientos, o, si me lo permite, de sus principios. Le aseguro que ni siquiera permitiría que su corazón hablase sin contradicciones.

Sin duda desconozco qué diablo en particular se ocupa de las asociaciones de la memoria y ni siquiera puedo imaginar qué sorpresa se habría llevado la señora Blunt de saber que, en esos momentos, las palabras que acababa de pronunciar habían despertado en mí la percepción visual de una doncella de secos modales, piel oscura y ojos empañados, esto es, de la incansable Rose, entregándome el sombrero al tiempo que murmuraba unas palabras enigmáticas: «*Madame* debería escuchar a su corazón». Una oleada de la atmósfera de otra casa se abatió sobre mí, fiera e incontenible, seductora y cruel, a través de la vibración Blunt, traspasándola como al papel e inundando mi corazón con dulces murmullos e imágenes que me distrajeran, hasta que pareció cesar, dejando en mi pecho una quietud vacía.

Después, durante largo rato, oí a *madame* Blunt *mère* hablar con mucha soltura y capté algunas palabras, pero, en la convulsión de mis sentimientos, no pude comprender su sentido. Aparentemente, hablaba de la vida en general, de sus dificultades morales y físicas, de sus sorprendentes giros, de sus inesperadas relaciones, de las selectas y raras personas que se mecen en ella a la deriva como en el mar; de la distinción que el arte y las letras le confieren —la nobleza y el consuelo están en la estética—, de los privilegios que otorgan a las personas y (éste fue el primer comentario que capté con coherencia) de que Mills coincidía con ella en una opinión general, la de la valía íntima de las personas, y en un ejemplo en concreto, con el cual ella le había abierto su corazón. Mills poseía una mente universal. Su compasión también era universal. Tenía esa enorme capacidad de comprensión —oh, cínica no, en absoluto cínica, en realidad, muy tierna— que alcanza la perfección tan sólo en unos pocos, muy pocos, ingleses. También Mills, esa criatura tan querida, era un romántico. Por supuesto, era muy reservado, pero ella le comprendía perfectamente. Y, al parecer, me tenía gran simpatía.

Llegó el momento. Yo estaba obligado a decir algo. Había una actitud desafiante en los sosegados ojos negros que se clavaban en mí. Murmuré que me alegraba saberlo. La señora Blunt esperó un poco antes de decir, con mucha intención:

—El señor Mills está un poco preocupado por usted.

—Es muy amable de su parte —dije, y sinceramente pensaba que era muy amable de su parte, aunque, pese a lo embotado de mi cerebro, me pregunté qué motivos tenía para estar preocupado. No sé por qué, pero no se me ocurrió preguntárselo a la señora Blunt. Si esperaba que lo hiciera o no tampoco lo sé, pero al cabo de unos momentos cambió de postura, después de un largo rato en ella, y cruzó sus brazos

blancos y maravillosamente conservados. Componía una imagen perfecta en plata y gris, con detalles en negro aquí y allá. Aunque yo, sumido en mi sorda desgracia, no dije nada. Esperó un poco más y me sacó de mi embotamiento con un estruendo. Fue como si la casa se derrumbara.

—Creo que, debido a sus comunes esfuerzos por la causa, *madame* de Lastaola le recibe a usted en términos muy amistosos. Son ustedes muy buenos amigos, ¿no es así?

—Se refiere usted a Rita —dije, como un estúpido. Y lo cierto es que me sentía como un estúpido, como un hombre que recibe otro golpe en la cabeza nada más incorporarse.

—Oh, Rita —repitió la señora Blunt con inesperada acritud, lo dial hizo que me sintiera culpable de una increíble ruptura de las buenas maneras—. Hum, Rita... Así pues, llamémosla Rita... por ahora. Aunque lo cierto es que no comprendo por qué, al hablar de ella, hemos de privarla de su nombre. A no ser que una intimidad muy especial...

Estaba visiblemente molesta.

—Ése no es su nombre —dije, de mala gana.

—Es el nombre que ha elegido, según entiendo, lo cual se me antoja el mejor título de reconocimiento por parte del mundo. ¿No se le había ocurrido? En fin, yo tengo la impresión de que la voluntad tiene más derecho al respeto que la herencia o la ley. Además, *madame* de Lastaola —prosiguió con un tono insinuante—, esa joven singular y fascinante, está, y un amigo como usted no podrá negarlo, por completo al margen de la legalidad. Incluso en eso es una criatura excepcional. Porque estará de acuerdo en que es excepcional.

Yo me había quedado sin habla. Tan sólo podía mirarla.

—Ah, ya veo, está de acuerdo. Ningún amigo suyo podría negarlo.

—*Madame* —estallé—, no sé qué tiene que ver la amistad con todo esto, con una persona a la que usted misma califica de excepcional. En realidad, no sé si me considera un amigo o no. Por supuesto, nuestra relación es muy estrecha y confidencial. ¿También de eso se habla en París?

—En absoluto, ni mucho menos —dijo la señora Blunt, tranquila, serena, aunque sus chispeantes ojos me tenían preso de un furioso sometimiento—. No se habla de nada parecido. Las referencias a *madame* de Lastaola son de un tono muy distinto, se lo aseguro, gracias a que tiene la discreción de permanecer aquí y, he de añadir, a los esfuerzos igualmente discretos de sus amigos. Debe usted saber que yo también soy amiga de *madame* de Lastaola. Oh, no, jamás he hablado con ella y creo que tan sólo la he visto dos veces. Pero he de admitir que le he escrito. Ella, o más bien su imagen, ha entrado a formar parte de mi vida, de esa parte en la que el arte y las letras reinan de modo absoluto como una suerte de religión de la belleza a la cual he sido fiel a lo largo de todas las vicisitudes de mi existencia. Sí, le escribí y he pensado mucho en ella. Todo surgió a raíz de un cuadro, de dos cuadros, y también de una frase dicha

por un hombre que en la ciencia de la vida y en la percepción de la verdad estética no tenía rival en el mundo de la cultura. Ese hombre dijo que en ella había algo de las mujeres de todas las épocas. Supongo que se refería a la herencia de todos los dones que constituyen una fascinación irresistible, una gran personalidad. Mujeres así no nacen a menudo. La mayoría de ellas carecen de oportunidades. Jamás se desarrollan. Su final suele ser oscuro. Aquí y allá alguna sobrevive y deja huella, incluso en la historia... Pero ni siquiera ése es un destino demasiado envidiable. Están en el extremo opuesto de las llamadas mujeres peligrosas, que no son más que unas coquetas. Una coqueta tiene que labrarse su éxito, a las otras les basta con existir. ¿Advierte usted la diferencia?

Advertía su punto de vista, sí. Me dije que nada en el mundo podía ser más aristocrático. Tenía ante mí a una mujer que había poseído esclavos, que jamás había trabajado, ni siquiera cuando se había visto reducida a vivir de su ingenio. Era una anciana maravillosa. Me dejaba sin habla. Me tenía fascinado con su actitud, tan distinguida, y había algo sublime y distante en su aire de sabiduría.

Me limité a admirarla como si no fuera más que un simple esclavo de la estética: su gracia perfecta, la asombrosa elegancia de su venerable cabeza, el fluir confiado, sereno, de su regia —en efecto, regia— voz... Pero ¿de qué estaba hablando ahora? Había abandonado sus consideraciones sobre las mujeres fatales. Volvía a hablar de su hijo. Mi interés se convirtió en mera amargura y en desdeñosa atención. Puesto que era incapaz de seguir el hilo de lo que estaba diciendo, intenté que siguiera hablando. Educado en el colegio más aristocrático de París... a los dieciocho años... llamado a filas... con el general Lee hasta el último y cruel minuto... después de la catástrofe, del fin del mundo, regreso a Francia, a las viejas amistades, a la amabilidad infinita, pero a una vida hueca sin ocupaciones... Y entonces 1870 y la caballerosa respuesta a la llamada del país de adopción. Luego de nuevo el vacío, la frustración de un espíritu orgulloso pero sin objetivo y maniatado no por la pobreza, sino por la falta de fortuna. Y ella, la madre, obligada a ser testigo de cómo se echaba a perder un hombre de talento, de naturaleza extraordinariamente caballerosa, pero prácticamente sin futuro.

—Usted me comprende bien, *monsieur* George. ¡Un hombre como él! No depara el destino crueldad más refinada. No sabría decirle cuándo he sufrido más, si durante la guerra o, ahora, en tiempos de paz. ¿Comprende?

Incliné la cabeza en silencio. No podía entender por qué el capitán tardaba tanto en regresar. A no ser que estuviera harto de su madre. Pensé, sin mayor resentimiento, que me estaba tratando de un modo muy injusto, pero se me ocurrió que la causa de su ausencia podía ser muy simple. Para entonces yo estaba lo suficientemente familiarizado con sus costumbres para saber que solía arrebatarme al día una hora o más de sueño. El capitán había subido para tumbarse en su cama.

—Le admiro demasiado —decía la señora Blunt con un tono nada maternal—. Su distinción, sus escrúpulos, la grave calidez de su corazón. Le conozco bien. Le

aseguro que jamás me habría atrevido a sugerir —prosiguió con una extraordinaria altivez y un tono elevado que consiguieron captar toda mi atención—, que jamás me habría atrevido a manifestarle mi punto de vista sobre los extraordinarios méritos y el destino incierto de la exquisita mujer de la que estamos hablando de no haber estado segura de que, admito que en parte por mi culpa, se sentía atraído por ella y su... su... su corazón se había visto comprometido.

Fue como un jarro de agua fría. Con un escalofrío desperté a la aguda percepción de mis propios sentimientos y del increíble propósito de aquella aristócrata. De qué modo había sembrado, cultivado y dejado madurar aquel terreno exclusivo resultaba inconcebible. Aquella mujer llevaba mucho tiempo incitando a su hijo a que acometiera una maravillosa empresa de salvación que consistía en la anexión de la heredera de Henry Allègre, de la mujer y de la fortuna.

Mis ojos debieron de mostrar una perpleja incredulidad ante la que los de la señora Blunt respondieron sin parpadear y con un brillo negro que, de pronto, pareció adoptar un matiz abrasador, hasta el extremo de que, súbitamente, sentí una sed extraordinaria. Durante unos momentos, mi lengua se quedó literalmente adherida al paladar. Quizá se tratase de una ilusión, pero me pareció que la señora Blunt asentía por dos veces, como diciendo: «Ha acertado usted, así es». Hice esfuerzos por hablar, pero no fueron suficientes. Que me oyera se debió, seguramente, a que estaba al acecho de cualquier sonido, por débil que fuera.

—Su corazón se ha visto comprometido. Lo mismo les habrá sucedido a otros doscientos o a otros dos mil —mascullé.

—Este caso es muy distinto. Y no creo que eso suponga un menosprecio para ninguna mujer. Por supuesto, hasta cierto punto su gran fortuna la protege.

—¿De verdad? —balbucí, y dudo que esta vez me oyera. A mis ojos había adquirido un aspecto muy distinto. Tras revelar su propósito, su distinguida naturalidad me pareció siniestra; su aristocrático sosiego, una pérfida estratagema; su venerable gracia, una máscara de ilimitado desprecio por todos los seres humanos, fueran quienes fuesen. Era una anciana terrible, con aquellas cejas blancas, rectas y rapaces. ¡Qué ciego había estado! Tendrían que haber bastado aquellas cejas para revelarla tal como era. Y sin embargo, adquirieron la misma hermosura suave de su voz cuando dijo:

—Naturalmente, esa protección es sólo parcial. Existe el peligro de su propia personalidad. Pobre niña, necesita orientación.

Me sorprendió la vileza de mi propia voz, pero sólo era fingida.

—Hasta ahora no creo que lo haya hecho tan mal —me obligué a decir—. Supongo que sabe que empezó cuidando cabras.

En el curso de aquella frase advertí que la señora Blunt se estremecía ligeramente. Oh, sí, se estremeció. Aunque, en cuanto concluí la frase, sonrió sin dificultad.

—No, no lo sabía. ¡De modo que le ha contado su vida! Vaya, en fin, supongo que son ustedes muy buenos amigos. Pastora... ¿de verdad? Creo que en el cuento la

muchacha que se casa con el príncipe es... ¿qué es?, una *gardeuse d'oies*<sup>[34]</sup>. Menudo detalle para sacar contra una mujer. A algunas pronto empezarán por reprocharles que vengan desnudas al mundo. Todas vienen desnudas al mundo, ¿sabe? Y luego, en su mayoría, se convierten, algo que usted, *monsieur* George, descubrirá cuando viva algo más, en criaturas fútiles, sin ningún sentido de la verdad ni de la belleza, esclavas de un modo u otro o muñecas a las que hay que vestir. En una palabra... se convierten en unas ordinarias.

Dijo todo esto sin renunciar a sus maneras tranquilas, pero con inmenso desprecio. Daba la impresión de querer condenar a todos aquellos que no habían nacido dentro del círculo de los Blunt. Era la perfecta demostración del orgullo de la aristocracia republicana, que no conoce límites ni gradaciones, y que, como si hubiera sido creada por la gracia de Dios, cree que ennoblece todo lo que toca: personas, ideas e incluso modas pasajeras.

—¿Cuántas de ellas, como le ha sucedido a esta mujer encantadora —insistió la señora Blunt—, han tenido la fortuna, han dispuesto de tiempo para desarrollar su inteligencia y su belleza en condiciones estéticas? Ni siquiera una entre un millón. Tal vez, ni siquiera una en una época.

—La heredera de Henry Allègre —murmuré.

—Precisamente. Pero John no se casaría con la heredera de Henry Allègre.

Era la primera vez que la franqueza, la claridad, se introducía en la conversación. Me sentí enfermo, presa de una suerte de colérica debilidad.

—No —dije—, en ese caso lo haría con *madame* de Lastaola.

—*Madame* la condesa de Lastaola. Lo será en cuanto lo desee y después de la victoria en esta guerra.

—¿Cree usted en la victoria?

—¿Y usted?

—Ni por un momento —declaré, y me sorprendió ver que la complacía.

Era aristócrata hasta la punta del cabello; en el fondo nadie le importaba. Había sobrevivido al Imperio, había experimentado un asedio, había vivido la Comuna de primera mano, sin duda, había sido testigo de qué son capaces los hombres en la persecución de sus deseos y en el extremo de su aflicción, por amor, por dinero e incluso por honor; y en su precario vínculo con las más altas esferas, había mantenido indemne su propia honorabilidad al tiempo que se había desprendido de todos sus prejuicios. Estaba por encima de todo eso. Es posible que «el mundo» fuera lo único que pudiera ofrecerle algún ligero obstáculo; pero cuando me atreví a insinuar la impresión que podría ofrecer un enlace así, me miró por un momento con visible sorpresa.

—Mi querido *monsieur* George, llevo toda mi vida en el gran mundo. Es lo mejor que existe, pero sólo porque, en realidad, no existe ningún mundo meramente decente en ninguna parte. Aceptaré cualquier cosa, perdonaré cualquier cosa, olvidaré cualquier cosa al cabo de unos pocos días. Después de todo, ¿con quién se casará mi

hijo? Con una mujer encantadora, lista, rica y singular en todo. ¿Qué sabe el mundo de ella? Nada. Lo poco que ha visto de ella ha sido en el Bois, durante unas pocas horas todos los años, montando a caballo junto a un hombre único por su distinción y de gustos exclusivos, dedicado al culto de las manifestaciones estéticas, un hombre de quien, en cuanto a aspecto, maneras y comportamiento, ella podía ser su hija. Yo la vi. Me acerqué ex profeso. Me quedé de piedra. Incluso me conmoví. En efecto. Podía serlo, salvo por ese algo radiante que la hacía tan distinta de todas las demás hijas de los hombres. Las pocas personalidades verdaderamente notables que cuentan en la sociedad y que eran admitidas en el Pabellón de Henry Allègre la trataban con puntillosa reserva. Lo sé, he hecho mis averiguaciones. Sé que se sentaba entre esas personas como si fuera una niña prodigio, pero, en realidad, ¿qué podían decir de ella? ¿Que cuando se vio abandonada a su suerte por la muerte de Henry Allègre cometió un error? Opino que a toda mujer debería permitírsele un error en la vida. Lo peor que pueden decir de ella es que descubrió ese error, que despachó a ese hombre enamorado en cuanto se dio cuenta de que su amor no merecía la pena, que le dijo que se fuera y que buscara su corona y que, después de despedirse de él, ha seguido siendo generosamente fiel a su causa, en la que ha comprometido su persona y su fortuna. Y todo ello, si me lo permite, es bastante poco corriente.

—La describe como si fuera un personaje imponente —murmuré, agachando la mirada.

—¿Y no lo es? —exclamó la aristocrática señora Blunt con una ingenuidad casi juvenil y en aquellos ojos negros que me miraban con tanta calma hubo un destello de la belleza del sur, todavía cándida y romántica, como si la experiencia no hubiera dejado huella—. No creo que en toda su encantadora persona haya un solo gramo de vulgaridad. Tampoco lo hay en mi hijo. Supongo que no negará que no es una persona corriente —dijo, e hizo una pausa.

—En absoluto —dije con un tono perfectamente convencional. Estaba dispuesto a hacer todo lo posible para que no descubriera eso que en mi naturaleza había de corriente y humano. Sopesó mi respuesta y quedó satisfecha.

—No pueden dejar de entenderse en el más alto nivel de las percepciones idealistas. ¿Imagina usted a mi John en algún salón viejo y acartonado y echado a perder con algún ganso blanco enamorado? Una mujer de ese tipo ni siquiera comprendería qué siente ni qué necesita.

—Sí —dije yo, impenetrable—, no resulta fácil comprenderle.

—Tengo motivos para pensar —dijo ella reprimiendo una sonrisa— que tiene cierto poder sobre las mujeres. Por supuesto, no estoy al corriente de su vida íntima, pero me han llegado un par de cosas, así, por el aire, y no creo que encuentre en esos pagos mayor resistencia que en otros lugares. Claro que me gustaría saber hasta qué extremos llega esa resistencia.

No quise dar importancia a una molesta tendencia al vértigo que me afectaba desde hacía poco y me esforcé por hablar con la mayor precisión.



—¿Puedo preguntarle, *madame*, por qué me cuenta todo esto?

—Por dos motivos —condescendió la señora Blunt graciosamente—. En primer lugar, porque el señor Mills me dijo que era usted mucho más maduro de lo que cabría esperar. En realidad, parece usted mucho más joven de lo que esperaba.

—*Madame* —la interrumpí—, es posible que yo tenga cierta capacidad para la acción y para la responsabilidad, pero en lo que respecta a las regiones a las que me ha llevado esta conversación inesperada soy un absoluto novicio. Quedan fuera de mi interés. No tengo experiencia.

—Oh, no se finja tan incapaz —dijo la señora Blunt con tono de belleza mimada—. Tiene usted sus intuiciones. En el peor de los casos, tiene usted un par de ojos. Pasa usted mucho tiempo allí, así que lo comprendo. Sin duda, sabrá usted en qué momento se encuentran...

Volví a interrumpirla, y esta vez con acritud, aunque siempre con un tono de educado interés.

—¿La considera usted una mujer fácil, *madame*?

Pareció ofenderse.

—La considero una mujer muy puntillosa. Es a mi hijo a quien se pone en duda.

Comprendí en ese momento que, para la señora Blunt, su hijo era irresistible. Por mi parte, empezaba a pensar que me sería imposible esperar allí sentado el regreso del capitán. Me lo imaginaba echado sobre su cama, vestido, dormido como un tronco. Y no había duda de que su madre me retenía con un interés retorcido y perverso. Por dos veces había abierto la puerta Therese para asomar su cabecita y retirarla, como una tortuga. Pero hacía rato que yo no tenía ya la sensación de que la señora Blunt y yo nos encontrábamos a solas en el estudio. Había visto al maniquí que ya conocía en su rincón, aunque ahora estaba en el suelo, como si Therese le hubiera dado un escobazo de rabia por ser un ídolo pagano. Yacía allí postrado, manco, sin cabeza, patético como la víctima destrozada de un crimen.

—John también es puntilloso —prosiguió la señora Blunt—. Por supuesto, no suponga usted que hay nada vulgar en la resistencia que ofrece a un sentimiento verdaderamente auténtico. Hay que comprender su psicología. No puede dejarse en paz. Es exquisitamente absurdo.

Reconocí la frase. Madre e hijo hablaban el uno del otro en términos idénticos. Aunque, es posible que, en el seno de su familia, «exquisitamente absurdo» fuera una frase hecha. En las familias abundan este tipo de dichos y, normalmente, hay mucha verdad en ellos. Es posible que aquella anciana fuera sencillamente absurda.

—Esta mañana —continuó la señora Blunt— hemos tenido una discusión muy dolorosa. Se ha enfadado conmigo porque le he sugerido algo que desea con todo su ser. No me siento culpable. Es él quien se atormenta con sus infinitos escrúpulos.

—Ah, el dinero —dije, mirando el maniquí destrozado como si fuera la maqueta de un atroz asesinato—. Pero podemos dejar aparte esa cuestión.

—¡Tonterías! ¿Cómo es eso posible? No está metido en una maleta, no se puede

tirar al mar. Además, ella no tiene la culpa. Me asombra que haya pensado usted en esa vulgar hipocresía. No, no es su dinero el que frena a mi hijo, es algo mucho más sutil. No tanto la historia de esa mujer como su posición. Mi hijo es absurdo. No se trata de lo que le haya sucedido a esa mujer en la vida, es su libertad lo que a él le atormenta; y, en mi opinión, también a ella le atormenta su propia libertad.

Reprimí un gruñido y me dije que tenía que salir de allí.

Pero la señora Blunt estaba lanzada.

—Pese a su superioridad es un hombre de mundo y comparte hasta cierto punto las opiniones que en estos momentos circulan por ahí. No tiene ningún poder sobre ella. Al contrario, esa mujer le da miedo. Ojalá no la hubiera conocido, se dice a sí mismo. Esta mañana me ha mirado una o dos veces como si odiase a su anciana madre. No tengo la menor duda de ello, *monsieur* George, la ama. Ese pobre, infortunado y perfecto *homme du monde* la ama.

El silencio se prolongó durante un rato. Luego, oí un murmullo:

—Es una materia profundamente delicada entre dos seres tan sensibles, tan orgullosos. Es necesario gestionarla.

De pronto, me vi de pie y diciendo, con cortesía extrema, que me veía obligado a pedirle permiso para dejarla sola, tenía un compromiso. Ella se limitó a indicarme con un gesto que volviera a tomar asiento, y yo volví a sentarme.

—Ya le he dicho que quería pedirle algo —dijo—. Según tengo entendido gracias al señor Mills, ha estado usted en las Indias Occidentales, tiene allí ciertos intereses.

Me quedé atónito.

—¿Intereses? Ciertamente, he estado allí —dije—, pero...

Ella me interrumpió.

—En ese caso, por qué no vuelve por allí. Le hablo con toda franqueza porque...

—Pero, *madame*, aunque tuviera intereses en otro lugar, estoy comprometido en ese asunto con doña Rita. No le hablaré de la importancia de mi tarea. Yo no lo sospechaba, al contrario, ha sido usted quien me ha dado noticias, de modo que no es necesario que yo le diga nada.

Nos habíamos enfrascado en una discusión abierta.

—Pero, al final, ¿de qué le valdrá? Tiene usted toda la vida por delante, llena de planes, de proyectos, tal vez de sueños. Se trata de su propia vida. ¿Y lo va a sacrificar todo por... el Pretendiente, por una simple figura de primera página de los periódicos ilustrados?

—Jamás he pensado en él —respondí, con crudeza—, pero supongo que los sentimientos, intuiciones, llámelos como quiera, de doña Rita... o tan sólo su caballerosa fidelidad a su error...

—La presencia de doña Rita en esta ciudad, el hecho de que se haya apartado de las posibles complicaciones de su vida en París, ha tenido un efecto excelente en mi hijo. Simplifica infinitas dificultades morales y materiales. Supone una extraordinaria ventaja para su dignidad, para su futuro y para su paz de espíritu. Pero, por supuesto,

estoy pensando sobre todo en mi hijo. Es muy exigente.

Me oprimía la angustia.

—Así pues, yo tengo que dejarlo todo y desaparecer —dijo, volviendo a ponerme en pie. Esta vez, la señora Blunt también se levantó, altiva e inflexible, pero no se despidió de mí todavía.

—Sí —dijo, marcando las palabras—, todo esto, mi querido *monsieur* George, es un accidente. ¿Qué tiene usted que hacer aquí? Me da usted la impresión de ser alguien capaz de encontrar aventuras allí donde va, aventuras tan interesantes y tal vez menos peligrosas que ésta.

Pretendió restar importancia a la palabra «peligrosa», pero yo la recogí.

—Si me lo permite, *madame*, ¿qué sabe usted de los peligros que conlleva mi tarea? —pregunté, pero ella no quiso escucharme.

—Además, también usted tiene sus sentimientos caballerosos —prosiguió, incansable, tranquila, directa—. Usted no es absurdo, pero mi hijo sí lo es. Si él pudiera, la encerraría en un convento por un tiempo.

—No es el único —mascullé.

—¿De verdad? —dijo, perpleja, y añadió, en un tono más bajo—: Sí. Esa mujer debe de ser el centro de todo tipo de pasiones —reflexionó en voz alta—. Pero ¿qué tiene usted que ver con todo esto? No, no tiene nada que ver con usted.

Esperó a que yo hablara.

—Precisamente, *madame* —repuse—, por tanto, no comprendo por qué debe preocuparme este asunto.

—No —asintió la señora Blunt con aire fatigado—, salvo que se pregunte usted qué tiene de bueno atormentar a un hombre de buenos sentimientos, por absurdo que sea. Su caliente sangre sureña le hace a veces muy violento. Temo...

Y entonces, por primera vez en el curso de aquella conversación, por primera vez desde que dejé a doña Rita el día anterior, por primera vez me reí.

—¿Insinúa, *madame*, que los caballeros del sur son infalibles? Es algo que sé... por las novelas.

Dije esto mirándola directamente a los ojos, y conseguí que aquella anciana exquisita y aristocrática parpadease ante mi franqueza. Sobre sus ancianas y delicadas mejillas apareció un leve sonrojo, pero no movió ni un solo músculo de la cara. Me despedí de ella con una respetuosa reverencia y salí del estudio.

## IV

**A**través de la gran ventana rematada en arco del vestíbulo vi el cupé del hotel, que esperaba a la puerta. Al cruzar la puerta de la habitación central (en principio estaba destinada a cuarto de estar, pero Blunt tenía allí su cama), llamé con el puño.

—He de irme. El coche de su madre está en la puerta —dijo, elevando la voz.

No pensaba que el capitán estuviera dormido. En aquellos momentos creía que Blunt sabía de antemano el tema de la conversación que acababa de tener con su madre y, si era así, no quería darle la impresión de que me marchaba para eludirle. Pero no me detuve, en realidad, no deseaba verlo, y antes de que pudiera responder yo estaba ya a mitad de camino de mi habitación, en las escaleras, que subí corriendo sin hacer ruido, sobre la mullida alfombra que cubría también el rellano. Al abrir la puerta de mi cuarto de estar, me sobresalté al ver que una persona observaba la calle desde la ventana, medio escondida por las cortinas. Era una mujer. Una mujer completamente inesperada. Una completa desconocida. Se apartó de la ventana rápidamente y se acercó a mí. Un velo cubría su rostro y llevaba un traje de paseo oscuro y un sombrero muy sencillo.

—Supuse que *monsieur* estaba en casa —dijo, en un susurro, y levantó una mano enguantada para quitarse el velo. Era Rose, y me dio un gran susto. Hasta ese momento yo sólo la había visto con su pequeño delantal de seda negra y un gorrito con cintas. Aquel traje de paseo se me antojó un disfraz.

—¿Qué le ha pasado a *madame*? —pregunté con inquietud.

—Nada, he traído una carta —murmuró, y vi aparecer entre los dedos de su mano extendida un sobre muy blanco que rasgué con impaciencia. La carta constaba tan sólo de unas pocas líneas y comenzaba bruscamente: «Si ha partido usted hacia el mar, no puedo perdonarle que no me haya enviado su nota de costumbre en el último momento. Si no se ha ido, ¿por qué no viene? Me dejó llorando, a mí, que no había llorado en muchos años, y no tiene el juicio de volver al cabo de una hora, ¡o de veinte horas! Esa conducta es de idiotas». La carta concluía con una alargada firma formada por las cuatro letras mágicas.

Mientras metía la carta en mi bolsillo, la chica dijo, bajando la voz y con mucha seriedad:

—No me gusta dejar sola a *madame* por mucho tiempo.

—¿Cuánto tiempo llevas en mi habitación? —pregunté.

—Se me ha hecho muy largo. Espero que a *monsieur* no le importe que me haya tomado la libertad. Estuve esperando un rato en el vestíbulo, pero entonces se me ocurrió que podían verme. En realidad, *madame* me dijo que no me dejara ver si podía evitarlo.

—¿Y por qué te ha dicho eso?

—Yo misma me tomé la libertad de sugerírselo. Podría haber dado una impresión falsa. *Madame* es franca y abierta como el día, pero eso es algo que no todo el mundo entiende. Hay personas que lo interpretan mal todo. La hermana de *madame* me ha dicho que *monsieur* había salido.

—Y tú no la has creído.

—*Non, monsieur*. Estuve viviendo con la hermana de *madame* casi una semana, cuando llegó a esta casa. Quería que le dejase el mensaje, pero yo le dije que

esperaría un poco y me senté en la silla grande del portero que hay en el vestíbulo. Al cabo de un rato, después de ver que todo estaba muy tranquilo, subí sin que nadie se diera cuenta. Conozco la casa. Supongo que la hermana de *madame* habrá imaginado que me cansé de esperar y me marché.

—Y desde entonces te has entretenido mirando la calle.

—La espera se me hacía larga —replicó Rose de forma evasiva—. Ha llegado un cupé vacío hace cosa de una hora y todavía sigue esperando —añadió, mirándome inquisitivamente—. Es extraño.

—En la casa se alojan unas bailarinas —dije yo, despreocupadamente—. ¿Has dejado sola a *madame*?

—En la casa están también el jardinero y su esposa.

—Pero están siempre en la parte de atrás. ¿Está sola *madame*? Es lo que quiero saber.

—*Monsieur* se olvida de que he estado fuera tres horas, pero le aseguro a *monsieur* que aquí, en esta ciudad, *madame* está completamente segura aunque esté sola.

—¿Es que no lo está en otros lugares? Es la primera noticia que tengo.

—En nuestras habitaciones del hotel de París también está bien, pero, por ejemplo, en el Pabellón, no dejaría a solas a *madame* ni tan siquiera media hora.

—¿Qué ocurre en el Pabellón? —pregunté.

—Es una especie de sensación que tengo —murmuró Rose de mala gana—. ¡Oh! El cupé se marcha.

Hizo intención de acercarse a la ventana, pero se detuvo. Yo no me había movido. El golpeteo de las ruedas sobre la calzada adoquinada se apagó casi de inmediato.

—En fin, ¿y *monsieur*? ¿Escribirá una respuesta? —sugirió Rose tras un breve silencio.

—No merece la pena —dije yo—. Llegaré poco después que tú. Entretanto, por favor, dile a *madame* que no estoy precisamente impaciente por ver más lágrimas. Dile tan sólo eso, ¿comprendes? Prefiero correr el riesgo de que no me reciba.

Rose agachó la mirada.

—*Oui, monsieur* —dijo, y, a sugerencia mía, esperó, con la puerta entrecerrada de la habitación, a que yo bajase a comprobar que tenía vía libre.

La casa parecía sorda y muda. El vestíbulo de suelo ajedrezado estaba vacío y todo estaba en calma. Sin duda, el propio Blunt se había marchado junto a su madre en el cupé; en cuanto a los demás, esto es, a las bailarinas, a Therese o a cualesquiera otros que pudieran encontrarse en el seno de aquellas cuatro paredes, bien podrían estar matándose unos a otros con la completa seguridad de que la casa no les traicionaría desvelando sus indecorosos murmullos. Emití un silbido grave que, en aquella atmósfera tan particular, no pareció resonar más allá de un metro de mis propios labios. Pese a ello, apareció Rose, bajando las escaleras atropelladamente.

—Coge un fiacre —le susurré.

Tras responderme con un asentimiento de cabeza, Rose salió a la calle. Yo cerré la puerta de inmediato.

La vi poco después, cuando me abrió la puerta de la casa del Prado, con la cofia y su pequeño delantal negro de seda, y su marcada personalidad de siempre, que tan bien había ocultado su insípido traje de paseo.

—He trasladado el mensaje a *madame* —dijo con su voz contenida, abriendo mucho la puerta—. *Voilà monsieur* —anunció tras librarme de mi sombrero y de mi abrigo, y se marchó a toda prisa.

En cuanto aparecí, doña Rita, que estaba sentada sobre el sofá, se pasó la punta de los dedos por los ojos y, levantando las manos con las palmas abiertas a ambos lados de la cabeza, me gritó, desde el otro extremo de la estancia:

—Ha llegado la estación seca.

Me fijé en las puntas rosadas de sus dedos someramente y retrocedí. Ella bajó las manos con negligencia, como si ya no pudieran valerle de nada, y puso expresión seria.

—Eso parece —dije, tras sentarme frente a ella—. Quisiera saber cuánto tiempo durará.

—Años y más años. Es todo tan desalentador. Primero, sale usted huyendo de mis lágrimas, a continuación, me envía un mensaje de lo más impertinente y luego, cuando por fin viene, finge comportarse con el mayor respeto, pero no sabe cómo hacerlo. Debería usted sentarse mucho más al borde del sillón, muy erguido, y no ocultar que no sabe qué hacer con las manos.

Todo esto con una voz fascinante y con un tono burlón que parecía agitarse bajo la sobria superficie de sus pensamientos. Luego, al ver que yo no abría la boca, modificó el tono ligeramente.

—*Amigo George* —dijo—, me he tomado la molestia de enviar a buscarle y aquí estoy, ante usted, hablándole y usted no dice nada.

—¿Y qué voy a decir?

—¿Y yo cómo voy a saberlo? Puede usted decir un millar de cosas. Podría, por ejemplo, decirme que sintió mucho mis lágrimas.

—U otro millar de mentiras semejantes. ¿Qué sé yo de sus lágrimas? No soy un idiota susceptible. Todo depende de la causa. También se llora de felicidad, también se llora cuando se pelan cebollas.

—Oh, es verdad, usted no es susceptible —me espetó doña Rita—, pero sí es idiota.

—¿Para esto me ha escrito usted pidiéndome que viniera? —pregunté con cierta animación.

—Sí. Y si tuviera usted tanto sentido común como aquel papagayo que tuve hace algún tiempo habría leído usted entre líneas que yo sólo quería que viniera para decirle lo que pienso de usted.

—Pues dígame lo que piensa de mí.

—Lo haría en un momento si fuera la mitad de impertinente que usted.

—Qué inesperada modestia —dije.

—Éstos, supongo, son los modales que estila usted en el mar.

—En el mar no le toleraría a nadie ni la mitad de tonterías. ¿No se acuerda de que fue usted quien me dijo que me fuese? ¿Qué iba a hacer yo?

—Qué estúpido es usted. Y no quiero decir que esté fingiendo ser estúpido, quiero decir que es estúpido. ¿Comprende lo que le digo? Voy a deletreárselo: e-s-t-ú-p-i-d-o. Ah, ya me siento mejor. Oh, *amigo* George, mi querido compañero de conspiración a favor del rey... el rey. ¡Y qué rey! *Vive le Roi!* Venga, ¿por qué no grita conmigo *Vive le Roi!*?

—No soy su papagayo.

—No, él nunca se enfadaba. Era un pájaro encantador y bien educado, acostumbrado a la mejor sociedad. Mientras que supongo que usted no es más que un vagabundo sin corazón. Como yo.

—Podría decir eso, en efecto, pero no creo que nadie haya tenido la insolencia de decírselo a la cara.

—Bueno, han estado a punto, o esa intención tenían. Yo no soy estúpida. A mí no es necesario que me deletreen palabras sencillas. Sucedió, simplemente. Don Juan se debatió desesperadamente por no desvelar la verdad. Fue patético, pero no pudo evitarlo. Él sí parecía un papagayo.

—De la mejor sociedad —sugerí.

—Sí, el más honorable de los papagayos. No me gusta lo que dicen esos papagayos, es muy extraño. Estoy segura de que, de haber vivido en la Edad Media, habría creído que detrás de los pájaros parlantes se oculta el diablo. También estoy segura de que es eso lo que Therese cree. ¡Therese, mi propia hermana! Se santiguaría varias veces, muerta de miedo.

—Pero usted no se ha muerto de miedo —dije—. ¿Puedo preguntarle cuándo ha tenido lugar esa conversación tan interesante?

—Ayer, precisamente ayer, justo antes de que usted entrase con cajas destempladas. Sentí lástima por él.

—¿Por qué me cuenta todo esto? Me di cuenta, no pude evitarlo. Qué pena no haber traído un paraguas.

—¡Esas lágrimas que no me perdona! ¡Ah, qué alma tan simple! ¿No se da cuenta de que las personas sólo lloran por ellas mismas?... Y dígame, *amigo* George, ¿qué hacemos en este mundo?

—¿Qué hacemos quiénes? ¿Todos? ¿Todo el mundo?

—No, sólo las personas como usted y como yo, las personas sencillas, en este mundo devorado por charlatanes de toda suerte hasta el extremo de que incluso nosotros, los sencillos, ya no sabemos cómo fiamos de nosotros mismos.

—¿No sabemos? En ese caso, ¿por qué no quiere usted fiarse de él? Se muere usted por hacerlo, ¿o es que no lo sabe?

Doña Rita dejó caer la barbilla sobre el pecho y, desde debajo de sus rectas cejas, sus ojos de azul profundo me observaron, de modo impersonal, como si no pensara.

—¿Qué ha hecho usted desde que ayer me abandonó? —preguntó.

—Lo primero que recuerdo es que esta mañana he insultado a su hermana.

—¿Y cómo se lo ha tomado?

—Como la lluvia en primavera. Se empapó bien y abrió sus pétalos.

—Pero ¡qué expresiones tan poéticas emplea! Esa mujer es más perversa de lo que nadie puede imaginar, sobre todo considerando quién es y de dónde procede. Aunque es verdad que yo procedo de ese mismo lugar.

—Está un poco loca. Soy uno de sus grandes favoritos, y no lo digo por presumir.

—Debe de ser reconfortante.

—Sí, mi alegría es inmensa. Luego, tras una mañana de deliciosas cavilaciones sobre esto y aquello, he bajado a comer con una dama encantadora y he pasado la sobremesa hablando con ella.

Doña Rita se irguió.

—¿Una dama? Las mujeres me parecen unas criaturas de lo más misterioso. No las conozco. ¿No la ha insultado? ¿Y ella? ¿No ha, cómo ha dicho usted, no ha abierto sus pétalos? ¿Es ella real y verdaderamente...?

—Es la perfección, a su modo, y nuestra conversación no ha sido en absoluto banal. Imagino que si su difunto papagayo la hubiera oído, se habría caído de la percha. Porque, al fin y al cabo, mi querida Rita, en ese Pabellón de Allègre no eran ustedes más que una colección de burgueses con pretensiones.

Para cuando dije esto, ella estaba maravillosamente animada. En sus inmóviles ojos, azules como zafiros líquidos, alrededor de aquellos labios rojos, que casi sin moverse alentaban sonidos cautivadores, había un despliegue de luz, una misteriosa marea de dicha que parecía siempre en movimiento y temblaba levemente bajo su piel incluso en sus momentos de mayor gravedad; de igual modo, en sus raros momentos de alegría, su calidez y esplendor parecían atravesar el velo de una tristeza infinita, igual que el rayo de sol de nuestra vida, que oculta la invencible oscuridad en la que el universo debe cumplir su impenetrable destino.

—Ahora que lo pienso... Es posible que ésa sea la razón de que, cuando, a mi alrededor, ellos demolían el mundo, yo jamás pudiera tomarme nada del todo en serio. Supongo ahora que podría haber sabido de antemano qué iban a decir cada uno de ellos. Repetían lo mismo una vez y otra. Aquellos hombres grandes y sabios, como papagayos que también supieran lo que ellos mismos iban a decir. Aunque eso no vale para el amo de la casa, que jamás hablaba gran cosa. Se sentaba en silencio la mayor parte del tiempo, imponente, tres tallas mayor que cualquiera de ellos.

—El patrón de la pajarera —mascullé, con impiedad.

—¿Le molesta que hable de aquel tiempo? —preguntó doña Rita, con ternura—. Pues no lo haré, salvo para decir que no debe usted cometer ese error: en aquella pajarera, él era el hombre. Lo sé porque, después, a veces hablaba conmigo. ¡Qué



extraño! Durante seis años pareció llevar al mundo entero, y a mí con él, en sus manos...

—Todavía la domina —dije, tajante.

Ella sacudió la cabeza con inocencia, como haría un niño.

—No, no. Ha sido usted quien ha empezado a hablar de él. Piensa usted en él mucho más que yo —dijo, y su voz decayó tristemente y se tiñó de una nota de desesperanza—. Yo apenas lo hago. No es de esas personas que se limitan a cruzar fugazmente tu cabeza y yo no tengo tiempo. Mire, esta mañana he recibido once cartas y antes del mediodía han llegado también cinco telegramas que lo han enredado todo. Estoy bastante asustada.

Y me explicó que uno de aquellos telegramas, el más largo, el que se encuentra en lo alto de la pila, en esa mesa de ahí... contenía, al parecer, feas inferencias dirigidas directamente a ella con un tono amenazador. Me rogó que lo leyera y le dijera qué podía hacerse.

Yo conocía lo suficiente de la situación general para, tras un primer vistazo, darme cuenta de que doña Rita había interpretado mal el telegrama de principio a fin y de forma hasta cómica. Se lo demostré muy rápidamente, pero su interpretación era tan ingeniosa en el error y surgía tan evidentemente de la distracción de una inteligencia aguda que no pude por menos que mirarla con admiración.

—Rita —dije—, es usted una idiota maravillosa.

—¿Lo soy? ¿Soy idiota? —replicó con una encantadora sonrisa de alivio—. Pero es posible que esto tan sólo se lo parezca a usted por contraste con esa dama tan perfecta a su modo. ¿Y cuál es su modo?

—Pues yo diría que «su modo» reside en algún lugar entre su sexagésimo y su septuagésimo año. Sí, esta tarde he caminado a la par que ella durante una corta distancia.

—Cielos —susurró doña Rita, perpleja—. Y entretanto yo he tenido aquí a su hijo. Llegó unos cinco minutos después de que Rose se marchara para llevarle a usted mi nota —prosiguió con tono de asombro—. En realidad, Rose lo vio al otro lado de la calle, pero pensó que era mejor ir a buscarle a usted.

—Estoy furioso conmigo mismo por no haberlo imaginado —dije, amargamente—. Supongo que lo ha despedido usted unos cinco minutos después de que supiera que yo venía hacia aquí. Rose tendría que haber dado media vuelta cuando vio que venía a alegrar su soledad. Después de todo, esa chica es tonta, aunque ha demostrado una especie de baja astucia que, no hay la menor duda, a veces resulta muy útil.

—Le prohíbo que hable así de Rose. No lo permitiré. No se puede insultar a Rose delante de mí.

—Sólo quiero decir que, en esta ocasión, no acertó a leer sus pensamientos, nada más.

—Eso es, sin excepción, lo menos inteligente que ha dicho usted desde que le conozco. Es posible que entienda usted mucho de contrabando y de cómo piensan

cierto tipo de personas, pero en lo que respecta a Rose, déjeme que le diga que, en comparación con la de Rose, su manera de pensar es totalmente pueril, mi atrevido amigo. Sería despreciable si no fuera tan infantil. Merecería que le dieran un azote y lo enviaran a la cama.

Dijo todo esto con una seriedad extraordinaria y, cuando se interrumpió, yo continué escuchando las seductoras inflexiones de su voz, que, independientemente del humor que tuviera, parecía hecha para la ternura y el amor. Pensé de pronto en Azzolati, en el momento en que era desterrado para siempre de su presencia con aquella voz cuya cólera parecía enredarse suavemente alrededor del corazón. No es de extrañar que el pobre sinvergüenza no pudiera olvidar la escena ni reprimir el llanto en la llanura de Rambouillet. Por vivo que fuera, el resentimiento que en aquellos momentos sentía contra Rita no duró más de lo que tarda en arder un haz de paja. De modo que me limité a decir:

—Cuánto sabe *usted* sobre el trato que hay que dar a los niños.

Movió de forma muy graciosa las comisuras de los labios. Su animosidad, especialmente cuando venía provocada por un ataque personal, siempre estaba teñida de una suerte de humor nostálgico que desarmaba a su oponente.

—Vamos, *amigo* George, dejemos en paz a la pobre Rose. Será mejor que me cuente qué le ha dicho esa anciana tan encantadora. La misma perfección, ¿no es así? No la he visto en mi vida, aunque ella dice que me ha visto a mí muchas veces. Pero me ha escrito en tres ocasiones distintas y en cada una de ellas yo le he respondido como si le estuviera escribiendo a una reina. *Amigo* George, ¿cómo se escribe a una reina? ¿Cómo debe una pastora que pudo haber sido amante de un rey escribir a la vieja reina de un país lejano, del otro lado del mar?

—Le preguntaré lo que le he preguntado a la vieja reina, ¿por qué me cuenta todo esto, doña Rita?

—Para averiguar lo que piensa —dijo ella, no sin impaciencia.

—¡Si todavía no lo sabe...! —exclamé, conteniendo el aliento.

—No, no sé lo que piensa. ¿Es que alguien puede saber lo que piensa un hombre? Pero veo que no me lo va usted a decir.

—¿De qué serviría? Tengo entendido que usted le ha escrito con anterioridad. ¿Tiene intención de continuar esa correspondencia?

—Quién sabe —dijo ella, con voz profunda—. Es la única mujer que me ha escrito en mi vida. Le devolví sus tres cartas con mi última respuesta, explicándole, humildemente, que prefería que fuese ella quien las quemase. Y creo que con eso ha de terminar la historia. Aunque puede que todavía surja una nueva ocasión.

—Oh, puede que todavía surja una ocasión... —repetí, tratando de dominar mi rabia—. Es posible que comience usted su carta con las palabras: «*Chère Maman*».

La tabaquera, que había cogido sin dejar de mirarme, salió volando de su mano y, abriéndose en mitad de su vuelo, esparció los cigarrillos por toda la habitación hasta una distancia bastante sorprendente. Me levanté como un resorte y empecé a

recogerlos industriosamente. Oí la voz de doña Rita a mis espaldas.

—No se preocupe —dijo con indiferencia—. Llamaré a Rose.

—No es necesario —gruñí sin volver la cabeza—. Cuando termine de recoger los cigarrillos, yo mismo recogeré mi sombrero y...

—¡Quieto!

Me levanté y dejé la tabaquera en el diván, a su lado. Ella se sentaba con las piernas cruzadas, apoyada en la espalda y en ambos brazos, en el resplandor azul de su vestido bordado y con el halo castaño de su melena rebelde alrededor de su cara, que elevó hacia la mía con aire de resignación.

—George, amigo mío —dijo—, no tenemos modales.

—Jamás habría hecho carrera en la corte, doña Rita —observé—. Es usted demasiado impulsiva.

—Lo suyo no son malos modales, sino pura insolencia. Es algo en lo que ya ha incurrido. Si vuelve a hacerlo y puesto que no puede esperarse de mí que luche sola contra un contrabandista salvaje y desesperado, subiré a mi habitación y me encerraré hasta que abandone esta casa. ¿Por qué me dice eso?

—Oh, por nada, es consecuencia de un corazón henchido.

—Si su corazón está henchido de cosas así, entonces, mi querido amigo, lo mejor es que se lo saque y se lo dé a los cuervos. ¡No! Ha dicho eso por el placer de parecer horrible. Pero ya ve, no es usted horrible en absoluto, al contrario, resulta muy gracioso. Siga, continúe con sus gracias, cuénteme algo que haya oído de labios de esa anciana aristócrata según la cual todos los hombres son iguales y tienen derecho a la consecución de la felicidad.

—Casi no me acuerdo. He oído algo a propósito de ciertos gansos blancos de salones acartonados. Parece una locura, pero esa dama sabe perfectamente lo que quiere. También la he oído cantar sus alabanzas. Estaba allí sentado sin saber qué decir.

—¿Cómo? Podría haberse sumado a los cánticos.

—No estaba de humor, porque, verá, incidentalmente, me han hecho saber que no soy más que una criatura insignificante y superflua que haría mejor en apartarme del camino de las personas serias.

—*Par exemple?*

—¿Sabe? En cierto sentido ha sido halagador, aunque en esos momentos he sentido lo mismo que si me hubieran ofrecido un tarro de mostaza para inhalar.

Asintió con un divertido aire de comprensión y yo me percaté de su interés.

—¿Algo más? —preguntó, inclinándose ligeramente hacia mí con un destello de radiante impaciencia que afectaba a todo su cuerpo.

—Oh, casi no merece la pena mencionarlo. Fue una especie de amenaza envuelta, creo, en una inquietud auténtica acerca de lo que podría ocurrirle a este joven insignificante. Si no hubiera estado en guardia, ni siquiera me habría dado cuenta de lo que quería decir. Aunque, en realidad, una alusión a la «caliente sangre sureña» no

podía tener más que un significado. Por supuesto, me reí, pero sólo *pour l'honneur* y para demostrar que había entendido perfectamente. En realidad, el asunto me dejó completamente indiferente.

Doña Rita se puso muy seria por un momento.

—¿Indiferente a todo lo que se trató en la conversación?

La miré con enfado.

—A todo... Verá, está mañana me he levantado con una sensación muy extraña. Sin estímulo, sin vigor, ¿sabe?, como si estuviera cansado de vivir.

Sus ojos azul líquido continuaban mirándome directamente sin expresión alguna salvo la de su habitual y misteriosa inmovilidad, pero su rostro entero adquirió una apariencia triste y reflexiva. Luego, como si, bajo la presión de la necesidad, hubiera tomado una decisión, dijo:

—Escuche, *amigo*, he sufrido la dominación y no me aplastó porque fui lo bastante fuerte para vivir con ella; he conocido el encaprichamiento, puede llamarlo locura si quiere, y me dejó ilesa porque fui lo suficientemente grande para no caer en las redes de nada que no fuera verdaderamente digno de mí. Querido, todo eso se derrumbó ante mis ojos como un castillo de naipes. En mí hay algo que, en este mundo, no se dejará deslumbrar por ninguna clase de prestigio, digno o indigno. Le digo esto porque es usted más joven que yo.

—Doña Rita, si lo que quiere es que diga que en usted no hay nada banal ni mezquino, pues lo digo.

Me miró como si quisiera indicarme que aceptaba la justicia de mi comentario y prosiguió con enorme sencillez:

—¿Y qué me sobreviene con todos los aires de la virtud? ¡Todas las convenciones legítimas se me vienen encima, todo el encanto de la respetabilidad! Y no creo que nadie pueda decir que yo les haya hecho la menor señal. Ni siquiera he levantado el dedo meñique. Supongo que lo sabe.

—No lo sé. No dudo de su sinceridad. Estoy dispuesto a creerla. No es usted una de esas personas que tiene que trabajar.

—¿Tener que trabajar? ¿A qué se refiere?

—Es una frase que he oído. Lo que quiero decir es que a usted no le hace falta hacer señales.

Pareció meditar sobre esto unos instantes.

—No esté tan seguro —dijo, con un destello de malicia que hizo que su voz pareciera más melancólica aún que antes—. Ni siquiera yo estoy segura —prosiguió con un curioso y fugaz tono de desesperación—. No sé la verdad sobre mí misma porque jamás he tenido oportunidad de compararme con nada ni con nadie. He sido víctimas de adulaciones fingidas, me han tratado con fingida distancia o con fingida devoción, me han lisonjeado, se lo aseguro, con una devastadora gravedad; pero estos últimos honores, querido, me han llegado en forma de caballero leal y escrupuloso. Porque él es todo eso. Y, en realidad, yo me he conmovido.

—Lo sé. Hasta las lágrimas —dije con ánimo provocador. Pero ella no recibió así mi comentario, se limitó a negar con la cabeza (lo cual era absurdo) y recuperó el hilo de sus pensamientos.

—Eso fue ayer —dijo—. Y ayer él fue extraordinariamente correcto y demostró un gran amor propio, como quedó de manifiesto en la exagerada delicadeza con la que hablaba. Pero le he visto ya adoptar todo tipo de actitudes. Le he visto incluso bromista, juguetón. No le escuché, estaba pensando en otras cosas, en cosas que no son correctas ni tampoco son juegos y a las que tenía que mirar de frente y con lo mejor de mí. Por eso, al final, ayer lloré.

—Me di cuenta y tuve una debilidad: durante algunos minutos, esas lágrimas me conmovieron.

—Le advierto que si lo que quiere es hacerme llorar otra vez, no lo conseguirá.

—No, ya lo sé. Ha estado aquí hoy y la estación seca ha llegado.

—Sí, ha estado aquí. Le aseguro que ha sido algo completamente inesperado. Ayer clamaba contra el mundo, a través de mí, que, ciertamente, no lo he creado, y también contra él e incluso contra su madre. Y todo esto en la lengua de los papagayos, en el vocabulario de la tradición y la moralidad tal y como las entienden los miembros de ese club exclusivo al que pertenece. Y sin embargo, cuando pensé que todo, que ese vocabulario pobre y trillado, expresaba una pasión sincera, podría haber encontrado en mi corazón un sentimiento de lástima por él. Pero terminó diciéndome que era imposible creer una sola de mis palabras, o algo parecido. Para entonces estaba usted aquí, y lo oyó.

—Lo cual la hirió a usted en lo más vivo —dije—. Renunció a su dignidad hasta el punto de llorar en el primer hombro que encontró. Pero considerando que, al fin y al cabo, no era más que el discurso de un papagayo (los hombres llevan diciendo eso mismo a las mujeres desde el principio del mundo), esa sensibilidad se me antoja infantil.

—Cuánta perspicacia —observó doña Rita, con una sonrisa burlona e indulgente, y cambió de tono—. Por eso hoy no lo esperaba, mientras que usted, a quien sí esperaba, estaba sometido a los encantos de la conversación en ese estudio. No se le ocurrió... ¿verdad? ¡No! ¿Y su perspicacia? ¿Qué fue de ella?

—Ya se lo he dicho, estaba cansado de vivir —dije, colérico.

Ella esbozó otra débil sonrisa fugaz e inopinada, como si estuviera pensando en otras cosas. A continuación, despertó a una grave animación.

—Ha llegado muy sonriente, juguetón. ¡Qué bien conozco ese estado de ánimo! Ese autodomínio no carece de belleza, pero sirve de poca ayuda a un hombre de ojos tan funestos. Me di cuenta de que, más allá de su corrección, de su contención, estaba emocionado, conmovido, y de que, también a su modo, quería que yo me conmoviera a mí vez, con algo muy sencillo. Me dijo que, desde que usted y yo nos hemos hecho amigos, no ha dormido una sola hora seguida, a no ser, quizá, cuando vuelve muerto de cansancio de una guardia en los puestos avanzados. También me dijo que quería

regresar al combate, pero que no tenía el valor suficiente para alejarse de aquí. Con esa sinceridad se ha expresado. Es un *très gallant homme* de absoluta probidad incluso consigo mismo. Yo le dije: el problema reside, donjuán, en que lo que le atormenta no es el amor, sino la desconfianza. Tendría que haberle dicho «los celos», pero no me gusta emplear esa palabra. Un papagayo habría dicho que no le he dado derecho a estar celoso, pero yo no soy un papagayo. Reconozco que su pasión, que sin duda he podido ver, tiene unos derechos. Está celoso. No está celoso de mi pasado o del futuro, está celoso porque desconfía *de mí*, de lo que soy, de mi alma misma. Cree en el alma igual que Therese, como en algo que puede verse tocado por la gracia o sumirse en la perdición, y no quiere condenarse conmigo ante el tribunal de él mismo. Es un caballero muy noble y leal, pero yo tengo mi propia alma, de campesina vasca, y me niego a pensar que cada vez que se aleja de mis pies (sí, *mon cher*, sobre esta alfombra, busque las huellas de su fuego), tiene la tentación de sacudirse el polvo de la manga de su moralidad. ¡Eso jamás!

Con un movimiento brusco, doña Rita sacó un cigarrillo de la tabaquera, lo sostuvo entre los dedos y, sin darse cuenta, se le cayó.

—Y además, no le quiero —dijo, muy despacio, como si hablase consigo misma y sopesase al mismo tiempo la veracidad de sus pensamientos—. Nunca le he querido. Al principio me fascinó con su aspecto fatal y sus frías sonrisas de sociedad. Pero he mirado esos ojos demasiadas veces y hay demasiado desdén en ese aristócrata republicano sin hogar. Es posible que su destino sea cruel, pero también es banal. Mientras estaba ahí sentado tratando de explicarme, con su actitud de hombre de mundo, los problemas, los escrúpulos, de su doliente honor, he podido ver el fondo de su corazón y he sentido lástima por él, la suficiente para saber que, si, de repente, me hubiera cogido por la garganta y estrangulado lentamente, *avec délices*<sup>[35]</sup>, le habría perdonado. ¡Con qué corrección hablaba! Pero casi en cada frase asomaba la amargura que le causo. Finalmente, levanté la mano y dije: «Basta». Creo que le sorprendió mucho mi brusquedad de plebeya, pero es demasiado educado para decirlo. Sus convenciones siempre se interpondrán en el camino de su naturaleza. Le dije que todo lo que ha dicho y hecho en los últimos siete u ocho meses resultaría inexplicable si no fuera portille está enamorado de mí, y, sin embargo, de cuanto dice puede deducirse que no me perdona que exista. Le pregunté si no creía que, por su parte, era absurdo...

—¿No dijo usted «exquisitamente absurdo»? —pregunté.

—¿Exquisitamente...? —repitió doña Rita, sorprendida por mi pregunta—. No, ¿por qué iba a decirlo?

—Él habría admitido mejor su brusquedad. Es una expresión frecuente entre los Blunt. Le habría parecido familiar y usted le habría resultado menos ofensiva.

—Ofensiva —repitió doña Rita, taciturna—. No creo que se ofendiera, su sufrimiento es otro, y a mí no me importaba. Fui yo quien, al final, se sintió ofendida. Sin rencor, pero de una forma intolerable, ¿comprende? No le ahorré nada. Le dije

francamente que querer a una mujer formada en cuerpo y espíritu, amante de sí misma, libre de elegir, independiente en su forma de pensar, amarla en apariencia por lo que es y al mismo tiempo exigirle candor e inocencia no puede ser más que un vergonzoso fingimiento. Saber cómo es, cómo la ha hecho la vida, y al mismo tiempo despreciarla secretamente por todos los golpes con los que esa vida la ha ido moldeando no es ni generoso ni elevado, sino, más bien, un acto desesperado. Se levantó y se acercó a la chimenea. Apoyó el codo en la repisa y la cabeza en la mano. No se hace usted idea de cuánto encanto y distinción dejaba traslucir en esa postura. No pude dejar de sentir admiración por él: su expresión, su gracia, la fatal insinuación de su inmovilidad. Oh, sí, soy sensible a las impresiones estéticas, me han educado para creer que en ellas hay un alma.

Con su enigmática mirada fija en mí, pude ver y oír su profunda risa de contralto, carente de alegría pero también de ironía, y extraordinariamente conmovedora por la mera pureza de su sonido.

—Sospecho que en toda su vida ha sufrido una conmoción y un disgusto mayores. Su autodominio es el rasgo más admirable que yo haya visto en un hombre de mundo. Su belleza reside en que una tiene la impresión de que insinúa elementos trágicos, al igual que las grandes obras de arte.

Se interrumpió y esbozó una sonrisa inefable que un gran pintor podría haberle puesto al rostro de algún personaje simbólico para asombro y especulación de muchas generaciones.

—Siempre he pensado que el amor por usted podría hacer milagros —dije—. Ahora, estoy seguro.

—¿Pretende ser irónico? —me preguntó doña Rita, con tristeza y con el mismo tono que podría haber empleado un niño.

—No lo sé —respondí, con la misma simplicidad—. Me resulta muy difícil ser generoso.

—A mí también —dijo ella con una especie de entusiasmo muy gracioso—. No le he tratado con excesiva generosidad. Aunque no dije mucho más. Me di cuenta de que lo que le decía no me importaba, y habría sido como bramar contra una composición hermosa. Tuvo la inspiración de no moverse, lo cual le ahorró algunas verdades desagradables. Además, es posible que le hubiera dicho algo más que la verdad. No soy justa, no soy más justa que otras personas. Y habría sido severa. Mi admiración me encolerizó todavía más. Parece ridículo afirmarlo de un hombre vestido tan pulcramente con ropa a medida, pero su actitud poseía una gracia funeraria, hasta el extremo de que podrían haberlo reproducido en mármol sobre el monumento a alguna mujer en cualquiera de esos atroces camposantos: la concepción burguesa de un amante aristocrático guardando luto. Cuando llegué a esa conclusión, me alegré de haber sentido rabia y cólera. En caso contrario, me habría reído en su cara.

—En cierta ocasión oí a una mujer, ¿me oye, doña Rita?, preste atención porque

se trataba de una mujer del pueblo, que no deberíamos reírnos jamás del amor.

—Querido —dijo ella con suavidad—, a mí me enseñó a reírme de casi todo un hombre que nunca reía; pero es cierto que jamás me habló del amor, del amor como tema, quiero decir. Así que, tal vez... Pero ¿por qué?

—Porque (aunque también es posible que aquella anciana estuviera loca), porque, me dijo, en la burla del amor anida la muerte.

Doña Rita movió levemente sus hermosos hombros y continuó:

—En ese caso, me alegro de no haberme reído. Y me alegro también de no haber dicho nada más. Me sentía tan generosa que de haber conocido esa alusión de su madre a «los gansos blancos», le habría aconsejado que cogiera a uno de ellos y se lo llevase envuelto en un bonito lazo azul. ¿Sabe usted? La señora Blunt se equivoca al mostrar tanto menosprecio. Un ganso blanco es precisamente lo que desea su hijo, pero vea qué mal repartido está el mundo. Esas aves blancas no se consiguen a cambio de nada y él no tiene dinero suficiente ni para comprar el lazo. Quién sabe, es posible que sea eso lo que le daba ese aire trágico cuando se apoyó en la repisa de la chimenea. Sí, eso era. Aunque es cierto que en ese momento no me di cuenta. Cuando, después de que yo terminase de hablar, él no quiso moverse, sentí una lástima inmensa y le aconsejé, con mucha suavidad, que se olvidase de mí de una vez para siempre. Entonces sí se movió, se adelantó y me dijo, con su voz y su sonrisa de siempre, que ése podía ser un consejo excelente, pero que, por desgracia, yo no soy de ese tipo de mujeres a las que se puede olvidar a voluntad. Mientras yo negaba con la cabeza, él insistió, oscuramente: «Oh, sí, doña Rita, así es. No se haga ilusiones al respecto». Me pareció muy amenazador y me quedé tan sorprendida que, cuando se despidió, ni siquiera correspondí a su reverencia. Salió de esa situación falsa como un hombre herido que emprende la retirada después de la lucha. No, no tengo nada que reprocharme. No he hecho nada, no le he inducido a nada. Pese a las ilusiones que han cruzado por mi cabeza, he guardado las distancias, y él ha sido tan leal con lo que parecía tomar por las propiedades redentoras de la situación que se ha alejado de mí definitivamente sin otra cosa que haberme besado la punta de los dedos. Debe de haberse sentido como un hombre que se ha traicionado a sí mismo por nada. Es horrible. La culpa la tiene mi enorme fortuna. Ojalá pudiera regalársela, es algo que deseo con todo mi corazón, porque él no podía evitar odiar lo que significa. En cuanto a su amor, que es igual de real, en fin, ¿podía yo huir de él para encerrarme en un convento? ¿Podía? Al fin y al cabo tengo derecho a mi porción de luz del día.

## V

parté la mirada de su rostro y me di cuenta de que el anochecer entraba ya con sigilo en la estancia. Qué extraña me pareció. Salvo en la rotonda acristalada, sus largas



**A** paredes, divididas en estrechos tramos separados por pilastras planas, ofrecían, sobre un fondo negro y en vivos colores, un paisaje de mujeres esbeltas con alas de mariposa y jóvenes delgados con estrechas alas de pájaro. Se les suponía un efecto pompeyano, pero Rita y yo nos habíamos reído varias veces de aquel delirante capricho de algún tendero venido a más. Aunque, pese a todo, aquellas figuras poseían cierta fantasía, un toque de elegancia, en aquellos momentos me parecieron extravagantes, entrometidas y extrañamente vivas, poseedoras de una gracia atenuada, la de ser seres de otro mundo que nos ocultaban su facultad de ver y oír.

Sin palabras, sin gestos, doña Rita volvió a hacerse oír.

—Para que ocurriese puede que haya faltado así de poco. —Me enseñó el ancho de la uña de su dedo meñique—. Sí, así de poco. ¿Por qué? ¿Cómo? Sin más, por nada, porque se presentó la ocasión, porque a una vieja pragmática se le metió en la cabeza una extraña idea. Sí. Y lo mejor es que no tengo nada que lamentar. Si me hubiera rendido, habría estado perfectamente segura con esos dos. Son ellos, o, más bien, él, quienes no podían confiar en mí, o, más bien, en eso que yo represento, que significo. Mills jamás me habría dicho qué era. Aunque es posible que ni siquiera lo supiera. Dijo que era algo parecido a la genialidad. ¡Mi genialidad! Oh, yo no soy consciente de ella, créame, no soy consciente de ella. Pero si lo fuera, no me la arrancarían ni la harían desaparecer. No me avergüenzo de nada, ¡de nada! No vaya a cometer la estupidez de creer que lo lamento en lo más mínimo. No lo lamento en absoluto. En primer lugar porque yo soy yo, y en segundo lugar porque... Querido, créame, últimamente lo he pasado muy mal.

Al parecer, ésta era su última palabra. Pese a que, en el tiempo que yo llevaba allí, había mantenido una apariencia tranquila, hasta ese momento no pareció adquirir la serenidad suficiente para encender un enorme cigarrillo como los que se confeccionaban especialmente para el rey —*¡Por el Rey!*—. Al cabo de un rato, y dejando caer la ceniza en el cuenquito que tenía en la mano izquierda, me preguntó con tono cordial, casi tierno:

—¿En qué está pensando, *amigo*?

—Pensaba en su inmensa generosidad. Quiere usted darle una corona a un hombre, una fortuna a otro. Está muy bien, pero supongo que esa generosidad tiene un límite.

—No veo por qué ha de haber un límite... para las buenas intenciones. Sí, a una le gustaría pagar un rescate y acabar con todo.

—Es lo que sentiría un cautivo, pero la verdad es que me resulta imposible pensar en usted como cautiva de nadie.

—A veces da muestras usted de un maravilloso interior. Querido, empiezo a sospechar que los hombres están muy engañados respecto al poder que tienen. Creen que nos dominan. Es algo que piensan incluso los hombres excepcionales; hombres demasiado grandes para la mera vanidad, hombres como, por ejemplo, Henry Allègre, quien, debido a su firme y sereno distanciamiento, estaba sin duda

capacitado para dominar a todo tipo de personas. Y sin embargo, en su mayor parte sólo pueden hacerlo porque las mujeres optan, más o menos inconscientemente, por permitírselo. Si ha existido algún hombre consciente de su propio poder, ése era Henry Allègre, y en cambio, mire, yo era una mocosa, estaba sentada con un libro en un lugar en el que no tenía derecho a estar, en su propio jardín, cuando, de repente, se acercó, a mí, a una niña ignorante de diecisiete años, a una criatura de lo menos atractiva, con el pelo revuelto, con un vestido negro y viejo y unas botas sucias. Podría haber echado a correr, era perfectamente capaz, pero me quedé allí sentada, mirándole y... al final fue ÉL quien se marchó y yo la que me quedé.

—¿Conscientemente? —murmuré.

—¿Conscientemente? Lo mismo podría preguntarle a mi sombra, que estaba quieta a mi lado, sobre la hierba fresca, al sol de aquella mañana. Hasta aquel momento no supe hasta qué punto podía mantenerme inmóvil. No era la inmovilidad, la parálisis, del terror. Me quedé sabiendo perfectamente bien que, si echaba a correr, él no me perseguiría, no era de esos hombres. Recuerdo con exactitud su voz profunda, su tono de educada indiferencia: «*Restez donc*». Estaba en un error. Pasados unos instantes, yo no tenía la menor intención de moverme. Y, si usted vuelve a preguntarme si yo era consciente de todo, ésta es la respuesta más precisa que puedo darle: que me quedé allí a propósito, aunque no sabía con qué propósito me quedé. En realidad, no podía esperarse... ¿Por qué suspira de ese modo? ¿Me habría preferido inocente como una idiota o abominablemente sabia?

—No son ésas las preguntas que me preocupan —dije—. Si he suspirado ha sido porque estoy cansado.

—E incómodo, diría yo, en ese sillón pompeyano. Será mejor que se levante y se siente en este sofá, como siempre hace. Este sofá no es pompeyano, ni mucho menos. Últimamente, y no sé por qué, se comporta usted de un modo extraordinariamente formal. Si es una pose, por favor, abandónela. ¿Está usted imitando al capitán Blunt? No podría alcanzarle, ¿sabe? Es usted demasiado joven.

—Yo no quiero imitar a nadie —dije—. Pero, en cualquier caso, Blunt es demasiado romántico y, además, él ha estado y todavía está enamorado de usted, algo que exige cierto estilo, una actitud, algo de lo que yo soy del todo incapaz.

—¿Sabe que eso que acaba de decir no es tan estúpido? Sí, hay cierta verdad en ello.

—No soy estúpido —protesté, sin mucho ardor.

—Oh, sí, claro que lo es. No conoce usted el mundo lo bastante para establecer juicios. No sabe usted hasta qué punto pueden ser sabios los hombres. A su lado, una lechuza no es nada. ¿Por qué intenta usted pasar por lechuza? Al otro lado de esa puerta me esperan a millares. Los búhos, esas criaturas de mirada fija y maneras sibilantes. No tiene usted idea del alivio que ha supuesto usted para mi intimidad y serenidad mental, con la franqueza de gestos, conversaciones y pensamientos, cuerdos o locos, que nos hemos estado arrojando el uno al otro. En mi vida he

conocido nada parecido, tan sólo con usted. Siempre ha habido algún miedo, algún constreñimiento, acechando desde el fondo, detrás de todos, de todos... menos con usted, amigo.

—Un estado de cosas en el que están de más las cortesías, arcádico. Me alegro de que le agrade. Quizá se haya debido a que ha sido usted lo bastante inteligente para darse cuenta de que yo no estaba enamorado de usted en modo alguno.

—No, usted siempre ha sido usted mismo, poco sabio e imprudente y algo parecido a mí, si es que puedo decir algo así sin ofenderle.

—Usted puede decir lo que quiera sin ofender. Pero, con toda su sagacidad, ¿no se le ha ocurrido pensar que, simplemente, yo la quiero?

—Así... simplemente —repitió doña Rita con aire pensativo.

—No quería usted preocuparse de ello, quería tener la cabeza despejada, ¿no es eso?

—Mi pobre cabeza. Por su tono, cualquiera diría que tiene usted ganas de cortármela. No, querido, lo que decidí es que no quería perder la cabeza.

—Le sorprendería saber qué poco me importa lo que haya decidido.

—¿Está usted seguro de que me sorprendería? En cualquier caso, venga y siéntese en el sofá —dijo doña Rita al cabo de un momento de vacilación. A continuación, y puesto que yo no me movía, añadió, con indiferencia—: Puede usted sentarse todo lo lejos que quiera. Dios sabe que el sofá es muy grande.

La luz, que provenía de la rotonda acristalada, disminuía lentamente y, ante mis ojos, ella comenzaba a sumirse en las sombras. Me senté en el sofá y durante unos minutos no dijimos una sola palabra. Tampoco hicimos el menor movimiento. Ni siquiera nos miramos. Yo era consciente tan sólo de la suavidad del asiento que, de algún modo, parecía causar cierta relajación de mi ánimo adusto, no diré contra mi voluntad, pero sí sin que yo pusiera voluntad alguna por mi parte. También era consciente, lo cual resulta muy extraño, del enorme recipiente de latón para las colillas. Calladamente, con el menor movimiento posible, doña Rita lo puso al otro lado de su inmóvil cuerpo. Muy despacio, las mujeres fantásticas con alas de mariposa y los efebos de esbeltos miembros y soberbias alas se desvanecían en su fondo negro con un efecto de silente discreción, dejándonos solos.

De repente me sentí extraordinariamente cansado, absolutamente superado por la fatiga, como si haberme sentado en el sillón pompeyano hubiera sido una tarea superior a la capacidad humana, una suerte de trabajo que sólo podía terminar en el agotamiento. Luché contra aquella sensación por un momento, pero luego mi resistencia se vino abajo. No de una vez, sino como si cediera a una presión irresistible (porque no era consciente de ninguna atracción irresistible), apoyé la cabeza en el hombro de doña Rita, que, sin embargo, no cedió, ni se inmutó. Una débil fragancia de violetas llenó el trágico vacío de mi cabeza y me pareció imposible no llorar de pura debilidad. Pero mis ojos estaban secos. Sentía, tan sólo, que me deslizaba hacia abajo, cada vez más abajo, y la cogí por la cintura, rodeándola no con

ninguna intención, sino únicamente por instinto. Entretanto, ella no se había movido. Tan sólo el leve movimiento de su respiración me indicaba que estaba viva, y con los ojos cerrados, imaginé que, mientras yo me aferraba a ella, ella estaba perdida en sus pensamientos, sumida en una increíble meditación, a enorme distancia de la tierra. Y, en efecto, esa distancia debía de ser enorme, porque el silencio era perfecto, la sensación, de eterna quietud. Tuve la clara impresión de estar en contacto con un infinito cuya ascensión y caída eran lo más leve posible, invadido por una cálida y delicada fragancia de violetas a través del cual llegó, desde algún lugar, una mano, ligera, para apoyarse sobre mi cabeza. En aquel momento, capté el pulso débil y regular de su corazón, firme y rápido, infinitamente conmovedor en su persistente misterio, revelándose en mi oído... y mi felicidad fue completa.

Fue un estado de ensoñación combinado con una sensación de inseguridad irreal. Luego, en ese cálido y fragante infinito, o eternidad, en el que reposaba perdido en la dicha pero preparado para cualquier catástrofe, oí el sonido distante, casi inaudible y capaz de inundar mi corazón de pavor, de una campanilla. Con ese sonido, la inmensidad de los espacios desapareció. Sentí que el mundo se cerraba en torno a mí. Un mundo de paredes oscuras, de una luz gris y profunda en las ventanas, y pregunté, con voz doliente:

—¿Por qué ha llamado, Rita?

Al alcance de su mano tenía la cuerda de la campanilla. Yo no había percibido ningún movimiento.

—Para que enciendan las luces —dijo, en voz baja.

—Pero usted no quería que lo hicieran.

—Es la hora —susurró, con secreto.

Desde algún lugar de la casa se oyó un portazo. Me separé de ella con la sensación de ser pequeño y débil, como si me hubieran arrancado la mejor parte de mí y la hubiera perdido irremediablemente. Rose debía de estar próxima a la puerta.

—Es abominable —murmuré dirigiéndome a la sombra con aspecto de ídolo que permanecía inmóvil en el sofá.

Recibí un susurro apresurado y nervioso por respuesta.

—Ya le he dicho que es la hora. He llamado porque no tenía fuerzas suficientes para apartarle.

Sufrí un momento de vértigo antes de que se abriera la puerta, irrumpiera la luz y Rose entrase, precediendo a un hombre vestido con un delantal de paño verde a quien yo no había visto hasta entonces y que, sobre una bandeja enorme, llevaba tres lámparas Argand colocadas en jarrones pompeyanos. Rose distribuyó las lámparas por la estancia. Con aquella suave inundación de luz, los jóvenes alados y las mujeres mariposa reaparecieron en las paredes, afectados, soberbios, cruelmente ajenos a lo que había ocurrido en su ausencia. Rose colocó una lámpara sobre la repisa de la chimenea más cercana y a continuación se volvió y preguntó, con la mayor discreción:

—*Monsieur dîne*<sup>[36]</sup>?

Yo, con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza entre las manos, me había perdido a mí mismo, pero oí las palabras de Rose con claridad. Oí también el silencio que las siguió. Me incorporé y acepté la responsabilidad de responder.

—Imposible, esta noche salgo al mar.

Era cierto, sólo que, hasta ese momento, lo había olvidado. Durante los dos días previos mi ser no estaba compuesto ya por recuerdos, sino, exclusivamente, por sensaciones de naturaleza absorbente, fatigosa y perturbadora. Yo era como un hombre zarandeado por el oleaje o por una muchedumbre hasta que, en el suplicio de su impotencia, pierde todo contacto con el mundo. Pero empezaba a recuperarme. Y, naturalmente, lo primero que recordé fue que tenía que volver al mar.

—Ya lo has oído, Rose —dijo doña Rita por fin, con cierta impaciencia.

La muchacha esperó un poco antes de decir:

—¡Ah, sí! En el vestíbulo hay un hombre que espera a *monsieur*. Un marinero.

No podía ser otro que Dominic. Me percaté en ese momento de que desde la noche de nuestro regreso no había vuelto a verlos ni a él ni al barco, lo cual era muy raro, insólito, y perfectamente calculado para dejar perplejo a mi amigo.

—Lo había visto antes —continuó Rose— y como me ha dicho que llevaba buscando a *monsieur* toda la tarde y no quería irse sin verlo, le he propuesto que esperase en el vestíbulo hasta que *monsieur* quedase en libertad.

—Muy bien —dije yo, y reanudando sin tardanza su actitud de mujer extraordinariamente ocupada y sin un momento que perder, Rose salió de la estancia. Yo seguía todavía en un mundo imaginario lleno de suave luz, colores desconocidos, un loco tumulto de flores y una felicidad inconcebible bajo un cielo que salvaba abismales precipicios, mientras una sensación de pasmo me envolvía en su propia atmósfera particular. Pero todo se desvaneció con el susurro en voz alta de doña Rita, lleno de ilimitada consternación, suficiente para poner los pelos de punta.

—*Mon Dieu!* ¿Y qué va a pasar ahora?

Se levantó del sofá y se acercó a una ventana. Cuando Rose puso las lámparas en la habitación, los cristales de las ventanas se habían puesto negros como la tinta, y es que había llegado la noche y el jardín estaba lleno de plantas altas y de árboles que ocultaban las farolas de gas de la avenida principal del Prado. Pero doña Rita no iba a encontrar en el exterior la respuesta a sus preguntas. Por otro lado, lo que acababa de decir me había ofendido, había herido algo infinitamente profundo, infinitamente sutil e infinitamente lúcido de mi naturaleza. Desde el sofá, en el que seguía sentado, dije:

—No pierda la compostura. Siempre tendrá a mano algún timbre al que llamar.

Vi que encogía sus hombros desnudos con impaciencia. Tenía la frente apoyada en la negrura de los cristales; recogida, dejando al descubierto su hermoso y firme cuello, la masa retorcida de su melena castaña se sostenía en su coronilla gracias a una flecha de oro.

—Parece que ha decidido ser implacable —dijo, sin ira.

Me levanté como un resorte cuando ella, que había dado media vuelta, se acercó a mí con valentía, esbozando una sonrisa melancólica. Su semblante era vivo, enérgico, adolescente.

—Me da la impresión —prosiguió con una voz que era una oleada de amor en sí misma— de que habría que intentar comprender antes de decidir ser implacable. «Perdón» es una palabra muy hermosa, una hermosa invocación.

—El idioma tiene también otras palabras hermosas como «fascinación», «fidelidad», o también «frivolidad». En cuanto a las invocaciones, también hay muchas; por ejemplo: «Que Dios me ampare».

Estábamos de pie, muy próximos, sus ojos estrechos me miraban tan enigmáticos como siempre, pero su rostro, que, como una concepción ideal del arte, era incapaz de nada parecido a la mentira y la mueca, expresaba por medio de rasgos misteriosos una paciencia tan honda y tan infinita, que me sentí profundamente avergonzado.

—Está más allá de las palabras —dije—. Más allá del perdón, más allá del olvido, más allá de la ira o de los celos... No hay entre nosotros nada que pueda unimos.

—En ese caso, tal vez debamos recurrir a algo que esté en nuestro interior. Eso, ¿lo admite usted?, sí lo tenemos en común.

—No sea pueril —dije—. Concede una perpetua e intensa frescura de sentimientos y sensaciones tan viejos como el mundo, y supone que el encantamiento puede quebrarse en cualquier momento y en cualquier parte. Pero no es así, no se puede romper. Y en cuanto al olvido, al igual que todo lo demás, sólo puede provenir de usted. Es una situación contra la que es imposible luchar.

Ella me escuchaba con los labios ligeramente separados, como dispuesta a captar nuevas resonancias.

—Hay en usted una especie de generoso ardor —dijo— que no alcanzo a comprender. No, yo no lo conozco. Créame, no es en mí en quien estoy pensando. Y usted, usted se va esta noche, a un nuevo desembarco.

—Sí, es un hecho que antes de no muchas horas zarparé, me alejaré de usted para probar mi suerte una vez más.

—Su maravillosa suerte —dijo, soltando el aire.

—Oh, sí, tengo una suerte maravillosa. A no ser que, en realidad, la suerte sea suya... por haber encontrado a alguien como yo, a quien al mismo tiempo le importa tanto y tan poco lo que tiene en el corazón.

—¿A qué hora sale del puerto? —preguntó.

—En algún momento entre la medianoche y el amanecer. Es posible que nuestros hombres se unan a nosotros algo tarde, pero sin duda zarparemos antes del primer rayo de sol.

—¡Qué libertad! —murmuró, con envidia—. Es algo que yo nunca conoceré...

—¡Libertad! —protesté—. Soy esclavo de mi palabra. Una hilera de carretas y mulas nos espera en cierta parte de la costa, y también un grupo de rufianes, de

hombres, ¿me comprende?, con mujer e hijos y novias, hombres que desde el primer instante de su viaje se arriesgan a recibir un balazo en la cabeza, pero que tienen la indudable convicción de que no les fallaré. Ésa es mi libertad. Me pregunto qué dirían si conocieran su existencia.

—Yo no existo —dijo.

—Eso es fácil de decir. Pero, aunque yo iré como si no existiera, iré tan sólo porque existe. Existe en mí. No sé dónde acabo yo y dónde empieza usted. Se ha metido en mi corazón y en mis venas y en mi cerebro.

—Arránquese esa fantasía, tírela al polvo y pisotéela —dijo con tímido tono de súplica.

—Heroicamente —sugerí con el sarcasmo de la desesperación.

—Pues sí, heroicamente —dijo ella, y cruzamos dos tenues sonrisas de una imbecilidad conmovedora, la imbecilidad, no lo dudo, más conmovedora de la tierra. Nos encontrábamos en ese momento en el centro del salón, con sus vivos colores sobre fondo negro, con su multitud de figuras aladas, pálidos miembros y cabellos como halos o llamas, todas ellas extrañamente tensas en sus posturas forzadas y decorativas. Doña Rita dio un paso hacia mí y cuando quise coger su mano, me echó los brazos al cuello. Me atrajo hacia sí con fuerza y, mediante una suerte de esfuerzo ciego y desesperado, opuse resistencia. Entretanto, ella no dejaba de repetir, con nerviosa insistencia:

—Pero es verdad que se va. Se va. No por esa gente, sino por mí. Se va porque siente que debe irse.

Con cada palabra que me urgía a marcharme, su abrazo se afianzaba. Y quiso atraer mi cabeza hacia su pecho. Yo me sometí sabiendo que podía liberarme con un esfuerzo más, que sin duda estaba en mi poder. Pero antes de hacerlo, en una suerte de desesperación, le di un largo beso en el hueco de la garganta. Y, ay, no fue necesario esfuerzo alguno. Con un grito ahogado de sorpresa, apartó los brazos de mí igual que si le hubieran pegado un tiro. Debí de sufrir un desvanecimiento, quizá ambos lo sufrimos, sólo sé que, acto seguido, nos separaba casi un metro de distancia, bajo la serena luz de las lámparas de cristal redondas, en la perdurable quietud de las figuras aladas. En el tono de su exclamación hubo algo completamente inesperado, algo que jamás había oído, algo que, además de su forma de mirarme, con una suerte de atención concentrada e incrédula, me desconcertó enormemente. Sabía bien lo que yo había hecho y, sin embargo, no comprendía lo que había ocurrido. De pronto, me sentí avergonzado y mascullé que lo mejor era marcharme y despedir al pobre Dominic. Ella no dijo nada, no hizo nada. Estaba perdida en alguna visión —¿o se trataba de una sensación?— que la absorbía por completo. Me dirigí al vestíbulo apresuradamente, rojo de vergüenza, como si aprovechara que no estaba mirando para huir. Pero, cuando salí, tenía los ojos pendientes de mí y había en sus rasgos, en toda su actitud, una especie de estupefacción, como si en toda su vida ni siquiera hubiera oído hablar de lo que es un beso.

Una débil lámpara (de estilo pompeyano) que colgaba de una cadena mantenía el vestíbulo prácticamente a oscuras. Dominic, que avanzó hacia mí desde un rincón, no era más que una sombra algo más opaca que las demás. Me había estado esperando a bordo de nuestro barco hasta las tres de la tarde, pero, puesto que yo no había aparecido ni daba señales de vida, optó por salir en mi busca. Preguntó por mí a los *garçons* de varios cafés, a los *cochers de fiacre* que aparcaban delante de la bolsa, a la estanquera situada en el mostrador del *Débit de tabac*, un lugar de moda, al viejo que vendía periódicos junto al *cercle* y a la florista que se apostaba a la puerta del restaurante de moda donde yo tenía mesa. Esta joven, cuyo nombre laboral era Irma, empezaba a trabajar a eso del mediodía.

—Creo que he visto a todos sus amigos esta mañana, pero a él llevo sin verle una semana —dijo a Dominic—. ¿Qué le ha ocurrido?

—Precisamente eso es lo que quiero saber —replicó Dominic con furia, y regresó al puerto para ver si, por casualidad, yo me había presentado ya en el barco o en el café de *madame* Léonore.

Le manifesté mi sorpresa por el hecho de que armase tanto escándalo por mí como una gallina vieja por un pollo, algo impropio de él, y él me respondió que «*en effet*», había sido *madame* Léonore la que no había descansado hasta conseguir que él saliera en mi busca. Esperaba que no me importase, en las cosas pequeñas, dijo, con las mujeres lo mejor que podía hacerse era seguirles la corriente. Por eso volvió a salir y se dirigió directamente a la calle de los Cónsules, donde la mujer que se ocupaba de la casa le dijo que yo no estaba, aunque la verdad es que a Dominic esa mujer le parecía tan graciosa que no supo cómo tomarse lo que le dijo. Por lo tanto, después de algunas vacilaciones se tomó la libertad de preguntar también en la casa donde ahora estábamos. Allí, una vez que le dijeron que no se me podía molestar, tomó la decisión de no subir a bordo sin al menos haberme visto y oído de mis propios labios que, en cuanto a nuestros planes de navegación, nada había cambiado.

—Nada ha cambiado, Dominic —dije.

—¿No ha habido ningún cambio de ningún tipo? —insistió. Parecía sombrío y, a la débil luz de la lámpara de alabastro que colgaba sobre su cabeza, las palabras que, bajo su bigotazo negro, salían de sus labios también parecían sombrías. Me miraba fijamente y de una forma extraordinaria, como si quisiera cerciorarse de que no había perdido ninguna parte del cuerpo. Le pedí que, de camino al puerto, fuera a la otra casa a buscar mi maleta y él se marchó sabiendo que zarparíamos, no sin antes señalar, irónicamente, que desde que había visto al caballero americano, *madame* Léonore estaba inquieta por mí.

En cuanto me quedé a solas en el vestíbulo, y sin que la anteciedera el menor ruido, Rose apareció ante mí.

—¿*Monsieur* se queda a cenar después de todo? —susurró, tranquilamente.

—Mi buena amiga, esta noche me hago a la mar.

—¿Qué voy a hacer con *madame*? —murmuró para sí—. Insistiré en regresar a



París.

—¿Le ha dicho que quiere volver a París?

—Nunca me avisa con más de dos horas de antelación —respondió Rose—, pero sé lo que va a pasar —dijo, y su voz perdió toda serenidad—. Puedo cuidar de *madame* hasta cierto punto, pero no puedo hacerme responsable de todo. Hay una persona peligrosa que siempre intenta ver a *madame* a solas. He conseguido espantarlo varias veces, pero le anima en sus intentos un periodista viejo y horrible. Ni siquiera me he atrevido a hablarle a *madame* de ello.

—¿A qué tipo de persona se refiere?

—Pues a un hombre —respondió Rose, con desdén.

Yo cogí mi abrigo y mi sombrero.

—¿No son docenas los que quieren ver a *madame*?

—Ah, pero éste es peligroso. De algún modo, *madame* debe de haberle concedido cierto ascendiente sobre ella. No debería hablar así de *madame* y no lo haría con nadie que no fuera *monsieur*. Siempre estoy vigilante, pero ¿qué puede hacer una pobre chica?... ¿No va *monsieur* a volver con *madame*?

—No, no voy a volver con ella. Esta vez, no.

Una neblina pareció caer sobre mis ojos. Apenas podía ver a la muchacha que se encontraba junto a la puerta cerrada del salón pompeyano con el brazo extendido, como si se hubiera convertido en piedra. Pero mi voz mantuvo la necesaria firmeza.

—Esta vez no —repetí, y fui consciente del gran ruido que hacía el viento entre los árboles y de que la lluvia azotaba la puerta—. Quizá en otra ocasión.

Oí que Rose se decía a sí misma, por dos veces:

—*MonDieu! MonDieu!* —y luego, como desfalleciendo—: ¿Qué espera *monsieur* que haga yo?

Yo tenía que ser insensible a su turbación, aunque, en realidad, no del todo porque no tuviera más opción que marcharme. Recuerdo también una firme voluntad en mi actitud y cierto desprecio en lo que dije al apoyar la mano en el picaporte de la puerta de entrada.

—Dile a *madame* que me he ido. Le agradecerá. Dile que me he ido... heroicamente.

Rose se había acercado a mí. Recibió mis palabras con un movimiento desesperado de las manos hacia fuera, como si se diera por vencida.

—Ahora me doy cuenta de que *madame* no tiene amigos —afirmó con tanta amargura contenida que estuve a punto de detenerme. Pero la misma oscuridad de los motivos que nos mueven me impulsaba.

—Todo queda tal y como *madame* lo desea —murmuré, y crucé la puerta.

—Debería usted resistir —me espetó, con extraordinaria intensidad, cuando yo ya avanzaba por el camino.

Luego, su temperamento adiestrado cedió por fin y, a través de la lluvia y del viento, oí que me gritaba, con rabia y con furia:

—¡No! ¡*Madame* no tiene amigos! ¡Ni un solo amigo!

## QUINTA PARTE

## I

**E**sa noche no subí a bordo hasta poco antes de las doce, momento en que Dominic no pudo ocultar su alivio al verme llegar sano y salvo. Ignoro qué motivos tenía para estar tan inquieto, pero en aquellos momentos yo tenía la impresión de que mi destrucción interior (no podía calificarse de otro modo) tenía un reflejo en mi aspecto, de que llevaba mi condena escrita en el rostro. Yo no era más que un recipiente de polvo y cenizas, un testimonio vivo de la vanidad de todas las cosas. Mis pensamientos eran como el espectral crujido de las hojas muertas. Pero nuestro viaje fue todo un éxito, y durante la mayor parte del tiempo Dominic hizo gala de una jocosidad insólita, seca y mordaz de la que, según él decía, nada menos que yo mismo le había contagiado. Puesto que, pese a la fuerza de su temperamento, era muy sensible al ánimo de aquéllos por quienes sentía afecto, no dudo de que decía la verdad. Pero, en realidad, yo no sé nada. El observador, más o menos atento, que cada uno de nosotros tiene en la conciencia me falló estrepitosamente, volvió el rostro de puro horror o desfalleció a raíz de la tensión. Por tanto, yo debía vivir solo, inobservado incluso por mí mismo.

Pero, es cierto, el viaje fue todo un éxito. Regresamos a puerto con mucha tranquilidad, como de costumbre, y cuando nuestra nave atracó sin ruido entre plebeyas embarcaciones de transporte, Dominic, cuya lúgubre jovialidad había remitido en las veinticuatro horas anteriores, me abandonó a mi suerte como si, en efecto, yo fuera un condenado. Se limitó a asomarse a nuestro pequeño camarote, donde yo me estaba cambiando de ropa, y cuando, respondiendo a su pregunta, le dije que no tenía ninguna orden especial que darle, bajó a tierra sin esperarme.

Normalmente pisábamos el muelle juntos y yo no dejaba de entrar un momento en el café de *madame* Léonore, pero esta vez, cuando bajé al muelle, de Dominic ya no había rastro. ¿Cuál era el motivo? ¿Abandono, discreción, o había discutido con su Léonore antes de zarpar?

Mi camino me obligaba a pasar por el café y a través de la ventana vi que Dominic ya había llegado. Al otro lado de una pequeña mesa de mármol, *madame* Léonore, apoyada en el codo con su gracia madura, le escuchaba absorta. Pasé de largo y, qué otra cosa podía hacer, me dirigí a la calle de los Cónsules. No tenía ningún otro lugar adonde ir. En las habitaciones de la primera planta tenía mis cosas. No podía soportar la idea de ver a nadie conocido.

La débil lámpara de gas del vestíbulo seguía allí, de servicio, como si nadie la hubiera apagado desde que, a las once y media de la noche que me marché hacia el puerto, crucé el suelo ajedrezado. La pequeña llama había sido testigo de mi marcha y ahora, con el mismo tamaño exactamente, aquella pobre lengua de luz (algo debía

de ocurrirle al quemador) era testigo de mi llegada, como en tantas ocasiones anteriores. En general, al entrar en aquella casa se tenía la impresión de que estaba deshabitada, pero esta vez, antes siquiera de que alcanzase la escalera, apareció Therese, en el pasillo que conducía al estudio. Tras el recibimiento y las exclamaciones de costumbre, me aseguró que mis habitaciones estaban listas, así llevaban varios días, y se ofreció a prepararme algo de comer. Yo acepté y le dije que estaría en el estudio al cabo de media hora. Allí la encontré, junto a la mesa, que ya había puesto, lista para charlar. Empezó por decirme, a mí, a su querido y joven *monsieur*, en una especie de salmodia quejumbrosa, que no había llegado ninguna carta para mí, ninguna carta de ningún tipo, ninguna carta de nadie. Miradas de una ternura completamente aterradora mezclada con destellos de astucia me recorrieron de pies a cabeza mientras intentaba comer algo.

—¿Me va a dar de beber el vino del capitán Blunt? —pregunté, advirtiendo el líquido color pajizo que llenaba mi vaso.

Therese retorció la boca como si le dolieran las muelas y me aseguró que aquel vino pertenecía a la casa. Tendría que abonárselo. Respecto a los sentimientos personales, Blunt, que siempre era muy serio con ella pero demostraba mucha educación, no era uno de sus favoritos. Él estaba combatiendo por el rey y la religión contra los impíos liberales. Se había marchado la mañana posterior a mi propia partida, oh, ella lo recordaba bien, porque, antes de irse, le había preguntado si yo continuaba en la casa. Probablemente quisiera despedirse de mí, estrechar mi mano, el amable y educado *monsieur*.

Dejé que hablara, esperando con miedo lo que pudiera decir a continuación, pero se quedó estancada en el tema Blunt durante un buen rato. El capitán le había escrito en cierta ocasión para pedirle que enviase algunas cosas a la dirección de su madre en París, pero ella no pensaba hacer nada al respecto. Me anunció esto con una sonrisa muy pía. Luego, después de que respondiera a algunas preguntas, descubrí que se trataba de una estratagema para obligarle a volver a la casa.

—Si sigue así, acabará teniendo problemas con la policía, *mademoiselle* Therese —dije.

Pero era terca como una mula y me aseguró, con la mayor confianza, que había muchas personas dispuestas a ayudar a una pobre y honrada chica. En su actitud había algo que yo no podía vislumbrar. De repente, exhaló un profundo suspiro.

—También nuestra Rita acudiría en ayuda de su hermana.

El nombre que yo había estado esperando me privó del habla por un momento. La pobre y loca pecadora había salido precipitadamente hacia París, sin duda para llevar a cabo alguna fechoría. ¿Lo sabía yo? ¿No? ¿Y cómo iba a saber ella si yo lo sabía o no? ¡En fin! Yo, por así decirlo, acababa de marcharme cuando Rita, acompañada de su doncella, se presentó allí como si la casa todavía le perteneciera...

—¿Qué hora era? —conseguí preguntar, y con esas palabras forcé a mi propia vida a salir a través de mis labios. Pero Therese, sin advertir en mí nada extraño, dijo

que debían de ser las siete y media de la mañana. La «pobre pecadora» iba vestida de negro de la cabeza a los pies, igual que si fuera a la iglesia (salvo por su expresión, que habría bastado para dejar de piedra a cualquier persona honrada), y después de ordenarle, con terribles amenazas, que no permitiera que nadie supiera que estaba en la casa, subió precipitadamente las escaleras y se encerró con llave en mi habitación mientras «esa criatura francesa» (a quien, al parecer, «nuestra Rita» parecía querer más que a su propia hermana) entraba en mi cuarto de estar y se escondía detrás de las cortinas.

Yo me había recobrado ya lo suficiente para preguntar, con voz bastante natural, si doña Rita y el capitán Blunt se habían visto. Al parecer, esto no había sucedido. El educado capitán tenía un semblante tan serio mientras hacía las maletas que Therese ni siquiera se atrevió a dirigirle la palabra. Por lo demás, también él llevaba prisa. Tenía que despedir a su querida madre, que se marchaba a París, antes de su propia partida. Muy serio. Pero le estrechó la mano con una bonita reverencia.

Therese levantó la mano derecha para que yo la viera. Era ancha y corta y tenía los dedos regordetes, como siempre. El apretón de manos del capitán Blunt no había alterado su poco agraciada forma.

—¿De qué habría servido decirle que nuestra Rita estaba aquí? —prosiguió Therese—. Me habría dado vergüenza verla entrar en esta habitación y comportarse como si la casa fuera suya. Yo ya había rezado por ese caballero tan valiente en la misa de las seis y media. Esa doncella de mi hermana Rita estaba en el piso de arriba, vigilando cómo se marchaba con sus ojos de demonio, pero yo, mi querido y joven *monsieur*, hice la señal de la cruz al fiacre y luego subí y llamé a la puerta de su habitación y le dije a gritos a Rita que no tenía ningún derecho a encerrarse con llave en ninguna de las habitaciones de mis huéspedes. Por fin abrió la puerta y, ¿qué cree que pasó?, pues que se había soltado la melena. Supongo que se soltó en cuanto tiró el sombrero sobre la cama. En cuanto llegó me di cuenta de que no estaba bien peinada. Empleó sus cepillos para peinarse otra vez delante de su espejo.

—Espere un momento —dije, y me puse en pie de un salto, derramando el vino por subir a mi habitación tan rápido como pude. Encendí todas las lámparas de la habitación, la tres que había en el centro de la habitación, la de la mesilla y las dos que flanqueaban el tocador. Me dominaba la salvaje esperanza de encontrar alguna huella de la presencia de Rita, una señal de su paso. Abrí todos los cajones con violencia, pensando que tal vez hubiera escondido algún trozo de papel, una nota. Era una locura. Por supuesto, no existía la menor posibilidad, Therese se habría ocupado de ello. Repasé uno por uno todos los objetos del tocador. Al poner las manos en los cepillos me emocioné profundamente y con los ojos bañados en lágrimas los examiné meticulosamente con la renovada esperanza de encontrar enredado en sus cerdas y gracias a una suerte milagrosa uno de los cabellos castaños de Rita. Pero Therese tenía que haber acabado también con esta posibilidad. No había nada que encontrar, aunque los sostuve contra la luz conteniendo el aliento. Estaba escrito que ni siquiera

esa huella de su paso por la tierra habría de conservar yo, no para ayudarme, sino, como si esto fuera posible, para serenar mi recuerdo. Encendí un cigarrillo y bajé despacio. Mi desgracia se aturdió, como la tristeza de quienes penan por los muertos se aturde con la abrumadora sensación de que todo ha terminado, que una parte de ellos mismos se ha perdido más allá del recuerdo, llevándose con ella todo el sabor de la vida.

Therese seguía en el mismo lugar en que la había dejado, con las manos cruzadas y frente a mi silla, ante la cual el vino derramado había empapado una gran parte del mantel. No se había movido. Ni siquiera había levantado el vaso. Pero, en cuanto aparecí, comenzó a hablar con un tono muy obsequioso.

—Si echa algo a faltar, mi querido y joven *monsieur*, no crea que he sido yo. No sabe usted cómo es nuestra Rita.

—Quiera Dios —dije— que se haya llevado algo.

Y, de nuevo, me vi preso de una inmensa agitación, como si fuera mi destino estar eternamente muriendo y reviviendo la lacerante realidad de su existencia. ¿Y si se había llevado algo, cualquier cosa, algún objeto pequeño? Pensé de repente en una fosforera de porcelana de Renania. Sí, tal vez fuera eso. No recordaba haberlo visto. Quería asegurarme cuanto antes. Cuanto antes. Pero me ordené seguir sentado.

—Y eso que es muy rica —dijo Therese—. Ni siquiera usted, pese a su amable y generoso corazón, puede hacer nada por nuestra Rita. Ningún hombre puede hacer nada por ella salvo uno, quizá, pero ella está tan mal dispuesta contra él que ni siquiera quiere verlo, pese a que, en la bondad de su comprensivo corazón, él estaría dispuesto a ofrecerle su mano. Es su mala conciencia lo que le da miedo. Él, ese hombre amable y caritativo, la ama más que a su vida.

—Se refiere a un canalla que, según tengo entendido, persigue a doña Rita en París. Escuche, *mademoiselle* Therese, si sabe usted dónde para, lo mejor que puede hacer es decirle que tenga cuidado. Creo que también él está involucrado en la intriga carlista. ¿No sabe usted que cualquier día su hermana puede conseguir que la policía lo encierre o lo expulse?

Therese suspiró profundamente y puso cara de afligida virtud.

—Oh, qué dureza de corazón. Quiso hacerse la tierna conmigo. Es horrible. Yo le dije: «Rita, ¿has vendido tu alma al diablo?». Y ella respondió como un demonio: «¡A cambio de la felicidad! ¡Ja, ja, ja!». Se dejó caer en el sofá de su habitación y se rió a carcajadas, como si le estuviera haciendo cosquillas, y golpeaba el suelo con los tacones. Está poseída. Oh, mi querido e inocente y joven *monsieur*, en su vida ha visto usted algo así. Esa chica malvada que la atiende entró precipitadamente y le puso un frasquito en la nariz, pero yo había decidido salir corriendo a buscar al sacerdote de la iglesia adonde voy a misa. Es un hombre estupendo, muy firme y severo. Pero esa criatura falsa y embustera (estoy segura de que se pasa el día robando a nuestra Rita, de la mañana a la noche) habló con nuestra Rita en voz muy baja y consiguió tranquilizarla. No sé qué le dijo. Tiene que haberse aliado con el

diablo. Y entonces me pidió que bajase y le preparase una taza de chocolate a su *madame*. *Madame*, es decir, nuestra Rita. ¡*Madame!* Al parecer, se marchaban directamente a París y su *madame* no había comido nada desde la mañana del día anterior. ¡Imagínese, yo, recibiendo la orden de preparar un chocolate para nuestra Rita! Pero la pobre parecía tan agotada y pálida que se lo preparé. ¡Ah! Cuando quiere, el diablo te puede dar una buena sacudida.

A Therese se le escapó otro largo suspiro y, alzando los ojos, me miró con gran atención. Yo mantuve una expresión inescrutable porque quería oír todo lo que tenía que decirme de Rita. Con la mayor ansiedad observé cómo su rostro adoptaba una expresión alegre.

—¿Así que doña Rita se ha ido a París? —pregunté sin darle mayor importancia.

—Sí, mi querido *monsieur*. Creo que, desde aquí, se dirigió directamente a la estación. Nada más levantarse del sofá apenas podía tenerse en pie. Antes, mientras bebía el chocolate que le preparé, intenté que firmase un papel cediéndome la casa, pero se limitó a cerrar los ojos y a suplicarme que intentase portarme como una buena hermana y la dejase en paz durante media hora. Estaba ahí tendida como si no fuera a sobrevivir ni un solo día. Siempre me ha odiado.

—No tenía por qué importunarla —dije yo, con acritud—. Si no hubiera sobrevivido ni un solo día, usted estaría en posesión de esta casa y de todo lo demás. Un bocado más grande del que su voraz garganta puede tragar, *mademoiselle* Therese.

A continuación, añadí algunas otras cosas para indicar cuánto me asqueaba su rapacidad, pero todo salió muy mal, porque no fui capaz de encontrar palabras lo bastante fuertes para expresar lo que de verdad pensaba. Pero en realidad no importó, y es que no creo que Therese me estuviera prestando atención. Parecía sumida en la perplejidad.

—¿Qué quiere decir, mi querido *monsieur*? ¿Todo para mí sin ningún tipo de documento?

—Sí —repose con sequedad, distrayéndola de su asombro. Therese creía en mi sinceridad, me creía sin reservas excepto cuando le decía la verdad sobre ella misma, sin rodeos en este caso; entonces se me quedaba mirando con una sonrisa tímida y hueca, como si la estuviera abrumando con cumplidos. Esperé a que prosiguiera con aquel cuento horrible, pero, al parecer, había encontrado algo en que pensar y el torrente se detuvo. Suspiró de nuevo y murmuró:

—En ese caso, si no hace falta ningún papel, la ley puede ser justa. Al fin y al cabo, soy su hermana.

—Algo muy difícil de creer... a simple vista —dije, con brusquedad.

—Ah, pero es que puedo demostrarlo. Hay documentos.

Tras esta declaración, empezó a quitar la mesa.

No me sorprendió saber que doña Rita se había marchado a París. No necesité preguntarme por qué se había ido. Ni siquiera me pregunté si habría abandonado la



Villa del Prado, que había alquilado, para siempre. Más tarde, por una nueva conversación con Therese, supe que había cedido su usufructo a los partidarios de la causa carlista y que un cónsul no oficial, una especie de agente carlista, o bien estaba a punto de alojarse allí o bien ya había tomado posesión. La propia Rita le contó esto antes de su partida en la agitada mañana que pasó en la casa —en mis habitaciones—. Un examen más detallado demostró que no me faltaba nada, ni siquiera la maldita fosforera que tanto deseaba yo que se hubiera llevado y que apareció en un cajón después de que yo, encantado de hacerlo, la hubiese dado por perdida. Fue un doloroso revés. ¡Al menos eso sí podría habérselo llevado! Ella sabía que yo solía llevar encima esa fosforera siempre que estaba en tierra. ¡Podría habérsela llevado! Al parecer, tenía intención de no conservar el menor vínculo y, sin embargo, pasó mucho tiempo antes de que yo dejara de revisar y volver a revisar todos los rincones de todos los lugares y objetos posibles en busca de algo que pudiera haberme dejado a propósito. Se convirtió en una manía semejante a la de esas mentes perturbadas que se pasan la vida buscando un tesoro. Yo ansiaba encontrar una horquilla olvidada, el pequeño trozo de un lazo. Algunas noches me decía que tales esperanzas no eran más que una insensatez, pero recuerdo que en cierta ocasión me levanté a las dos de la noche para rebuscar en una cajita de cartón que guardaba en el baño y en la que, acababa de darme cuenta, no había mirado todavía. Por supuesto, estaba vacía. Por lo demás, era imposible que Rita conociera su existencia. Volví a la cama temblando violentamente, aunque la noche era calurosa, y con la convicción de que aquella manía acabaría por volverme loco. «Esa clase de cosa» ya no iba a matarme. La atmósfera moral de aquella tortura era distinta. Me volvería loco. La idea me daba escalofríos porque anteriormente había visitado un famoso asilo para lunáticos en el que me habían enseñado a un pobre desgraciado que, al parecer, se había vuelto loco porque creía que una mujer le había engañado de forma abominable. Me dijeron que su dolencia era mayormente imaginaria. El loco en cuestión era un hombre joven de barba fina y bonita, que se acurrucaba en el borde de su cama, abrazándose con tristeza, y su incesante y lamentable aullido se oía en todo un largo y desnudo pasillo, sacudiendo el corazón con un escalofrío mucho antes de que uno llegara a la puerta de su celda.

Y no había nadie de quien pudiera oír, a quien pudiera hablar, con quien pudiera evocar la imagen de Rita. Por supuesto podía nombrar esa palabra de cuatro letras a Therese, pero, por alguna razón, a Therese se le metió en la cabeza que quería evitar todo lo que guardara relación con su hermana. Me veía capaz de tirar a grandes puñados de sus cabellos, que llevaba modestamente recogidos bajo su pañuelo negro, cuyas puntas llevaba a veces atadas en la barbilla. Pero, en realidad, no podría haberle dado ninguna excusa inteligible para aquel ultraje. Además, estaba muy atareada, porque se ocupaba de la casa desde el tejado hasta el sótano, y es que insistía en cuidar del lugar sola. Le resultaba imposible hacerse a la idea de compartir unos pocos francos con una criada todos los meses. Por otro lado, me daba la impresión de

que yo ya no era su favorito, lo cual, aunque resulte extraño, también resultaba exasperante. Era como si alguna idea, alguna noción provechosa hubiera matado en ella las emociones más amables y humanas. Se paseaba por la casa con escobas y cepillos, con aire gazmoño y pensativo.

El hombre que hasta cierto punto ocupó mi lugar en el favor de Therese era el padre de las bailarinas que se alojaban en la planta de abajo. Con sombrero de copa y un sobretodo azul oscuro, permitía que Therese, que tenía con él charlas interminables con la mirada gacha, le acorralase en el vestíbulo. Le sonreía con gravedad mientras procuraba abrirse paso hacia la puerta. Imagino que no concedía un gran valor a los favores de Therese.

En aquella ocasión, nuestra estancia en el puerto se prolongó, y yo me quedaba en el interior de la casa como si fuera un inválido. Una noche invité al padre de las bailarinas a que viniera al estudio para beber y fumar un rato. Aceptó sin mayores obstáculos y llevó con él su pipa de madera. Por lo demás, charlar con aquel hombre de voz agradable fue muy entretenido. Resultaba imposible decir si era una persona poco corriente o simplemente un rufián, pero en cualquier caso, su barba blanca le confería un aspecto venerable. Naturalmente, no podía concederme mucha atención, porque debía vigilar estrechamente a sus hijas y a sus admiradores. No es que las muchachas fueran excesivamente frívolas, sino que, por ser muy jóvenes, carecían de experiencia. Eran criaturas amables de voz agradable y jovial, y su padre se dedicaba a ellas por entero. Era un hombre fornido, rubicundo y con las sienes plateadas, que se rizaban sobre sus orejas y bajo su calva. Parecía un apóstol *barocco*. Yo tenía idea de que había tenido un pasado escabroso y había combatido en su juventud. Los admiradores de las dos chicas le tenían un enorme respeto, sin duda por instinto, porque él observaba con ellos una actitud cordial y en algunos casos obsequiosa, aunque siempre con cierto brillo truculento en la mirada que les impulsaba a detenerse en todo menos en su generosidad, que las chicas siempre alentaban. A veces me pregunto si aquellas dos criaturas despreocupadas, alegres y trabajadoras comprendían la secreta belleza moral de la situación.

Mi verdadera compañía era el maniquí del fondo del estudio, lo cual no resultaba precisamente halagüeño. Tras tomar posesión del estudio, lo había levantado suavemente, limpiado de polvo sus miembros destrozados y su insensible torso de madera, y, a continuación, lo había dejado en un rincón en el que pareció adoptar una actitud de tímida vergüenza. Yo conocía su historia. No era un maniquí ordinario. Un día, hablando con ella sobre su hermana, yo había dicho a doña Rita que pensaba que Therese lo había derribado a propósito con una escoba y se había reído mucho. El gesto, me dijo, era un ejemplo de desagrado por instinto. El maniquí lo habían hecho a medida años antes. Tuvo que lucir durante días y días el atuendo imperial de Bizancio, que la propia doña Rita tan sólo se puso una o dos veces, y es que, por supuesto, los pliegues y las arrugas debían conservarse como en el primer boceto. Doña Rita describió, divertida, de qué modo tuvo que estar de pie en el centro de la

habitación mientras Rose se paseaba a su alrededor con una cinta métrica anotando medidas en una hoja de papel que acto seguido enviaron al artesano, quien devolvió esa hoja con una nota en la que manifestaba su enfado afirmando que tales proporciones eran imposibles en una mujer. Al parecer, Rose las había mezclado, por lo que hubo de pasar algún tiempo antes de que el maniquí estuviera terminado y, en una gran cesta, lo enviaran al Pabellón, donde adoptó los ropajes y la hierática actitud de una emperatriz bizantina. Más tarde, lució con la misma paciencia el maravilloso sombrero de *Niña con sombrero*, aunque ni siquiera doña Rita sabía cómo llegó el pobre muñeco a Marsella, por lo demás, ya sin su cabeza de nabo. Probablemente llegara junto con los ropajes en cuestión y algunos brocados preciosos que ella misma había enviado desde París. El conocimiento de su origen, el desprecio que le tenía el capitán Blunt y el profundo desagrado que por él sentía Therese investían aquella reproducción sumaria de cierto encanto, contribuían a que yo lo viera como una débil y miserable reproducción del original, menos artificial que una fotografía, menos preciso también. En realidad, no se puede explicar, pero lo cierto es que yo lo miraba con actitud positiva y amistosa, como si se hubiera tratado de un leal asistente personal de Rita. Incluso logré advertir en él cierta gracia, si bien no llegué al extremo de dirigirme a él, en su rincón, desde el que acechaba tímidamente, o de arrastrarlo fuera de allí para contemplarlo. Lo dejé en paz. No estaba loco. Tan sólo convencido de que, muy pronto, acabaría por estarlo.

## II

**P**ese a mi misantropía tuve que entrevistarme con algunas personas a causa de mis relaciones con los realistas, a las que no podía ni quería renunciar. Eran mi excusa para permanecer en Europa, la cual, sin saber muy bien por qué, no tenía fuerza de ánimo suficiente para abandonar a fin de dirigirme a las Indias Occidentales o a cualquier otra parte. Por otro lado, mi arriesgada aventura me mantenía en contacto con el mar, donde encontraba ocupación, protección, consuelo, el alivio de batallar con problemas concretos, la cordura que se adquiere del estrecho contacto con los hombres sencillos, la pequeña confianza en uno mismo nacida del trato con las fuerzas elementales de la naturaleza. No podía decir adiós a todo eso. Además, todo eso estaba relacionado con doña Rita. En realidad, podría decirse que todo lo había recibido de su mano, de esa mano cuyo apretón era tan franco como el de un hombre y además proporcionaba una sensación única. Su recuerdo me sacudía como un estremecimiento de calor. Sobre esa mano iniciamos la costumbre de discutir, con la irritabilidad de quienes sufren algún dolor sordo y sin embargo no son del todo conscientes de su enfermedad. El propio espíritu de Rita sobrevolaba las aguas turbulentas del legitimismo. Pero en cuanto al sonido de las cuatro letras mágicas de

su nombre, no era muy probable que yo lo escuchase derramarse dulcemente en mi oído. Por ejemplo, la distinguida figura del mundo de las finanzas con quien tuve que reunirme varias veces hablaba de la irresistible inductora del poder que reinaba sobre mi corazón y mi cabeza, a la propietaria de aquel rostro misterioso e inolvidable que tenía la brillantez del sol y el insondable esplendor de la noche, y la llamaba *madame* de Lastaola. Ése era el nombre que aquel hombre acerado y gris daba al mayor misterio del universo. Cuando pronunciaba ese nombre adquirido, aquel hombre ponía gesto solemne y reservado, como si tuviera miedo de que yo me atreviera a sonreír, o de que él mismo se aventurase a hacerlo, y la sagrada formalidad de nuestras relaciones pudiera destruirse sin posibilidad de enmienda.

Se refería en un tono deliberadamente grave a los deseos, planes, actividades, instrucciones y movimientos de *madame* de Lastaola, o cogiendo una carta de la papelera que suele estar junto a los escritorios de las personas como él, la repasaba para refrescar la memoria; y, mientras la simple visión del texto manuscrito de doña Rita bastaba para que se me secasen los labios, me preguntaba con voz exangüe si por casualidad tenía yo «últimamente comunicación directa con, hum, París». Y había otra circunstancia exasperante relacionada con aquellas visitas. Me trataba como a una persona seria y con una clara visión de ciertas circunstancias, pero en aquellos instantes yo no podía ver nada salvo, sobre la pared que tenía a sus espaldas, abundante y empañado, fantasmal y adorable, una masa de cabellos castaños en la que parecían enredarse chispas ardientes. Otra molestia era la atmósfera realista, legitimista, que invadía la estancia, delgada como el aire, intangible, como si para aquel hombre no hubiera existido jamás ningún legitimista de carne y hueso salvo quizá yo mismo. Él, por supuesto, no era más que un banquero, un muy distinguido, muy influyente y muy impecable banquero. Además, insistía en deferir en mi buen juicio y sentido con un hincapié excesivo en su perpetua sorpresa ante mi juventud. Aunque me había visto muchas veces (yo incluso conocía a su esposa), no conseguía superar el dato de mi edad. Por su parte, había nacido a los cincuenta años, completo, con todo, con sus bigotes gris acero y sus ojos biliosos, que tenía la costumbre de cerrar frecuentemente durante una conversación.

—A propósito, el marqués de Villarel pasará aquí algún tiempo —me dijo en cierta ocasión—. Preguntó por usted la última vez que llamó. ¿Me permite que le diga que está usted en la ciudad?

No respondí nada. El marqués de Villarel era el don Rafael de la historia de doña Rita. ¿Qué tenía yo que ver con un grande de España? Y, para el caso, ¿qué tenía que ver ella, la mujer de todas las épocas, con todos los disfraces espléndidos o canallescós que adopta el polvo humano? Pero todo eso pertenecía al pasado, cuando yo era agudamente consciente de que, para mí, no había presente ni futuro, nada sino un dolor hueco, una vana pasión encerrada en mi pecho ante la cual yo tenía ilusión de solitaria grandeza, con mi desgraciada cabeza elevada hacia las estrellas. Pero cuando me decidí (cosa que hice rápidamente, para acabar cuanto antes) a llamar a la

esposa del banquero, casi lo primero que me dijo fue que el marqués de Villarel estaba «entre nosotros». Lo dijo jovialmente. Si en el despacho de su marido en el banco el legitimismo no era más que un principio despoblado, en su salón, el legitimismo no eran sino los legitimistas.

—*Il m'a causé beaucoup de vous*<sup>[37]</sup> —dijo como si fuera una ocurrencia destinada a que yo me sintiera orgulloso.

Yo me escabullí. No podía creer que el grande de España le hubiera hablado de mí. Yo nunca me había sentido parte de la gran empresa realista. Confieso que todo me resultaba indiferente, que estaba profundamente desmoralizado, que, después de meterme en aquel salón, no tuve fuerzas para salir pese a que me di perfecta cuenta de que mi voluble anfitriona iba de una a otra de sus amistades.

—¡Mirad, ahí, en ese rincón, ése es el célebre *monsieur* George! —les decía, con un pequeño gesto. Hasta que por fin me señaló acercándose vivazmente y sentándose a mi lado y entrando en éxtasis a propósito de «*ce cher monsieur* Mills» y del magnífico señor X, y, por último, con un odioso giro de los ojos y bajando la voz, me soltó el nombre de *madame* de Lastaola y me preguntó si yo era persona de confianza de una mujer tan asombrosa.

—*Vous devez bien regretter son départ pour Paris*<sup>[38]</sup> —susurró, mirando su abanico con afectada timidez... De qué modo salí de aquel lugar lo desconozco. Había por allí una escalera. No me caí de cabeza, de eso sí estoy seguro. Y también recuerdo que me paseé un buen rato junto a la orilla del mar y regresé a la calle de los Cónsules muy tarde, pasando por el Prado, donde dirigí una mirada temerosa a la Villa, en la que no se veía luz alguna pese al escaso follaje.

Pasé el día siguiente a bordo de nuestra pequeña nave con Dominic, observando a los estibadores que trabajaban en el muelle. Por cómo se tomaban su trabajo podía deducirse que aquellos hombres estaban completamente cuerdos. Durante la mañana y la tarde, la compañía de mi tripulación me resultó refrescante. Dominic se dedicó a sus asuntos y a su actitud taciturna añadió la ironía y la acidez.

—¡Eh, *signorino*, por fin! —me saludó a voz en grito *madame* Léonore en cuanto aparecí por el café, y se sentó por un momento frente a mí tras servirme algo de beber. El brillo de sus negros ojos me resultó difícil de soportar. Aquel hombre y aquella mujer sabían algo. ¿Qué sabían? Al marcharme, ella apretó mi mano de manera muy significativa. ¿Qué pretendía con eso? En cualquier caso, estas manifestaciones no me ofendían. Las almas que latían en el pecho de aquellos dos no eran volubles como vejigas hinchadas y ligeramente perfumadas. Ni eran sus pieles impermeables, como suele ser norma en el mundo refinado, que únicamente se esfuerza por medrar. De algún modo habían percibido que tenía algún problema y, fuera cual fuese la impresión que pudieran haberse formado, yo tenía la certeza de que en ningún caso esbozarían sonrisas a mis expensas.

Aquel día, al regresar a casa, me encontré con que Therese me estaba buscando, algo que ya no resultaba muy frecuente. Me entregó una tarjeta con el nombre del

marqués de Villarel.

—¿Cómo ha llegado esto hasta aquí? —pregunté. Therese abrió del todo el grifo de su volubilidad y no me sorprendió saber que el grande no había llevado a cabo la extraordinaria tarea de ir a buscarme en persona. La nota la había entregado un joven caballero. Un joven y espléndido caballero, precisó Therese con esa forma de hablar suya tan pía y morbosa. Un caballero no muy alto, de cutis muy suave (aquella mujer era incorregible) y con un bigotito negro y fino. Therese estaba segura de que no podía ser otro que un oficial *de las filas legítimas*. Con esa idea en el cabeza, ella le había preguntado por ese otro modelo de refinamiento y elegancia, el capitán Blunt. Para su enorme sorpresa, el joven y encantador caballero de hermosos ojos jamás había oído hablar de Blunt. Por el contrario, pareció muy interesado en cuanto le rodeaba, observó bien el vestíbulo, del que advirtió la cara madera de la puerta, prestó cierta atención a la estatuilla de plata situada al pie de las escaleras, la que servía de pie al quemador defectuoso, y, finalmente, preguntó si aquélla era en verdad la casa de su excelencia la señora doña Rita de Lastaola. La pregunta hirió como un cuchillo a Therese, quien, sin embargo, respondió con gran presencia de ánimo que no tenía noticia de ninguna excelencia y que, por el contrario, aquella casa era de su propiedad, porque, explicó, su propia hermana se la había regalado. Al escuchar esto, el joven caballero quedó a un tiempo perplejo y enfadado, giró sobre sus talones y volvió a subir a su fiacre. ¿Por qué iba nadie a enfadarse con una pobre chica que no había hecho nada reprehensible en toda su vida?

—Supongo que nuestra Rita va por ahí contando mentiras horribles sobre su propia hermana —dijo Therese con un profundo suspiro (tenía en repertorio suspiros de diversos tipos, aquél fue de los abatidos) y añadió, reflexivamente—: Pecado sobre pecado, iniquidad sobre iniquidad. Y cuanto más vive, peor se vuelve. Más le valdría estar muerta.

Dije a «*mademoiselle* Therese» que me resultaba verdaderamente imposible saber qué era en mayor proporción, si estúpida o atroz, pero, en realidad, sus palabras no me sorprendieron. En Therese, aquellas salidas de tono no significaban nada. Uno acababa por acostumbrarse a ellas. No eran otra cosa que la expresión de su rapacidad y rectitud, de modo que, al final, nuestra conversación acabó con mi siguiente pregunta: ¿había algo de cena para mí?

—Qué sentido tiene que le prepare la cena, mi querido y joven *monsieur* —me dijo, con ternura—. Come usted como un pajarito. Mejor le ahorro el dinero.

Muestra de la naturaleza supraterrrenal de mi desgracia fue que me sorprendiera tanto la opinión de Therese a propósito de mi apetito. Tal vez tuviera razón. La verdad es que no lo sé. La miré a los ojos y, finalmente, admitió que, en efecto, la cena estaría lista en unos momentos.

Por el contrario, el joven caballero recién aparecido en el horizonte de Therese no me sorprendió gran cosa. Villarel viajaba con una especie de séquito, con al menos un par de secretarios. Yo había oído hablar lo suficiente del cuartel general carlista para

saber que aquel hombre había sido (y que, muy probablemente, todavía era) capitán general de la guardia real y que tenía una gran influencia política en la corte. La tarjeta no era, en su modalidad social, más que la orden de que me presentase ante el grande. Ningún realista convencido, y eso debí de parecerle yo, habría confundido su significado. Me metí la tarjeta en el bolsillo y después de cenar, o de no cenar —la verdad es que no me acuerdo—, pasé el resto de la tarde fumando en el estudio, persiguiendo pensamientos tiernos y tristes, fantasías exaltadas y crueles. De vez en cuando miraba al maniquí. Incluso me levanté una vez del sofá sobre el que me había retorcido como un gusano y me acerqué a él como con intención de tocarlo, pero me contuve, no por repentina vergüenza sino por pura desesperación. En cierto momento, entró Therese. Ya era tarde y, supongo, se iba a dormir. Estaba alegre y parecía la viva imagen de la rústica inocencia. Me propuso un acertijo que comenzaba así:

—Si nuestra Rita muriese antes de no mucho tiempo...

No siguió porque yo me puse en pie de un brinco y la asusté diciendo:

—¿Está enferma? ¿Qué ha ocurrido? ¿Ha recibido usted alguna carta?

En efecto, había recibido una carta. No le pedí que me la enseñase, pero me atrevo a afirmar que lo hubiera hecho. Para mí, ya nada tenía sentido, o, al menos, ningún sentido que importase. Pero, al menos aparentemente, gracias a mi interrupción, Therese había olvidado su siniestro acertijo. Por un instante fijó en mí sus ojos, vivos pero poco inteligentes, para, a continuación, con el necio comentario de la justicia de la ley, abandonarme en medio de los horrores del estudio. Creo que me quedé dormido allí mismo de puro agotamiento. Luego, en plena noche, me desperté muerto de frío y completamente a oscuras. Aquello sí que era un horror. Me arrastré como pude hasta el piso de arriba, hasta mi cama, pasando junto a la infatigable estatuilla que sostenía aquella lámpara miserable. El vestíbulo de suelo ajedrezado parecía una casa de hielo.

La consideración que principalmente me impulsó a responder a la convocatoria del marqués de Villarel fue el hecho de que, después de todo, yo era un descubrimiento de doña Rita, su propio recluta. Había sido ella, nadie más, quien había garantizado mi lealtad y perseverancia. Yo no podía soportar la idea de que la criticase todo charlatán de cabeza hueca adscrito a la Causa. Y como, aparte de esto, nada me importaba demasiado, ¿por qué iba yo a pasar por alto aquella cita?

Pero, al parecer, yo no había sopesado lo suficiente las consecuencias de aquel paso. En primer lugar, ver la Villa, deteriorada y jovial bajo la luz del sol (pero en la que ella ya no estaba), resultó para mí tan perturbador que, antes de llegar a la verja, estuve a punto de dar media vuelta. Luego, cuando, después de muchas vacilaciones, me decidí a entrar —me dejó pasar el hombre del delantal de paño verde, que me reconoció al instante— la idea de pisar aquella sala de la que ella se había marchado tan definitivamente como si hubiera muerto, me produjo tanta emoción que tuve que apoyarme por unos instantes en la mesa del vestíbulo y esperar a que el momento de debilidad pasase. Luego, me irritó como una traición que el hombre del delantal de

pañó, en lugar de conducirme al comedor pompeyano, cruzase el vestíbulo hacia otra estancia que nada tenía de estilo pompeyano (era más bien estilo Luis XV; la Villa era como una *Salade Russe* de estilos) y me diera paso a una sala grande y soleada con mobiliario moderno. El retrato *en pied* de un oficial de uniforme azul celeste colgaba en la pared opuesta. El oficial tenía la cabeza pequeña, barba negra rasurada en cuadrado, era fornido y se apoyaba con las manos enguantadas en la sencilla empuñadura de una espada recta. El cuadro, muy llamativo, estaba colocado sobre un enorme escritorio de ébano frente al que había un amplio sillón de terciopelo verde y respaldo muy alto. Pensé que me habían hecho pasar a una estancia vacía hasta que, al otro extremo de una alfombra extraordinariamente llamativa, divisé, asomando por debajo del sillón, un par de pies.

Avancé hacia el sillón hasta descubrir a un hombre de corta estatura que, hundido en el terciopelo verde, no hizo el menor movimiento ni emitió el más leve sonido hasta que yo entré en su campo de visión. Modificó su postura lentamente y dejó descansar sobre mi rostro sus ojos huecos, negros y serenamente ardientes, a fin de someterme a un prolongado escrutinio. Detecté un aire conminatorio en su semblante amarillento y consumido, si bien ahora creo que simplemente se quedó perplejo al comprobar mi juventud. Yo hice una acusada reverencia y él extendió una mano pequeña y magra.

—Coja una silla, don Jorge.

Era diminuto, frágil y delgado, pero su voz carecía de languidez, pese a que hablaba en un tono ligeramente por encima del susurro. Tal era el envoltorio y la voz del alma fanática del gran maestro de ceremonias y capitán general de la guardia del cuartel general de la corte legitimista, destacado en aquellos momentos en misión especial. Era todo lealtad, inflexibilidad y sombría convicción, si bien, como algunos grandes santos, tenía poco cuerpo en que albergar tantos méritos.

—Es usted muy joven —dijo, para empezar—. Los asuntos que deseo comentar con usted son muy importantes.

—Tenía la impresión de que Su Excelencia deseaba verme cuanto antes, pero si Su Excelencia lo prefiere, puedo volver, digamos, dentro de siete años. Es posible que entonces sea lo suficientemente mayor para hablar de asuntos importantes.

No movió mano ni pie y ni siquiera el temblor de un párpado me demostró que había oído mi chocante e impropia réplica.

—Vino usted recomendado por una dama noble y leal en quien Su Majestad, a quien Dios guarde, tiene depositada toda su confianza. Dios la compensará como merece y a usted también, señor, de acuerdo con la buena disposición que ha demostrado en esta gran tarea que cuenta con la bendición —al decir esto, se persignó— de nuestra Santa Madre Iglesia.

—Supongo que Su Excelencia comprende que con todo esto yo no busco recompensa de ninguna clase.

Al decir yo esto, el marqués hizo una mueca muy leve, casi etérea.



—Yo me refería a la bendición espiritual que recompensa el servicio a la religión y de la que su alma obtendrá un gran beneficio —explicó, con ligera acritud—. Lo demás se comprende perfectamente y su lealtad se da por sentada. Su Majestad, a quien Dios guarde, ha tenido ya el gusto de manifestar, mediante una carta escrita de su propia mano y enviada a la muy noble y leal doña Rita, su satisfacción por los servicios que usted ha prestado.

Quizá esperaba que yo agradeciera esta noticia de algún modo: con alguna reverencia, de palabra, lo que fuera, porque a mi inmovilidad respondió removiéndose ligeramente en su asiento, lo cual no era más que una demostración de impaciencia.

—Me temo, señor, que se ha contagiado usted del espíritu burlón e irreverente que tan extendido se halla en este desgraciado país que es Francia y en el que, según tengo entendido, tanto usted como yo somos extranjeros. ¿Pertenece usted a ese tipo de jóvenes?

—Soy un contrabandista excelente, Su Excelencia —respondí, tranquilamente.

El marqués, con gesto muy serio, bajó la cabeza.

—Somos conscientes de ello. Pero yo investigaba los motivos, que deberían originarse únicamente en la religión.

—Con toda franqueza, he de confesarle que no he reflexionado acerca de mis motivos —dije—. Me basta saber que no son deshonorosos y que cualquiera puede darse cuenta de que no son los motivos de un aventurero en busca de una sórdida ganancia.

Había escuchado con paciencia y cuando comprobó que yo no iba a añadir nada más, acabó la discusión.

—Señor, todos deberíamos reflexionar sobre nuestros motivos. Es saludable para nuestra conciencia y lo recomienda —se persignó— la Santa Madre Iglesia. Tengo aquí algunas cartas de París sobre las cuales me gustaría que usted aplicase su joven sagacidad, de la que tan bien nos ha hablado la muy leal doña Rita.

El sonido de ese nombre en sus labios resultaba sencillamente odioso. Por mi parte, estaba convencido de que aquel hombre amante de las formalidades y las ceremonias y fanático del legitimismo carecía de corazón. Es posible que él sí hubiera reflexionado sobre sus motivos, pero a mí me daba la impresión de que su conciencia no podía ser más que algo monstruoso que muy pocas acciones podían perturbar de forma apreciable. Sin embargo, y tan sólo a causa de doña Rita, no quise privarle de mi joven sagacidad. Lo que de ella pensó lo desconozco. Por supuesto, los asuntos de los que hablamos no tenían que ver con la alta política, aunque desde el punto de vista de la guerra en el sur sí tenían bastante importancia. Estuvimos de acuerdo en ciertas cosas que había que hacer y, finalmente, siempre por consideración al buen nombre de doña Rita, me puse a disposición del marqués o de cualquier otro agente carlista que él tuviera a bien nombrar en su lugar, puesto que, me parecía, el propio marqués no permanecería en Marsella por mucho más tiempo. Se levantó de

su asiento con esfuerzo, como habría hecho un niño enfermo. La audiencia había terminado, pero él advirtió que yo desviaba la mirada hacia el cuadro y me dijo, con su manera de hablar tan mesurada y poco más que susurrada:

—Debo el placer de poseer esta obra admirable a las graciosas atenciones de *madame* de Lastaola, quien, conociendo mi afección a la real persona de mi señor, me la envió desde París a fin de darme la bienvenida a esta casa, que a su vez me cedió gracias también a su generosidad con la Causa del Rey. Por desgracia, también ella padece la epidemia que aqueja a esta edad irreverente e impía. Pero aún es joven. Es joven.

Pronunció estas últimas palabras con tono de amenaza, como si, de una forma sobrenatural, fuera consciente de desastres venideros. Por sus ojos ardientes, parecía la viva imagen de un inquisidor de cuerpo frágil y alma inconquistable. Pero, de pronto, cerró los párpados y la conversación concluyó de forma tan peculiar como había empezado, con una lenta inclinación de despedida y las siguientes palabras:

—*Adiós*, señor, que Dios le guarde del pecado.

### III

**H**e de decir que durante los tres meses siguientes me dediqué al comercio ilegal con una suerte de desesperación obstinada y sin remedio, como un hombre aceptablemente honrado que se diera a la bebida. La tarea se estaba volviendo peligrosa. Las bandas del sur no estaban bien organizadas, actuaban de acuerdo con un plan no muy definido y corrían el riesgo de que las atraparan. Los arreglos para el transporte de suministros se hacían añicos, nuestros amigos de la costa empezaban a tener miedo y, después de un día entero procurando que no nos vieran, no tenía ninguna gracia comprobar que en el lugar del desembarco no había nadie y tener que salir al mar otra vez con nuestra comprometedor carga y vernos obligados a merodear durante otra semana y a vigilar la costa, sin poder confiar en nadie y mirando con suspicacia todos los navíos con los que nos encontrábamos. En cierta ocasión nos tendieron una emboscada un grupo de «granujas carabineros», como los llamó Dominic, que se ocultaron entre unas rocas tras dejar, en la misma orilla, una reata de mulas bien a la vista. Por fortuna, a partir de ciertas evidencias que yo no pude comprender, Dominic detectó algo sospechoso. Quizá fuese a causa de ese sexto sentido del que están dotados todos los hombres nacidos para ocupaciones ilegales.

—Todo esto me huele a traición —dijo de pronto, dejando de remar. (Él y yo bogábamos a solas en un pequeño bote de reconocimiento). Por mi parte, nada pude oler y considero que, hablando en propiedad, aquel día escapamos de puro milagro. Sin duda, algún poder sobrenatural debió desviar hacia arriba los cañones de fusiles de los carabineros, porque erraron el tiro por varios metros. Como los carabineros

tienen fama de buenos tiradores, tras proferir terribles juramentos, Dominic adjudicó nuestra huida al particular ángel de la guarda que se ocupa de los caballeros jóvenes y locos. Dominic creía en los ángeles de una manera convencional, pero no afirmaba tener uno propio. Al cabo de poco tiempo, una noche, mientras navegábamos tranquilamente, nos encontramos de repente cerca de una pequeña embarcación de cabotaje que tampoco llevaba luces y que, sin previo aviso, nos soltó una andanada de fuego de fusil.

—*A plat ventre!*<sup>[39]</sup>

El poderoso e inspirado grito de Dominic, y también un inesperado balanceo a barlovento nos salvó la vida a todos. Nadie sufrió un rasguño. Tardamos un momento en cruzarnos y, al aliento de la brisa, que comenzó a soplar en esos instantes, pronto ganamos ventaja sobre los que intentaban seguirnos. Pero una hora más tarde, mientras escrutábamos la oscuridad codo con codo, oí decir algo a Dominic.

—*Le métier se gâte*<sup>[40]</sup> —masculló.

Yo también tenía la sensación de que el contrabando, si no venido definitivamente a pique, sí había visto ya sus mejores días. Pero no me importaba. En realidad, era para mi propósito mucho mejor, una influencia poderosa, como sucede con los licores más fuertes, que emborrachan más. Al fin y al cabo, una andanada en la oscuridad no era algo tan malo. Tan sólo un momento antes de recibirla, allí, en la serena noche del mar, plena de frescura y suaves susurros, yo había estado contemplando el encantador giro de una cabeza bajo su propia y tenue luz, el cabello castaño moteado de rojos destellos y recogido en la coronilla, sobre un cuello blanco, por una flecha de oro adornada con brillantes en la parte de las plumas y con brillos de rubí a lo largo del asta. Aquella joya, de la que, según recuerdo, yo solía afirmar, hablando con doña Rita, que era de una concepción muy filistea (hacía juego con un peine de carey), ocupaba un lugar exagerado en mi memoria y trataba de adquirir algún significado incluso en mis sueños. Soñaba a menudo con una doña Rita de blancos brazos, que brillaban en la oscuridad como los de una ninfa, que estaba rodeada de vegetación y elevaba un brazo bien torneado y perfecto para coger una flecha de oro con la mano y tirármela como un dardo. La venía venir, zumbando y dejando un rastro de luz, pero siempre me despertaba antes de que hiciera blanco en mí. Siempre, invariablemente. Jamás había oportunidad de que me hiriera. Era mucho más probable que lo hiciera una andanada de armas de pequeño calibre. Algún día... o alguna noche.

Finalmente, llegó el día en que lo perdí todo. El pequeño barco, maltrecho y hundido como el único juguete de un niño solitario, el propio mar, que lo había permitido, arrastrándome hacia la costa tras un naufragio que en lugar del de una lucha justa dejó en mí el recuerdo de un suicidio. Se llevó cuanto había en mí de vida independiente, pero no consiguió arrancarme del mundo, que, en realidad, en aquel entonces más me pareció Otro Mundo, adecuado únicamente para pecadores

impenitentes. Incluso Dominic me falló. Su entidad moral quedó destruida por lo que para él supuso el trágico final de nuestra común empresa. Todo sucedió con la escandalosa rapidez de un aplauso atronador, y, una noche, me vi agotado, abatido, perplejo y, tras muchas aventuras a cual más desagradable, asombrado de entrar en Marsella por tren y tras haber sufrido privaciones, grandes esfuerzos y muchas dificultades con toda suerte de personas que me veían más como un vergonzoso vagabundo que merecía la atención de los gendarmes que como un respetable (aunque loco) y joven caballero atendido por su personal ángel de la guarda. He de confesar que me escabullí de la estación rehuyendo su intensa iluminación como si el fracaso me hubiera convertido en un marginado. No tenía dinero en el bolsillo. Ni siquiera tenía el palo y el hato de un trotamundos indigente. Iba sin afeitarse y sin lavar, y mi corazón desfallecía. Mi ropa estaba en tal estado que no me atreví a acercarme a la fila de fiacres, en la que, en realidad, tan sólo vi dos, uno de los cuales echó a rodar en cuanto me vio. El otro se lo dejé a un afortunado. Ya no creía en mi poder de convicción. No tenía poder alguno. Vagué por la ciudad, temblando de frío, a través de las calles tumultuosas. La algarabía se había apoderado de ellas. Se celebraba el carnaval.

Los pequeños objetos sin valor tienen el secreto de adherirse a un hombre de una forma asombrosa. Había estado a punto de perder mi libertad y mi vida, había perdido mi barco, un cinturón repleto de oro, había perdido a mis compañeros, me había separado de mi amigo; mi ocupación, mi único vínculo con la vida, mi contacto con el mar, mi gorra y mi levita también los había perdido, pero no abandonaron mi compañía una pequeña navaja y la llave de la casa de calle de los Cónsules. Con la llave abrí la puerta de mi refugio. El vestíbulo conservaba su aire sordo y mudo, su quietud en blanco y negro.

La enfermiza lámpara de gas todavía se debatía con la adversidad valientemente en el extremo del brazo de plata de la estatuilla que, por el ancho de un cabello, mantenía su graciosa pose sobre los dedos de su pie izquierdo, y la escalera se perdía en las sombras del piso de arriba. Therese era muy rúcana con las luces. Ver todo aquello me sorprendió. Tenía la impresión de que cuanto conocía tendría que haberse derrumbado en el mismo instante en que me sobrevino la catástrofe final en la costa española. Pero allí estaba la propia Therese bajando las escaleras, asustada pero valerosa. Tal vez pensara que aquella vez sí, que había llegado la hora de su asesinato. Tenía la extraña y fría convicción de que aquella casa era particularmente apropiada para cometer un crimen. Uno jamás podía llegar al fondo de sus peculiares ideas, que sostenía con la estolidez de un campesino aliada con la pública serenidad de una monja. Bajaba temblando a su habitación, pero cuando me reconoció, se llevó tal impresión, que se desplomó sobre el primer escalón. No esperaba mi regreso hasta al menos una semana después y, además, explicó, yo estaba en tal estado que la sangre le dio «una vuelta».

En efecto, mi estado pareció despertar, o quizá reprimir, su verdadera naturaleza.

Pero ¡quién comprendía su verdadera naturaleza! Prescindió de su empalagosa volubilidad, de sus «querido y joven caballero», de sus «pobre corazoncito», de toda referencia al pecado. En silencio y sin aliento corrió por la casa para preparar mi habitación, encender las chimeneas y las lámparas e incluso me ayudó a subir las escaleras. Sí, puso sus manos sobre mí a fin de cumplir con esa tarea tan caritativa. Temblaban. Sus pálidos ojos apenas se apartaron de mi cara.

—¿Cómo ha llegado aquí en este estado? —me preguntó, en un susurro.

—Si se lo dijera, *mademoiselle* Therese, vería en ello la mano de Dios.

Dejó la almohada de más que había traído y estuvo a punto de caer sobre ella.

—Oh, Dios mío —murmuró, y se marchó a la cocina.

Me hundí en la cama como en una nube y Therese reapareció con los ojos llorosos y con una taza. Creo que en la taza había leche caliente. Después de que me la bebiera, Therese cogió la taza y se quedó mirándome muy fijamente.

—Váyase —conseguí decir, con dificultad, y ella se esfumó como por arte de magia antes casi de que la palabra hubiera salido de mi boca.

Inmediatamente después el sol se abrió paso a través de las ranuras de las celosías, y Therese estaba allí ya, de nuevo como por arte de magia.

—Es mediodía —oí que decía, en la distancia... La juventud tiene sus prerrogativas. Yo había dormido diecisiete horas seguidas.

Supongo que una honorable bancarrota debe de estar a la altura de un despertar así: la sensación de catástrofe, el temor ante la necesidad de empezar a vivir otra vez, la débil sensación de que hay desgracias que se han de pagar con la horca. En el transcurso de la mañana Therese me informó de que las habitaciones que habitualmente ocupaba el señor Blunt estaban vacías y añadió, misteriosamente, que tenía intención de que siguieran así durante un tiempo: había recibido instrucciones para que así fuera. Por mi parte, me resultaba imposible imaginar por qué razón iba Blunt a querer regresar a Marsella. Therese también me dijo que en la casa no había nadie exceptuándome a mí, a las dos bailarinas y al padre de éstas. Este trío había pasado algún tiempo fuera, puesto que las chicas tenían compromisos en algunos teatros de verano de Italia, pero, al parecer, habían conseguido un contrato para repetir un nuevo invierno en Marsella y ya estaban de vuelta. Dejé hablar a Therese porque con ello evitaba que mi imaginación estuviera ocupada por asuntos que, esa decisión había tomado, no debían preocuparme. Pese a todo salí temprano. Mi intención era cumplir con una tarea desagradable. Tenía que poner en conocimiento del agente carlista escondido en la Villa del Prado, era mi deber, el súbito final de mis actividades. La noticia revestiría para él no poca gravedad y a mí me disgustaba ser su portador, principalmente por motivos personales. En eso me parecía a Dominic. A mí tampoco me agradaba el fracaso.

Por supuesto, el marqués de Villarel se había marchado hacía tiempo. El agente que se encontraba en la Villa pertenecía a un tipo de carlista muy distinto y tenía temperamento de comerciante. Se trataba del principal proveedor de los ejércitos

legitimistas, un honrado agente de comercio que gozaba de gran reputación por su astucia. Por supuesto, su importante labor le obligaba a permanecer en Francia, pero su joven esposa, cuya belleza y devoción por el rey eran bien conocidos, le valían el aprecio del cuartel general, en el que sus propias apariciones eran muy raras. Las dispares pero unidas lealtades del matrimonio se habían visto recompensadas con el título de barón y con la banda honorífica de alguna que otra orden. En los círculos legitimistas tales favores se valoraban con una sonrisa condescendiente. Éste era el hombre a quien la primera visita de doña Rita a Tolosa había causado tanta inquietud y tanto miedo. Sentía por su esposa una extraordinaria consideración y en aquella atmósfera de choque de armas e incesantes intrigas nadie se habría sonreído si él no hubiera sido un personaje grotesco.

Debió de quedarse muy sorprendido al oír mi nombre, porque, por supuesto, no esperaba verme tan pronto. Nadie esperaba verme tan pronto. Cruzó la estancia con suaves pisadas. Por su nariz prominente, el cráneo plano y su ropa de color negro parecía un cuervo obeso. Cuando le puse al corriente del desastre, manifestó su perplejidad y preocupación como un plebeyo: con un largo y expresivo silbido. Por supuesto, yo no podía compartir su consternación, mis sentimientos al respecto eran de otro orden muy distinto. Pero su poco inteligente mirada me molestó.

—Supongo —dije— que se encargará usted de comunicarle la noticia a doña Rita, que estaba muy interesada en el asunto.

—Sí, pero tengo entendido que *madame* de Lastaola tenía intención de abandonar París ayer o esta mañana.

Llegó mi turno de mirarle fijamente, como un estúpido.

—¿Para irse a Tolosa? —acerté a preguntar, con tono de complicidad.

Quizá a consecuencia de la posición de su cabeza, del juego de la luz, o por algún otro motivo sutil, me pareció que la nariz le había crecido de manera perceptible.

—Ése, señor, es el lugar al que debemos comunicar la noticia que acaba de darme sin la menor dilación —dijo, con agitación—. Claro que podría telegrafiar a nuestro agente en Bayona, quien podría encontrar a alguien que trasladara el mensaje. Pero no me gusta, ¡no me gusta! Los alfonsinos también tienen agentes en las oficinas de telégrafos. No conseguiremos nada si permitimos que el enemigo sepa lo sucedido.

Evidentemente, estaba confuso, preocupado, y trataba de pensar en dos cosas distintas al mismo tiempo.

—Siéntese, don George, siéntese —dijo, y prácticamente me obligó a fumarme un cigarro—. Estoy consternado. Esto... no hay duda de que doña Rita está de camino a Tolosa. Es algo espantoso.

Pese a todo, he de decir que aquel hombre no carecía de sentido del deber. Dominaba sus miedos íntimos. Después de reflexionar unos instantes murmuró:

—Hay otro modo de transmitir la noticia al cuartel general. Suponga que escribe para mí una carta refiriendo exclusivamente los hechos, los desgraciados hechos, una carta que yo sí podría enviar. Uno de nuestros agentes, un hombre a quien suelo

contratar para adquirir suministros, un hombre muy honrado, llega del norte en el tren de las diez, me trae unos documentos de naturaleza confidencial, un asunto que me ha resultado muy embarazoso, pero no tiene por qué meterse en ninguna complicación. No es muy inteligente. Me preguntaba, don George, si no le importaría ir a recibirlo a la estación y hacerse cargo de él hasta mañana. No me gusta la idea de dejarle solo por ahí. Finalmente, mañana por la noche, le enviaremos a Tolosa por la ruta de la costa. Él dará la noticia, y luego puede ponerse en contacto con doña Rita, quien, sin duda, habrá llegado a Tolosa antes que él... —dijo, y volvió a abstraerse. Tanto se abstraído que retorció sus gordezuelas manos—. ¡Oh, sí, allí estará! —exclamó, con un énfasis patético.

Yo no estaba de humor para sonreír por nada y él debió de quedar satisfecho con la gravedad que demostré ante sus extraordinarias estupideces. Mi cabeza estaba en otra parte. Pensaba: ¿por qué no? ¿Por qué no escribo yo también una carta a doña Rita diciéndole que ahora nada se interponía en el camino de mi salida de Europa, porque, en realidad, no podíamos recomenzar la empresa de nuevo, que las cosas que llegan a su final no pueden volver a empezar? Esa idea —el nunca más— se había apoderado por completo de mis pensamientos. No podía pensar en otra cosa. Sí, escribiría esa carta. El ilustre comisario general de las tropas carlistas tenía la impresión de que yo le estaba mirando, pero lo que yo veía era un tumulto de mujeres mariposa y jóvenes alados y el suave brillo de las lámparas sobre una flecha de oro que sujetaba el cabello de una cabeza que parecía escapar a mi mano extendida.

—Oh, sí —dije—, precisamente ahora no tengo nada que hacer, ni siquiera nada en que pensar. Esta noche a las diez, iré a recibir a su hombre a la estación. ¿Cómo es?

—Oh, tiene bigote negro, patillas y el mentón afeitado —dijo, cordialmente, aquel barón de nuevo cuño—. Es un hombre muy honrado y siempre me es muy útil. Se llama José Ortega.

Para cuando dije esto, mi interlocutor había recuperado el dominio de sí mismo y, andando con suavidad, me acompañó hasta la puerta. Me estrechó la mano mientras esbozaba una sonrisa melancólica.

—La noticia es espantosa. Mi pobre esposa se va a quedar de piedra. Es muy patriota. Muchas gracias, don George. Me es usted de gran ayuda. Ese hombre es bastante estúpido y de mal carácter. Es una criatura muy rara, pero muy honrado. Oh, sí, muy honrado.

## IV

ra la última noche del carnaval. Las mismas máscaras, los mismos gritos, las mismas locas carreras, la misma algarabía de humanidad disfrazada que recorría las calles

**E**animada por las potentes ráfagas del mistral, que parecía hacerles danzar como hojas muertas sobre una tierra donde la muerte vigila toda manifestación de dicha.

Habían pasado exactamente doce meses desde aquella otra noche de carnaval en que me sentía algo cansado y un poco solo pero en paz con la humanidad. Exactamente doce meses, con un margen de error de uno o dos días. Pero ahora no era tan sólo soledad lo que sentía. Me sentía despojado, con una sensación de pérdida absoluta y universal en la que quizá hubiera más resentimiento que duelo, como si el mundo no me hubiera sido arrebatado por medio de un augusto decreto, sino hurtado a mi inocencia por un destino pérfido en el preciso momento en que había revelado a mi pasión su cálida y generosa belleza. Esta conciencia de una pérdida universal tenía la ventaja de inducir a algo parecido a un estado de indiferencia filosófica. Me acerqué a la estación importándome tan poco los fríos golpes del viento como si me estuviera dirigiendo al cadalso. El retraso del tren no me irritó en absoluto. Finalmente, había decidido que escribiría esa carta a doña Rita; y aquel «hombre honrado» a quien estaba esperando se la entregaría. En Tolosa no tendría ninguna dificultad para encontrar a *madame* de Lastaola. El cuartel general, que también era corte, bulliría con el comentario de su presencia. Era muy probable que el «hombre honrado» la conociera ya. Por lo que a mí respectaba, aquel hombre bien podría ser, como yo, uno de sus descubrimientos. Probablemente también aludían a mí como a «un hombre honrado»; honrado, pero estúpido, y es que era evidente que mi suerte no era inagotable. Yo esperaba que, mientras tuviera mi carta, aquel hombre no se dejase atrapar por ninguna partida de guerrilleros alfonsinos, quienes, por supuesto, acabarían por fusilarle. Pero ¿por qué iba a dejarse atrapar? Yo, por ejemplo, había escapado con vida de una empresa mucho más peligrosa que atravesar la frontera acompañado por algún guía de confianza. Imaginé a aquel hombre atravesando montes pedregosos y descendiendo por pronunciados barrancos con mi carta a doña Rita en el bolsillo. Sería una carta de despedida como ningún amante había escrito, ninguna mujer del mundo había leído jamás una cosa así desde que el amor existía en la tierra. En cualquier caso, sería digna de aquella mujer en concreto. Ninguna experiencia, ningún recuerdo, ninguna tradición muerta del sentimiento o del lenguaje la inspiraría. Ella, aquella mujer, sería su única inspiración y en la carta vería su propia imagen como en un espejo. Quizá entonces comprendiera a qué decía yo adiós en el umbral mismo de mi vida. Un aliento de vanidad atravesó mi cabeza. Una carta tan conmovedora como conmovedora era la propia existencia de su destinataria sería algo único. Lamenté no ser un poeta.

De pronto, me sorprendió un gran ruido de pisadas, la súbita afluencia de gente a través de las puertas que daban paso al andén. Localicé los bigotes de mi hombre con facilidad, no porque fueran enormes, sino porque Su Excelencia el comisario general me había advertido de su existencia de antemano. Al principio, no vi nada salvo esos bigotes. Eran negros y recortados de una forma que recordaba la aleta de un tiburón y,



por tanto, tan delicados que el menor soplo de aire los animaba en una suerte de juguetona agitación. El hombre era cargado de hombros y cuando se abrió paso a través de la muchedumbre de los pasajeros, se me antojó una persona infeliz y temblorosa. Evidentemente, no esperaba que lo fueran a recibir.

—¿Señor Ortega? —murmuré, y él hizo intención de alejarse de mí y estuvo a punto de soltar la pequeña maleta de mano que llevaba.

Su semblante era uniformemente pálido y tenía la boca roja pero en ningún caso interesante. Me resultó imposible situar su estatus social. Llevaba un sobretodo azul oscuro de corte indefinido y a pesar de que en su físico no había ningún elemento relevante, sus incansables bigotes, que flanqueaban sus rojos labios, y la expresión suspicaz de sus ojos negros te hacía reparar en él, lo cual lamenté muchísimo, porque advertí entonces la presencia de dos figuras sigilosas con apariencia de policías de paisano que nos observaban desde un rincón del vestíbulo principal. Insté a mi hombre a subir a un fiacre lo más rápidamente posible. Llevaba viajando desde primera hora de la mañana por vías muy secundarias y, después de entablar conversación, me confesó que tenía mucha hambre y frío. Sus rojos labios temblaron y advertí una curiosidad solapada y cínica en cuanto tuvo ocasión de levantar la mirada para mirarme a los ojos. Yo no sabía muy bien qué hacer con él, pero en cuanto nos pusimos al trote llegué a la conclusión de que lo mejor sería prepararle un camastro en el estudio. Las casas de huéspedes más oscuras son precisamente los lugares más vigilados por la policía e incluso los mejores hoteles están obligados a guardar un registro de sus clientes. Me inquietaba mucho que alguna cosa pudiera impedirle llevar a cabo su misión como correo con destino al cuartel general. En algunas esquinas en las que el mistral nos azotó con fiereza me percaté de que temblaba de frío. Sin embargo, antes de retirarse a dormir, Therese habría dejado encendida la estufa de hierro y, de todas formas, yo tendría que despertarla para que preparase el sofá para dormir. ¡Todo por el rey! Debo decir que era muy amable y que nada de lo que se le pidiera parecía molestarla. Por eso, mientras mi hombre estuviera roncando en el diván, yo estaría sentado arriba, en mi habitación, poniendo en papel esas grandes palabras de pesar y pasión que bullían en mi cabeza y que quizá asomasen a mis labios en forma de murmullos, porque, de pronto, mi hombre, que viajaba a mi lado, me preguntó:

—¿Qué decía?

—Nada —respondí, muy sorprendido.

Bajo la cambiante luz de las farolas, aquel hombre parecía la imagen misma de la miseria corporal, con los dientes temblequeantes y los bigotes, que el viento echaba hacia atrás, sobre las orejas. Y sin embargo, no suscitó mi compasión. Maldecía en francés y en español y yo traté de tranquilizarle asegurándole que estábamos a punto de llegar a nuestro destino.

—Me muero de hambre —dijo, con acritud.

Yo me sentí un poco culpable. Evidentemente, lo primero que había que hacer era

darle algo de comer. Entrábamos en esos momentos en la Cannebière y, puesto que yo no deseaba que me vieran con él en el restaurante de moda, en el que toda nueva cara (y, en ese caso, menuda cara) se haría notar, detuve el fiacre a la puerta de la Maison Dorée, que era un establecimiento frecuentado por personas de todo tipo y en el que, entre los clientes habituales, mi hombre pasaría desapercibido.

Para la última noche de carnaval, la Maison Dorée, situada en una construcción de considerable tamaño, había decorado todos sus balcones con hileras de lámparas de papel de colores que se elevaban hasta el tejado. Guíé a mi acompañante hasta el salón grande, porque los comedores privados estaban reservados con varios días de antelación. Había muchas personas disfrazadas, pero tuvimos suerte y nos condujeron hasta una mesita situada en un rincón. Quienes sí celebraban el carnaval, concentrados en la fiesta, no nos prestaron atención. El señor Ortega me pisaba los talones y, tras sentarse frente a mí, contempló la escena con mirada desagradable. Debían de ser las diez y media.

Dos vasos de vino que bebimos uno después del otro no mejoraron su humor. Tan sólo dejó de temblar. Después de comer algo debió de pensar que no tenía motivos para seguir enfurruñado conmigo y trató de adoptar una actitud amable e incluso amistosa. Su boca, sin embargo, traicionó una contumaz amargura. Es decir, cuando sonreía. En reposo era una boca que carecía de expresión, sólo que era demasiado roja para ser ordinaria. Todo él era así: los bigotes demasiado negros, el cabello demasiado lustroso, la frente demasiado blanca, los ojos demasiado inquietos, y te prestaba su atención con un aire de impaciencia que te hacía sentir incómodo. Parecía esperar que te delatases con alguna palabra desconsiderada que él atajaría con placer. Era esta peculiaridad la que, de alguna forma, me puso en guardia. Yo no tenía ni idea de a quién me enfrentaba y lo cierto es que no me importaba. Todas mis impresiones eran confusas, incluso los impulsos de mi instinto eran confusos. Sufría continuamente agudas alucinaciones protagonizadas por una mujer que llevaba una flecha de oro en el pelo, lo cual daba pie a momentos alternos de exaltación y caída de los que yo trataba de protegerme en la conversación. Pero el señor Ortega no resultaba demasiado estimulante. Estaba preocupado por asuntos personales. Cuando, de pronto, me preguntó si sabía por qué lo habían apartado de su trabajo (se dedicaba a adquirir suministros a los campesinos en algún lugar de la Francia central), le respondí que desconocía a qué se debió en un principio, pero que tenía idea de que lo que a la sazón se proponían era convertirle en correo a fin de que entregara ciertos mensajes del barón H. en el cuartel real de Tolosa.

Me traspasó con la mirada.

—¿Y por qué me han recibido de esta manera? —preguntó con aire de estar preparado para oír una mentira.

Le expliqué que se había hecho así de acuerdo con los deseos del barón, por prudencia y para evitar los problemas que pudieran surgir por una investigación de la policía.

Se lo tomó muy mal.

—Qué tontería. —Él era empleado (lo había sido durante varios años) de Hermanos Hernández de París, una empresa de importación, y estaba de viaje de negocios, cosa que podía demostrar. Rebuscó en su bolsillo y sacó un puñado de papeles doblados de todo tipo que volvió a guardarse de inmediato.

Ni siquiera entonces supe a quién tenía yo allí, frente a mí, ocupado ahora en devorar un trozo de paté de *foie gras*. Ni mucho menos. Ni se me pasó por la cabeza. ¿Cómo podía haberlo hecho? La Rita que me rondaba no tenía pasado, no era sino el principio de una vida cargada de fatalidad. Su forma no era más que un espejismo de deseo que te atraía paso a paso hacia la desesperación.

El señor Ortega deglutió más vino y sugirió que yo debía decirle quién era.

—Es justo que lo sepa —añadió.

Era innegable, y para una persona relacionada con la organización carlista, lo mejor era presentarme como «*monsieur George*», de quien probablemente, había oído hablar.

Se inclinó sobre la mesa hasta tocar el borde con el pecho, como si sus ojos hubieran sido estiletes y él hubiera querido clavarlos directamente en mi cerebro. Hubo de pasar algún tiempo antes de que me percatase de lo cerca que en ese momento estuve de la muerte. Pero los cuchillos que había sobre la mesa eran los habituales en los restaurantes, con las puntas romas y tan mortíferos como el latón. Quizá en medio de su ráfaga de furia recordase cómo son los cuchillos de los restaurantes franceses y un hálito de cordura le hizo abandonar el proyecto de arrancarme el corazón allí mismo. Porque no pudo ser otra cosa que un impulso repentino. Tenía un propósito real y firme, pero muy distinto. No era mi corazón tras lo que andaba. En efecto, sus dedos buscaban a tientas entre los cuchillos colocados junto a su plato, pero lo que captó mi atención durante un momento fueron sus labios rojos, que se arqueaban en una sonrisa extraña, torcida e insinuante. ¡Oír! ¡Por supuesto que lo había oído! ¡El responsable de organizar el contrabando de armas!

—¡Oh! —repliqué yo—, eso es darme demasiada importancia.

La persona a quien yo consideraba responsable de todo el asunto era alguien de quien sin duda también habría oído hablar, una dama noble y leal.

—Sí, tan noble como yo —espetó, de forma muy desagradable, y a partir de entonces le tuve por una bestia grosera—. Y en cuanto a la lealtad, ¿qué es ser leal? ¡Ser sincero! ¡Ser sincero! La conozco bien.

Conseguí transmitir aire de total indiferencia. Aquél no era un sujeto con quien uno pudiera hablar de doña Rita.

—Usted es vasco —afirmé.

Admitió con desprecio que era vasco, pero ni siquiera entonces caí en la cuenta de quién era. Supongo que con el egoísmo oculto del amante, pensaba en mí mismo, en mí mismo únicamente en relación con doña Rita y no en la propia doña Rita. Él, evidentemente, hacía lo mismo.

—Soy un hombre cultivado —dijo—, pero conozco a su gente. Son todos campesinos. Tiene una hermana, un tío, sacerdote, también campesino y nada cultivado. No se puede esperar gran cosa de un sacerdote (por supuesto, yo soy librepensador), pero ese hombre es horrible, más parece un bruto, una bestia. En cuanto al resto de su familia, difuntos ya la mayoría, nunca han tenido la menor relevancia. Tenían algunas tierras, pero siempre trabajaron en las granjas de otros. Una pandilla de desarrapados, unos muertos de hambre. Lo sé muy bien, porque somos parientes lejanos, primos o algo así. Sí, soy pariente de esa dama tan leal. Después de todo, qué es ella sino, según me han dicho, una dama parisina con innumerables amantes.

—Me parece que su información no es del todo correcta —dije, fingiendo un pequeño bostezo—. Eso no son más que chismes de baja estofa y me sorprende que usted, que en realidad no sabe nada al respecto...

Pero aquel animal asqueroso había caído en una ensoñación. El pelo del bigote se le había quedado completamente quieto. Para entonces, yo había descartado definitivamente la idea de enviarle una carta a Rita. Y continuó hablando:

—Las mujeres son el origen de todo mal. No se debe confiar en ellas. No tienen honor. ¡No tienen honor! —repitió, golpeándose el pecho con el puño, en el que los nudillos estaban muy blancos—. Salí de mi pueblo hace muchos años y, por supuesto, estoy muy satisfecho de mi posición, así que no sé por qué esa dama tan leal ha de causarme la menor preocupación. Supongo que es así como las mujeres consiguen abrirse paso en el mundo.

Yo estaba ya convencido de que aquel hombre no era la persona más indicada para llevar mensajes al cuartel general. No me parecía digno de confianza en absoluto. Quizá ni siquiera estuviese en su sano juicio. Esto segundo vine a confirmarlo muy pronto.

—Yo también fui un niño —dijo súbitamente, sin que esta declaración guardase relación visible con lo que acababa de decir y como si se hubiera visto obligado a manifestarlo en virtud de algún proceso agónico. Y, sin más, esbozó una sonrisa y se calló. Su sonrisa asustaba porque en ella se asociaban la malicia y la angustia.

—¿Quiere tomar alguna otra cosa? —pregunté.

Declinó mi oferta con voz apagada. Había comido suficiente. Pero vació lo que quedaba de la botella en su vaso y aceptó el cigarro que le ofrecí. Mientras lo encendía, tuve la confusa impresión de que no me era tan desconocido como yo había dado por hecho, y sin embargo, por otro lado, estaba completamente seguro de que no le había visto antes. Un momento después sentí que, de no haber tenido un aspecto tan asombrosamente desgraciado, podría haberle tumbado de un puñetazo. Me ocurrió al salir él con una pregunta inconcebible.

—Señor, ¿ha sido usted amante en sus días de juventud?

—¿A qué se refiere? —pregunté yo—. ¿Cuántos años cree que tengo?

—Es verdad —dijo, mirándome como los condenados miran desde sus calderas

de brea ardiendo a algún alma que tal vez se pasee libre por el lugar del tormento—. Es verdad, no parece preocupado por nada —añadió, y, apoyando un brazo en el respaldo de su silla y echando el humo del cigarro a través del hueco de su roja y torcida boca, adoptó una actitud mucho más relajada—. Dígame, de hombre a hombre, y esa celebridad maravillosa... ¿cómo se hace llamar? ¿Cuánto tiempo ha sido su amante?

Reflexioné rápidamente que si le tumbaba, con silla y todo, de un empujón, las complicaciones serían infinitas, empezando por una visita al *commissaire de police* que estuviera de guardia aquella noche y terminando en Dios sabía qué escándalos y revelaciones de tipo político; porque huelga decir qué o cuánto diría aquel enorme bruto y a cuántas personas podría hacer víctimas de una publicidad no deseada. Fumaba su cigarro con un aire dolorosamente burlón y ni siquiera me miraba. No se puede pegar a un hombre que ni siquiera te mira; y entonces, mientras le observaba balancear la pierna con una sonrisa cáustica y mirada glacial, sentí lástima por aquella criatura. En la silla, estaba tan sólo su cuerpo. Para mí se hizo evidente que su alma estaba ausente, en alguna suerte de infierno particular. Fue en aquel momento cuando me di cuenta de a quién tenía delante de mí. Aquél era el hombre de quien tanto doña Rita como Rose tenían tanto miedo. Ahora, mi tarea consistía en vigilarle el resto de la noche y, al día siguiente, conseguir que el barón H. lo enviase muy lejos, a cualquier parte menos a Tolosa. Sí, evidentemente, no debía perderlo de vista. Propuse, con la mayor calma, que teníamos que marcharnos, que era hora de que obtuviera su bien merecido descanso. Se levantó con presteza, cogió su maleta de mano y, mientras salía delante de mí, no tuve duda de que era una persona totalmente corriente a ojos de todos menos a los míos. Pasaban de las once, no mucho, porque no estuvimos en el restaurante más de una hora, pero, en vista de que la vida nocturna de la ciudad se había visto alterada por el carnaval, la hilera de fiacres que habitualmente esperaban a las puertas de la Maison Dorée no estaba allí; en realidad, se veían muy pocos carruajes. Quizá los cocheros se hubieran disfrazado de Pierrots y corrieran por las calles a pie, sumándose a los gritos del resto de los marseleses.

—Tendremos que ir andando —dije, al cabo de un rato.

—Oh, sí, caminemos —asintió el señor Ortega—, aquí me voy a quedar congelado.

Era como una queja de indescriptible desdicha. Se me ocurrió que todo el calor natural había abandonado sus miembros para concentrarse en la cabeza. A mí me sucedía lo contrario, tenía la cabeza fría, pero la noche no me lo parecía tanto. Echamos a andar, con rapidez, codo con codo. Por decirlo así, mi pensamiento lúcido estaba envuelto en la amplia algarabía de la jovialidad obligada del carnaval. Yo había oído muchos sonidos ya, pero ninguno que me diera como aquél una impresión tan íntima de los instintos salvajes que se ocultan bajo el pecho de los hombres. Aquellos chillidos festivos sugerían un miedo agónico, ansia de asesinar, una lujuria feroz y la irremediable pesadumbre de la condición humana: sin embargo, los

proferían personas convencidas de que se divertían de manera suprema, como siempre se había hecho, con la sanción de las épocas, con la aprobación de su conciencia, y, por supuesto, no cabía en ello el más mínimo error. Nuestra apariencia, la sobriedad de nuestro atuendo, nos hacían conspicuos. Una o dos veces, por común inspiración, una máscaras nos adelantaron corriendo y danzaron en círculo a nuestro alrededor con discordantes gritos de escarnio. Y es que constituíamos una ofensa para las peculiares características de la ocasión, y, además, evidentemente, estábamos solos e indefensos. Cuando sucedía algo así no quedaba otra que quedarse quieto hasta que la marea hubiera pasado. Mi compañero, sin embargo, golpeaba el suelo con rabia y he de admitir que yo lamenté no haberme hecho con un par de narices falsas, que habrían bastado para aplacar el justo resentimiento de aquellas gentes. Amén de esto, podríamos habernos sumado a la danza, pero por alguna razón no se nos ocurrió. Una mujer con voz clara y muy aguda nos estigmatizó: «¡Especie de cabezas hinchadas!» (*espèce d'enflés*). Procedimos con calma, mi compañero hablando entre dientes de rabia y yo reanudando el hilo de mis pensamientos. Se basaba en la profunda convicción de que el hombre que tenía a mi lado estaba poseído de otro tipo de locura distinta a la carnavalesca, que le acomete a uno cada año en ocasión señalada. Está loco, fundamental aunque quizá no completamente loco, lo cual, por supuesto, si no más peligroso, sí lo hacía más molesto.

Recuerdo que, en cierta ocasión, un médico joven expuso la teoría de que la mayoría de las catástrofes acaecidas dentro de los círculos familiares, los episodios más sorprendentes de los asuntos públicos y los desastres de la vida privada tienen su origen en el hecho de que el mundo está lleno de gente medio loca. Ese médico aseguraba que esas personas constituyen la verdadera mayoría. Cuando le preguntaron si él se creía dentro de esa mayoría, respondió que, francamente, no lo creía; a no ser que la locura de manifestar tal opinión ante un público tan profundamente incapaz de apreciarla en todo su horror pudiera considerarse el primer síntoma de su propia condición. Quienes le escuchamos, le echamos por tierra a él y a su teoría, pero no hay duda de que había sido un jarro de agua fría para la alegría que reinaba en la reunión.

Habíamos llegado a un barrio más tranquilo y el señor Ortega había dejado de refunfuñar. Por mi parte, yo no tenía la más leve duda de mi propia cordura. Me lo demostraba el modo en que podía aplicar mi inteligencia al problema de qué había que hacer con el señor Ortega. En términos generales, estaba incapacitado para el desempeño de una misión, de cualquier misión. Su temperamento inestable acabaría metiéndole en líos. Por supuesto, llevar una carta al cuartel general no era complicado; en realidad, yo le habría confiado la tarea de muy buena gana a un perro adiestrado. En cuanto a mi carta particular a doña Rita, esa maravillosa, esa única carta de despedida, de momento había pospuesto la idea. Naturalmente, yo pensaba en el problema de Ortega principalmente por cuanto guardaba relación con la seguridad de doña Rita. Su imagen presidía todos los consejos, todos los conflictos de

mi mente, y dominaba todas las facultades de mis sentidos. Flotaba ante mis ojos, tocaba mi codo, protegía mi lado derecho y también mi lado izquierdo; mis oídos parecían captar el sonido de sus pisadas a mis espaldas, ella me envolvía con fugaces y cálidas fragancias, con leves caricias de su cabello en mi cara. Me perforaba, mi cabeza estaba llena de ella... Y también la cabeza del señor Ortega, pensé de pronto mirando de reojo a mi acompañante, que caminaba en silencio y encorvado, con su pequeña maleta de mano, era la figura más corriente que pudiera imaginarse.

En efecto, existía entre nosotros una espantosa comunidad, la asociación de su desquiciada tortura con el sublime padecimiento de mi pasión. No llevábamos ni siquiera un cuarto de hora juntos cuando aquella mujer surgió fatalmente entre nosotros, entre aquel miserable desgraciado y yo. Nos había hechizado la misma imagen. ¡Pero yo estaba cuerdo! ¡Yo estaba cuerdo! No porque estuviera seguro de que no podía permitir que aquel sujeto fuera a Tolosa, sino porque era consciente de que impedir que fuera suponía una enorme dificultad, puesto que la decisión estaba enteramente en manos del barón H.

Si a la mañana siguiente muy temprano yo iba a visitar a aquel hombre gordo y bilioso y le decía: «Oiga, escuche, su señor Ortega está loco», él sin duda pensaría que el loco era yo y, muy asustado... resultaba imposible predecir qué actitud adoptaría. Me excluiría del asunto de alguna forma. Y sin embargo, yo no podía permitir que aquel sujeto se acercara a doña Rita, porque, evidentemente, la había estado molestando, la había llenado de inquietud y alarma, era un elemento desgraciado y, por increíble que pareciera, ejercía sobre su vida una influencia perturbadora. Yo no podía permitir que se convirtiera en una preocupación y una molestia todavía mayores, que la expulsara a ella de la ciudad en la que deseaba estar (por la razón que fuera) y que, tal vez, diera pie a algún explosivo escándalo. Pero si le explicaba el problema con todo detalle a H., éste, en el fondo de su corazón, sentiría un enorme regocijo. Nada podría agradarle más que ver a doña Rita lejos de Tolosa. Qué descanso para su ansiedad (y para la de su esposa); y si yo iba más lejos, si llegaba al extremo de insinuarle los temores que Rose no había podido ocultarme, si yo hacía eso, por qué, en ese caso —pensaba yo fríamente, con un estoico rechazo de la fe más elemental en la rectitud del hombre—, por qué, en ese caso, no iba a permitir ese marido acomodaticio que, sencillamente, aquel ominoso mensajero tuviera su oportunidad. De ese modo, su natural ansiedad descansaría para siempre. ¿Horrible? Sí, pero yo no podía correr el riesgo. En doce meses había recorrido un largo camino en mi desconfianza hacia el género humano.

Continuamos andando con paso firme. Yo pensaba: «¿Cómo demonios voy a detenerte?». Si esto se hubiera planteado un mes antes, cuando tenía los medios a mano y podía confiar en Dominic, me habría limitado a secuestrar a aquel hombre. Un pequeño viaje por mar no le habría hecho al señor Ortega el menor daño, aunque, sin duda, habría repugnado a sus sentimientos. Pero ya no contaba con medios. Ni siquiera sabía dónde escondía mi pobre Dominic su disminuida cabeza.

Volví a mirarlo de reojo. Yo era más alto que él y dio la casualidad de que, a la luz de una farola, me topé con su furtiva mirada, que dirigía directamente hacia mí con expresión agónica. Esa expresión me hizo imaginar que podía ver el alma misma de aquel hombre retorciéndose en su cuerpo como un gusano empalado. A pesar de mi profunda inexperiencia, creía saber qué imágenes cruzaban por su cabeza ante la visión de un hombre que había estado muy próximo a doña Rita. Eso habría bastado para despertar en cualquier ser humano un gesto de horrorizada compasión. Sin embargo, yo sentía compasión no por él, sino sobre todo por doña Rita. Era ella quien me daba lástima, porque en su camino se interponía el alma de un condenado. Y mi lástima estaba llena de ternura e indignación, como si aquel hombre fuera para ella tanto un peligro como un deshonor.

No pretendo decir que estos pensamientos cruzaran por mi cabeza de forma consciente. Yo experimentaba tan sólo la sensación, muy afianzada, que surgía de ellos. No obstante, también tuve una idea. Se me ocurrió de repente. Me pregunté, con rabia y asombro: «¿Debo matar a este bruto?». No parecía haber alternativa. Entre él y doña Rita yo no podía dudar. Creo que solté una risita de desesperación. Por lo inesperado, aquella conclusión siniestra tenía algo de cómico e increíble. Consiguió aflojar la presión de mis procesos mentales. Pensé en el dicho latino sobre el fácil descenso al abismo. Me maravilló su oportunidad y, también, que se me hubiera ocurrido con tanta facilidad. Sin embargo, ahora creo que me lo sugirió la inclinación de la calle de los Cónsules, que se encuentra sobre una suave pendiente. Acabábamos de dar la vuelta a la esquina. Todas las casas se sumían en la oscuridad y, en un paisaje de completa soledad, nuestras sombras giraban esquivas en torno a nuestros pies.

—Ya hemos llegado —dije.

Aquel hombre era un diablo extraordinariamente frío. Cuando nos detuvimos, volví a oírle patear el suelo. No sé qué me ocurrió, sufrí una especie de ataque de nervios, era incapaz de encontrar mis bolsillos y mucho menos la llave. Tuve una ilusión, me pareció ver una ranura de luz en el muro de la casa, como si se hubiera resquebrajado.

—Espero que podamos entrar —murmuré.

El señor Ortega esperaba pacientemente con su maleta, como un vagabundo rescatado.

—Pero usted vive aquí, ¿no es así? —preguntó.

—No —dije sin vacilar. Yo no podía estar seguro de cómo se comportaría aquel hombre si llegaba a saber que yo dormía bajo el mismo techo. Estaba medio loco. Quizá quisiera pasarse la noche conversando, tratando, desquiciadamente, de invadir mi intimidad. ¿Cómo saberlo? Además, yo ni siquiera estaba seguro de que quisiera quedarme en la casa. Se me ocurrió que podía volver a salir y pasarme la noche recorriendo la calle de los Cónsules arriba y abajo hasta la salida del sol—. No, un amigo que está de viaje me permite usarla... He cogido la llave esta mañana... ¡Ah!



Aquí está.

Le dejé pasar a él primero. La enfermiza lámpara de gas continuaba cumpliendo con su deber, incólume, esperando que llegase el fin del mundo y la apagase. Creo que el vestíbulo en blanco y negro sorprendió a Ortega. Yo había cerrado la puerta de entrada sin hacer ruido y me quedé quieto un momento, escuchando, mientras él observaba con mirada furtiva. Únicamente otras dos puertas daban al vestíbulo, a la derecha y a la izquierda. Eran de ébano y estaban decoradas con adornos de bronce en el centro. La que quedaba a la izquierda era, por supuesto, la puerta de Blunt. Puesto que el otro extremo del pasillo que llevaba más allá estaba oscuro, cogí al señor Ortega de la mano y guíé su camino. No opuso resistencia, parecía un niño. Por alguna razón, yo caminaba de puntillas, y él seguía mi ejemplo. La luz y calidez del estudio le impresionaron favorablemente. Dejó la maleta en el suelo, se frotó las manos y sonrió con satisfacción, aunque su sonrisa era, quizá, la sonrisa forzada de un hombre arruinado, o la de un condenado por el diagnóstico de su médico. Le rogué que se pusiera cómodo y dije que iría a buscar a la mujer que se ocupaba de la casa, quien le prepararía una cama en el enorme sofá del mismo estudio. Él apenas escuchó lo que le dije. ¡Qué le importaban a él esas cosas! Sabía que su destino era dormir en un lecho de espinas, servir de alimento a las víboras. Pero, por educación, trató de mostrar cierto interés.

—¿Dónde estamos? —preguntó.

—Esta casa pertenecía a un pintor —dije, de mala gana.

—Ah, ese amigo suyo que está de viaje —dijo él, torciendo el gesto—. Detesto a todos esos artistas, y a todos esos escritores y a todos los políticos, que son unos ladrones. E iría mucho más lejos y más alto y maldeciría a todos los amantes ociosos. ¿Acaso cree usted que soy realista? En absoluto. Si hay en el cielo o en el infierno alguien a quien rezar, yo rezaría pidiendo una revolución, una revolución roja en todo el mundo.

—Me deja usted de piedra —dije, por decir algo.

—No me diga. Pero hay en el mundo media docena de personas con quienes me gustaría saldar cuentas. Habría que matarlas de un disparo, como si fueran perdices, y se acabaron las preguntas. Eso es lo que la revolución significaría para mí.

—Es un punto de vista maravillosamente simple —dije—. Supongo que no es usted el único que lo sustenta. Pero, en fin, tengo que ocuparme de que esté cómodo. No olvide que tenemos que ver al barón H. a primera hora de la mañana —añadí, y salí tranquilamente al pasillo preguntándome qué parte de la casa habría escogido Therese para dormir aquella noche. Y precisamente cuando llegué al pie de la escalera vi que Therese bajaba de las regiones elevadas en camisón, como una sonámbula. Algo que ella no era, porque antes de que yo pudiera decir nada, desapareció en el rellano del primer piso como una hebra de niebla y sin el más leve ruido. Por su atuendo resultaba evidente que no nos había oído entrar. En realidad, debía de estar completamente segura de que la casa estaba vacía, porque sabía tan

bien como yo que, tras bailar en la Ópera, las chicas italianas tenían previsto acudir, con la intención de divertirse, a un baile de máscaras al que, por supuesto, también asistiría su concienzudo padre. No obstante, qué pensamiento, necesidad o súbito impulso había sacado a Therese de la cama de aquella guisa era algo que no podía imaginar.

No fui tras ella, estaba seguro de que volvería. Subí despacio al primer piso y me topé con ella cuando bajaba, esta vez, con un candil encendido. Había conseguido estar presentable en un tiempo extraordinariamente breve.

—Oh, mi querido y joven *monsieur*, qué susto me ha dado.

—Sí, yo también he estado a punto de desmayarme —dije—. Ha sido una visión espantosa. ¿Qué le ocurre? ¿Está enferma?

Para entonces, había encendido ya la lámpara de gas del rellano. Debo decir que nunca había observado en ella un semblante como el que tenía en aquellos momentos. Se retorció, confusa y con mirada huidiza, delante de mí. Por mi parte, adscribí su comportamiento a su conmovida modestia y sin preocuparme más por sus sentimientos le informé de que en el piso de abajo había un carlista a quien había que acomodar por una noche. De forma inesperada, a Therese la traicionó una ridícula consternación, pero sólo por un momento. Acto seguido dio por sentado que yo le alojaría en el piso de arriba, y es que en mi vestidor había una cama de campaña.

—No —dije—, prepárele el sofá del estudio, que es donde se encuentra ahora. La temperatura es ideal. ¡Y recuerde! Se lo ordeno terminantemente: que no sepa que yo duermo en esta casa. En realidad, hoy no sé si lo haré, tengo algunas cuestiones que resolver esta misma noche. Además, tiene usted que servirle el café por la mañana. Saldré con él antes de las diez.

Todo esto pareció impresionarla más de lo que yo esperaba. Como de costumbre cuando sentía curiosidad o algún otro tipo de excitación, adoptó un gesto angelical y distante.

—Supongo que el amable caballero es su amigo —dijo.

—Sólo sé que es español y carlista —dije yo—, lo cual debe ser suficiente también para usted.

—Dios mío, Dios mío —murmuró, en lugar de sus habituales y efusivas exclamaciones, y regresó al piso de arriba con el candil, supongo que para coger mantas y almohadas. Yo bajé tranquilamente para volver al estudio. Tenía la curiosa sensación de que actuaba de un modo predeterminado, de que la vida no era en absoluto lo que yo había creído, o, más bien, de que, en algún momento del día, yo me había transformado por completo y era una persona distinta del hombre que, según recordaba, se había levantado de mi cama aquella mañana.

Además, los sentimientos habían alterado todos sus valores. Y las palabras se habían vuelto extrañas. Tan sólo mi entorno inanimado seguía siendo el mismo. Por ejemplo, el estudio...

Durante mi ausencia, el señor Ortega se había quitado el abrigo y lo encontré

igual que si estuviera en el aire, sentado en mangas de camisa en una silla que se había molestado en colocar en el centro mismo del estudio. Reprimí el absurdo impulso de caminar a su alrededor, como si hubiera sido un raro objeto de exposición. Tenía las manos abiertas y sobre las rodillas y parecía insensible. No quiero decir extraño, ni espectral, ni de madera, sino tan sólo insensible, como una estatua. El efecto persistió incluso después de que levantara sus suspicaces y negros ojos para mirarme. Los bajó casi de inmediato. Fue un gesto mecánico. Me olvidé de él y empecé a preocuparme por mí. Me pareció que lo mejor que podía hacer era salir de aquella situación antes de que en mi cabeza anidasen más ideas extrañas. De modo que me quedé sólo el tiempo suficiente para decir al señor Ortega que la mujer de la casa iba a llevarle algunas mantas y que esperaba que pudiera descansar. Y mientras hablaba, se me ocurrió que jamás me había dirigido a una figura como la que tenía delante mediante una intervención tan extraordinaria. El señor Ortega, sin embargo, no pareció sorprendido, ni conmovido en modo alguno.

—Gracias —se limitó a decir.

En la parte más oscura del largo pasillo me encontré con Therese, que iba cargada de mantas y almohadas.

## V

**C**omo salía del estudio, que estaba bien iluminado, no pude ver bien a Therese. Ella, sin embargo, después de rebuscar en armarios poco iluminados, debía de tener las pupilas lo bastante dilatadas para ver que yo llevaba el sombrero puesto. Esto tenía su importancia, porque después de lo que le había dicho en el piso de arriba, verme con el sombrero seguramente la convenció de que me disponía a salir con intención de resolver algún asunto nocturno. Pasé a su lado sin decir palabra y oí a mi espalda cómo se cerraba la puerta del estudio con inesperado estrépito. Me llama la atención ahora que, en aquellas circunstancias, yo podría haber dado media vuelta para, sin la menor vergüenza, escuchar pegando el oído a la cerradura. Pero lo cierto es que la asociación de los acontecimientos no estaba tan clara entonces en mi cabeza como pueda estarlo para el lector de esta historia. Tampoco lo estaba la relación precisa de las personas que tenía presentes en mi cabeza. Y, además, nadie se pone a escuchar por el ojo de una cerradura salvo que se halle inmerso en algún plan, salvo que se vea aquejado de una vulgar y necia curiosidad. Pero ese vicio no está en mi carácter. En materia de planes, yo carecía de ellos. Avancé con sigilo por el pasillo que discurría entre el muro ciego y la elevación de mármol blanco y negro de la escalera, como si en algún lugar de la casa hubiera una persona mortalmente enferma. Y el único que podía corresponder a esa descripción era el señor Ortega. Continué en silencio, absorto, indeciso, preguntándome: «¿Qué demonios voy a hacer con él?».

Esa inquietud que ocupaba mi cabeza en exclusiva era tan peligrosa para el señor Ortega como podría haberlo sido la fiebre tifoidea. Se me ocurre que esta comparación resulta extraordinariamente exacta. Las personas se recobran de la fiebre tifoidea, pero, normalmente, las posibilidades que tienen de hacerlo son muy escasas. Eso precisamente era lo que sucedía. Tenía pocas posibilidades, aunque yo no sentía hacia él más animosidad que una enfermedad virulenta hacia la víctima a quien tiene postrada en la cama. En efecto, aquel hombre no tenía nada que reprocharme; se había tropezado conmigo sin pretenderlo, como si entrase en un lugar infectado, y ahora estaba enfermo, muy enfermo. No, yo no hilvanaba ningún plan contra él. Tan sólo tenía la sensación de que se encontraba en peligro de muerte.

Soy de la opinión de que los hombres de carácter más audaz (algo de lo que yo no puedo presumir) retroceden muy a menudo ante los procesos lógicos del pensamiento. Tan sólo el diablo, dicen, ama la lógica. Pero yo no era un diablo. Ni siquiera era una víctima del diablo. Sucedió únicamente que, ante el problema, había cedido la dirección de mi inteligencia; o, más bien, que el problema se había apoderado de mi inteligencia y reinaba en su lugar codo con codo con un asombro supersticioso. Un orden espantoso parecía hostigar desde las sombras más tenebrosas de la vida. La locura de aquel carlista con alma de jacobino, los miedos viles del barón H., ese excelente organizador de suministros, el contacto de sus dos feroces necedades y, por último, y a raíz de un remoto desastre en el mar, mi amor, que había entrado en contacto con la situación directamente, bastaban para estremecer a cualquiera, no ante la contemplación del azar, sino ante la posibilidad de que todo correspondiese a un plan anterior.

Porque era mi amor el que había sido convocado, llamado a la acción. Mi amor y nada más. Y el amor, que nos eleva por encima de cualquier salvaguardia, por encima de los principios restrictivos, por encima de las pequeñeces del dominio de uno mismo, y que sin embargo nos mantiene siempre firmemente amarrados a la tierra, se conserva maravillosamente práctico en sus sugerencias.

Descubrí que por mucho que yo hubiera imaginado que había dejado a Rita, que, pese a las agonías por las que había pasado, jamás había perdido la esperanza. Desechada, pisoteada, hecha jirones, había permanecido conmigo, secreta, intacta, invencible. Ante el peligro de la situación surgió, lleno de vida, alzado en armas, el niño eterno del amor inmortal. Lo que me impulsaba era independiente del honor y de la compasión; era el asalto de un amor supremo, práctico, sin remordimientos en lo referente a su objetivo; era la idea pragmática de que no se puede dar por perdida a ninguna mujer, a no ser que esté muerta.

Esto excluyó de momento toda consideración acerca de las vías y los medios y los riesgos y las dificultades. Su extraordinaria intensidad me privaba de orientación y me dejaba tan al páiro en el gran vestíbulo blanco y negro como en el mar silente. No se trataba, estrictamente hablando, de falta de resolución. Era, sencillamente, vacilación en cuanto al inmediato paso a tomar, si bien ese paso ni siquiera tenía gran

importancia. Vacilación considerada meramente como el mejor modo de pasar el resto de la noche. No podía pensar más allá por muchas razones más o menos optimistas, pero sobre todo porque en mi carácter no había ninguna vena homicida. La predisposición a deleitarse con el homicidio le correspondía a la miserable criatura que se encontraba en el estudio, a aquel jacobino en potencia, al puntual empleado de Hermanos Hernández, al desgraciado celoso y de obscena lengua y de imaginación tan obscena que había acabado por volverle loco. Pensé en él sin piedad, pero también sin desprecio. Me dije que no había forma de enviar un mensaje de advertencia a Tolosa dirigido a doña Rita, porque, evidentemente, no existía comunicación postal con el cuartel general. Y, además, ¿de qué habría valido un mensaje de advertencia en aquel caso en particular suponiendo que lo recibiese, que lo creyera y que supiera qué hacer? Cómo podía yo comunicar a otra persona la certeza que albergaba mi mente, tanto más absoluta por cuanto de ella no podía aducir ninguna prueba.

La última expresión de la inquietud de Rose volvió a resonar en mis oídos, «¡*Madame* no tiene amigos! ¡Ni un solo amigo!», y yo vi la completa soledad de doña Rita hostigada por toda suerte de insinceridades, rodeada de escollos; sus mayores peligros estaban dentro de sí misma, en su generosidad, en sus miedos, también en su valor. Lo primero que yo debía hacer era detener a aquel desgraciado a toda costa. Me di cuenta de que no confiaba en Therese. No quería que me encontrase en el vestíbulo, pero no quería subir a mis habitaciones, en ellas estaría demasiado apartado, no lo bastante cerca del lugar de los hechos. Había una alternativa: una larga noche de vigilancia a las puertas de la casa, al abrigo de la oscuridad. Era una perspectiva muy desagradable. Entonces, se me ocurrió que la antigua habitación de Blunt constituía un lugar de vigilancia perfecto. Conocía aquella estancia. Cuando Henry Allègre regaló la casa a Rita en los primeros días (mucho antes de que redactase testamento) planeó una reforma completa en virtud de la cual aquella habitación pasaría a ser cuarto de estar. Se hicieron muebles a propósito, se tapizó con una hermosa tela, confeccionada por encargo, de oro pálido con arabescos azul celeste y medallones ovales con el monograma de Rita, que se repetía en los respaldos de sillas y sofás y en los densos cortinajes que colgaban desde lo alto. De la misma fecha eran las puertas de ébano con adornos de bronce, la estatuilla de plata situada al pie de la escalera, la barandilla de hierro forjado de intrincado diseño que adornaba la escalera de mármol y también reproducía el monograma de Rita. Después, las obras se interrumpieron y la casa se fue deteriorando. Cuando Rita decidió dedicarla a la causa carlista, se colocó una cama en el cuarto de estar, tan sólo una cama. La habitación contigua a aquel salón amarillo había sido preparada en los años de juventud de Allègre como sala de esgrima y tenía un baño y un complicado sistema de ducha y todo tipo de grifos, de lo más moderno en la fecha en que se instalaron. Era una estancia muy grande, iluminada desde arriba y con una pared cubierta de trofeos de armas de todas clases, una selecta colección de frío acero

colocada sobre un fondo de alfombras y tapetes indios. Blunt la utilizaba como vestidor. Por medio de una pequeña puerta, comunicaba con el estudio.

A mí me bastaba con extender el brazo y dar un paso para alcanzar el magnífico picaporte de bronce de la puerta de ébano, y, si no quería que Therese me descubriese, no había tiempo que perder. Di el paso y extendí el brazo pensando que, en virtud de mi suerte, muy probablemente la puerta estaría cerrada con llave. Pero se abrió en cuanto la empujé. Por contraste con la oscuridad del vestíbulo e inesperadamente, la estancia pareció brillar ante mis ojos, como iluminada *a giorno*<sup>[41]</sup> para una recepción. No se oyó ninguna voz, pero ahora ya nada me habría detenido. Al darme la vuelta para cerrar la puerta, vi un vestido de mujer sobre una silla y otros artículos de vestir esparcidos por el lugar. La cama de caoba con una tela de seda que Therese había encontrado en algún sitio y utilizaba a modo de colcha constituía una magnífica combinación de blanco y carmesí entre las relucientes superficies de madera oscura. Toda la estancia transmitía esplendor, con consolas de mármol, tallas doradas, espejos alargados y una araña veneciana: una oscura masa de cuentas de hielo que aquí y allá atrapaban los destellos provenientes de las velas de un candelabro de seis brazos colocado sobre una mesa situada cerca de la cabecera de un sofá que habían arrastrado para situarlo frente a la chimenea. Bastó una sugerencia, el levísimo aroma de un perfume familiar, para que la cabeza empezase a darme vueltas.

Me apoyé en el respaldo del mueble más próximo y el esplendor de mármoles y espejos, de tallas y cristales, giró ante mis ojos en la neblina dorada de las paredes y los tapices en torno a un par extraordinariamente conspicuo de medias negras tiradas sobre una banqueta que permanecía inmóvil. El silencio era profundo. Era como estar en un lugar encantado. De pronto, alguien empezó a hablar con una voz clara, distante, infinitamente conmovedora en su tranquila fatiga.

—¿Acaso no me has atormentado ya lo suficiente por hoy? —dijo... Mi cabeza estaba firme, pero con aquellas palabras mi corazón comenzó a latir con virulencia. Escuché el final sin moverme—. ¿Tan difícil te resulta dejarme sola por esta noche? —suplicó la voz con un acento de caritativo desprecio.

La cualidad penetrante de aquella voz, que llevaba muchos muchos días sin oír, hizo que mis ojos se llenaran de lágrimas. Adiviné, era fácil, que aquellas palabras iban dirigidas a la atroz Therese. Quien hablaba quedaba oculto a mis ojos por el alto respaldo del sofá, pero su aprensión estaba perfectamente justificada. Porque ¿no había sido yo quien había impedido que Therese, la pía, la insaciable, bajase en camisón para torturar a su hermana una vez más? La sorpresa de comprobar que doña Rita se encontraba en la casa fue suficiente para paralizarme, pero me vi completamente superado por una enorme sensación de alivio, por la sensación de que ahora ella y yo estábamos a salvo. Ni siquiera me pregunté cómo había llegado hasta allí. Me bastaba con que no estuviera en Tolosa. Podría haber sonreído ante la idea de que, a raíz de ese hecho, lo mejor que podía hacer era acelerar la partida de aquel

lunático abominable... hacia Tolosa, una tarea fácil, prácticamente innecesaria. Sí, podría haber sonreído de no haberme sentido ofendido por el hecho de que el señor Ortega y doña Rita estuvieran bajo el mismo techo, un hecho que me resultaba repugnante, moralmente repulsivo hasta el extremo de que me habría gustado precipitarme sobre él y echarlo a la calle, algo que, sin embargo, no iba a hacer por varios motivos. Uno de ellos era la piedad. De pronto, yo estaba en paz con la humanidad, con la naturaleza. Me sentía incapaz de hacer daño a una mosca. La intensidad de mi emoción selló mis labios. Con el corazón arrastrado por una alegría llena de temor, giré alrededor del respaldo del sofá sin decir una palabra.

En la amplia chimenea, sobre una pila de ascuas blanquecinas, la leña emitía un resplandor de intenso carmesí; y vuelta hacia ella estaba doña Rita, reclinada sobre un costado y envuelta en pieles, encantadora y salvaje, como un joven caudillo guerrero ante la hoguera de un campamento. Ni siquiera alzó la mirada, lo cual me proporcionó la oportunidad de contemplar en silencio su cabeza adolescente y delicadamente masculina, tan misteriosamente femenina por su poder de seducción instantánea, tan infinitamente suave en su firme diseño, casi infantil por la frescura de sus detalles y arrebatadora en su conjunto por la inspirada fuerza de sus formas. Su preciosa cabeza reposaba en la palma de su mano, tenía el semblante ligeramente sonrojado (quizá por la cólera). Mantuvo los ojos obstinadamente fijos en las páginas de un libro que sostenía con la otra mano. Yo tuve tiempo de concentrar mi infinita adoración en sus pies, cuyos blancos empeines brillaban por debajo del borde oscuro de las zapatillas de seda guateada, azules y ribeteadas de perlas. No los había visto nunca; me refiero a aquellos zapatos. Ni para el caso, el brillo de los empeines. Me sumí en una profunda sensación de dicha, como si experimentase de nuevo el gusto de un tiempo feliz que debía ser tranquilo si quería ser eterno. En mi vida había saboreado una tranquilidad tan perfecta. No era de este mundo. Yo había ido mucho más allá. Era como si hubiera alcanzado la sabiduría última, la que se encuentra más allá de todos los sueños y pasiones. Ella era Eso que ha de Contemplarse por toda la Eternidad.

La quietud y el silencio eran tan perfectos que doña Rita, a su pesar, alzó por fin la mirada. Su expresión era dura, defensiva, desconocida para mí. No era de extrañar. Aquella mirada iba dirigida a Therese y su propósito era la defensa. Aunque durante unos segundos esa mirada no cambió, cuando lo hizo, pasó a ser absolutamente pétrea. También esta mirada me era completamente desconocida. Doña Rita jamás había deseado tanto que la dejaran en paz, jamás se había quedado tan atónita. Al parecer, había llegado en el expreso de la tarde, tan sólo dos horas antes que el señor Ortega, se había dirigido a la casa y, después de comer algo, durante el resto de la noche se había convertido en la indefensa presa de su hermana, quien la había adulado y reprendido y acosado y amenazado hasta el extremo de ofender todos sus sentimientos. Aprovechando aquella ocasión inesperada, Therese había hecho gala de una desquiciada versatilidad de sentimientos: rapacidad, virtud, piedad, desprecio y

falsa ternura; mientras, lo cual era muy característico de ella, deshacía la maleta, ayudaba a la pecadora a irse a la cama, le cepillaba el cabello y, por último y como clímax final, le besaba las manos, en parte por sorpresa y en parte de modo algo violento. Después de todo eso, se había retirado del campo de batalla despacio, sin sentirse derrotada, desafiante y lanzando, a modo de último disparo, la siguiente e impúdica pregunta: «Y dime Rita, ¿has hecho testamento?»; ante la cual, doña Rita, con su espíritu de oposición en su punto más extremo, había respondido: «No, y no tengo intención de hacerlo», con la impresión de que era eso lo que su hermana quería que hiciese. No cabe duda, sin embargo, de que lo único que Therese deseaba era obtener información.

Rita, demasiado agitada para esperar otra cosa que una noche de insomnio, no había tenido el valor de meterse en la cama y había optado por acomodarse en el sofá, delante del fuego, y buscar la tranquilidad en un libro. Puesto que no había llevado una bata, se había puesto el largo abrigo de pieles sobre el camisón, había echado algunos leños al fuego y se había tumbado en el sofá. No había oído el menor ruido hasta que yo cerré la puerta suavemente. El sigilo era uno de los rasgos distintivos de Therese, de modo que, como es natural, la azarosa heredera de los millones de Allègre había pensado que era su hermana quien entraba en la estancia, dispuesta a reiniciar la escena con energías renovadas. Doña Rita sintió un peso en el corazón. Finalmente, se asustó un poco al ver que el silencio se alargaba y alzó la mirada. Durante unos segundos, no creyó lo que veía. Dio por sentado que yo era una visión. En realidad, lo primero que le oí decir fue:

—No.

Comprendí su significado, pero de todos modos me heló la sangre igual que un mal presagio.

A continuación, hablé yo:

—Sí, es a mí a quien ve —dije, y di un paso. Ella no se alteró. Se limitó a coger con una mano el borde del abrigo de pieles y tiró de él para cubrirse los senos. Observando este gesto, me senté en la silla más cercana. El libro que estaba leyendo cayó al suelo con un golpe sordo.

—¿Cómo es posible que esté aquí? —dijo, todavía con voz dubitativa.

—Aquí estoy —dije—, de verdad. ¿Quiere tocar mi mano?

No movió un músculo; sus dedos continuaban aferrados al abrigo.

—¿Qué ha pasado?

—Es una larga historia, pero puede creerme, todo se ha acabado. El vínculo que nos unía se ha roto. No sé si llegó a ser muy estrecho. Era algo externo. La verdadera desgracia es haberla conocido.

Esta última frase vino motivada por una exclamación de compasión por su parte. Se apoyó en el codo y me miró con atención.

—Todo acabado —murmuró.

—Sí. Tuvimos que hundir la embarcación. Fue espantoso. Me sentí como un



asesino. Pero había que matarla.

—¿Por qué?

—Porque la amaba demasiado. ¿No sabía que el amor y la muerte están muy unidos?

—Que todo haya terminado casi podría hacerme feliz, si no hubiera perdido a su amor. Oh, *amigo* George, era para usted un amor seguro.

—Sí —dije—. Era un barco pequeño y fiable. Nos habría salvado a todos de cualquier peligro normal, pero nos traicionaron. Fue... no importa, ya es pasado, la cuestión es cuál será la siguiente.

—¿Por qué habría de haber otra?

—No lo sé. La vida no parece otra cosa que una sucesión de traiciones. Las hay de muchos tipos. En este caso, el traicionado fue el plan, pero también se puede traicionar la confianza, y la esperanza y... el deseo, y lo más sagrado...

—Pero ¿qué está usted haciendo aquí? —me interrumpió.

—¡Oh, sí! El eterno porqué. Hasta hace pocas horas no sabía para qué estaba yo aquí. A propósito, ¿para qué está usted aquí? —pregunté, de improviso y con una amargura que ella no quiso tener en cuenta. Pero respondió a mi pregunta sin tardanza, con muchas palabras, de las que pude sacar muy poco. Tan sólo supe que por al menos cinco razones mezcladas, ninguna de las cuales me impresionó demasiado, doña Rita había abandonado repentinamente París sin nada más que una pequeña maleta, después de permitir que Rose hiciese a sus ancianos padres una visita de dos días. Rose llevaba unos días muy inquieta y preocupada, por lo que la sensible Rita, temiendo que estuviera cansada de su trabajo, le propuso entregarle una suma de dinero que le habría permitido dedicarse por entero a sus padres. Pero ¿sabía yo lo que aquella muchacha extraordinaria le había dicho? Le había dicho: «No quiero que *madame* crea que soy demasiado orgullosa para aceptar nada que provenga de ella, pero ni siquiera puedo soñar con abandonar a *madame*. Creo que *madame* no tiene amigos, ni un solo amigo». De modo que, en lugar de una elevada suma de dinero, doña Rita dio a la muchacha un beso y como había estado preocupada por algunas personas que deseaban que se dirigiera a Tolosa, optó por viajar ella también a fin de librarse de todos aquellos entrometidos.

—Quería esconderme —prosiguió, con ardor—. Sí, he venido aquí a esconderme —repitió dos veces, como si le complaciese haber acertado con esa razón entre tantas otras—. ¿Cómo iba a saber que estaba usted aquí? —dijo, y con un fuego súbito que servía para aumentar el placer con el que yo venía observando el despliegue de sus rasgos, añadió—: ¿Por qué ha entrado en esta habitación?

Me cautivaba. Las ardientes modulaciones de su voz, el leve juego de sus hermosos labios, el brillo inmóvil, profundo y azul de sus largos ojos, heredados del alba de los tiempos, y que, siempre, en todo momento, parecían observar cosas inimaginables, esa ondulación alegre, leve y soterrada, que la animaba fuera cual fuese su humor, como si se tratara de un don de los dioses del cielo, movidos a piedad

por este solitario mortal, todo eso, dentro de aquellas cuatro paredes y sólo para mis ojos, suscitó en mí una sensación de dicha casi intolerable. Las palabras no importaban, aunque había que responder.

—He entrado por varias razones. Una de ellas es que no sabía que estaba usted aquí.

—¿Therese no se lo ha dicho?

—No.

—¿No le ha dicho que había venido?

Vacilé sólo por un momento.

—No —dije, y, a mi vez, pregunté—: ¿Le ha dicho a usted que yo estaba aquí?

—No.

—Es evidente que no quería que nos volviéramos a ver.

—Yo tampoco quería, querido.

—¿Qué pretende hablando de esa forma, con ese tono, con esas palabras? Parece emplearlas como si fueran una especie de fórmula. ¿Soy un «querido» para usted? ¿Lo es alguien?... ¿Todo el mundo?

Llevaba algún tiempo apoyada en el codo, pero en ese momento, como si algo le ocurriera a su vitalidad, se hundió hasta que su cabeza volvió a quedar apoyada en el sofá.

—¿Por qué intenta herir mis sentimientos? —preguntó.

—Por la misma razón por la que usted me llama «querido» al final de una frase como ésa: a falta de algo mejor que hacer. Y no finja que lo hace por alguna razón que pueda confesar una persona decente.

El color había desaparecido de su rostro, pero yo no quise abandonar mi acceso de maldad.

—¿Qué motiva sus palabras? ¿Qué impulsa sus acciones? Según usted misma reconoce, su vida parece ser una huida continua. Acaba usted de huir de París, ¿adónde huirá mañana? Huye sin cesar, pero ¿de qué? ¿O acaso persigue algo? Y en ese caso, ¿el qué? ¿Un hombre, un fantasma o una sensación que no le gusta admitir?

A decir verdad, el silencio que siguió a mis palabras me avergonzó. Me dije que no permitiría que mi natural ira, mi justa furia, quedase desactivada por la compasión, el sentimiento o la dignidad. Supongo que estaba fuera de mí, que, como habrían dicho en la Edad Media, estaba «poseído» por un espíritu maligno. Y seguí gozando de mi propia villanía.

—¿Por qué no está usted en Tolosa? Debería estar en Tolosa. ¿No es Tolosa el mejor terreno para sus habilidades, para sus simpatías, para sus profusiones, para sus generosidades...? ¡El rey sin corona, el hombre sin fortuna! Sin embargo, en este lugar no hay nada digno de su talento. No, aquí ya no hay nada digno de que se tome ninguna molestia. Ni siquiera ese ridículo *monsieur* George. Yo diría que de aquí hasta Cette<sup>[42]</sup> en la costa no se habla de otra cosa que de la muerte en el mar de *monsieur* George. Lo digo en serio, le doy mi palabra. Y que le vaya bien. Está

Therese, pero no creo que el afecto que le tiene a su hermana...

—Por Dios Santo, no permita que entre y lo encuentre aquí.

Estas palabras bastaron para que volviera en mí, para exorcizar al espíritu maligno mediante el mero poder de encantamiento de su voz. Además, resultaban impresionantes porque sugerían algo práctico, útil y muy alejado de los sentimientos. El espíritu maligno me abandonó y quedé ligeramente perplejo.

—En fin —dije—, si lo que quiere decir es que desea que me vaya, le confieso que ahora mismo no puedo. Pero, si no le importa, cerraré con llave las dos puertas.

—Haga lo que le plazca con tal de que ella no entre. Esta noche, los dos juntos serían demasiado. Sí, cierre las puertas con llave. Tengo la sensación de que está al acecho.

Sin esperar más, me puse en pie.

—Supongo que se habrá acostado ya —dije.

Me sentía completamente tranquilo y responsable. Giré las llaves tan suavemente que ni siquiera yo pude oír cómo se bloqueaban las cerraduras. Hecho esto, volví a cruzar la habitación con paso sereno, con la mirada gacha, y acercándome hasta el sofá sin alzar los ojos, me dejé caer de rodillas y apoyé la frente en el borde. Mi actitud penitente no estaba exenta de remordimiento. No detecté ningún movimiento, ningún sonido proveniente de ella. En un punto, el abrigo de piel tocaba mi mejilla suavemente, pero ninguna mano comprensiva vino a reposar en mi cabeza. Me limité a aspirar profundamente el leve aroma de violetas, su propia y particular fragancia, que envolvía mi cuerpo, que penetraba en mi corazón con una inconcebible intimidad, acercándome más a ella que el más estrecho de los abrazos y sin embargo tan sutil que sentía que ella existía en mí tan sólo como una inmensa, resplandeciente e indeterminada ternura, algo parecido a la luz de la tarde, que tras la blanca pasión de las infinitas profundidades del día, revela los colores del cielo y un alma insospechada y pacífica en las formas proteicas de la vida. No experimentaba tanta serenidad desde hacía varios meses. Advertí en mí una enorme fatiga, un deseo de quedarme donde estaba y sin cambiar de postura hasta el fin de los tiempos. Ciertamente, quedarme allí se me antojaba una solución perfecta a todos los problemas que la vida me presentaba, incluso el de la propia muerte.

Sólo la inoportuna reflexión de que mi deseo era imposible consiguió que me incorporase al fin con un suspiro de profundo pesar por el fin de mi sueño. Pero me levanté sin desesperación. Ella no murmuró, no se movió. En la quietud de la habitación había algo majestuoso. En aquel inesperado refugio dominado por el desorden, el esplendor y el abandono, ella compartía conmigo una extraña tranquilidad. Lo que me inquietó fue la súbita conciencia, de una cualidad casi material, de que el tiempo transcurre como el agua fluye. Me pareció que tan sólo la tenacidad de mis sentimientos sostenía el cuerpo de aquella mujer, tendido y tranquilo sobre la corriente. Pero cuando por fin me aventuré a mirar su cara, vi su sonrojo, sus dientes apretados —era evidente—, los orificios nasales dilatados, y en

sus ojos rasgados y serenos, una mirada de éxtasis íntimo y asustado. El abrigo se había abierto, así que sentí el impulso de apartarme. Tuve la misma impresión que la noche que nos separamos, que había ocurrido algo que no comprendía, sólo que esta vez ni siquiera la había tocado. Es cierto, yo no comprendía. A un leve susurro suyo, me habría marchado sin un murmullo, como si aquella emoción le concediera el derecho a ser obedecida. Pero no hubo ningún susurro, y durante largo rato, estuve apoyado en un brazo, mirando el fuego y sintiendo, con claridad, entre las cuatro paredes de aquel cuarto cerrado con llave, que el tiempo fluía sin obstáculos más allá de nosotros, dos personas abandonadas a su suerte.

Y de repente, habló. Habló con aquella voz tan profundamente conmovedora sin ser siquiera triste, algo nostálgica, quizá, y siempre suprema expresión de su gracia. Me preguntó, como si nada hubiera ocurrido:

—¿En qué está pensando, *amigo*?

Me volví. Seguía echada de costado, tranquila, sobre el suave fluir del tiempo, de nuevo envuelta en sus pieles, con la cabeza apoyada en un cojín del viejo sofá dorado, que, como el resto de la habitación, estaba adornado con las letras entrelazadas de su monograma. Ahora, tenía el semblante ligeramente pálido y el lóbulo de la oreja carmesí bajo la luz castaña de su melena suelta, los labios levemente separados y la mirada de zafiro líquido, serena e inmóvil, ensombrecida por la fatiga.

—¿Puedo pensar en algo que no sea usted? —murmuré, tomando asiento al pie del sofá—. Aunque, más bien, no es pensar, es más la conciencia de usted, que siempre está presente en mí, completa hasta el último cabello, hasta la más leve sombra de expresión y esto no sólo cuando estamos separados, sino cuando estamos juntos, a solas, tan cerca como ahora. La veo ahora tendida en el sofá, pero eso es sólo el fantasma insensible de su verdadero yo, que está en mí. Y sentir esto me resulta tanto más fácil por cuanto esa imagen que otros ven y a la que llaman por su nombre... ¿cómo puedo saber que es algo más que un cautivador espejismo? Usted siempre me ha evitado salvo en uno o dos momentos que se me antojan todavía más parecidos a ensoñaciones que el resto. Desde que entré en esta habitación no ha hecho usted nada por destruir mi convencimiento de que, fuera de mí, usted no existe. No me ha ofrecido usted su mano para que la toque. ¿Tal vez porque sospecha que, fuera de mí, no es usted sino un fantasma, porque teme poner esto a prueba?

Tenía una mano bajo las pieles y la otra bajo la mejilla. No emitió sonido alguno. No se movió. No movió los ojos, ni siquiera cuando añadí, después de esperar un rato:

—Precisamente lo que yo esperaba. Es usted una fría ilusión. Sonrió misteriosamente, sin mirarme, sin apartar la mirada de la chimenea. Y eso fue todo.

## VI

**P**or un momento, tuve la sospecha de que había dicho una estupidez. Entre otras muchas cosas, también su sonrisa parecía indicarlo. De modo que respondí con cierta resignación.

—En fin, no sé si es usted tan sólo un espejismo. Recuerdo que en cierta ocasión me colgué de usted como un ahogado... Pero tal vez sea mejor no hablar de ello. No hace tanto tiempo y podría usted...

—No importa. En fin...

—En fin, recuerdo la impresión de solidez. Lo admito. Una mujer de granito.

—Un médico me dijo una vez que estaba hecha para durar siempre —dijo ella.

—Básicamente, es lo mismo —proseguí—. Pero el granito, además, es insensible.

Observé su perfil, que se recortaba contra el cojín, y en su rostro se dibujó esa expresión que yo conocía tan bien, la que ponía cuando, con una indignación llena de una risa contenida, solía decir que yo era «idiota». Esperaba que lo dijera, pero no lo dijo. Debo señalar, sin embargo, que la cabeza me daba vueltas y que de vez en cuando oía un sonido como el del mar, de modo que es posible que sí lo dijera y yo no lo oyera. La mujer de granito, hecha para durar siempre, continuaba mirando los leños relumbrantes, que convertían el montón de cenizas en una especie de fiera ruina.

—Le diré lo que ocurre —afirmé—. Cuando la tengo delante, se produce tal proyección del conjunto de mi ser en usted que me resulta imposible distinguirla con claridad. Ha sucedido así desde el principio. Podría afirmar que no la vi con claridad hasta que nos separamos y pensé que había desaparecido de mi vista para siempre. Fue entonces cuando usted cobró cuerpo en mi imaginación y cuando mi mente se apropió de una forma definida de usted en la que concentrar todas sus adoraciones, y también todas sus profanaciones. No me imagine postrado, rebajado espiritualmente ante una mera imagen. Ahora tengo de usted una idea que nada puede perturbar.

—No hable así —dijo ella—. Es demasiado. Y queda una larga noche por delante.

—¿Acaso le parece que trato con usted de una forma no suficientemente sentimental? Pero el sentimiento estaba ahí, claro como una llama que hubiera ardido en la tierra desde los tiempos más remotos, ante esa cosa eterna que es usted, que es su herencia. ¿Es culpa mía que lo que tenga que dar sea una auténtica llama y no místico incienso? No es mía la culpa, ni tampoco suya. Así pues, con independencia de lo que nos digamos de noche o de día, ese sentimiento ha de darse por hecho. Lo sentiré el día que muera... aunque usted no esté presente.

Doña Rita continuaba mirando fijamente las ascuas y de sus labios, que apenas se movieron, surgió un leve susurro.

—Nada sería más fácil que morir por usted.

—¿De verdad? —exclamé—. Ahora, después de esto, tal vez espere que le bese los pies transido de gratitud mientras, con orgullo, guardo en mi pecho sus palabras. Pero ocurre que yo, ante declaración tan sublime, no siento otra cosa que desprecio. ¿Cómo se atreve a ofrecirme esa charlatanería de la pasión? ¿A qué viene eso entre usted y yo, que somos los dos únicos seres del mundo que con toda seguridad pueden decir que entre ellos no es necesaria ninguna farsa? ¿Es posible que, en el fondo, no sea usted más que una charlatana? No por egoísmo, lo admito, sino por una especie de miedo. No obstante, escuche bien lo que le digo, si usted fuera sincera, yo nunca se lo perdonaría. Iría a visitar su tumba todos los días y renegaría de usted por mala.

—Por mala —repitió ella, suavemente.

—¿Preferiría usted ser una farsa, alguien a quien resulta fácil olvidar?

—Usted nunca me olvidará —dijo, con el mismo tono, sin dejar de mirar las ascuas brillantes—. Mala o buena. Pero, querido, yo no me siento ni mala ni una farsa. Yo he de ser lo que soy, y eso, *amigo*, no es fácil; porque es posible que sea algo simple, pero como todos aquéllos para quienes no existe la paz, yo no soy Una. No, ¡yo no soy Una!

—Usted es todas las mujeres del mundo —susurré, inclinándome sobre ella. Ella no parecía consciente de nada, y tan sólo hablaba, siempre hacia el fuego.

—Si lo fuera, diría: Dios, ayúdales. Pero eso resulta más apropiado para Therese. En cuanto a mí, yo sólo puedo ofrecerles mi infinita compasión. Siento demasiado respeto para invocar el nombre de un Dios del que los hombres inteligentes me arrancaron hace mucho tiempo. ¿Cómo podía yo evitarlo? Porque la conversación era inteligente y yo... y yo también soy inteligente. Y también soy, como dice Therese, pecadora por naturaleza. Sí, querido, es posible que sea siniestra por naturaleza, pero no soy mala, y podría morir por usted.

—¿Usted? —dije—. Usted tiene miedo a morir.

—Sí, pero no por usted.

La estructura de leños ardientes se vino abajo, causando un pequeño revuelo de chispas y cenizas blancas. El pequeño derrumbamiento pareció despertar a doña Rita por completo. Volvió la cabeza sin levantarla del cojín y me miró.

—Es algo extraordinario que los dos hayamos vuelto a reunirnos así —dijo, con convicción—. Usted entrando sin saber que yo estaba aquí para, a continuación, decirme que no puede salir de la habitación. Suena divertido. Si me hubiera dicho que no quería salir, no me habría enfadado, me habría dolido, pero nadie ha prestado jamás mucha atención a mis sentimientos. ¿Por qué sonrío de esa manera?

—Una ocurrencia. Sin la menor charlatanería de la pasión puedo decirle algo capaz de igualar su devoción. Por usted, yo no temía acercarme, hasta tenerlo al grosor de un cabello, a lo que para todo el mundo habría sido un crimen miserable. Advierta que usted y yo somos personas de honor, pero, al final, a mí me habrían sometido ajuicio. Y quizá habría acabado en el cadalso.

—¿Dice tantos horrores para asustarme?

—Oh, no tiene por qué asustarse. No habrá crimen. Ahora que está usted a salvo, no tengo por qué arriesgarme a acabar en la horca. Pero entré en esta habitación meditando resueltamente en formas de matar, calculando posibilidades y probabilidades sin el más mínimo escrúpulo. Ahora se acabó. Se acabó en cuanto la he visto, pero ha estado tan cerca que todavía me estremece.

Debió de quedarse muy asombrada, porque durante unos minutos no pudo articular palabra. Luego, con voz débil, balbució:

—Por mí, por mí.

—Por usted... ¿o por mí? Y sin embargo, no podía ser un gesto egoísta. ¿Qué habría supuesto para mí que usted permaneciera en el mundo? No esperaba volver a verla. Incluso he compuesto una hermosísima carta de despedida. Una carta como no ha recibido nunca una mujer.

De inmediato, doña Rita estiró el brazo hacia mí. Los bordes del abrigo de pieles volvieron a separarse. Una oleada de levísima fragancia flotó hacia mi nariz.

—Démela —dijo, de forma imperiosa.

—No puedo, está en mi cabeza. Ninguna mujer la leerá. Sospecho que es algo que jamás pudo haberse escrito. Pero qué despedida. Y ahora, supongo que nos diremos adiós sin estrecharnos la mano siquiera. ¡Pero está usted a salvo! Sólo que debo pedirle que no salga de esta habitación hasta que le diga que puede hacerlo.

Yo estaba inquieto. Pensaba que el señor Ortega no podía ver a doña Rita bajo ningún concepto, no podía saber jamás cuán cerca había estado de ella. En aquellos momentos, además, estaba impaciente por que el sujeto partiera hacia Tolosa y muriera de un disparo en algún barranco, o por que se fuese al diablo como más le placiera, cualquier cosa con tal de que perdiera la pista de doña Rita. En tal caso, muy probablemente, se volvería loco y haría que lo encerrasen, o, por el contrario, se curaría, lo olvidaría todo y se dedicaría a su vocación, fuera cual fuese —poner una tienda y echar tripa—. Estos pensamientos cruzaron por mi cabeza en un instante y mientras seguía absorto en estas imágenes reconfortantes, la voz de doña Rita me distrajo con un sobresalto.

—¿Quiere decir que no puedo salir de esta casa?

—No, quiero decir que no puede salir de esta habitación —dije, con cierto embarazo.

—¿A qué se refiere? Entonces, ¿es algo que hay dentro de la casa? ¡Qué extraordinario! ¿Que me quede en esta habitación? Con usted, según parece. ¿También tiene usted miedo por usted mismo?

—Ni siquiera podría darle una idea del miedo que tenía. Ya no tengo tanto, ni mucho menos. Pero sabe usted muy bien, doña Rita, que nunca llevo armas en el bolsillo.

—¿Por qué no? —preguntó, con un aire de burla que por un instante me cautivó tan completamente que ni siquiera pude sonreír.

—Porque, aunque es cierto que no me gustan las convenciones, también lo es que soy un viejo europeo —murmuré, suavemente—. No, *Excellentissima*, he de pasar por la vida sin mucho más que una llave en la mano. De nada sirve que se enfade. Adaptando a este gran momento unas palabras que ya ha oído: yo soy así. ¡Es mi forma de ser!

Doña Rita me miró franca, abiertamente, un gesto que en ella resultaba muy poco corriente. Y, de pronto, se sentó.

—Don George —dijo, con encantadora animación—, insisto en saber quién está en mi casa.

—¿Insiste?... Pero Therese dice que la casa es *suya*.

De haber habido por allí algo como, por ejemplo, una tabaquera, habría surcado el aire, derramando algunos cigarrillos en su vuelo. Sonrosada por entero, en sus mejillas, en el cuello, en los hombros, doña Rita parecía suavemente iluminada desde dentro, igual que una hermosa transparencia. Pero no levantó la voz.

—Therese y usted se han propuesto arruinarme. Si no me dice lo que sucede, voy a salir de esta habitación y me voy a poner a gritar hasta que baje mi hermana. Sé que en la casa no hay nadie más aparte de nosotros tres.

—Sí, tres sin contar a mi jacobino. Hay un jacobino en la casa.

—¿Un jac...? Oh, George, no es momento para bromas —dijo, de forma muy persuasiva, cuando un ruido tenue pero peculiar paralizó sus labios como si se hubieran quedado congelados de repente. Al instante, su cuerpo entero estuvo inmóvil. Yo, por el contrario, hice un movimiento involuntario antes de quedar, como ella, quieto como un muerto. Aguzamos el oído, pero el singular ruido metálico había sido tan leve y el silencio se había hecho tan completo que resultaba difícil creer en los propios sentidos. Doña Rita me dirigió una mirada inquisitiva. Yo le devolví un pequeño asentimiento de cabeza. Nos quedamos mirándonos a los ojos mientras escuchábamos y escuchábamos, hasta que el silencio se hizo insoportable.

—¿Ha oído? —susurró doña Rita con mucha serenidad.

—Eso me preguntaba... Estoy por pensar que no.

—No juegue conmigo. Ha sido como un repiqueteo.

—Algo se ha caído.

—¿Algo? ¿El qué? ¿Hay cosas que se caen solas? ¿Quién es ese hombre del que habla? ¿Es un hombre?

—No se atreva a dudarle. Yo mismo lo he traído.

—¿Para qué?

—¿No puedo yo tener mi propio jacobino? ¿Acaso no tiene usted uno? Pero el mío es muy distinto a ese farsante suyo de pelo blanco. Éste es auténtico, y debe de haber muchos como él. Dice que tiene algunas cuentas que saldar con media docena de personas y pide revoluciones que le proporcionen la oportunidad.

—Pero ¿por qué lo ha traído aquí?

—No lo sé... un súbito afecto...



Hablábamos en voz tan baja que parecíamos interpretar nuestras palabras más mediante la observación de nuestros labios que por medio del sentido del oído. El hombre es un animal extraño. A mí no me importaban mis palabras, tan sólo quería que ella siguiera en la misma postura, de excitación y alarma. Estaba sentada, con el cabello suelto, que resplandecía suavemente, y las pieles castaño oscuro marcaban un maravilloso contraste con la seda blanca de su pecho. Yo sólo pensaba que estaba demasiado adorable y encantadora para hablar. No me importaba nada salvo aquella impresión sublimemente estética. ¡Contenía toda la vida, toda la dicha, toda la poesía! Tenía algo de divino. Estoy seguro de que yo no estaba en mi sano juicio. Supongo que no estaba del todo en mis cabales y estoy convencido de que, en aquellos momentos, de las cuatro personas que estábamos en la casa, doña Rita era la más cuerda. Me observó y, estoy seguro, adivinó mi exaltación interior. Sabía lo que tenía que hacer. Con la voz más suave posible y casi sin elevarla por encima de su aliento, me ordenó:

—George, vuelve en ti.

Su suavidad tuvo el efecto de la luz vespertina. Me tranquilicé. Su confianza en su propio poder me impresionó profundamente. Supongo que mi amor era demasiado grande para que la locura se apoderase de mí. No puedo decir que me serenase por completo, más bien me sentí ligeramente abochornado.

—No, no le he traído por afecto —susurré—, sino por amor a usted. Ese imbécil de H. iba a enviarlo a Tolosa.

—¡A ese jacobino! —exclamó doña Rita. Como es natural, estaba muy sorprendida. A continuación, se resignó a lo incomprensible—. Claro —añadió, con un suspiro—, ¿y qué ha hecho con él?

—Lo he llevado a dormir al estudio.

Qué encantadora estaba con el esfuerzo de atención que describían la inclinación de su cabeza y todo su rostro, que, con la mayor sinceridad, intentaba dar su beneplácito a mi proceder.

—¿Y luego? —preguntó.

—Luego he venido aquí a fin de hacer frente con calma a la necesidad de acabar con una vida humana. No lo he dudado ni por un momento. A eso me han conducido estos últimos y brevísimos doce meses. Y no crea que le reprocho nada, oh, fuerza ciega. Tiene usted justificación tan sólo porque usted es. Ocurriera lo que ocurriese, usted ni siquiera lo habría sabido.

El horror ensombreció su maravilloso resplandor. A continuación, con el tremendo esfuerzo de comprender, su expresión fue de completo vacío. Un silencio absoluto reinaba en la casa. Me pareció que todo lo que importaba en el mundo lo habíamos dicho ya y que el propio mundo había llegado a su última etapa, había alcanzado su predeterminado fin, el de un silencio espectral y eterno. De pronto, doña Rita elevó un dedo en señal de advertencia. Yo no había oído nada y negué con la cabeza, pero ella asintió.

—Sí, sí, en la sala de esgrima, igual que antes —murmuró con agitación.

Del mismo modo le respondí yo.

—¡Imposible! La puerta está cerrada con llave y la llave la tiene Therese.

A continuación, con mucha cautela, doña Rita preguntó:

—¿Ha visto a Therese esta noche?

—Sí —confesé sin vacilación—. Cuando he entrado aquí, iba a preparar la cama de ese sujeto.

—¿La cama del jacobino? —dijo doña Rita, con un tono peculiar, como si le estuviera siguiendo la corriente a un lunático.

—Creo que será mejor que le diga que es español... que me da la impresión de que la conoce desde hace muchos años...

Me fijé en su rostro, estaba extraordinariamente tenso, lleno de aprensión. Yo había dejado de dudar quién era aquel hombre y esperaba que ella alcanzase la conclusión acertada por sí misma. Pero creo que estaba demasiado trastornada y preocupada para pensar con coherencia. Daba la impresión de que tan sólo percibía algún terror flotando en el aire. Con lástima, me incliné y susurré con cuidado, cerca de su oído:

—Se llama Ortega.

Yo esperaba que aquel nombre surtiera algún efecto, pero jamás imaginé que pudiera ocurrir lo que ocurrió. Con la súbita, libre y espontánea agilidad de un animal, doña Rita saltó del sofá, dejando en él las zapatillas, y de un solo impulso estuvo a punto de alcanzar el centro de la habitación. El vigor, la precisión instintiva de aquel salto, fueron asombrosos. No me tiró al suelo por muy poco. Aterrizó como una pluma sobre sus pies desnudos, y en perfecto equilibrio, sin el más leve balanceo en el instante en que hubo de quedar inmóvil. Duró menos de un segundo, a continuación, giró sobre sí misma como trastornada y salió disparada hacia la primera puerta que vio. Mi propia agilidad me permitió coger como pude el abrigo de pieles y a continuación rodear su cintura antes de que pudiera sacarse las mangas.

—No, no, no —murmuraba continuamente. Abandonó todo esfuerzo por librarse de mí durante un instante que yo aproveché para devolverla al centro de la habitación. Allí quiso soltarse otra vez y yo permití que lo hiciera.

—No... No —repitió con la cara muy cerca de la mía, pero, en apariencia, sin saber muy bien qué estaba viendo. Su entonación pudo muy bien provocar mis lágrimas pero, en vez de ello, tan sólo lamenté no haber matado al honrado Ortega nada más verlo. De repente, doña Rita se dio la vuelta y, cogiendo su melena suelta con ambas manos, la retorció delante de uno de los suntuosos espejos que adornaban la estancia. Las amplias mangas de piel se deslizaron de sus blancos brazos. Con un movimiento brusco, semejante al de una puñalada hacia abajo, sujetó toda la masa de brillos y chispas de color castaño con la flecha de oro que había estado allí mismo, delante de ella, en la consola de mármol. A continuación, se apartó rápidamente del espejo.

—Fuera... fuera... fuera de esta casa —masculló febrilmente, y trató con una mirada horrible y hueca de esquivarme, porque yo me había colocado delante de ella con los brazos abiertos. Por fin, conseguí atraparla por los hombros, y presa de una extrema angustia, la sacudí con violencia. Creo que, si en aquel momento no se hubiera calmado, se me habría roto el corazón.

—No lo permitiré —le espeté, directamente a la cara—. Tiene que quedarse aquí.

Pareció reconocerme por fin y, quieta de pronto, perfectamente firme sobre sus blancos pies, dejó que sus brazos cayeran a lo largo de su cuerpo y, desde un abismo de desolación, susurró:

—¡Oh, George! ¡No, no, no, Ortega no!

En su tono de súplica vibraba la pasión de una pena madura. Y sin embargo, continuaba pareciéndome tan conmovedora e indefensa como una niña angustiada. La suya tenía toda la simplicidad y hondura de la emoción de un niño. Tocaba las fibras sensibles del corazón con la misma franqueza sin obstáculos. Pero ¿qué se podía hacer? ¿Cómo tranquilizarla? No podía darle una palmadita en la cabeza, ni sentarla sobre mis rodillas, ni comprarle una chocolatina, ni enseñarle un libro con ilustraciones. Me vi sin recursos. Completamente perdido.

—Sí, Ortega. Muy bien, ¿y qué? —susurré con una inmensa seguridad en mí mismo.

## VII

**M**i cabeza era un torbellino. No me equivoco al decir que en aquel preciso momento, en aquella casa no había nadie completamente cuerdo. Aparte de Therese y de Ortega, ambos atrapados en indescriptibles pasiones, toda la economía moral de doña Rita se había hecho añicos. Todo se había acabado menos su fuerte sensación de vida, con todas las amenazas que esto suponía. Aquella mujer se había convertido en un mero caos de sensaciones y vitalidad. Yo también sufría sobre todo por mi incapacidad para extraer de todo aquello algún pensamiento decisivo. El único en el cual podía basar algunas esperanzas era el de que, por supuesto, Ortega no sabía nada. Se lo susurré a doña Rita en la oreja, en su preciosa, en su hermosamente torneada oreja.

Pero ella negó con la cabeza, como haría una niña inconsolable y con el mismo pesimismo absoluto de una niña, murmuró:

—Therese se lo ha dicho.

Las palabras no llegué a pronunciarlas, porque no podía engañarme y pensar que no habíamos oído ningún ruido y que ese ruido no provenía de la sala de esgrima. Yo conocía esta sala. En ella no había nada que, ni siquiera mediante el mayor esfuerzo de la imaginación, alguien pudiera pensar que podría caerse con el ruido en particular

que doña Rita y yo habíamos escuchado. Había una mesa con un trozo alargado de cristal en un extremo, pero puesto que Blunt se había llevado su equipo de campaña, no había objeto de ningún tipo en la consola ni en ningún otro lugar que pudiera haber chirriado ni siquiera de forma misteriosa. A lo largo de una de las paredes se encontraba todo el complejo entramado de tuberías de latón y, muy próximo a éste, una enorme bañera empotrada en el suelo. La parte más amplia de la estancia estaba cubierta de moqueta y en ella tan sólo había un banco largo y estrecho tapizado en cuero y fijado a la pared. Y nada más. Y la puerta que conducía al estudio estaba cerrada con llave. Y Therese tenía esa llave. Y se me ocurrió, independientemente del pesimismo de doña Rita y por la fuerza de la convicción personal, que, por supuesto, Therese había hablado con Ortega. Vislumbré los acontecimientos en perfecta y lógica sucesión y hube de llegar a esa particular conclusión. Therese había hablado con Ortega. Vi las contrastadas cabezas de aquellos dos formidables lunáticos unidas en una neblina oscura de susurros compuestos de codicia, piedad y celos, urdiendo un complot con una sensación de seguridad perfecta, como si estuvieran bajo tutela de la misma Providencia. Pero, al menos, Therese pensaría. Y no podía pensar otra cosa que yo, providencialmente, pasaría fuera el resto de la noche.

Y para entonces había ya una persona cuerda en la casa, porque yo había recuperado por completo el dominio de mis pensamientos. Según una sucesión de imágenes lógicas, me mostraban, cuando menos tan claramente como un cuadro en una pared, que Therese, con fervor, había colocado la llave en la palma de la mano febril de su primo rico, virtuoso y avalado por el prestigio, a fin de que éste pudiera visitar a Rita y plantearle su sacrificada proposición, obteniendo con ello grandes méritos ante Aquél cuyo Ojo ve todas las acciones de los hombres. Y la imagen de aquellos dos con la llave en el estudio me pareció el ejemplo más monstruoso de fanatismo, de una perfecta y horrible aberración. Porque ¿quién podría confundir el estado que convertía a José Ortega en la figura que era, en una figura que al mismo tiempo inspiraba piedad y pavor? Por otro lado, yo no podía negar que comprendía, aunque no en toda su extensión, la exacta naturaleza de su sufrimiento. Joven como era, yo había resuelto para mí mismo esa grotesca y sombría personalidad. Su contacto conmigo, el contacto personal y real con (según él pensaba) uno de los amantes de la mujer que, siendo niño, hizo caer sobre él la maldición de los dioses, había inclinado la trémula balanza. Sin duda, estuve muy cerca de la muerte en el *grand salon* de la Maison Dorée, porque su tortura llegaba ya demasiado lejos. Me parecía que me era imposible no haber oído gritar a su misma alma cuando estuvimos sentados en el restaurante, cenando. Pero no tardé en dejar de tener interés para él. Yo no era nada. Para la loca exageración de sus celos, yo no era más que uno entre cien mil. ¿Qué significaba mi muerte? Nada. Toda la humanidad había poseído a aquella mujer. Yo sabía en qué consistiría el cortejo: Mía... o Muerta.

Todo esto debía de resultar claro como la luz del mediodía incluso para el mayor idiota de la historia; y, hablando con propiedad, Therese era precisamente eso. Una

idiota. Una criatura de una sola idea. Sólo que esa idea era bastante compleja y, por tanto, en realidad resultaba imposible decir de qué no era capaz. Por ese motivo sus oscuros procesos mentales eran tan horribles. En ocasiones, tenía las percepciones más asombrosas. ¿Quién hubiera podido decir dónde terminaba su simpleza y comenzaba su astucia? Tenía, además, la habilidad de no olvidar jamás ningún hecho o dato relacionado con su idea. Recuerdo ahora que aquella conversación que tuvo conmigo sobre el testamento dejó en ella una huella indeleble acerca de la sorprendente justicia de la ley. Recordando su ingenua admiración ante esa ley «justa» que no exigía ningún «papel» a una hermana, la vi desencadenando al furioso destino con aire santurrón. Naturalmente que Therese entregaría la llave de la sala de esgrima a su querido, virtuoso, agradecido y desinteresado primo, a aquella alma maldita y de delicados bigotes, porque creería posible que Rita hubiera cerrado con llave la puerta que comunicaba su habitación con el vestíbulo, mientras que no existía una razón lógica, ni la más leve probabilidad, de que se molestase en cerrar la otra puerta. La corrección exigía que a la hermana pecaminosa se la cogiera por sorpresa.

Lo que acabo de exponer es el análisis de un breve momento. Las imágenes son a las palabras lo que la luz al sonido, incomparablemente más rápidas. Y, en realidad, todo eso no fue más que un rayo de luz atravesando mi mente. Un pensamiento tranquilizador le sucedió: que ambas puertas estaban cerradas y que, en realidad, no había peligro.

No obstante, estaba aquel ruido; ¿cómo y por qué se había producido? Por supuesto, siendo de noche, quizá el señor Ortega se hubiera caído en la bañera, pero, en ese caso, el ruido no habría sido tan leve. Y no nos habría parecido un repiqueteo, o una rozadura. Tampoco existía la menor posibilidad de que hubiera tropezado con algo. Quizá se le hubiera caído un candil, si es que Therese le había dejado uno. Eso sí era posible, pero, en este caso, las gruesas alfombras... en este caso, ¿por qué iba a caérsele el candil?; y, de todos modos, ¿por qué no dirigirse directamente a la puerta e intentar abrirla? Hice de pronto la siguiente y escalofriante conjetura: ¿y si el señor Ortega se había inclinado sobre la cerradura y había estado escuchando y escuchando y escuchando, a la espera de algún movimiento o de ver a la durmiente a quien estaba dispuesto a arrancar del mundo viva o muerta? Estaba convencido de que seguía escuchando. ¿Por qué? Sabe Dios. Es posible que tan sólo se deleitara en la seguridad de que la noche era larga y de que tenía por delante muchas horas de las que disfrutar en solitario.

Por mi parte, estaba seguro de que no podía haber oído nuestros susurros, la estancia era demasiado grande y la puerta demasiado gruesa. No tenía la misma confianza en la eficacia de la cerradura. ¡Quieta!... Tapándome la boca con la mano, insté a doña Rita a que regresase al sofá. No me respondió, y cuando la cogí por el brazo, tampoco se movió. Había echado raíces en la mullida alfombra de Aubusson y estaba tan rígida que, a la luz de las seis velas del candelabro que estaba en la mesita, las piedras preciosas del asta de la flecha de oro no desprendían ninguna luz.

Yo estaba inquieto, temía que se traicionase a sí misma. Salvando las distancias, razoné como un psicólogo. No tenía la menor duda de que aquel hombre sabía que doña Rita estaba allí, pero sólo lo sabía porque se lo habían dicho. Pero esto empeoraba las cosas. No podía evitar la sensación de que, si sus sentidos tenían prueba de ese hecho a través de algún ruido, voz o movimiento, su locura ganaría la fuerza suficiente para hacer saltar la cerradura. Es ridículo, pero me preocupaban bastante las cerraduras. Una horrible desconfianza en el conjunto de la casa me poseyó. La veía convertida en trampa mortal. Yo no tenía armas, no sabía si él las tenía o no. No temía a la lucha por mí, pero sí por doña Rita. Rodar por el suelo, enzarzada, literalmente, con Ortega con uñas y dientes, tenía que ser odioso. Yo quería ahorrarle sufrimientos con la misma impaciencia con que habría querido evitar el contacto con el barro de los pies de aquella pastora de rostro simbólico que habitaba en las montañas. Me fijé en su rostro. Por su inmovilidad, podría haber pasado por una estatua. Deseé saber cómo tratar a aquel misterio encarnado, ejercer alguna influencia sobre él, dirigirlo. ¡Oh, cuánto ansiaba el don de la autoridad! Además, puesto que yo había recobrado la cordura completamente, cuando pensaba en tocarla, volvía a sentir los mismos escrúpulos de antes. La timidez y el embarazo se habían apoderado de mí. Miraba la manilla de bronce de la puerta de la sala de esgrima como si estuviera viva. Me previne, preparándome para el momento en que se movería. Y eso iba a ocurrir a continuación. La manecilla se movería muy despacio. Mi corazón se aceleró, pero yo estaba preparado para seguir quieto como un muerto y esperaba que doña Rita tuviera suficiente sentido común para hacer lo mismo. Le robé otra mirada, y precisamente en ese momento:

—¡Mi amada!

La expresión cobró forma en el aire inmóvil de la estancia, débil, clara, lastimera, como la última petición de un moribundo.

Por mi parte, conseguí reunir la suficiente presencia de ánimo para susurrar al oído de doña Rita:

—¡No diga nada!

Sentí una alegría inmensa al comprobar que me había oído, que me comprendía, que incluso ejercía un perfecto dominio sobre sus rígidos labios. Me respondió con otro susurro (nuestras mejillas casi se tocaban):

—Sáqueme de aquí.

Me fijé en sus ropas, esparcidas por toda la habitación, y siseé la advertencia «¡No se mueva!», comprobando, con alivio, que no hacía amago de moverse, aunque recuperaba el tono vital y sus labios se habían separado para formar una extraña e involuntaria sonrisa. Y no sé si me agradó que de repente ella, a quien no se podía tocar, me cogiera por una muñeca. Me dio la impresión de que lo había hecho a propósito, porque, casi de inmediato...

—¡Mi amada!

Esta vez, la voz sonó más alta, más agónica, si es que esto era posible. Recorrió la

estancia y, sí, fue directa a mi corazón. Sin transición, preparación, ni advertencia, añadió otras palabras, casi a gritos.

—¡Habla, bestia perjura!

Sentí que esta llamada atravesaba a doña Rita de parte a parte, como una descarga eléctrica, dejándola tan inmóvil como antes.

Hasta que Ortega cogió el picaporte, cosa que tardó en hacer, no estuve seguro desde qué puerta nos hablaba. Las dos puertas, aunque en distintas paredes, estaban bastante cerca. Como yo esperaba, Ortega estaba en la sala de esgrima, completamente excitado, con los sentidos aguzados, presto a captar el más leve sonido. Una situación con la que no valía jugar. Salir de la habitación estaba descartado. Ortega era muy capaz de llegar al vestíbulo antes de que nosotros alcanzásemos la puerta de entrada. En cuanto a salir corriendo al piso de arriba, lo mismo podía objetarse. Además, dar a aquel maníaco la posibilidad de perseguirnos por toda la casa habría sido mera locura. Encerrarnos en la planta superior tampoco habría supuesto ninguna ventaja, puesto que las puertas y las cerraduras no eran ni mucho menos tan fuertes. No, nuestra verdadera seguridad eran la inmovilidad y el silencio absolutos hasta que la furia de aquel loco acabara por vacilar y consumirse, o estrangularlo antes de llegar a mitigarse. Por mi parte, lo mismo me daba una cosa que otra.

Haber salido a hacerle frente habría sido una estupidez. Ahora, yo estaba ya seguro de que iba armado. Recordaba bien la pared de la sala de esgrima, adornada con trofeos de frío acero, en toda suerte de formas civilizadas y salvajes; haces de azagayas a modo de columnas y, colocadas en torno a ellos, estrellas y soles de hachas, espadas, cuchillos; de Italia, de Damasco, de Abisinia, de los confines del mundo. A Ortega le bastaba con llevar a cabo una bárbara elección. Supongo que se había puesto en pie sobre el banco y, buscando a tientas, había descolgado alguna de aquellas armas que, al caer, había producido el ruido metálico que doña Rita y yo habíamos oído. En todo caso, salir a buscarlo habría sido una locura, porque, al fin y al cabo, podría haberme vencido (incluso con sus manos) y entonces, doña Rita se habría visto completamente indefensa.

—Va a hablar —dijo doña Rita, con un murmullo espectral y aterrorizado—. Sáqueme de aquí antes de que empiece a hablar.

—Quieta —susurré—. Pronto se cansará.

—Usted no le conoce.

—Oh, sí, claro que le conozco. He pasado dos horas con él.

Al decir yo esto, me soltó la muñeca y se cubrió la cara con las manos en un gesto lleno de angustia. Cuando las relajó, tenía el aspecto de quien está moralmente roto.

—¿Qué le ha dicho?

—Deliraba.

—Escúcheme, todo lo que ha dicho es verdad.

—Supongo, pero ¿y qué?

Estas palabras fantasmales se transmitían entre nosotros apenas más alto que pensamientos, pero después de mi última respuesta, doña Rita dejó de hablar y me miró inquisitivamente. A continuación dejó escapar un largo suspiro. La voz del otro lado de la puerta estalló con una vehemente petición de piedad, de un poco de piedad, tan sólo un poco, y prosiguió suplicando unas palabras, pocas, dos, una, una sola palabra. Y entonces cedió. Y luego volvió a repetir:

—Dime que estás ahí, Rita. Dime una palabra, sólo una palabra. Di «sí». ¡Vamos! Sólo un pequeño «sí».

—¿Lo ve? —dije. Doña Rita se limitó a bajar los párpados sobre la angustiada mirada que desde hacía un rato me dirigía.

Durante un minuto pudimos alimentar la ilusión de que se había marchado, en silencio, sin que lo oyéramos, sobre las mullidas alfombras. Pero no creo que ninguno de los dos se engañase. La voz volvió, tartamudeando palabras inconexas, interrumpiéndose, apagándose, hasta que, súbitamente más firme, se elevó en un ruego apasionado, se hundió en tonos ásperos y graves, voluble, alta a veces y a veces abyecta. Cuando se detuvo, nos miramos profundamente el uno al otro.

—Es casi cómico —susurré.

—Sí. Uno podría reírse —asintió doña Rita, con una suerte de convicción siniestra. Jamás la había visto como estaba exactamente en aquellos momentos. Por un instante, me pareció otra Rita, una increíble Rita—. ¿No me reí yo de él en innumerables ocasiones? —añadió, con un susurro sombrío.

Al otro lado de la puerta, Ortega hablaba consigo mismo.

—¿Qué? —gritó de repente, como si hubiera oído algo. Esperó un momento, y volvió a empezar, más alto—: Habla, reina de las cabras, con tus trucos de cabra...

Se hizo el silencio, durante unos instantes, y entonces se oyó un terrible golpe en la puerta. Ortega debía de haber retrocedido unos pasos a fin de coger impulso y lanzarse contra los paneles. La casa entera pareció temblar. Aquel sujeto repitió su número una vez más y luego lo varió, introduciendo un prolongado redoblar de los puños. *Era* cómico. Y sin embargo, me vi luchando mentalmente contra el pesimismo que empezaba a invadirme, como si ya no pudiera estar seguro de mí mismo.

—Sáqueme de aquí —susurró doña Rita febrilmente—, sáqueme de esta casa antes de que sea demasiado tarde.

—Tendrá que soportarlo —repuse.

—Está bien, pero entonces, váyase usted. Váyase ahora, antes de que sea demasiado tarde.

En esta ocasión, no quise responder. El aporreo cesó y, con él, su absurdo tronar. No sé por qué, pero precisamente en esos momentos imaginé la roja boca de José Ortega retorciéndose de rabia bajo sus graciosos bigotes. Volvió a empezar, pero con un tono ya fatigado:

—Ah, diablilla malvada, ¿no esperarás que uno de tus iguales haya olvidado tus artimañas? ¿No me has visto nunca acechando para verte entre esos bonitos



caballeros, a caballo, como una princesa de mejillas puras como la imagen de una santa? Me sorprende que no te tirase piedras, me sorprende que no echase a correr detrás de ti contándolo todo... ¡maldita sea mi timidez! Pero apuesto a que ellos sabían tanto como yo. Más. Tus nuevas artimañas, si es que eso es posible.

Mientras Ortega armaba aquel escándalo, doña Rita se puso los dedos en los oídos, pero entonces, de repente, cambió de opinión y me tapó a mí las orejas con sus manos. Yo traté de liberarme instintivamente, pero ella insistió. Tras un breve forcejeo sin movernos del sitio ella me soltó de pronto y el silencio era completo. Ortega estaba sin resuello.

—Demasiado tarde, demasiado tarde —murmuró doña Rita, soltó sus manos de las mías y deshaciéndose del abrigo de pieles, cogió la ropa que había en una silla cercana (creo que era su falda). Supongo que tenía intención de vestirse y salir corriendo. Resuelto a impedirlo, pero, en realidad, sin pensar demasiado en lo que hacía, la cogí por un brazo. Esta vez, la lucha también fue silenciosa, pero yo empleé cuanta menos fuerza pude y ella consiguió darme un inesperado empujón. Retrocediendo para evitar caerme, volqué la mesita, sobre la que estaba el candelabro de seis brazos. El candelabro cayó al suelo, rebotó con ruido sordo sobre la alfombra y, cuando quedó inmóvil, no tenía ya ninguna de sus velas. Al otro lado de la puerta, aquel sujeto oyó, naturalmente, el ruido y lo saludó con un gritito triunfal.

—¡Ajá! He conseguido despertarte —exclamó, con un salvajismo que resultaba risible.

Sentía sobre mi brazo el peso de doña Rita cada vez más y pensé que lo mejor que podía hacer era dejar que bajara hasta el suelo. Deseaba recuperar la libertad de movimientos y estaba, ahora sí, verdaderamente asustado, porque después de haber oído la voz de doña Rita, aquel sujeto acabaría, indefectiblemente, por echar la puerta abajo. Pero ni siquiera la aporreó. Al parecer, el grito lo había dejado exhausto. En la habitación no había más luz que el apagado brillo de las ascuas y, entre las sombras de los muebles, apenas pude distinguir cómo doña Rita se hincaba de rodillas con actitud penitente y desesperada. Ante su derrumbamiento, yo, que había forcejeado con ella, también desesperadamente, un momento antes, no me atreví a tocarla. Tampoco acertaba a comprender su actitud: aquel abandono de sí misma, aquella humildad, afligida por la conciencia. Desde el otro lado de la puerta, oímos una nueva y mansa imploración.

—Abre la puerta, abre la puerta —repetía Ortega, imperativo, gimiente, persuasivo, insinuante y también inesperadamente jocoso. Su variedad de entonaciones resultaba tan asombrosa que llegué a sonreír, aunque estaba inquieto y me sentía sombrío. A continuación señaló, por así decirlo, entre paréntesis—: Ah, sabes cómo atormentar a un hombre, diablillo moreno, delgado, sonriente y despeinado. Y, fíjate —añadió, con un tono curiosamente académico—, eres odiosa en cada uno de tus miembros: tus ojos son odiosos, y tu boca es odiosa, y tu pelo es odioso, y tu cuerpo es frío y depravado como el de una serpiente... y, en conjunto,

eres la perdición.

Asombrosamente, esta declaración era meditada. Al concluir, dejó escapar un gemido y añadió, con un tono estremecedor:

—Tú sabes, Rita, que no puedo vivir sin ti. Yo no he vivido. Ni siquiera ahora vivo. Esto no es vida. Vamos, Rita, no puedes llevarte el alma de un niño y luego dejarle crecer y salir al mundo, pobre diablo, mientras tú te codeas con los ricos y vas de un par de brazos a otro, enseñando tus mejores trucos. Pero, si me abres la puerta, te perdonaré —dijo, y concluyó con ampulosidad—. Acuérdate de cómo juraste, una y otra vez, que serías mi esposa. Estás hecha para ser la esposa de Satán, pero lo mismo me da. ¡Serás mí esposa!

Un ruido que provenía de abajo hizo que me agachara con rapidez.

—¡No se ría! —le ordené, con severidad, y es que en las grotescas, casi burlescas palabras de aquel loco me parecía vislumbrar verdad, pasión y horror suficientes para mover una montaña.

De pronto, afuera, la sospecha se apoderó de él.

—¡Oh, desgraciada y falsa! —bramó Ortega de forma inesperada y farsesca—. ¡No escaparás! Serás mía...

Y, por así decirlo, se desvaneció. Por supuesto, yo no podía verlo, pero ésa fue mi impresión. Apenas había tenido tiempo de cobrar conciencia de ello, cuando, de repente... estaba ya en la otra estancia. Supongo que creyó que su presa se le escapaba. Su rapidez fue asombrosa, casi inconcebible, semejante al efecto de un truco o de un mecanismo. El porrazo contra la puerta fue terrible, porque no fue capaz de frenarse a tiempo. El golpe parecía suficiente para tumbar a un elefante. En realidad, fue gracioso. A continuación, se produjo un silencio, como si Ortega se estuviera recobrando. Acto seguido, oímos un gruñido sordo y el loco recuperó el hilo de su obsesión.

—Serás mi esposa. No me avergüenzo. Juraste que lo serías y has de serlo.

Oí ruidos graves y sofocados, y volví a agacharme junto a la figura hincada de rodillas que había a mis pies, blanca bajo el resplandor rojizo de las ascuas.

—Por Dios, no se ría —susurré.

Doña Rita se debatía por reprimir un horrible ataque de risa.

—Sí —repetía—, todos los días, durante dos meses. Por lo menos sesenta veces, por lo menos sesenta veces.

Elevaba la voz cada vez más, y se esforzaba por contener la carcajada. Sin embargo, cuando intenté ponerle la mano en los labios, advertí que tenía el rostro bañado en lágrimas. Giró a un lado y a otro, evitando mi mano con gemidos pequeños y sofocados. Abandoné la prudencia.

—Silencio —dije, tan alto que incluso yo quedé sorprendido. Ambos lo estábamos, y ambos adoptamos una inmovilidad expectante.

—¿Eh? ¿Qué es eso? —dijo Ortega desde el vestíbulo, con claridad.

Luego, en su lado de la puerta, también quedó inmóvil, escuchando. Pero debió

de pensar que su oído le había traicionado. También él comenzaba a agotarse. Guardó silencio; descansaba. Finalmente, exhaló un profundo suspiro y luego, con voz áspera y melancólica, volvió a empezar.

—Mi amor, mi alma, mi vida, háblame. ¿Qué soy yo para que te esfuerces tanto por fingir que no estás ahí? Háblame —repitió, tembloroso, y a su mecánica súplica siguió una retahíla de nombres extravagantes y cariñosos, algunos de ellos muy infantiles, hasta que, de repente, se detuvo. Luego, tras una pausa, preguntó, con voz clara, indescriptiblemente cansada—: ¿Qué puedo hacer ahora? —Daba la impresión de que hablaba consigo mismo.

Me estremecí al oír, desde el suelo, a mi lado, un voz vibrante y llena de desprecio:

—¿Hacer? Irte a casa mirando por encima del hombro como hacías hace años cuando yo había acabado contigo... cualquier cosa menos reírte.

—Rita —murmuré, perplejo. Ortega debió de quedarse atónito. A continuación, sólo Dios sabe por qué, debido quizá a su consternación o a su furia, comenzó a hablar en francés, con un acento ridículo.

—Así que por fin te decides a hablar, *catin*<sup>[43]</sup>! Lo has sido desde la cuna. No te acuerdas de cómo...

Doña Rita se puso en pie de un salto.

—No, George, no —gritó.

Yo me quedé completamente desconcertado. Lo inesperado de aquel grito, y su volumen, convirtieron el silencio que a ambos lados de la puerta se produjo a continuación en algo difícil de soportar. Tuve la impresión de que, si no resistía con todo el poder de que era capaz, algo moriría dentro de mí en ese mismo instante. Bajo los pliegues rectos y suspendidos de su camisón, doña Rita tenía una apariencia estatuaria, brillante y fría como la de un bloque de mármol. A mí, entretanto, el aterrador clamor del vestíbulo me había convertido en piedra.

—Therese, Therese —chillaba Ortega—. Está con un hombre. —Corrió hasta el pie de las escaleras, y volvió a chillar—: ¡Therese, Therese! ¡Está con un hombre! ¡Con un hombre! Ven, desgraciada, palurda, muerta de hambre, ven y verás.

No sé dónde estaba Therese, pero estoy seguro de que oyó aquellas voces terribles, como gritadas al cielo y en un tono tan agudo que no tuve la menor duda de que, si estaba en la cama, lo único que podría haber hecho era meter la cabeza debajo de las mantas.

—Ven y verás —chilló Ortega por última vez antes de volver junto a la puerta de la habitación, que comenzó a zarandear con violencia.

Era una puerta de doble hoja, muy alta y debía de tener sueltos muchos de sus herrajes, goznes y cerraduras, y los tomillos rotos todos sus adornos de latón, porque vibró y crujió y tintineó y resonó también como un trueno en el vestíbulo grande y vacío. Fue ensordecedor, angustioso y vagamente alarmante, como si la casa fuera a venirse abajo. Al mismo tiempo, era un gesto fútil, lo cual le confería, imposible es

negarlo, un efecto cómico. Realmente la magnitud del alboroto resultaba graciosa. Pero Ortega no podía aguantar la violencia de su esfuerzo por mucho tiempo y, cuando se detuvo para descansar, le oímos gritar para sí mismo frases vengativas. ¡Ahora se daba cuenta, le habían llevado a aquella casa con engaños! (*Sacudida, sacudida, sacudida*). ¡Le habían llevado a la ciudad con engaños, gritaba, cada vez más excitado por el miedo que él mismo hacía, para verlo expuesto a aquella situación! (*Sacudida, sacudida*). Y la culpa era de aquella desvergonzada.

—*Catin! Catin! Catin!*

Y volvió a zarandear la puerta con vigor sobrehumano.

Detrás de mí, oí que doña Rita se reía suavemente, como una escultura, completamente oscura en el resplandor decreciente. Le hablé abiertamente.

—Domínese.

Ella me respondió también en voz alta.

—Oh, querido, ¿querrá usted hablarme después de esto? Pero no hay que pedir lo imposible. Ha nacido para se rían de él.

—Sí —dije—, pero no se deje llevar.

No sé si Ortega nos oyó. Hacía un último y supremo esfuerzo por clamar contra el infame complot que le había expuesto al escarnio de los diabólicos amigos de aquella mujer obscena... A continuación comenzó un nuevo interludio delante de la puerta, tan sostenido y tan fuerte que todo me pareció cada vez más absurdo e imposible, que o bien el yeso del techo empezaba a caer o bien aquel loco caería muerto en cualquier instante.

Se detuvo, profirió unas cuantas maldiciones y pareció calmarse un poco, de puro agotamiento.

—Esta historia recorrerá el mundo —le oímos empezar—. Engañado, burlado, apaleado, para convertirme en el hazmerreír ante lo más bajo de la humanidad, esa mujer y sus amigos —dijo. Aquello, en realidad, era una meditación. Y entonces gritó—: ¡Os mataré a todos!

Volvió a zarandear la puerta, pero esta vez con un esfuerzo mucho más débil que abandonó casi de inmediato. Debía de encontrarse al límite de sus fuerzas.

—¡Dígame! —me preguntó doña Rita desde el centro de la habitación y elevando la voz de forma muy imprudente—. ¿Acaso no ha nacido para que se rían de él?

No respondí. Me encontraba tan cerca de la puerta que me parecía que tenía que oírle resollar. Era aterrador, pero no era serio. Estaba al límite de sus fuerzas, de su aliento, de toda resistencia, pero yo no lo sabía. Estaba agotado, acabado, pero quizá tampoco él lo supiera. ¡Qué mudo estaba! Justo cuando empezaba a preguntarme qué ocurriría a continuación, oí que se daba un golpe en la frente.

—¡Ahora lo veo claro! —exclamó—. Esa palurda desgraciada e hipócrita es quien lo ha ideado todo. Y habrá hablado con sus curas. He de recuperar el respeto por mí mismo. Primero, que ella muera.

Oí cómo corría hasta el pie de las escaleras. Me quedé de piedra. Pensar que a

Therese le había salido el tiro por la culata... era como el giro final de los acontecimientos propio de una farsa. Una farsa brutal. Descorrí el cerrojo de la puerta instintivamente. La risa de contralto de doña Rita resonó en toda la habitación, aguda, amarga y llena de desprecio, y yo oí los gritos enajenados de Ortega, que parecía víctima de una tortura.

—¡Duele! ¡Duele! ¡Duele!

Vacilé por un instante, medio segundo, no más, pero antes de abrir la puerta, oí en el vestíbulo un breve gemido y el ruido sordo de algo muy pesado cayendo al suelo.

Al ver a Ortega tendido de espaldas, al pie de la escalera, me detuve, aturdido, en el vano de la puerta. Tenía levantada una de las piernas, la otra, completamente extendida, con el pie muy cerca del pedestal de la estatuilla de plata que sostenía la débil y tenaz lámpara que tan densas hacía las sombras de aquel vestíbulo. Uno de sus brazos lo tenía cruzado sobre el pecho. El otro estaba extendido en toda su extensión sobre el suelo ajedrezado, con la palma de la mano hacia arriba y los dedos estirados y rígidos. La sombra del primer peldaño cruzaba su cara, de manera que tan sólo se distinguían la mitad del bigote y parte del mentón. Parecía extrañamente aplanado. Y no movía un músculo. Estaba en mangas de camisa. Verlo así me repugnó. A continuación, oí el característico ruido de una llave al girar en la cerradura. No pude localizarlo, pero, al principio, eso no me preocupó. No podía dejar de mirar al señor Ortega. Salvo por la pierna que tenía levantada, daba la impresión de estar completamente pegado al suelo y había adoptado una forma tan distorsionada que no parecía sino la sombra del señor Ortega. Resultaba fascinante verlo tan tranquilo después de toda aquella furia, clamor, pasión y tumulto. Sin duda, no había habido jamás en el mundo nada más quieto que aquel Ortega. Tuve la extraña sensación de que no debíamos molestarlo.

Un ruido parecido al tintineo de cadenas, un pequeño rechinar y un clic estallaron en el silencio del vestíbulo y oí una voz que juraba en italiano. Recibí de muy buen grado estos sonidos sorprendentes, me hicieron volver en mí. Advertí que provenían de la puerta de entrada, que parecía entreabierta. Aquellos juramentos asombrosos procedían del otro lado, de la calle. ¿Alguien trataba de entrar? Yo no tenía nada que objetar, así que me acerqué a la puerta.

—Esperen un momento —dije—, la cadena está puesta.

—Qué raro —dijo el hombre de voz profunda desde el otro lado. Yo, en silencio, me dije que tenía razón. La cadena nunca estaba echada, pero Therese, que era una persona muy meticulosa, se había propuesto que aquella noche nadie saliera de la casa excepto yo. Se trataba del viejo italiano y sus hijas, que volvían del baile y querían entrar.

De pronto, fui consciente de la situación. Retrocedí a toda prisa, cerré la puerta de la habitación de Blunt y un instante después estaba hablando con el italiano.

—Un poco de paciencia.

Me temblaban las manos, pero conseguí quitar la cadena y, después de abrir la

puerta, me puse delante del hombre. Era fornido, venerable, y estaba un poco indignado y lleno de gratitud. Sus hijas, con vestidos cortos, medias blancas, zapatos bajos, la cabeza empolvada y brillantes pendientes en las orejas, se apretaban detrás de su padre, envueltas en sus mantos. Una todavía llevaba una máscara blanca en la cara, la otra tenía la suya en la mano.

El italiano se sorprendió de que le interrumpiera el paso.

—En la calle hace frío, *signor* —señaló, con cordialidad.

—Sí —repuse yo, y añadí, con un susurro apresurado—: Hay un muerto en el vestíbulo.

Él no dijo una palabra, pero me apartó a un lado ligeramente y se asomó para echar una mirada.

—Sus hijas —murmuré.

—*Va bene, va bene* —dijo, amablemente, y luego, a ellas—: Entrad, hijas.

No hay nada como tratar con un hombre que tiene un largo pasado de experiencias singulares. La habilidad con que rodeó a sus hijas y las guió a través del pasillo, paternal e irresistible, venerable y tranquilizador, fue algo digno de verse. Las muchachas no tuvieron tiempo más que para una temerosa mirada de reojo. Las apremió a seguir y las resguardó del peligro en su parte de la casa, luego cruzó el vestíbulo con pasos rápidos y pragmáticos. Al llegar junto al señor Ortega se detuvo justo a tiempo.

—Sangre —dijo. Luego, escogiendo el lugar, se arrodilló junto al cuerpo sin quitarse ni el sombrero ni su respetable abrigo. De alguna manera, su barba blanca le prestaba una inmensa autoridad—. Pero... este hombre no está muerto —dijo, mirándome.

Con profunda sagacidad, como correspondía, por así decirlo, a su gran barba, no se tomó la molestia de hacerme ninguna pregunta y dio por hecho que yo no tenía nada que ver con aquella horrible escena.

—No sé cómo, pero se ha hecho él mismo un corte muy profundo en el costado —señaló, con calma—. ¡Y qué arma! —exclamó, sacándola de debajo del cuerpo de Ortega. Parecía hecha en Abisinia o en Nubia y su forma era muy extraña. Era increíblemente tosca, a medio camino entre un hacha y una hoz, con hoja muy cortante y un extremo en punta. Una curiosidad de aspecto brutal e inconcebible tosquedad para los ojos de un europeo.

El viejo la soltó con divertido desdén.

—Será mejor que le coja por las piernas —decidió, sin consultar, y, desde luego, yo no tenía ninguna intención de discutir.

Cuando lo levantamos del suelo, la cabeza del señor Ortega cayó hacia atrás desmadejada, mostrando, de forma espantosa y con enorme indefensión, su largo y blanco cuello.

En el estudio, la lámpara seguía encendida y el sofá preparado con unas mantas. Sobre él depositamos nuestra carga. Mi venerable amigo apartó la sábana encimera

de un tirón y empezó a hacerla jirones.

—Puede dejarlo en mis manos —dijo aquel sabio eficaz—, pero el médico es cosa suya. Si no quiere que el asunto cause un gran revuelo, será mejor que busque a un hombre discreto.

Por benevolencia, se interesó por todas las medidas que había que tomar. Y señaló, con una sonrisa patriarcal y mientras, ruidosamente, hacía jirones la sábana:

—Será mejor que no pierda el tiempo.

No lo perdí. Acumulé en la hora siguiente una asombrosa cantidad de actividad corporal. Sin más que hablar, salí volando sin sombrero a la última noche de carnaval. Por fortuna, sabía a qué médico acudir. Era un hombre de cuarenta años, cabello canoso y muy corpulento, pero capaz de correr cuando hacía falta. En las calles frías, oscuras y desiertas, corrió en efecto con paso grave y reforzado, que resonaba con fuerza en el aire frío de la noche, mientras yo pasaba el suelo rozando uno o dos pasos por delante de él. Tan sólo al llegar a la casa me percaté de que había dejado la puerta principal abierta de par en par. Toda la ciudad, todo el mal del mundo podría haber entrado en el vestíbulo ajedrezado. Pero no tenía tiempo para meditar sobre mi imprudencia. El médico y yo procedimos en silencio durante casi una hora. Tan sólo cuando se estaba lavando las manos en la sala de esgrima, se dirigió aquel hombre a mí:

—¿Qué se proponía ese imbécil?

—Oh, estaba examinando ese objeto tan curioso —respondí.

—Ah, sí, y se cayó por accidente —dijo el médico, mirando con desdén el cuchillo nubio que yo había puesto sobre la mesa. Luego, mientras se limpiaba las manos—: Apuesto a que detrás de todo esto hay una mujer. Pero eso, por supuesto, no afecta a la naturaleza de la herida. Espero que la sangre que ha perdido le haga bien.

—Nada le hará ningún bien —dije.

—Qué casa tan curiosa —prosiguió el médico—. Y también su propietaria es muy curiosa. La he visto por casualidad una o dos veces. No debería preguntarme si, cuando se vaya, va a armar mucho alboroto tras la pista de sus bonitos pies. Creo que la conoce usted bien.

—Sí.

—Y también muy curiosa la gente que ha vivido en esta casa. Había un oficial carlista. Un hombre moreno, alto y delgado que no podía dormir. Me consultó en una ocasión. ¿Sabe qué ha sido de él?

—No.

El médico, que había terminado de secarse las manos, tiró la toalla con descuido.

—Muy nervioso, sobreexcitado. Me dio la impresión de que tenía una mente incansable, lo cual no es bueno. Por lo demás, un caballero de pies a cabeza. Y a este español, ¿lo conoce usted?

—Lo suficiente para que no me importe lo que pueda ocurrirle —dije—, salvo

por los problemas que pueda causar a los simpatizantes carlistas de esta casa en el caso de que el asunto llegara a conocimiento de la policía.

—En ese caso, debe aprovechar la oportunidad que le brinda el aislamiento en esa especie de invernadero donde lo ha puesto usted. Intentaré encontrar a alguien de confianza para que cuide de él. Mientras tanto, dejo al paciente en sus manos.

## VIII

**E**n cuanto el médico se marchó, cerré la puerta y llamé a voces a Therese.

—Baje de una vez, maldita hipócrita —grité desde el pie de la escalera, llevado por una especie de frenesí, como un segundo Ortega. Ni siquiera el eco me respondió, pero, de pronto, una pequeña llama tembló y descendió desde la oscuridad del piso de arriba. Therese apareció en el rellano con un candil que iluminaba su rostro lívido y duro y también, por la mezquindad de su rectitud y sus codiciosos instintos, impenetrable al remordimiento, la compasión o la piedad. Estaba completamente vestida, con aquella abominable cosa marrón de pliegues inmóviles, y, mientras bajaba paso a paso, daba la impresión de estar hecha de madera. Retrocedí y señalé con el dedo el oscuro pasillo que conducía al estudio. Ella pasó a unos centímetros de mí, sus pálidos ojos miraban en línea recta, su semblante estaba inmóvil por la decepción y la furia. Pero esto es sólo mi impresión. Es posible que su inhumanidad se debiera a la fuerza de un invencible propósito. Esperé un momento y entonces, sigilosamente y con extrema cautela, abrí la puerta de lo que he llamado la habitación del capitán Blunt.

El resplandor de las ascuas se había apagado. La estancia estaba fría y oscura pero, antes de cerrar la puerta a mis espaldas, la tenue luz del vestíbulo me permitió ver a doña Rita. Se encontraba en la misma posición en que la había dejado, en camisón, como una estatua. Incluso después de que yo cerrase la puerta, su figura se vislumbraba en la oscuridad, enorme, rígida e inanimada. Recogí el candelabro y busqué a tientas las velas por la alfombra. Encontré una y la encendí. Durante todo este tiempo, doña Rita no se movió. Cuando regresé a su lado, me pareció que, muy lentamente, despertaba de un trance. Estaba mortalmente pálida, pero, por contraste, el azul zafiro y líquido de sus ojos parecía negro como el carbón. Los movió ligeramente y con indiferencia hacia donde yo me encontraba. Poco a poco, me fue reconociendo. Luego, cuando me hubo reconocido definitivamente, se tapó el rostro con las manos. Pasó un minuto entero o más antes de que yo hablara.

—Míreme —dije, en voz baja; y dejó caer sus manos lentamente, como si aceptara lo inevitable—. ¿Quiere que encienda el fuego...? —pregunté, y esperé—. ¿Me oye?

No emitió sonido alguno. Toqué con un dedo su hombro desnudo. Por su



elasticidad, se diría que estaba congelado. Miré a mi alrededor buscando el abrigo de pieles, me parecía que, como si estuviéramos perdidos en la llanura ártica, no había un solo momento que perder si quería salvarla. Tuve que meterle los brazos por las mangas, sin su ayuda, uno después del otro. Estaban fríos e inertes, pero pude doblarlos. A continuación me puse delante de ella y le abotoné el abrigo empezando por el cuello. Para hacerlo, tuve que sujetarle la barbilla con un dedo. Cuando quité el dedo, la barbilla volvió a caer. Luego le abroché los demás botones, hasta el último. El abrigo era largo y magnífico. Antes de ponerme en pie, pues hasta ese momento estaba, como doña Rita, de rodillas, rocé sus pies. Puro hielo. La intimidad de ese tipo de ayuda contribuyó a que mi autoridad se acrecentase.

—Tumbese —dije, con un murmullo—. Voy a taparla con todas las mantas que encuentre —expliqué, pero ella negó con la cabeza.

Ni siquiera en los días en que «chillaba como una chicharra» y corría, «delgada como un fósforo», entre las frías brumas de los montes de su tierra natal, pudo sentir tanto frío, tanta desdicha, tanta desolación. Su misma alma, su grave, indignada y fantástica alma, parecía dormitar como un viajero exhausto rendido al sueño de la muerte. Pero cuando volví a pedirle que se tumbara, consiguió responderme:

—En esta habitación no.

Su mudo hechizo se había roto. Volvió la cabeza de lado a lado, pero ¡ah, qué fría estaba! El frío parecía surgir de ella, aturdiéndome a mí también; y hasta los diamantes de la flecha de oro centellearon como el hielo eterno a la luz de una vela.

—En esta habitación no; aquí no —protestó con aquel tono suave tan peculiar y que convertía su voz en algo inolvidable, irresistible, con independencia de lo que dijera—. ¡Después de todo lo que ha ocurrido, no! En este lugar no podría cerrar los ojos. Está lleno de corrupción y fealdad, y también yo, todo lo está, salvo su corazón, que nada tiene que hacer allí donde yo respire. Aquí puede usted dejarme. Pero vaya donde vaya, recuerde que no soy mala, no soy mala.

—No voy a dejarla aquí —dije—. Mi habitación está arriba. Ya ha estado usted allí.

—Oh, se lo han dicho —susurró. El principio de una lánguida sonrisa se desvaneció en sus labios.

—Yo también creo que no puede usted quedarse en esta habitación; y, sin duda, no tiene por qué dudar...

—No. Ahora ya da lo mismo. Él me ha matado. Rita ha muerto.

Mientras intercambiábamos estas palabras, yo había buscado las zapatillas azules y guateadas y se las había puesto. Ella estuvo muy dócil. Luego, cogiéndola por un brazo, la conduje hacia la puerta.

—Me ha matado —repetió, con un suspiro—. La poca dicha que había en mí.

—Ha intentado quitarse la vida aquí, en el vestíbulo —dije. Ella reculó como una niña asustada. Pero yo no podía arrastrarla como a una niña.

Le aseguré que aquel hombre ya no estaba allí, pero se limitaba a repetir:

—No puedo pasar por el vestíbulo. No puedo andar. No puedo...

—Pues si no puede andar —dije, abriendo la puerta de par en par y cogiéndola en brazos—, habrá que llevarla.

La levanté con tanta brusquedad que no pudo evitar echarme los brazos al cuello, como por instinto hacen los niños cuando los cogemos en brazos.

Habría hecho mejor en meterme aquellas zapatillas azules en el bolsillo. Una se cayó al pie de las escaleras cuando pasaba sobre una desagradable mancha del suelo de mármol y la otra se cayó un poco más arriba del rellano cuando, por alguna razón (quizá ante una sensación de inseguridad), doña Rita empezó a forcejear. Aunque yo tenía la extraña impresión de estar inmerso en una especie de aventura infantil, ella no era ninguna niña. Yo podía llevarla en brazos, pero poco más. Y no podía hacerlo si se empeñaba en oponer resistencia. Dejé que apoyara los pies en el suelo y me limité a sostenerla por la cintura el resto del camino. Por supuesto, mi habitación estaba completamente a oscuras, pero yo la guié directamente hasta el sofá y en él la dejé. Entonces, como si verdaderamente la hubiera rescatado de una cumbre alpina o de los hielos árticos, me ocupé exclusivamente de encender el gas y el fuego. Ni siquiera me entretuve en cerrar la puerta con llave. Todo el tiempo fui consciente de su presencia a mis espaldas, mejor dicho, de algo más profundo y más mío, de su misma existencia, de una llama azul, como sus ojos, titilante y clara, dentro de su cuerpo helado. Cuando me di la vuelta para atenderla de nuevo, estaba sentada, muy rígida y erguida, con los pies apoyados hieráticamente en la alfombra y la cabeza emergiendo del amplio cuello de pieles como una hermosa flor sobre el borde de un jarrón oscuro. Cogí de un tirón las mantas y las almohadas de mi cama y las amontoné en el suelo, junto al sofá. Lo hice porque la habitación era muy grande, demasiado grande para la chimenea, y el sofá quedaba más cerca del fuego. Ella no dio señales de vida, salvo por uno de tantos y apagados intentos de sonreír. Sin delicadeza le quité la flecha del pelo y la puse en la mesa de centro. La masa castaña de sus cabellos cayó sobre sus hombros, lo cual le dio un aspecto aún más desolado que antes. Pero en su corazón latía una invencible necesidad de alegría.

—¡Ah! ¡Ese pobre e ignorante adorno! —dijo, con gracia, mirando la flecha, que destellaba bajo la luz de gas.

Había en su voz un eco de nuestros primeros días, no más inocentes pero sí mucho más jóvenes. Y ambos, como tocados por un punzante dolor, nos miramos con un brillo en los ojos.

—Sí —dije—, qué lejos queda todo eso. Cuando estuvo usted aquí, ni siquiera ese objeto dejó. Es posible que por eso haya estado tan inmerso en su hechizo, sobre todo por las noches. He soñado a veces que era usted una ninfa cazadora, blanca y resplandeciente en mitad del follaje, y que lanzaba esta flecha como si fuera un dardo dirigido directamente a mi corazón. Pero nunca llegaba a darme. Siempre caía a mis pies, y entonces me despertaba. La cazadora que no quería cazar esa presa en particular.

—La cazadora era salvaje, pero no mala. Y tampoco una ninfa, sino tan sólo una pastorcilla. No sueñe más con ella, querido.

Tuve presencia de ánimo suficiente para asentir y me entretuve en colocar un par de almohadas en un extremo del sofá.

—Por mi alma, pastorcilla, no es culpa suya —dije—, ¡no es culpa suya! Repose esa cabeza inquieta —continué, forzando una nota casi traviesa en mi inmensa tristeza—, que incluso ha soñado una corona... aunque no para sí.

Doña Rita se tendió tranquilamente. La tapé, la miré una vez a los ojos y sentí que me vencía la agitación de la fatiga hasta el extremo de que quise levantarme y caminar, tambalearme hasta caer redondo. Al final, me perdí en mis pensamientos. Desperté con sobresalto al oír su voz.

—No, ni siquiera en esta habitación. No puedo cerrar los ojos. Imposible. Tengo horror de mí misma. Esa voz en mis oídos. Todo es verdad, todo es verdad.

Estaba sentada, dos masas de cabello castaño caían a ambos lados de su tenso rostro. Quité las almohadas en las que se había apoyado y me senté en sofá, detrás de ella.

—Tal vez así —sugerí, apoyando su cabeza en mi pecho, suavemente. No opuso resistencia, ni siquiera suspiró. Tampoco me miró ni intentó acomodarse de ninguna forma. Fui yo quien la coloqué después de adoptar una posición que creí capaz de mantener durante horas, durante siglos. Al cabo de un rato, estaba ya lo bastante tranquilo para cobrar conciencia de que corría el reloj, y de disfrutar con ello. El sonido de las agujas registraba los momentos de su descanso, mientras yo estaba allí, quieto como si mi vida dependiera de ello, con los ojos perezosamente fijos en la flecha de oro, que brillaba débilmente sobre la mesa, bajo la tenue luz de la lámpara de gas, casi apagada para la noche. Finalmente, mi respiración se contagió del ritmo tranquilo del sueño, que por fin había descendido sobre ella. Pensé en aquellos momentos que en el mundo ya nada importaba, porque el mundo reposaba sereno entre mis brazos... ¿o lo hacía en mi corazón?

De pronto, mi corazón pareció partirse en dos dentro de mi pecho y la mitad de mi aliento salió de un golpe de mí. Fue un despertar tumultuoso. Había llegado el día. Doña Rita había abierto los ojos, se había visto entre mis brazos y, al instante, se había separado de ellos de un solo impulso. Cuando la vi, estaba ya de pie, a la luz del sol que se filtraba a través de los postigos. Todo el horror infantil y la vergüenza de la noche anterior vibraban en su cuerpo recién despierto.

—Es de día —susurró, consternada—. No me mire, George. No puedo hacer frente a la luz del día. No... con usted no. Antes de que nos fijásemos el uno en el otro, todo ese pasado no era nada. Lo había aplastado con mi nuevo orgullo. Nada podía tocar a la Rita cuya mano besó. Pero ahora. No a la luz del día.

Yo estaba sentado como un idiota, en mitad de la sorpresa y el dolor. El nuestro ya no era el viaje de dos niños aventureros de un relato infantil. La amargura del hombre adulto, informada, suspicaz, parecida al odio, manó de mi corazón.

—¿Significa todo eso que me va a abandonar otra vez? —dije, con desprecio—. De acuerdo. Yo no voy a tirarle piedras... Entonces, ¿se va?

Ella bajó la cabeza lentamente, haciendo con el brazo un gesto hacia atrás, como si no quisiera que me acercase. Porque yo me había puesto en pie, de pronto, como loco.

—En ese caso, váyase cuanto antes —dije—. Tiene miedo de vivir en carne y hueso. ¿Qué persigue? ¿La honradez, como dice, o algún cadáver distinguido que alimente su vanidad? Yo sé que puede ser muy fría, y sin embargo viva. ¿Qué le he hecho? Se duerme en mis brazos y, al despertar, se va. ¿Quiere impresionarme? Charlatanería de carácter, querida.

Avanzó sobre sus pies descalzos, tan firme sobre aquel suelo, que parecía elevarse y descender ante mis ojos, como lo que siempre había sido, una pastorcilla saltando entre las rocas de los montes de su tierra natal, que nunca volvería a ver. Cogí de la mesa la flecha de oro y se la arrojé.

—No se olvide de esta cosa —grité—. Si se le olvida, nunca se lo perdonaría.

La flecha golpeó en la espalda del abrigo de pieles y cayó al suelo, detrás de ella. No se dio la vuelta. Avanzó hasta la puerta, la abrió sin apremio y, en el rellano, a la luz difusa de una claraboya, apareció, rígida como un destino oscuro e implacable, la horrible Therese, que aguardaba a su hermana. Las pesadas puntas de un enorme chal negro que le cubría la cabeza caían masivamente en pliegues bíblicos. Con un débil grito de consternación, doña Rita se detuvo todavía dentro de mi habitación.

Las dos mujeres aguardaron frente a frente y en silencio durante algunos instantes. Therese habló primero. No había austeridad en su tono. Su voz era la de siempre: pertinaz, insensible, ligeramente lastimera, terrible por la insistencia de su propósito.

—Me he pasado toda la noche delante de esta puerta —dijo—. No sé cómo he podido sobrevivir. Cien veces he pensado que me moriría de vergüenza. ¿De manera que es así como pasas tu tiempo? Eres peor que desvergonzada. Pero Dios puede perdonarte todavía. Tienes alma. Eres mi hermana. No te abandonaré hasta el día de tu muerte.

—¿Qué es lo que no piensas abandonar? —dijo doña Rita, como ausente—. ¿Mi alma o esta casa?

—Sal e inclina la cabeza en señal de humillación. Soy tu hermana y voy a ayudarte a rezar a Dios y a todos los santos. Aléjate de ese pobre y joven caballero, que, como todos los demás, no puede albergar en su corazón más que desprecio y asco por ti. Ven y esconde la cabeza donde nadie te hará ningún reproche... excepto yo, tu hermana. Ven y golpéate en el pecho; ven, pobre pecadora, y deja que te bese, ¡porque tú eres mi hermana!

Mientras Therese hablaba, doña Rita retrocedió un paso, y cuando la otra avanzó, extendiendo su mano en señal de amor fraternal, cerró la puerta de un golpe.

—¡Eres una niña abominable! —gritó doña Rita con fiereza. A continuación, giró

sobre sus talones y vino hacia mí, que no me había movido. Yo casi no me sentía vivo, salvo por el cruel dolor que se había apoderado de mí, de la cabeza a los pies. En su camino, doña Rita se detuvo para recoger la flecha de oro, después avanzó más deprisa, tendiéndomela sobre la palma abierta de su mano.

—Usted creía que no se la daría. *Amigo*, nada quería tanto como dársela. Y ahora, quizá... la acepte.

—No sin la mujer —dije, sombrío.

—Acéptela —dijo ella—. No tengo el valor de entregarme a Therese. No. Ni siquiera por usted. ¿No cree que ya he sido bastante desgraciada?

Cogí la flecha de su mano y, de manera ridícula, la apreté contra mi pecho. Cuando separé mis labios, ella, que sabía bien qué se esforzaba por abrirse paso en mi corazón, gritó, con tono de súplica:

—¡No me hable de amor, George! Todavía no. No en esta casa en que habitan la desgracia y la falsedad. No a menos de cien kilómetros de esta casa, donde la boca de ese hombre ha profanado tantas palabras de amor dirigidas a mí. ¿No las ha oído... esas cosas horribles? ¿Y qué pueden hacer las palabras entre usted y yo?

Extendía los brazos, implorando. Yo, que estaba tan desconcertado como un niño, dije:

—Pero, Rita, ¿cómo puedo evitar hablarle de amor? ¡Las palabras vienen por sí solas a mis labios!

—¡Vienen! ¡Ah! Pues yo sellaré sus labios con eso que desean decir —dijo ella—. Así...

## SEGUNDA NOTA

El relato de nuestro hombre se extiende a lo largo de otros seis meses a partir de aquella noche, la última de carnaval, y hasta la estación de las rosas y más allá. Su tono es menos exultante de lo que cabría esperar. Como es bien sabido, el amor nada tiene que ver con la razón, es insensible a las premoniciones e incluso ciego a la evidencia; por tanto, la rendición de aquellos dos seres a una felicidad precaria no tiene nada de asombroso en sí misma y su descripción, tal como el autor la intenta, carece de interés dramático. El interés sentimental sólo podría deparar cierta fascinación a aquellos lectores que estén ellos mismos enamorados. La respuesta de un lector depende del ánimo del momento; tanto es así que un libro puede parecer extraordinariamente interesante cuando lo leemos por la noche, ya tarde, y a la mañana siguiente antojársenos poco más que una acumulación de insulsa verborrea. Estoy convencido de que el ánimo que simpatizaría con la continuación de esta historia es muy raro. Esta consideración me ha inducido a suprimir el relato en su conjunto salvo en lo que respecta a los hechos, que culminan los acontecimientos previos y satisfacen la curiosidad que la narración pudiera haber despertado.

Es preciso señalar que el período se caracteriza más por una profunda y gozosa ternura que por la pura pasión. Toda ferocidad del espíritu parece haberse consumido en las vacilaciones preliminares de los dos protagonistas y en las luchas que tienen entre ellos y en su interior. Que el amor en su conjunto tenga, hablando en general, el mismo significado elemental para las mujeres y para los hombres es muy dudoso. A este respecto, la civilización ha desempeñado un papel. Pero lo cierto es que las dos figuras centrales de esta historia dan muestras, en cada fase de descubrimiento y respuesta, de un acuerdo pleno. Ambos exhiben una ingenuidad pasmosa en la práctica de sus sentimientos. No creo que quienes conocen a las mujeres se sorprendan al oírme decir que ella era tan primeriza en el amor como él. Durante su retiro en la región de los Alpes Marítimos, en una pequeña casa encalada y cubierta de rosas, en todo momento parecen menos unos amantes desatados que compañeros que se han dado cuenta de hasta qué extremo se adaptan el uno al otro de modo especialmente intenso. En conjunto, opino que debe de haber algo de verdad en la insistencia de él en que la relación siempre tuvo algo de infantil. En su forma de compartir todos sus pensamientos, todas sus impresiones, todas sus sensaciones, de inmediato y sin reservas, nosotros advertimos la ingenuidad propia de una insensata aventura infantil. Esa falta de reserva expresaba para él toda la verdad de la situación. Con ella quizá fuera distinto. Su falta de reserva podría ser fingida; sin embargo, nadie es capaz de fingir en todo momento, e incluso los actores tienen que creerse el papel que interpretan. De los dos, ella parece, con diferencia, la más segura y confiada. Pero si en esto era una *comédienne*, entonces esta actitud no fue otra cosa que un logro de su inerradicable sinceridad. Habiendo renunciado una vez a sus honorables escrúpulos, tuvo buen cuidado de que él no advirtiera en la copa el sabor del recelo. Era mayor y, por tanto, imprimía su personalidad a la situación. En cuanto al hombre, si hacía gala de alguna superioridad, tenía que ser la superioridad del que

ama entregando mucho más de sí mismo.

Esto es lo que se deduce de la lectura de las páginas que, discretamente, he suprimido —en parte por consideración a esas mismas páginas—. Todo misterio, aunque sea terrenal, tiene, por así decirlo, un núcleo sagrado. Un comentario sostenido sobre el amor no resulta adecuado para todas las miradas. Una experiencia universal es precisamente lo más difícil de valorar en un ejemplo particular.

De qué modo este ejemplo particular afectó a Rose, que fue la única compañía de los dos eremitas en su choza de piedra cubierta de rosas, lamento no poder precisar; pero me arriesgaré a afirmar que, por motivos sobre los que no necesito extenderme, a la muchacha no pudo tranquilizarle mucho lo que vio. Tengo la impresión de que su devoción no podía mitigarse, porque en su interior debió de acrecentarse la convicción de que, sin importar lo que ocurriese, *madame* no podía tener amigos. Es posible que doña Rita le permitiera vislumbrar el inevitable final y que sus ojos empañados enmascarasen cierta cantidad de inaprensible e inevitable desolación.

Lo que entretanto estaba ocurriendo con la fortuna de Henry Allègre es otro asunto curioso. Nos dicen que era demasiado grande para meterla en un saco, atar ese saco y tirarlo al mar. Que la parte de ella que representaban las fabulosas colecciones de arte estaba, todavía, bajo la protección de la policía. Pero en cuanto al resto, hemos de deducir que perdió poder y significado para el mundo interesado en el espacio de seis meses. Lo cierto es que el hombre encargado de los asuntos de Henry Allègre se encontró relativamente ocioso. Las vacaciones debieron de hacerle mucho bien a su maltrecha cabeza. Recibió una nota de doña Rita en la que ésta le decía que había optado por retirarse durante un tiempo y que no deseaba enviarle su dirección puesto que no se encontraba con ánimos para recibir cartas, sobre el asunto que fuese, que sólo conseguirían preocuparla. «Bástele saber —escribió— que estoy viva». Más tarde, a intervalos irregulares, este hombre fue recibiendo trozos de papel con el sello de diversas oficinas de correos que contenían una sencilla declaración: «Sigo viva», y estaban firmados con una enorme, florida y exuberante R. Imagino que Rose tuvo que recorrer en tren no poca distancia para enviar esos mensajes. Un grueso velo de misterio había caído entre el mundo y los amantes. Pero ni siquiera ese velo era impenetrable.

Él —sería conveniente que le llamásemos *monsieur* George hasta el final— compartió con doña Rita su perfecto aislamiento de los asuntos mundanos, pero tuvo que realizar dos breves visitas a Marsella. La primera vino impulsada por su leal afecto a Dominic. Quería saber qué le había ocurrido o le estaba ocurriendo a Dominic y averiguar si podía hacer algo por él. Pero Dominic era de esas personas por quienes uno no puede hacer mucho. *Monsieur* George ni siquiera llegó a verlo. Parecía, inopinadamente, que a Dominic le habían roto el corazón. *Monsieur* George estuvo escondido veinticuatro horas en el edificio en que *madame* Léonore tenía su café. Pasó la mayor parte de ese tiempo conversando con *madame* Léonore sobre Dominic. Estaba angustiada, pero había tomado una decisión. Aquella mujer



desenfadada, apasionada y de ojos brillantes estaba en trámites para desprenderse de su café antes de partir para reunirse con Dominic. No quiso decir dónde. Habiéndose asegurado de que su ayuda no era necesaria, *monsieur* George, según sus propias palabras, consiguió «escabullirse de la ciudad sin ser visto por una sola alma que importara».

La segunda ocasión fue muy prosaica y terriblemente incongruente con la coloración extraordinaria de aquellos días. *Monsieur* George no poseía ni la fortuna de Henry Allègre ni un empleado que le resolviera los asuntos. Pero alguna renta había que pagar a alguien por la cabaña de piedra y Rose no podía ir al mercado de la pequeña aldea situada al pie de la montaña sin un poco de dinero. Llegó un momento en que *monsieur* George tuvo que descender de las alturas de su amor a fin, según sus propias palabras, «de conseguir algún dinero en metálico». Puesto que se había ocultado de repente y por completo de los ojos de la humanidad, ahora tenía que hacer acto de presencia y firmar algunos papeles. La transacción se realizó en el despacho del banquero que se menciona en la narración. *Monsieur* George procuró evitar ver a ese hombre en persona, pero en esto no tuvo suerte. La entrevista fue breve. Naturalmente, el banquero no hizo preguntas, ni la menor alusión a personas o hechos, ni siquiera mencionó el gran Principio de Legitimidad que, a la sazón, ya no le ofrecía ningún interés. Y sin embargo, en aquellos momentos el mundo entero hablaba de la empresa carlista. Se había derrumbado por completo, dejando tras de sí, como de costumbre, una copiosa cosecha de recriminaciones, acusaciones de incompetencia y traición, y no pocos rumores de escándalo. El banquero (ciertamente, el salón de su esposa había sido muy carlista) declaró que jamás había creído en el éxito de la causa. «Usted está muy fuera de esto», señaló a *monsieur* George con una sonrisa estremecedora. *Monsieur* George se limitó a observar que, en realidad, había estado muy poco «dentro de esto» y que todo aquel asunto le dejaba bastante indiferente.

—No obstante, se ha dejado usted en esto algunas plumas —concluyó el banquero con cara de madera y la brusquedad de un hombre que sabe de lo que habla.

*Monsieur* George debió tomar el siguiente tren que salía de la ciudad, pero cedió a la tentación de descubrir qué le había ocurrido a la casa de la calle de los Cónsules después de que doña Rita y él hubieran escapado de allí como dos niños asustados aunque jubilosos. Todo cuanto descubrió fue a una mujer gorda y extraña, una especie de basilisco, a quien, al parecer, había contratado para cuidar del lugar el hombre encargado fié los asuntos de Allègre. No sin reticencias admitió que llevaba cuidando de la casa cuatro meses, desde que la persona que ocupaba su lugar antes que ella se había fugado con un español que, allí en la casa, había pasado con fiebre y en cama más de seis semanas. No, no había llegado a ver a esa persona. Ni tampoco al español. Se había enterado de lo sucedido en la calle. Por supuesto, no sabía adónde se habían dirigido esas dos personas. La mujer dio muestras de impaciencia por librarse de *monsieur* George e incluso intentó empujarle hacia la puerta. La

experiencia, dice el narrador, fue muy divertida. Además, se fijó en que la débil llama de la lámpara de gas del vestíbulo continuaba esperando al derrumbe general del mundo para extinguirse.

A continuación, *monsieur* George decidió tomar algo de cenar en el Restaurant de la Gare, donde, estaba seguro, no se toparía con ninguno de sus amigos. No podía pedir hospitalidad a *madame* Léonore porque *madame* Léonore ya se había marchado. Sus conocidos no eran de esos a los que les gusta aparecer por casualidad en un restaurante de esa clase y, además, tomó la precaución de sentarse en una mesita orientada hacia la pared. Pese a ello, al poco tiempo sintió que una mano se apoyaba suavemente en su hombro y, alzando la mirada, vio a uno de esos conocidos, miembro del club realista, un joven de jovial disposición pero que en aquella ocasión le miró con expresión grave y preocupada.

*Monsieur* George distó mucho de alegrarse. Su sorpresa fue enorme cuando, durante las primeras frases que intercambiaba con él, supo que su conocido se había acercado a la estación con la esperanza de encontrarle allí.

—No te vemos desde hace tiempo —le dijo—. ¿Te encontrabas quizá en algún lugar al que no llegan las noticias del mundo? Se han producido tantos cambios entre nuestros amigos y entre personas de las que solíamos escuchar tantas cosas. Ahí está *madame* de Lastaola, por ejemplo, que, al parecer, ha desaparecido del mundo que en ella tenía tanto interés. ¿No tienes idea de dónde puede estar?

*Monsieur* George señaló, de mala gana, que no sabía nada.

El otro trató de aparentar serenidad. En París, las lenguas se agitaban. Un hombre de apellido italiano, una suerte de financiero internacional, un personaje turbio que había buscado a doña Rita por toda Europa y hablado en clubes —es asombroso que sujetos como ése consigan ingresar en los mejores clubes—, ¡oh!, Azzolati, era su nombre. Pero, tal vez, lo que un tipo así pudiera decir no tuviera importancia. Lo más curioso era que ningún hombre de relevancia hubiera desaparecido al mismo tiempo. Un amigo de París le había escrito para decirle que un conocido periodista había viajado precipitadamente al sur para investigar el misterio, pero no había regresado más sabio de como había ido.

*Monsieur* George señaló, con menos amabilidad que antes, que, sinceramente, él de escasa ayuda podía ser en aquel asunto.

—No —dijo el otro con extrema cortesía—, sólo que, de todas las personas más o menos relacionadas con la aventura carlista, tú eres el único que también desapareció antes de la caída definitiva.

—¡Qué! —exclamó *monsieur* George.

—Así de sencillo —dijo el otro, elocuente—. Ya sabes que toda mi gente te aprecia mucho, aunque las opiniones difieren respecto a tu discreción. Precisamente el otro día hablábamos de ti Jane y yo, ya conoces a Jane, mi hermana casada. Está extraordinariamente preocupada. Le aseguré que debías de estar muy lejos o muy bien escondido para no haber dado señales de vida tras esta provocación.

Naturalmente, *monsieur* George quiso saber qué estaba ocurriendo; y el otro pareció muy aliviado.

—Estaba seguro de que no podías saber nada. No pretendo ser indiscreto, no quiero preguntarte dónde has estado. Me he enterado de que hoy mismo te habían visto en el banco y he hecho un esfuerzo especial por encontrarte antes de que volvieras a desaparecer, porque, después de todo, siempre hemos sido buenos amigos y todos nuestros allegados te aprecian mucho. Escucha. Conoces a un tal capitán Blunt, ¿no es verdad?

*Monsieur* George tuvo que reconocer que conocía al capitán Blunt, aunque sólo muy ligeramente. Entonces, su amigo le informó de que, por su parte, este capitán Blunt estaba en buenas relaciones con *madame* de Lastaola o, en cualquier caso, pretendía estarlo. Se trataba de un hombre honorable, miembro de un buen club y, en cierto modo, muy parisino, y todo esto, continuó, empeoraba eso de lo que tenía la dolorosa necesidad de advertir a *monsieur* George. En tres ocasiones distintas en que el nombre de *madame* de Lastaola había surgido en la conversación y en medio de una compañía heterogénea, este Blunt había expresado su temor de que *madame* hubiera sido presa de un joven aventurero que la estaba explotando vergonzosamente. Hablaba como un hombre seguro de sus actos y, puesto que mencionaba algunos nombres...

—En realidad —exclamó el joven con agitación—, es *tu* nombre el que menciona. Y a fin de precisar con exactitud el personaje, siempre se cuida de añadir que eres tú ese joven conocido por el nombre de *monsieur* George en todo el sur, entre los carlistas iniciados.

De qué modo reunió Blunt información suficiente en la que basar esa calumnia atroz, *monsieur* George no podía imaginarlo. Pero así era. Pese a su indignación, guardó silencio; hasta que su amigo murmuró:

—Supongo que querrás que sepa que estás aquí.

—Sí —dijo *monsieur* George—, y yo espero que tú consientas en mediar por mí. En primer lugar, te lo ruego, hazle saber mediante un cable que le estoy esperando. Eso bastará para traerlo aquí, te lo aseguro. Pídele, además, que traiga a dos amigos. No quiero que sobre este asunto los periodistas parisinos escriban ni un solo párrafo.

—Sí, hay que atajar ese tipo de cosas desde ahora mismo —admitió el otro. Accedió a la petición de *monsieur* George de que el encuentro tuviera lugar en la casa de campo de su hermano mayor, donde la familia se alojaba rara vez. La casa tenía un jardín tapiado que resultaba muy oportuno. A continuación, *monsieur* George subió a su tren, prometiendo volver a los cuatro días y dejando cualquier medida posterior en manos de su amigo. Se enorgulleció de su impenetrabilidad ante doña Rita, de la felicidad sin sombra de aquellos cuatro días. Sin embargo, doña Rita debió de tener la intuición de que algo flotaba en el aire, porque la tarde del mismo día en que *monsieur* George volvió a despedirse de ella con alguna excusa fingida, estaba escondida en la casa de la calle de los Cónsules, mientras su leal Rose recorría la

ciudad en busca de información.

De lo que ocurrió en el jardín tapiado no hay necesidad de hablar en detalle. Todo discurrió correctamente, de acuerdo con las convenciones, pero la gravedad del propósito que podía palpase en el ambiente elevaba el asunto por encima de lo que habitualmente sucede en los asuntos de honor. Pero he de mencionar una acción accesoria que pasó inadvertida a los testigos, ocupados en aquel momento en los preparativos. Haciendo caso omiso de las severas normas de conducta habituales en esos casos, *monsieur* George se acercó a su adversario y se dirigió a él directamente.

—Capitán Blunt —dijo—, el resultado de esta reunión puede ir en mi contra. En tal caso, usted admitirá públicamente que estaba equivocado. Porque está usted equivocado y lo sabe. ¿Puedo confiar en su honor?

En respuesta a este ruego, el capitán Blunt, siempre correcto, no abrió la boca y se limitó a hacer una pequeña reverencia. En cuanto a lo demás, fue absolutamente implacable. Si era básicamente incapaz de dejarse llevar por el amor, respecto a sus celos no había equívoco. Esa forma de ser no es rara y, en realidad, desde el estricto punto de vista del combate uno no puede culparle. Lo que ocurrió es esto. *Monsieur* George disparó en cuanto dieron la señal y, por suerte o habilidad, consiguió herir al capitán Blunt en la parte superior del brazo con el que sostenía la pistola. El brazo de aquel caballero cayó, inerte, junto a su costado. Pero no soltó el arma. No hubo nada equívoco en su determinación. De forma completamente deliberada, cogió la pistola con la mano izquierda y, apuntando con cuidado, alcanzó a *monsieur* George en el lado izquierdo del pecho. Es posible imaginar la consternación de los cuatro testigos y la actividad de los dos médicos en medio del sofocante calor del jardín tapiado. Estaban a poca distancia de la ciudad, y cuando trasladaban allí a pie a *monsieur* George, un pequeño cupé que venía en dirección contraria se detuvo al otro lado del camino. Una mujer cubierta con un tupido velo se asomó a la ventanilla, se hizo cargo de la situación con una sola mirada y dijo, con voz firme: «Sígueme». El cupé dio media vuelta y se puso en cabeza. Mucho antes de que este convoy alcanzara la ciudad, otro carruaje en el que viajaban cuatro caballeros (de los cuales, uno iba recostado y lánguido con el brazo en cabestrillo) pasó a toda velocidad y desapareció en una nube de blanco polvo provenzal. Y ésta es la última aparición del capitán Blunt en el relato de *monsieur* George. Por supuesto, de ella le hablaron más tarde. En aquellos momentos no estaba en condiciones de darse cuenta de las cosas. Su interés en lo que le rodeaba fue confuso y más propio de una pesadilla durante muchos días seguidos. De vez en cuando tenía la impresión de que se encontraba en una habitación extrañamente familiar, de que tenía visiones muy poco convincentes de doña Rita, a quien trataba de hablar como si nada hubiera ocurrido, y quien siempre le ponía una mano en la boca para que no lo hiciera y a continuación le hablaba ella con una voz muy extraña que a veces le parecía la voz de Rose. Veía también la cara de uno o dos hombres a quienes parecía conocer bien por mucho que no recordara sus nombres. En realidad, podría haberlo hecho sin esfuerzo, pero habría

supuesto un gran aprieto. Luego llegó un momento en que dejó de tener alucinaciones sobre doña Rita y la fiel Rose. A continuación pasó por un período, tal vez un año, tal vez una hora, durante el cual pareció soñar toda su vida pasada. No sintió aprensión alguna, no intentó especular sobre el futuro. Sentía que ninguna de las conclusiones posibles estaba en su poder y, por tanto, era indiferente a todo. Era como ese espectador desinteresado del sueño que no sabe lo que va a ocurrir a continuación. De pronto, por primera vez en su vida, tuvo conciencia, lo cual resultaba muy tranquilizador, de sumirse flotando en un profundo sueño.

Cuando se despertó, al cabo de una hora, de un día o de un mes, la habitación estaba en penumbra, pero la reconoció perfectamente. Era su habitación en la casa de doña Rita. Aquéllos eran los familiares alrededores en los que tantas veces se había dicho que o se moría o se volvía loco. Pero ahora estaba completamente lúcido y la plena sensación de sentirse vivo lo invadió, lánguida y deliciosa. Lo más hermoso de la situación era que no había necesidad de moverse. Esto le proporcionó una especie de satisfacción moral. Luego se le ocurrió el primer pensamiento independiente de las sensaciones personales. Se preguntó cuándo entraría Therese y empezaría a hablar. Vio, vagamente, una figura en la habitación, pero se trataba de un hombre que hablaba con voz apagada, pero teñida de una distinción preternatural.

—Éste es el segundo caso que he atendido en esta casa y estoy seguro de que, directa o indirectamente, está relacionado con esa mujer, que continuará así, dejando un rastro tras de sí, hasta que algún día acabemos por tener un cadáver de verdad. Este joven podría serlo.

—En este caso, doctor —dijo otra voz—, no se puede echar las culpas a la mujer. Le aseguro que luchó con determinación.

—¿Qué quiere decir? ¿Que no quería?

—Exacto. Un duelo estupendo. Me lo contaron todo. Es fácil culparla a ella, pero, tal como ella me preguntó, con desesperación, ¿podía pasarse la vida envuelta en un velo de cabeza a los pies o encerrarse en un convento? No, ella no tiene la culpa. Es, simplemente, lo que es.

—¿Y qué es?

—Toda una mujer. Quizá un poco más a merced de impulsos contradictorios que otras mujeres. Creo de verdad que ha sido muy sincera.

Las voces descendieron de repente a un murmullo todavía más bajo y, finalmente, uno de los hombres salió de la habitación. *Monsieur* George oyó con claridad que la puerta se abría y se cerraba. A continuación, habló por primera vez, descubriendo, con particular agrado, que hablar le resultaba muy fácil. Incluso tuvo la impresión de que estaba gritando.

—¿Quién está ahí?

Desde la parte más oscura de la habitación (reconoció al instante su perfil voluminoso), Mills avanzó hasta el costado de la cama. Doña Rita le había teleografiado el día del duelo y aquel hombre libresco había abandonado su retiro y

había corrido hacia el sur tan deprisa como trenes y barcos pudieron trasladarlo. Y es que, como más tarde dijo a *monsieur* George, se había dado plena cuenta de su parte de responsabilidad. Y había añadido: «No estaba pensando sólo en usted». Pero la primera pregunta que *monsieur* George le hizo fue:

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde la última vez que nos vimos?

—Unos diez meses —respondió la amable voz de Mills.

—¡Ah! ¿Está Therese al otro lado de esa puerta? Ya sabrá usted que estuvo ahí de pie toda una noche.

—Sí, eso he oído. Ahora está a cientos de kilómetros de aquí.

—Bueno, en ese caso, dígale a Rita que entre.

—No puedo hacer eso, mi querido muchacho —dijo Mills con amabilidad y afecto, y vaciló por unos instantes—. Doña Rita se marchó ayer —le informó, suavemente.

—¿Se ha ido? ¿Por qué? —preguntó *monsieur* George.

—Porque, y doy gracias por poder decir esto, su vida ya no está en peligro. Sólo le he dicho que se ha ido porque, por extraño que pueda parecer, creo que puede usted soportar mejor esta noticia ahora que cuando se encuentre más recuperado.

Hay que creer que Mills estaba en lo cierto. *Monsieur* George se quedó dormido antes de llegar a sentir dolor ante aquella noticia. Por su cabeza llegó a pasar una especie de confusa sorpresa, pero nada más. Luego, se le cerraron los ojos. El despertar fue muy distinto. Pero también esto lo había previsto Mills. Durante días veló junto a la cama de *monsieur* George y, pacientemente, le dejó hablar de doña Rita mientras él decía muy poco; hasta que un día el convaleciente le preguntó si ella le había hablado alguna vez abiertamente. Y entonces le dijo que sí, que en más de una ocasión.

—Entre otras cosas —le respondió Mills—, me dijo, y creo que saber esto le puede reportar a usted una gran satisfacción, que hasta que le conoció a usted nada sabía del amor. Que, en muchos sentidos, usted ha sido para ella una absoluta revelación.

—Y luego se fue. Huyó de la revelación —dijo, amargamente, el hombre postrado en cama.

—¿De qué sirve disgustarse? —repuso Mills, suavemente—. Ya sabe que este mundo no es un mundo para los amantes, ni siquiera para los amantes como ustedes dos, que nada tienen que ver con el mundo tal y como es. No, un mundo de amantes sería imposible. Sería una pura ruina de vidas que parecen hechas para algo más. Lo que sea ese algo más no lo sé, y estoy seguro —afirmó Mills, con alegre compasión— de que ni usted ni ella lo averiguarán jamás.

Pocos días más tarde, estaban de nuevo hablando de doña Rita. Mills dijo:

—Antes de marcharse me dio esa flecha que solía llevar en el pelo para que se la entregase a usted a modo de recuerdo y también para evitar, eso me dijo, que siga usted soñando con ella. Un mensaje que me parece muy críptico.

—Oh, yo lo comprendo perfectamente —dijo *monsieur* George—. No me la dé ahora. Déjela en algún lugar donde pueda encontrarla algún día cuando esté solo. Pero cuando le escriba, dígame que ahora al menos, y con mayor precisión que la bala del señor Blunt, la flecha ha encontrado su blanco. No habrá más sueños. Dígaselo. Ella lo entenderá.

—Ni siquiera sé dónde está —murmuró Mills.

—No, pero el hombre que se encarga de administrar sus asuntos sí lo sabe... Y dígame, Mills, ¿qué será de ella?

—Será malgastada, desperdiciada —dijo Mills, con tristeza—. Es una criatura muy desgraciada. Ahora, ni siquiera la pobreza podría salvarla. No puede volver a sus cabras. Pero ¿quién sabe? Tal vez pueda encontrar algo. ¡Tal vez! No será amor. Ha sacrificado esa oportunidad a cambio de la integridad de su vida, heroicamente. ¿Recuerda que una vez le dijo usted que quería usted llevar una vida íntegra, oh, usted, desafortunado y joven pedante? En fin, se ha marchado, pero puede estar seguro de que encuentre lo que ahora encuentre en la vida no será la paz. ¿Me comprende? Ni siquiera en un convento.

—Era supremamente amable —dijo el hombre herido, hablando de doña Rita como si ya yaciera muerta en su oprimido corazón.

—Y esquiva —añadió Mills, en voz baja—. Algunas lo son. Nunca cambiará. Entre todas las sombras y vergüenzas de esa vida siempre brillará el rayo de la perfecta honestidad. No sé hasta dónde llegará la suya, pero para usted es mucho más fácil. Siempre tendrá su... a su otro amor, terco, empecinado amante del mar.

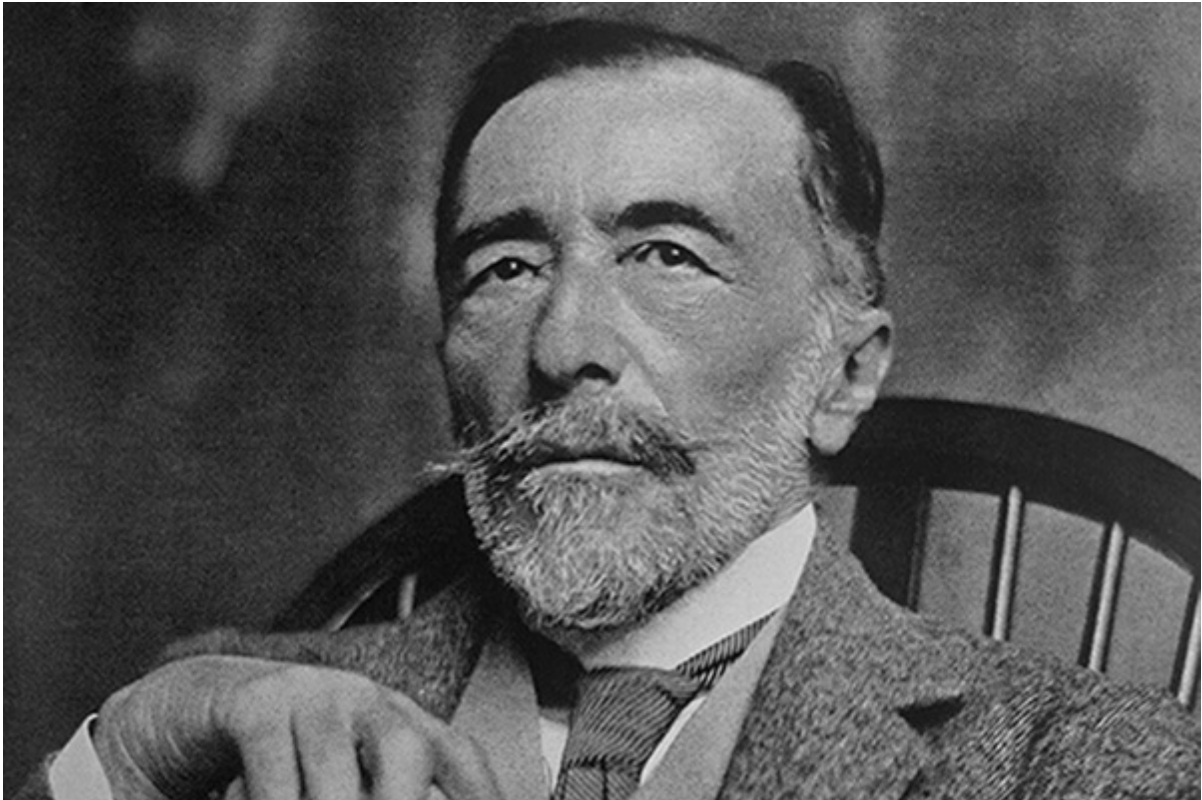
—En ese caso, deje que me vaya —dijo el amante—, deje que me vaya.

Y al mar marchó en cuanto tuvo fuerza suficiente para sentir plenamente el aplastante peso de su pérdida (o de su ganancia) y descubrió que podía soportarlo sin pestañear. Después de este descubrimiento se vio con fuerzas para enfrentarse a todo. Dice a la destinataria de su relato que, de haber sido más romántico, jamás habría vuelto a mirar a otra mujer. Pero al contrario. Ningún rostro digno de atención se le escapó. Se fijaba en todos, y cada uno de ellos le recordaba a doña Rita, bien por algún profundo parecido o por la sorprendente fuerza del contraste.

La fiel austeridad del mar le protegió de los rumores que circularon entre las lenguas de los hombres. Jamás supo de ella. Ni siquiera los ecos de la venta de la gran colección de Allègre le alcanzaron, aunque este acontecimiento debió de resonar en todo el mundo. Pero él jamás oyó. Él no sabe. Luego, años después, se vio privado incluso de la flecha. La perdió en un temporal seguido por un naufragio. Confiesa que, al día siguiente, se hallaba en una orilla rocosa y azotada por los vientos, contemplando el mar, encrespado en el mismo lugar de su pérdida, y pensó que así estaba bien. No era algo que pudiera dejar en manos extrañas, a la fría mirada de la ignorancia. Como el viejo rey de Thule con la copa de oro de su amante, tendría que haberla arrojado al mar antes de morir. Asegura que esa idea tan romántica le hacía sonreír. Pero ¿qué otra cosa podría haber hecho con ella?

FIN





JOSEPH CONRAD, (Berdyczow, Ucrania, 1857 - Bishopsbourne, Inglaterra, 1924). Escritor británico de origen polaco, Berdyczów pertenecía entonces a Polonia. Debido a la profundidad de su obra, en la que analiza los rincones más débiles y oscuros del alma humana, está considerado uno de los grandes autores en lengua inglesa del siglo XIX.

Conrad nació en el seno de una familia noble, muy activa dentro de los movimientos nacionalista polacos, algo que supuso su exilio tras la insurrección polaca de 1863. Tras quedar huérfano marchó a Marsella donde, a los 17 años, se enroló como marinero en un barco mercante.

De sus experiencias como marino por las costas de Sudamérica, India o África se nutren muchos de sus posteriores relatos, así como de sus vivencias durante las Guerras Carlistas en España, en las que participó en el bando carlista.

Nacionalizado inglés tras varios años enrolado en la Royal Navy decidió retirarse a los 38 años para dedicarse de manera íntegra a la escritura. Comenzó a escribir en inglés, cuya escritura no dominaba al principio tan bien como el polaco o el francés.

Es importante su visita al Congo Belga en 1888, donde constató las atrocidades cometidas sobre la población indígena, algo que sentaría las bases de una de sus novelas más famosas, *El corazón de las tinieblas*. Conrad también escribió algunos de los clásicos más memorables de la novela de aventuras, como *Lord Jim* o *Un vagabundo en las islas*.

Su estilo, a medio camino entre la tradición clásica y el nuevo modernismo, que más tarde reinaría en Europa, está también influenciado por el romanticismo pese a tratar sus relatos con una gran dosis de realismo.

# Notas

[1] Quien sólo ha conocido a hombres educados y razonables, o no conoce hombre, o conoce sólo una mitad. <<

[2] De Jean de la Fontaine (1621-1695). [*Esta nota, como todas las demás, es del traductor*]. <<

[3] En toda la novela, el tratamiento de «doña», así como el de «don», «señora» o «señor», en español en el original. <<

[4] Muy bonito. En francés en el original. <<

[5] Un pariente próximo del señor X. <<



[6] La Bolsa. <<

[7] ¿De veras? <<

[8] En español en el original. <<

[9] Vivaque. En francés en el original. <<

[10] Louise Françoise de la Vallière (1644-1710), amante de Luis XIV de Francia. <<

[11] ... ese piquito encantador, / que de oreja va, / tra la la, tra la la. <<

[12] La gran calle arbolada. <<

[13] Un vestidito de cuatro perras. <<



[14] Está de broma. <<

[15] Barrio. <<

[16] Therese: así escribe, pese a su origen muy español, el nombre de este personaje el narrador, no *Teresa*, ni siquiera *Thérèse*. <<

[17] *Nunc dimittis servum tuum, Domine.* «Ahora, Señor, puedes dejar que tu siervo se vaya» (Cántico de Simeón, Lucas 2:29). <<

[18] En español en el original. <<

[19] Dígale que pase. <<

[20] ... padece *un coup de coeur*: se le ha trastornado el corazón. <<

[21] ... no fue sino un *coup de tête*: lo que se le trastornó fue la cabeza. <<



[22] Doncella. <<

[23] Así se llamó a los revolucionarios republicanos durante la Convención (1792-1795) porque en vez de llevar el calzón corto (*culottes*) de los aristócratas, adoptaron el pantalón de la gente del pueblo. <<

[24] Huir de la muerte. <<

[25] De material duro, no blando. <<

[26] Serie. <<

[27] *Sic* en el original: «pundonor». <<

[28] Cójame del brazo, señor. <<

[29] «El mundo es / carne y sombra», Alfred Tennyson, *The Last Tournament* (1871).

<<



[30] Está usted loca. <<

[31] Desenvuelto. <<

[32] Llaneza. <<

[33] Mal. Yo ya no duermo. <<

[34] Cuidadora de ocas. <<

[35] Con placer. <<

[36] ¿El señor se queda a cenar? <<

[37] Me ha hablado mucho de usted. <<



[38] Seguro que lamenta usted que haya partido hacia París. <<

[39] ¡Cuerpo a tierra! <<

[40] Se nos chafa el oficio. <<

[41] Como si fuera de día. <<

[42] Grafía errónea de Sete, en la costa mediterránea francesa. <<

[43] Ramera. <<